Selección RNR

Perderme en ti

MARÍA JOSÉ TIRADO

Romantic Novel

Annotation

Alma Jenssen está en la cima de su carrera como fotógrafa de moda, pero siente que vive una vida vacía fotografiando una belleza irreal en la que el amor no tiene cabida, porque sencillamente no existe.

Así que cuando su última conquista rompe con ella, decide alejarse de todo y visitar a su amiga Delia, una antigua agente de modelos, casada con uno de los hombres más ricos del Caribe.

Cuando Alma Jenssen llega a La Bella, la plantación de tabaco más importante de la República Dominicana, propiedad de Cristóbal Ríos, el esposo de Delia, conoce a Hans McBride el capataz de la finca. Un norteamericano testarudo, arisco y taciturno que la tratará con desdén al considerarla sólo una nueva cazafortunas que ha acudido al olor del dinero de su patrón y por el que Alma no podrá evitar sentirse atraída. Porque Hans parece despreciarla con sus palabras, pero sus ojos azules la miran con un innegable deseo.

Pero la atracción que sienten ambos es combustible. ¿Puede el amor surgir en mitad de un campo yermo sembrado de mentiras?

Celos, intriga, envidias y pasión, mucha pasión y erotismo, en unos paisajes de ensueño.

MARIA JOSÉ TIRADO

Perderme en ti

B de Books

Sinopsis

Alma Jenssen está en la cima de su carrera como fotógrafa de moda, pero siente que vive una vida vacía fotografiando una belleza irreal en la que el amor no tiene cabida, porque sencillamente no existe.

Así que cuando su última conquista rompe con ella, decide alejarse de todo y visitar a su amiga Delia, una antigua agente de modelos, casada con uno de los hombres más ricos del Caribe.

Cuando Alma Jenssen llega a La Bella, la plantación de tabaco más importante de la República Dominicana, propiedad de Cristóbal Ríos, el esposo de Delia, conoce a Hans McBride el capataz de la finca. Un norteamericano testarudo, arisco y taciturno que la tratará con desdén al considerarla sólo una nueva cazafortunas que ha acudido al olor del dinero de su patrón y por el que Alma no podrá evitar sentirse atraída. Porque Hans parece despreciarla con sus palabras, pero sus ojos azules la miran con un innegable deseo.

Pero la atracción que sienten ambos es combustible. ¿Puede el amor surgir en mitad de un campo yermo sembrado de mentiras?

Celos, intriga, envidias y pasión, mucha pasión y erotismo, en unos paisajes de ensueño.

Autor: Tirado, Maria José
©2014, B de Books
ISBN: 9788490198346
Generado con: QualityEbook v0.73

Capítulo 1

Un infierno verde

«*¿Qué hago yo aquí*?», me preguntaba mientras rebotaba contra mi asiento como si viajase sobre la *power plate* del gimnasio. Pero al menos cuando me subía, la plataforma vibratoria me ayudaba a perder peso, y en cambio aquella oxidada camioneta parecía capaz de provocar que se me saliesen los huesos de las articulaciones.

No esperaba una limusina al final de la escalinata del avión, pero al menos un vehículo al que no le faltase tanta pintura como al chófer piezas dentales.

Resultaba incomprensible que mi amiga Delia hubiese enviado a alguien a recogerme en semejante cacharro. Ella, la flamante esposa de uno de los cinco hombres más ricos de toda Latinoamérica según la revista Forbes, a la que no veía desde hacía más de dos años pero a la que, desde luego, recordaba como una mujer preocupada por las apariencias, ¿tanto habría cambiado?

Lo dudaba.

¿Y si todo aquello de la inmensa fortuna no era más que una quimera? Estaba convencida de que si en lugar de recogerme a mí en semejante cacharro hubiese recogido al periodista de Forbes que redactó el artículo, Cristóbal Ríos aparecería mucho más abajo en la codiciada lista de multimillonarios.

Aún recuerdo el despliegue informativo que se produjo para su boda. Medios de las revistas y programas del corazón de todo el mundo trataron de capturar una instantánea de los recién casados, con vuelos en parapente sobre la finca incluidos. Pero solo la portada de *Hello*, a la que habían concedido la exclusiva millonaria, pudo mostrar la imagen de la pareja de enamorados.

Yo ni siquiera pude asistir al enlace, a pesar de la tabarra que me dio mi hermana Claudia para que la llevase de acompañante, pero eran varios los compromisos que me impidieron hacerlo. Julio es un mes complicado cuando eres fotógrafa de moda, tenía mucho trabajo que preparar, incluidas las reuniones con mis jefes para cerrar las portadas y reportajes del invierno, por lo que hube de perderme «La boda del siglo» como la había calificado *Hello*, con concierto privado de Julio Iglesias, íntimo amigo del esposo, incluido.

Y debí soportar los reproches de mi querida hermana mayor, a la que su doctorado en medicina y cirugía plástica no libraban de ser una auténtica *fashion victim*, que se moría por codearse con la crema y nata de la sociedad latinoamericana y española.

«*Jamás te perdonaré que no me hayas llevado a una boda en la que podría*

haber conocido a Nieves Álvarez», sentenció amenazadora, con unos bonitos zapatos de tacón de aguja pendiendo del dedo anular, que había comprado para la ocasión a pesar de que no le había confirmado que podríamos asistir.

Por suerte, los casi dos años que habían transcurrido desde aquella boda la habían ayudado a perdonarme y seguía comportándose como la hermana mayor pesada y sobreprotectora que era. Porque mi hermana Claudia, cuando se quitaba la bata verde de quirófano se convertía en mi madre, en nuestra madre, a pesar de ser solo cuatro años mayor que yo.

En todas las casas hay una oveja blanca, lista y preciosa, y luego está la oveja negra, esa que jamás obtendrá el beneplácito de sus padres. Basta con decir que además de ser cirujana plástica, mi hermana es una mujer satisfecha con su vida, con sus logros personales y profesionales, y la feliz madre de una niña preciosa, mi sobrina Michelle.

Pero Michelle se parece más a su tía que a su propia madre; Claudia es morena y tiene unos grandes ojos negros, como nuestra madre, y la pequeña ha sacado los genes vikingos de nuestra familia. Posee unos grandes iris verdes y una larga melena rubia, como su tía. Tanto es así que cuando paseamos las tres juntas por la calle todos piensan que Michelle es hija mía, lo cual enerva a mi hermana. Además, es una niña risueña y descarada a la que su madre trata de contener, y a lo que yo siempre le advierto: *«No te molestes, mira a papá y mamá, también trataron de contenerme a mí y les salí rana».*

Quizás el hecho de que nuestros padres vivan en un pequeño pueblo de Cádiz lejos de ambas, que residimos en la capital, le había otorgado el deber de la sobreprotección.

Miré la hora en mi teléfono móvil, hacía más de treinta minutos que había aterrizado y, conociéndola, ya estaba tardando en llamarme.

Cuanto más avanzábamos por el camino, más intensa se hacía la vegetación. Espesa, tupida, tanto que en ocasiones las ramas golpeaban las ventanillas del destartalado automóvil. Había grandes palmeras de altas y verdes copas. El camino era irregular, sin asfaltar, lo que ayudaba a que los saltos, los baches y vaivenes dieran buena cuenta del estado de calcificación de mis huesos.

—Lo lamento mucho, señorita, se nos averió el otro auto —había dicho José, el conductor, cuando me recogió al pie del avión. José era un empleado nativo del lugar, achaparrado, de cabellos completamente canos que contrastaban con el tono tostado de su piel y sus ojos negros. Estaba embutido en una camiseta de algodón beige con grandes surcos de sudor, que en algún momento debió ser blanca. José limpiaba el sudor que resbalaba por su frente hacia su nariz chata una y otra vez con un pañuelo de un color impreciso, haciendo malabares con el volante entre las manos. Mientras, yo me repetía por milésima vez desde que bajé del avión, desde que subí a aquella oxidada camioneta tras las eternas ocho horas de viaje, qué demonios hacía allí.

Para colmo de males, los mosquitos caribeños parecían ansiosos de sangre nórdica, como la que recorría mis venas, y acudían a mí a centenares, tantos que si aquel camino se prolongaba demasiado apenas quedaría una porción de

mis piernas que no pareciese un globo a tensión.

«Maldita la hora», me repetía una y otra vez. Maldita la hora en la que decidí marcharme a lo Indiana Jones, pretendiendo ser la aventurera que no era, buscando un cambio de aires. Estaba a punto de darle la razón a mi hermana Claudia cuando me decía que me comportaba como una niña caprichosa.

Porque por mucho que me negase a aceptarlo ante sus ojos, el motivo de aquel viaje tenía un nombre: Ángel. Mi novio hasta hacía seis meses, el mismo que, dirigiéndome su penetrante mirada esmeralda me había dicho: *«Nena, estás apalancada, necesitas aventura. Y no voy a permitir que me apalanques a mí»*.

No estaba apalancada. Mi vida era cómoda y me sentía a gusto con ella. O eso creía hasta que oí de sus labios aquella maldita palabra: *apalancada*. Vivía en un apartamento pequeño pero bien distribuido en el centro de Madrid y tenía un trabajo envidiable como fotógrafa de moda en *Sensuelle*, una importante revista de tirada nacional. Un trabajo que me permitía mantenerme económicamente y hacía que me relacionase con las mujeres y hombres más atractivos del país.

Hombres jóvenes, auténticas bellezas de cuerpos esculturales, con la cabeza llena de pájaros y la entrepierna enhiesta en busca de aspiraciones. Y ahí estaba yo, soltera y sin compromiso, a mis casi treinta años y convencida de que el amor no era más que un cuento chino. Me había vuelto una auténtica escéptica. Y cada vez que uno de aquellos adonis musculados se me acercaba tras una sesión de fotos y trataba de invitarme a una copa, mi mente los calificaba automáticamente como: *solo sexo*.

La experiencia me había convencido de que el hombre perfecto no existía, ni siquiera el medio perfecto. Era un hecho ante el que me había resignado y sobrellevaba a mi manera, aprovechando el momento álgido que vivía mi carrera profesional y sintiendo que realmente ningún hombre me llenaría lo suficiente como pasar del primer revolcón.

Pero entonces conocí a Ángel. Un viernes por la noche, mientras tomaba una copa con María, mi ayudante de cámara, tras una intensa sesión de fotos con dos hermanas brasileñas, último descubrimiento de la agencia *Elite*. Removía mi copa de Martini Royale mientras María me contaba la última trastada de sus hijos, que habían teñido a su gato persa con acuarela azul.

Sentía una sana envidia hacia mi amiga, a la que conocía desde hacía seis años, desde que comencé a trabajar para *Sensuelle*. Ambas teníamos la misma edad, pero ella tenía un marido que la esperaba en casa y dos pequeños de dos y cuatro años que hacían que sus ojos se iluminasen siempre que hablaba de ellos. A mí, en cambio, en mi apartamento en la calle Bailén solo me esperaba mi canario y una ensalada de macarrones del día anterior. Por lo que animaba al barman a que rellenara su copa una y otra vez con intención de retenerla, cuando comenzaban a achispársele los ojos y a sonrosársele los mofletes.

Un grupo de chicos entró al local. Inmediatamente mis ojos se detuvieron en

uno de ellos, resultaba imposible que no lo hiciesen. Era un joven alto, con una espalda infinita, el cabello castaño largo aunque sin alcanzar los hombros, el rostro salpicado de pecas doradas y un sensual hoyuelo en la barbilla. No pude evitar pensar en cuánto me gustaría tomar un par de primeros planos de aquellos ojos grandes, de aquellos labios gruesos, rotundos y voluptuosos y de su masculino hoyuelo.

Mi contemplación fue tan descarada que él se dio cuenta y me sonrió desde el lado opuesto de la barra. Entonces María, ajena a nuestro cruce de miradas, me dio un beso y pagó la cuenta. Su marido acababa de enviarle un mensaje fulminante y debía regresar a casa si no quería encontrarse las maletas en la puerta.

Traté de convencerla de que se quedase un poco más, diciéndole que tras las discusiones llegaban las reconciliaciones y estas podían ser muy satisfactorias, ella muerta de la risa me dio otro beso y salió del bar.

Entonces apuré de un trago lo que quedaba de mi tercer Martini y entré al baño antes de marcharme. En el espejo contemplé mis ojos verdes, enrojecidos por el efecto del alcohol y lo que quedaba en mis labios del carmín rosa fucsia. Volví a pintármelos y me recogí el largo cabello rubio en una coleta despeinada. *«Si me ve Claudia, me obliga a peinarme seguro»*, me dije a mí misma entre risas, y salí dispuesta a marcharme a casa.

A la vuelta encontré al joven del hoyuelo en la barbilla en el lugar que yo ocupaba en la barra, solo, frente a mi copa vacía.

—Comenzaba a desesperarme. ¿Nos vamos? —me preguntó cuando pasé por su lado.

—¿Perdón? ¿Nos conocemos de algo? —dije aún estando segura de que si fuese así le recordaría.

—No, por desgracia. Pero es algo que podemos solucionar ahora mismo. Me llamo Ángel.

—Yo soy Alma —me presenté y recibí un par de suaves besos en las mejillas—. Y lo siento, pero no voy a ir contigo a ninguna parte.

Dos horas y media de conversación y otras dos copas de Martini después, se había apoderado de mi raciocinio y me echaba a un lado el tanga en el portal de mi edificio, incapaz de esperar a que subiésemos a mi apartamento siquiera, y se abría paso por entre en mi carne, impaciente, cálido e impetuoso.

A la mañana siguiente despertó en mi cama, y la siguiente, y la siguiente, y fue así durante los ocho meses en los que pasó a convertirse de un pueblerino descarado a un urbanita invadido por el espíritu nocturno de la ciudad.

Y aquel jovencito recién llegado a la capital con la cabeza puesta en el cuento de la lechera, que trataba de encontrar trabajo como maestro de educación física, a sus escasos veinticinco años y con un cuerpo espectacular, supo cómo volverme loca, de remate, aunque dejaría que me crucificasen antes de admitirlo.

Cuando se marchó sin más, diciéndome que necesitaba avanzar, como si yo

fuese un ancla, llegué a creer que tenía razón. Ángel era el pasado, pero en el presente aún escocían las palabras que me habían llevado hasta la República Dominicana en busca de aventura.

«Maldita la hora», repetía en aquel preciso momento en el que estrujaba otro de aquellos diabólicos insectos contra la piel de mi nuca.

En mi fiel *Hasselblad* había tomado varias fotografías desde mi llegada; una avioneta decrépita cuya pista de aterrizaje era un carril de tierra sin asfaltar, los restos de un letrero de neón de un motel destartalado y un infierno. Un infierno verde de copas infinitas y peligrosos terraplenes por el que llevábamos circulando durante más de una hora.

El chófer de acento dulzón me relataba, con el mermado entusiasmo de quien recorre un mismo camino un centenar de veces, los que eran vestigios de una ruta de esclavitud, de vergüenza humana.

Y yo pensaba una vez más, ¿qué hago aquí?

Podría estar en mi apartamento, con la cabeza perdida entre las piernas de Mateo, un atractivo modelo con el que solía desahogar mi frustración, y al que sin embargo había sido incapaz de volver a llamar tras la ruptura con Ángel, saboreando las mieles de su cuerpo. En lugar de en el culo del mundo con aquel tipo sudado con un penetrante olor a *humanidad*, comida por una horda de mosquitos en mitad de una maraña farragosa y húmeda de hojas, sacudida como una maraca dentro de una camioneta a la que era de extrañar que con el ajetreo no le saltasen las piezas a pedazos.

¿Y todo por qué? ¿Porque un jodido niñato me había llamado poco menos que aburrida?

Pues cuando cabalgaba sobre él apretando los muslos con energía y jadeaba como si fuese a perder el conocimiento, no creo yo que se aburriese.

Mi teléfono móvil comenzó a sonar. Lo miré, era mi hermana Claudia que no me dejaba en paz ni en el fin del mundo.

—Dime, Claudia.

—¿Has llegado bien?

—Sí, claro.

—Dijiste que me telefonearías en cuanto bajases del avión. Son las doce de la noche, ¿sabes? Y aquí estoy, esperando a que me llames, y mañana tengo una operación a primera hora.

—Por eso mismo no te he llamado, Claudia, porque sé que es muy tarde.

—Pero tendré que saber si has llegado bien, ¿no? Tendré que saber que no te has estrellado o que no te han secuestrado o...

—Claudia, que estoy en el Caribe, no en Oriente Medio. Vale, perdóname, tendría que haberte llamado.

—Sabes que sigo pensando que este viaje tan repentino es un error, y menos irte así, tú sola.

—Que sí, que con las primeras veinte veces que me lo habéis dicho mamá y tú ha sido suficiente. Anda, acuéstate ya no vaya a ser que mañana le pongas a tu paciente las tetas en el cogote —dije, y pude oír cómo reía al otro lado del

aparato.

—Eres un mal bicho.

—Sí, pero, ¿y lo mucho que me quieres?

—Cuídate, loca.

—Cuídate tú también, dale un beso de mi parte a Michelle y dile que su tía le va a llevar un regalo.

—Espero que a mí también me traigas uno. Dicen que esas piedras, las larimar, son una preciosidad.

—A ti te voy a llevar un mulato para que te despeine.

—Cállate. Menos mal que Ramón está dormido y no puede oírte —dijo escandalizada ante la posibilidad de que aquellas palabras alcanzasen al soso de su marido. Mi cuñado Ramón estaba haciendo auténticos méritos para que en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española colocasen su fotografía junto a la palabra muermo. Trabajaba de contable en una multinacional de seguros, su deporte favorito era la petanca y su afición preferida, pasear los domingos por El Retiro. Para que después la *apalancada* de la familia fuese yo.

—Pues mejor, que me oiga y se espabile.

—Hasta mañana, loquita.

—Hasta mañana, Claudia.

Sonreí cuando al fin colgué. Definitivamente mi hermana tenía el cielo ganado conmigo. Me encantaba pincharla, como ella me hacía a mí por mi vida personal inestable y descentrada.

Después de casi dos horas de circulación por aquel sendero de piedras amasadas por los años, divisé una construcción sobre la ladera de una montaña, una vivienda enorme inmersa en una gran arbolada, y creí ver la entrada al cielo.

Resoplé, enderezándome, como si me hubiesen cambiado las baterías, disimulando mi agotamiento físico e iniciamos el ascenso por el sendero principal hacia la propiedad. Mi chófer conducía sin prestar demasiada atención a la vía, con la vista perdida en los alrededores, informándome acerca de cada bicho con el que nos cruzábamos mientras yo sonreía cortés, sin prestarle demasiada atención.

Nos detuvimos ante una cancela de negra forja custodiada por dos hombres mulatos, altos y corpulentos, vestidos con un uniforme aceitunado con un logotipo de seguridad privada, armados con metralletas, lo cual me dejó atónita. Aunque no era de extrañar que Cristóbal Ríos, el empresario más rico de la región e incluso de toda la República Dominicana, y septuagenario esposo de mi amiga Delia Pires, protegiese férreamente su propiedad. Pero... ¿metralletas? Glup.

Nos adentramos por un sendero de grava compactada hacia un colorido jardín. Al fondo se hallaba la inmensa mansión colonial. Tenía dos plantas, con paredes blancas de frisos oscuros y amplios balcones, el tejado era gris y estaba coronado por el gran pórtico triangular que reconocí de las instantáneas

de *Hello*.

Delia me aguardaba junto a la puerta, sentada en la escalinata de blanco mármol rodeada por dos perros enormes, unos impresionantes rottweilers. En su rostro moreno se dibujó una amplia sonrisa al descubrirnos en el camino, se incorporó y comenzó a descender los escalones, caminando a mi encuentro, seguida por los animales.

Estaba muy guapa, con la larga melena azabache suelta, que le alcanzaba la altura de los hombros, vestida con una elegante falda negra y una blusa granate cuyo escote habría sonrojado a la mismísima Pamela Anderson. Sus pechos se intuían impasibles sin sostén por la blusa de seda, sospechosamente desafiantes a la ley de la gravedad. Sus labios pintados con carmín rojo se estiraron en una sonrisa de complacencia al alcanzarme.

Yo, en cambio, debía de parecer una pupila del doctor Livingston, al más puro estilo explorador, vestida con mis vaqueros gastados con un roto en la rodilla, una camiseta de tirantes y unas confortables botas, pero se suponía que iba en busca de aventura, no a la pasarela Cibeles.

Hacía alrededor de ocho años que conocí a Delia, cuando ella trabajaba como agente de una importante agencia de modelos y yo comenzaba a labrarme mi futuro como fotógrafa. Como agente era insufrible, hacía a las revistas negociar cada centímetro de piel de sus representadas que se reflejaba en las fotografías, pezón sí o pezón no, e incluso pezón erecto o relajado. Si a la chica se le veía un poco más de lo pactado, lo cual era mi mayor mérito, ella renegociaba con premura nuevos términos con la revista.

Acudía a cada sesión de fotos de sus chicas, a cada una, y así entablamos amistad. A mí me divertía su carácter cínico y despreocupado, incluso su mala leche cuando discutía con mis jefes con respecto a las fotografías que yo había tomado. Y aunque nuestra relación laboral era complicada, fuera del estudio nos habíamos llevado de maravilla. Salíamos juntas a menudo, e incluso hubo una época en la que pasaba más tiempo en su apartamento que en el mío.

Siempre supe que era una mujer ambiciosa, vi con mis propios ojos cómo pasaba por encima de supuestas amigas suyas para ascender en la agencia y eso me hizo estar alerta en cuanto a ella en ese sentido. Pero era una mujer divertida y vital, algo que te contagiaba cuando estabas a su lado.

Conoció a Cristóbal Ríos en una fiesta de la agencia *Princess*, el dueño de la mayor plantación tabaquera del país caribeño. Viudo y treinta años mayor que ella, quedó prendado de su belleza morena y a golpe de regalos conquistó a mi amiga, convirtiéndola en la nueva señora de aquella mansión y aquellas tierras, siendo desde entonces un esposo solícito a todos sus deseos materiales.

Nunca vi con buenos ojos su relación. Cristóbal podía ser un hombre amable y atento, incluso simpático, pero estaba segura de que no le atraía como hombre, no le amaba.

«Tengo cuarenta años y estoy soltera, creo que tengo derecho a decidir si quiero pasarme el resto de mi vida matándome trabajando o tomando el sol

en el Caribe», fue su respuesta cuando la enfrenté, advirtiéndole de que debía pensar muy bien lo que iba a hacer. Una respuesta de lo más romántica refiriéndose a su recién prometido. Aquellos eran sus motivos, que en absoluto comprendí y mucho menos compartía.

Yo no podía evitar pensar que si el precio por estar todo el día tumbada al sol en el Caribe era permitir que se me subiese encima aquel señor mayor arrugado y pálido, que me tocase y besase a su antojo, prefería pasar el resto de mi vida picando piedra.

Pero Delia y yo teníamos un modo muy distinto de ver la vida. Ella sentía que el tiempo se le escapaba entre los dedos, y bajo mi prisma trascurría demasiado lento. Demasiado lento para conseguir el sueldo que merecía tras seis años dejándome los sesos y las horas para *Sensuelle*, para encontrar a un hombre que me enamorase y con el que mantener una relación estable.

A raíz de esa noche en la que me confesó sus verdaderos sentimientos hacia su futuro marido no volví a mencionarle el tema. Todo fueron felicitaciones y buenos deseos para su matrimonio por mi parte.

Desde su retiro voluntario a la República Dominicana había insistido en que la visitase, cada vez que hablábamos por teléfono, con mucha menor frecuencia de la que me hubiese gustado por lo apretado de mi agenda, pero después de mi último fiasco amoroso no encontré mejor momento que aquel.

Necesité un par de segundos para acostumbrarme al suelo firme tras bajar del vehículo. Mi amiga me abrazó a los pies de la escalinata, como si hubiese llegado el doctor, cargado de medicinas, a salvarla. Y las medicinas que yo portaba no eran otras que novedades, aire fresco y conversaciones nuevas. Me atravesó con sus ojos negros como si pretendiese advertir cualquier cambio de mi rostro en el tiempo que llevábamos sin vernos, y volvió a abrazarme con vehemencia. Los perros comenzaron a ladrar y a olisquearme, poniéndome nerviosa.

—Tranquila, Alma, no hacen nada. Deja que te huelan para que se hagan a ti — dijo con una sonrisa—. Querida, qué alegría. Estás guapísima, ¿son extensiones?

—No, hace mucho que no me corto el pelo —afirmé observando a los animales de reojo.

—León, Chimo, ¡out! —exclamó autoritaria y los dos perros se alejaron de nosotras corriendo. José, el chófer, bajó mi maleta de la camioneta y se la echó al hombro.

—Siento que hayas tenido que venir en ese trasto, el imbécil del capataz tiene estropeado su coche y Cristóbal le ha permitido llevarse mi jeep, dejándome ese cacharro que usan los trabajadores. ¿Solo una maleta? —dudó, dando por zanjado el tema de mi transporte, y yo asentí encogiéndome de hombros. No necesitaba mucho más que trajes de baño y ropa cómoda, estaba de vacaciones, una maleta era más que suficiente—. ¡No se atreva a pisar el mármol italiano con esos zapatos asquerosos! Deje la maleta junto a la puerta de la entrada —indicó a su empleado y el caballero, agachando la cabeza,

desapareció escaleras arriba cargado con mis pertenencias. Me sorprendió su actitud, no recordaba aquella faceta de señora feudal en mi amiga.

—Te he traído un regalo —advertí buscando en mi bolso bandolera, entregándole un diminuto tarro de cristal tallado que contenía un espléndido perfume y las comisuras de sus labios se estiraron en una inmensa sonrisa. Sin embargo, sentí como si sus ojos se negasen a sonreír. Delia parecía haber envejecido una década desde la última vez que la vi. Tenía aspecto de estar cansada, en su rostro habían nacido arrugas y surcos nada sutiles. Su imagen no se correspondía en absoluto con la mujer fresca y desinhibida que yo había conocido, con la juerguista redomada que se asomó al balcón de mi apartamento sin sostén en la noche de Navidad del 2009.

—No tenías por qué haberte molestado —dijo tomando mi mano, afectuosa.

Subimos la escalinata, adentrándonos en la propiedad. Delia empujó la gran puerta de madera labrada, abriéndola, y pasamos al hall. Solo en la entrada había varias obras de arte colgadas de las paredes, empapeladas en un tono verde aceitunado con motivos grises, un impresionante *Botero* y dos inimitables *Kalos*. Una amplia escalera de mármol beige descubierta giraba hacia la derecha a medida que ascendía a la planta superior, frente a la entrada.

—¡Karim! —voceó la anfitriona, pidiéndome mi bolso para dejarlo sobre un tresillo de mimbre.

Una puerta se abrió a nuestra izquierda y por ella apareció uno de los empleados de servicio. Era un joven de piel negra como el betún que caminó hacia nosotras con la mirada perdida en el suelo. Su cabello era oscuro, en consonancia con el tono de su piel, y su nariz chata, algo ancha en la punta. Era corpulento, varios palmos más alto que yo e iba ataviado con un uniforme de chaqueta blanca abotonada y pantalón negro. Alzó la vista para mirar a su jefa y sus iris verde agua nos alcanzaron, sorprendiéndome con su color particular.

—Karim, sube el bolso y la maleta de la señorita Jenssen a su habitación —pidió Delia, mientras yo necesitaba una palanca para apartar mis ojos de su apuesto empleado. El joven me miró, sonreí entregándole mi bolso, pero él tan solo descendió la mirada, alejándose de nuestro lado sin decir palabra, desapareciendo en dirección al piso superior—. Es guapo, ¿verdad? —guapo se quedaba corto, el joven sirviente al que Delia había llamado Karim poseía una belleza exótica, sublime—. Ojalá fuese un poco menos soso —dijo cómplice, guiñándome uno de sus ojos negros.

Mi amiga me condujo hasta el salón principal. Unos grandes ventanales ofrecían una privilegiada vista de los jardines posteriores de la mansión, había una poderosa lámpara de araña de vidrios tornasolados y la decoración continuaba en consonancia con el hall. No pude evitar pensar que aquella estancia de paredes con frisos dorados y suntuosos cuadros iluminados a cada centímetro, resultaría demasiado rimbombante incluso para una película de Drácula. En aquella casa sobraba el dinero y sus dueños se encargaban de

exhibirlo sin el menor pudor.

Un impresionante jarrón chino de grabados azules era ilógicamente acompañado por sillones victorianos de madera lacada en color dorado y acolchados granates. No pude evitar pensar que si mi amigo Álex, decorador de escenarios de Mari Clare, entrase en aquella habitación la abandonaría vomitando. Pero yo no estaba allí para analizar la decoración, agradecía la oferta de Delia de permitirme hospedarme en su propiedad hasta que echase en falta el bullicio de la ciudad al que estaba acostumbrada, y sus gustos decorativos quedaban fuera de toda discusión.

En uno de aquellos sillones victorianos estaba sentado Cristóbal Ríos, el caballero de piel blanquísima y escaso cabello rubio, con el rostro redondeado y mofletes sonrosados, embutido en un traje de paño beige con una colorida corbata aflojada. Se hallaba concentrado escribiendo con sus manos regordetas sobre un elegante portafolios de cuero, hasta que Delia y yo atravesamos el umbral. Entonces sus diminutos ojos azules, escondidos tras unos antejos dorados, se centraron única y exclusivamente en mí.

—Querido, ya ha llegado Alma, ¿la recuerdas de nuestra fiesta de compromiso en Madrid?

—Claro, la afamada fotógrafa —apostilló incorporándose, con sorprendente agilidad, deshaciéndose de las gafas y extendiendo una de sus manos hacia mí—. Encantado de volver a verla.

—El placer es mío, señor Ríos —respondí estrechando su mano.

—Llámeme Cristóbal, por favor —pidió regalándome una amplia sonrisa de dientes pequeños y ligeramente separados que devolví—. Así que tendremos la fortuna de su compañía durante un tiempo, ¿no es cierto?

—Así es. Espero no incomodarle.

—En absoluto, estoy encantado de que nos visite, siéntase como en su casa. Delia necesitaba la visita de una amiga, es una mujer demasiado joven para estar todo el día sola en esta casa acompañando al viejo de su marido —dijo con cierto pesar en la voz.

—Oh, no, cariño. No me aburro —corrigió ella veloz acercándose a su esposo, besándole en la mejilla con ternura—. Soy muy feliz a tu lado.

—Gracias, mi vida. Si me disculpáis, tengo que terminar este informe antes de la cena —dijo regresando al sillón, permitiéndonos regresar a nuestro *tour* por la mansión Ríos.

La suntuosa casa contaba con doce habitaciones en la planta superior, cada una con su propio baño; una cocina inmensa en la que trabajaban afanosamente tres mujeres mulatas, todas mayores de cincuenta años, vestidas con un uniforme negro y blanco, con cofia y delantal a la antigua usanza. También había dos doncellas, una de ellas era una joven mulata de piel muy clara llamada Darinda, que se encargaba de servir la mesa y limpiar la casa, junto con Karim, el joven al que había conocido antes, según me explicó Delia, a la otra no la conocí en ese momento. Había también un salón comedor, una salita para el té, otra para la televisión, un baño turco, sauna,

gimnasio...

Delia me relataba ilusionada cada cuadro, cada valiosa fruslería de cada habitación y de cada pasillo. Yo estaba agotada, con el cuerpo entumecido tras las horas de avión y el ajetreado viaje en camioneta y solo deseaba meterme en la que me había mostrado como mi habitación, sobre cuya cama reposaba mi abollada maleta rosa fucsia y mi bolso, pero no hallaba el modo educado de decirle a mi amiga, ávida de mi compañía, lo mucho que necesitaba descansar.

Accedíamos al jardín posterior cuando el sol comenzaba a caer sobre las montañas en el horizonte y a mí me quemaban en la punta de la lengua las palabras que utilizaría para escapar de su lado y dirigirme a mi dormitorio. Pero entonces una imagen capturó mi atención. Tanto fue así que eché en falta mi cámara fotográfica, guardada dentro del bolso sobre la cama en la que yo debiera estar descansando, para capturar una instantánea del tipo que, descamisado, descargaba fardos de hojas oscuras de un todoterreno. Había varios hombres ayudándole, subiéndolas a otro vehículo, todos de piel mulata, todos excepto él. Aunque su piel bien podía haber pasado por oscura, salpicada de barro y grasa, con el atlético torso al descubierto, los robustos hombros en tensión por el esfuerzo físico y la musculatura abdominal tan marcada que provocó que me asaltase una insana urgencia por comer chocolate. Su único atuendo era un pantalón beige hecho trizas y un sombrero tipo cowboy marrón bajo el que resplandecía su cabello rubio.

Contemplé con éxtasis cómo los músculos de su espalda de nadador se estiraban y contraían cuando alzaba la pesada carga. La sensual prominencia de sus músculos oblicuos al girarse y el contorno de sus nalgas prietas bajo lo que quedaba de su pantalón desgarrado, me hicieron sentir inmersa en algún tipo de hipnosis erótica. Cómo podía estar tan bueno sin romperse en dos.

Delia miró en mi misma dirección intentando adivinar qué me tenía tan cautivada y al descubrirlo, sus labios se apretaron en un mohín de disgusto.

—¡Mi jeep! ¡Me lo están destrozando! —bramó caminando apresurada hacia los trabajadores, y yo la seguí.

Se detuvo justo frente a ellos, los jóvenes de piel mulata se volvieron descubriéndose de sus maltrechos sombreros de paja como saludo al verla llegar. El hombre rubio, en cambio, continuó empujando un pedazo de tubería de goma hasta tirarlo al suelo, casi a nuestros pies.

—¿Para esto querías mi jeep? ¿Para ensuciarlo? —exigió furiosa, dirigiéndose al *cowboy* que enfocó sus ojos en ella por primera vez, dos profundos abismos marinos, azules, profundos, infinitos.

—Para arreglar el problema de riego que ha hecho que se pudran todas estas plantas, señora —afirmó indicando hacia los fardos de hojas secas—. La camioneta nunca habría llegado hasta la cima.

—¡Pues te subes a caballo o vas andando! ¿Sabes cuánto costará sacar el barro de esos asientos? Mucho dinero.

—Para eso lo gana su marido, señora. El señor Ríos me dijo que debía

solucionar el problema a toda costa y es lo que he hecho —respondió con una actitud muy distinta a los sirvientes de la mansión Ríos, casi desafiante. Si aquel era uno más de sus trabajadores, no lo parecía.

—Estoy de demasiado buen humor, Hans, para que me lo estropees —advirtió mientras yo les observaba discutir en silencio, observando con detenimiento, mucho más de cerca, al tal Hans. Una seductora barba de varios días cubría su mentón cuadrado, su rostro estaba tostado por el sol, así como en su formidable torso bronceado y poseía unos brazos capaces de aplastar a un oso. Lo cierto es que era mucho más guapo y mucho más *hombre*, por llamarlo de alguna manera, que la mitad de los modelos que yo había fotografiado a lo largo de mi carrera.

—Sí, ya veo que ha traído a una nueva *cazadora* —dijo entre dientes provocando risas de colegueo entre el resto de trabajadores, aunque ambas pudimos oírle perfectamente.

—Hans, sé que mi marido te consiente todo, pero no te atrevas a desafiarme. La señorita Jenssen es mi invitada y como tal la trataréis, ¿algún problema?

—En absoluto.

—Y quítate el gorro para hablar conmigo —ordenó autoritaria provocando que el tal Hans saltase del jeep, sorprendiéndonos, y situándose frente a ambas se desprendió del sombrero.

—Por supuesto, *señora* —marcó la palabra con un nada discreto retintín—. Encantado de conocerla, señorita Jenssen —dijo escrutándome con su mirada azul con una intensidad tal que habría provocado que se me derritiese hasta el esmalte de uñas de haber llevado. Permaneció mirándome, con fijeza, en silencio, durante unos segundos eternos.

—Está bien, nos marchamos —dijo Delia agarrándome de la mano, tirando de mí de regreso hacia la mansión Ríos.

—¿Qué ha querido decir con eso de que soy una cazadora? —pregunté a mi amiga en cuanto estuvimos lo suficientemente lejos como para que no pudiesen oírnos.

—Nada, estupideces de estos hombres que son medio salvajes.

—Pero él no es dominicano, ¿verdad?

—No, es norteamericano, ¿no se nota? Malditos yanquis engreídos. Se cree que va a heredar la plantación. Y la culpa es de mi marido que se lo consiente, y todo porque le salvó la vida.

—¿Que le salvó la vida? —pregunté cuando casi alcanzábamos la entrada trasera de la mansión.

—Sí, pero es una historia muy larga y no estoy de humor. Cada vez que hablo de él me entra una mala leche. Además estarás cansada, así que ¡hala! A descansar.

Capítulo 2

Pienso en él con mis manos

CUANDO al fin alcancé mi habitación y pude encerrarme en ella, llené la bañera hasta arriba. Deseaba sumergir mi agotamiento y relajarme antes de meterme en la cama. Mientras me desnudaba frente al largo espejo de pie del dormitorio comprobé la veintena de picaduras de mosquitos que poblaban mi cuerpo y volví a acordarme de mi hermana, ella me había obligado a vacunarme de la hepatitis A, B, la fiebre tifoidea y a saber cuántas otras enfermedades más.

Yo que conocía de buena tinta que ninguno de los amigos que habían ido de vacaciones a Punta Cana o Playa Bávaro se habían vacunado de nada me negué, pero Claudia se presentó al día siguiente en mi apartamento con un cargamento de vacunas y durante un buen rato me pinchó aquí y allá a su antojo. Así era ella, ojalá hubiese estudiado empresariales en lugar de medicina.

Los huesos de las caderas comenzaban a señalarse sobre mi piel, había perdido peso, mi falta de apetito que achacaba al desamor estaba haciendo mella en mi cuerpo. Nunca había sido una chica esbelta, quizás aquella era la ocasión que más delgada estaba en toda mi vida, y no me gustaba en absoluto ver cómo se me marcaban las clavículas y mi cuello se alargaba como el de una jirafa, o cómo había perdido pecho, por lo menos una talla. *«Estás que das asquito, hija»*, me dije a mí misma y me fui en busca de mi baño caliente.

No había planeado siquiera cuántos días me quedaría en la casa de Delia, tenía un mes por delante, todo Julio, mi mes de vacaciones para decidirlo. Una semana, dos, todo el mes. Alargaría mi estancia en función de lo a gusto que me encontrase.

Sumergida en la tina metálica esmaltada, con patas del mejor acero inoxidable según había detallado Delia, con la espuma envolviendo mi cuerpo, con el vapor ascendiendo despacio desde el agua y el aroma afrutado del gel de baño, envolviéndome en una cálida bruma, Ángel acudió de nuevo a mi mente. Y como una losa, pesó en el pecho su rechazo.

Me revolví furiosa conmigo misma, e introduje mi cabeza en el agua, tratando de ahuyentarle, como si fuese posible.

Lo cierto es que odiaba que me hubiese dejado, era la primera vez que un hombre rompía su relación conmigo. No era Karolina Kurkova, pero era una mujer resultona y, según todas mis conquistas, bastante divertida. Normalmente era yo quien, pasadas varias semanas, comenzaba a cansarme

del guapo de turno y quien acababa dándole calabazas aburrida de sus conversaciones banales sobre la alimentación adecuada para la musculatura abdominal, o de si tal o cual modelo era mejor pagado que tal o cual otro. Y no se trataba de orgullo femenino, o tal vez sí, pero lo que más odiaba era cómo lo hizo, acusándome de ser un lastre en su vida.

No volvería a encapricharme con ningún hombre, y mucho menos con uno menor que yo. Pero, ¿cómo podía haber evitado encapricharme de Ángel desde la primera vez que me hizo el amor? Me encogí al recordarlo. A pesar de su juventud, había sido un excelente amante, cariñoso, dulce... atrapaba mis pechos abarcándolos en su totalidad con sus manos mientras con su lengua ardiente dibujaba surcos alrededor de mi clítoris con maestría, erizando mi piel, enfervorizando mis terminaciones nerviosas. Lo atrapaba para liberarlo después entre sus labios, una y otra vez. Inconscientemente mis manos acudieron al mágico lugar bajo el agua al recordarlo y con mis dedos imité el movimiento circular, percibiendo cómo mi sexo despertaba del letargo al que lo había sometido desde la partida de su último inquilino.

Entonces, otra imagen acudió a mi mente, la del mordaz descamisado que había pretendido ofenderme aquella misma tarde. Hans, el capataz. Recordé su bronceado torso desnudo manchado de fango, sus brazos musculados, su abdomen tableado, sus nalgas prietas bajo el pantalón, y esos ojos azules... Sus labios eran finos y estaban enmarcados por esa barba descuidada de varios días. Hum...

Gemí. Estaba excitada, demasiado. Con cuidado paseé mis dedos por la cálida entrada a mi placer, deleitándome con la suave caricia. Introduciéndolos despacio en su interior, estirando todo mi cuerpo. Pensé en Hans sintiéndome una descarada y me ruboricé, pero nadie lo sabría, nadie podía descubrir lo que estaba imaginando. Y pensé en sus brazos, en su nariz recta y su barba rubia... Hum. ¿Cómo sería perderse entre aquellos labios? ¿A qué sabría su boca? Y su cuerpo, ¿cuál sería su sabor? Cuánto me gustaría saborearlo. Debía de ser todo un salvaje en la cama, o quizá fuese cuidadoso y delicado bajo toda esa aparente rudeza. Gemí. Mi pulgar había cobrado vida propia y continuaba masajeando, mimando mi clítoris, acompañándolo de los tibios movimientos de mi muñeca, una y otra vez. Jadeando, callada, meciendo el agua sobre mis pezones. La otra mano acudió veloz para continuar amasando el placer que surgía sin remedio con mi caricia... ¿Cómo sería el resto de su cuerpo? ¿Qué había bajo el marcado escalón de sus ingles? Cuánto me gustaría verle desnudo, tenerle entre mis piernas... sería tan excitante. El clímax llegó rápido, extendiendo las ondas de placer que surgían de mi interior por todo mi cuerpo, contrayéndome, haciéndome estremecer, llenando mis mejillas de color. Jadeé extenuada, enderezándome en la bañera mientras mi respiración se normalizaba poco a poco.

Para acabar sintiendo una vez más, cuando el placer acabó, lo mucho que echaba de menos llenar aquella oquedad que abandonaban mis dedos, con el cuerpo caliente de un hombre, de un compañero que conociese mis

debilidades y me hiciese rendirme a ellas.

¿Es que ya no volvería a disfrutar de un orgasmo en condiciones?

De un orgasmo de esos de... *Me muero... me muero*. Sí, cada persona es imprevisible en un momento como ese, y a mí en mis orgasmos estratosféricos, en los que me siento al borde de la muerte, me da por decir: *me muero*... Pero eran muy pocos los hombres que me habían oído jadear algo así, muy pocos los que me habían llevado a alcanzar *la pettit morte* o pequeña muerte, como la llaman los franceses.

Delia me había advertido que acostumbraban a cenar en torno a las nueve, pero yo no tenía hambre, solo necesitaba descansar el cuerpo tras el largo viaje así que decidí no bajar a cenar y así lo había comunicado a mi anfitriona antes de recluirme en mi habitación.

Tras el relajante baño, me envolví desnuda en una delicada bata de raso, el sofocante calor de la región unido al fervor del orgasmo que acababa de regalarme me disuadían de cubrirme con cualquier otra prenda.

Comencé a deshacer la maleta, colocando sin prisas la ropa en el armario empotrado de mi estancia, de alrededor de treinta metros cuadrados, con pantalla de plasma, hilo musical, aire acondicionado (requisito indispensable ante aquel calor sofocante), conexión a internet vía WIFI e incluso línea privada de teléfono, había relatado orgullosa la propietaria cual recepcionista de hotel, a la que solo le había faltado añadir: *«No hemos reparado en gastos»*, a lo John Hammond de Parque Jurásico.

Casi había terminado de colocarla cuando la puerta que comunicaba con el pasillo se abrió. Me giré sorprendida de que alguien osase a entrar en mi habitación sin llamar.

Era Karim, el joven empleado de la casa, y cargaba unas sábanas en sus brazos. Cerró la puerta veloz al descubrirme allí, con la bata medio abierta hasta la cintura, una bata sobre cuya seda blanca se dibujaban con detalle todos y cada uno de los surcos de mi piel. Sentí cómo enrojecía, convirtiéndome en un tomate viviente. Estaba convencida de que me había visto hasta las amígdalas por aquella bata entreabierta.

—Lo lamento muchísimo, señorita Jenssen, creí que estaría abajo, cenando —se disculpó a través de la puerta.

—Espera un momento —pedí tomando uno de mis pantalones de algodón del armario y una camiseta de tirantes, pues no acostumbraba a usar sostén para dormir, y me cubrí—. Ya puedes pasar —advertí abriendo la puerta. Con casi total probabilidad el color de su piel disimulaba un más que probable rubor en sus mejillas también, me miró con sus bellos ojos verdes, refulgentes, capaces de iluminar toda una habitación.

—Vengo a cambiar las sábanas, la señora Delia me pidió que colocase sábanas nuevas, esta habitación lleva tiempo sin usarse —explicó adentrándose en la estancia, mirándome de reojo, quizá aún intimidado por el contorno de mis pezones que se marcaban impetuosamente sobre la prenda de fino algodón. Crucé ambos brazos sobre el pecho.

—Muy bien, no te preocupes. Haz lo que tengas que hacer, como si no estuviese —pedí tomando mi cámara fotográfica del bolso, repantigándome en un cómodo sillón que había bajo la amplia ventana que proporcionaba vistas del jardín posterior de la casa, la piscina y la casa de invitados.

El joven dejó las sábanas dobladas sobre la mesita de noche y desnudó la cama, mientras yo no le prestaba demasiada atención, concentrada en repasar la calidad de las instantáneas que había tomado hasta el momento.

—¿Es cierto que es usted fotógrafa? —preguntó de improviso mientras estiraba la sábana bajera sobre el colchón, regalándome una impagable perspectiva de cuán hermosos eran los ojos verdes con los que me miraba curioso. El impoluto uniforme blanco abotonado contrastaba enormemente con el tono achocolatado de su piel, era un joven muy atractivo.

—Sí, lo es, soy fotógrafa de moda, ¿me permites que te fotografíe?

—¿A mí?

—Sí, a ti, tienes unos ojos preciosos, ¿nunca te lo han dicho? —requerí. Karim sonrió, deleitándome con una sonrisa inmensa sobre la que destellaron las perlas de su boca.

—Sí, mi novia solía decírmelo casi cada día —respondió descendiendo el rostro, como si le intimidase hablar de su vida privada.

—Ah, tienes novia. ¿Y ella, también trabaja para la familia Ríos? —Karim apretó los labios antes de enfrentar mi rostro de nuevo.

—Ella murió, en el terremoto de Haití, en Puerto Príncipe —reveló, dejándome boquiabierta. Aparté la cámara que abandoné sobre el sillón y di un paso hacia él que continuaba atareado vistiendo mi cama.

—Lo siento mucho —dije y Karim detuvo su quehacer para mirarme a los ojos—. ¿Eres Haitiano?

—Mis padres eran haitianos, pero yo nací en Vicente Noble, soy dominicano. Mi novia era también haitiana, la conocí en una plantación de caña de azúcar —rememoró con la vista perdida en el suelo, muy lejos de allí —. Después del desastre, de perderla, creí que no podría sobrevivir a su ausencia, pero al parecer me equivocaba —aseguró, recomponiéndose, tomando otra de las sábanas estirándola sobre mi lecho.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete —respondió caminando hacia mí, rodeando la cama para estirarla por mi lado.

—¿Vives aquí, en la mansión?

—Sí, en la planta inferior tenemos las habitaciones los empleados de servicio de la casa. ¿Y usted, señorita Alma, es cierto que vive en Madrid y fotografía modelos?

—No es necesario que me llames señorita, con Alma es suficiente.

—No puedo llamarla por su nombre, señorita, sería una falta de respeto a ojos de los señores.

—Bueno, pero para eso tendrían que saberlo, ¿verdad? Si quieres llámame señorita solo cuando estén ellos delante —el joven dominicano asintió

sonriendo—. Y sí, es cierto, ambas cosas lo son —respondí devolviéndole la sonrisa, resultaba enternecedora la ingenuidad con la que me preguntaba—. Vivo en Madrid y me gano la vida fotografiando la belleza, *supuestamente*.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso no son bellas las modelos? —preguntó intrigado mientras colocaba la funda a una de mis almohadas, yo permanecía de pie a su lado.

—Aunque hay de todo, por supuesto, me he encontrado con demasiados bellos recipientes vacíos, o llenos de vanidad. Me paso el día rodeada de personas que solo se preocupan por sí mismas y por la imagen que tienen los demás de ellas. Lo cierto es que hace tiempo que no conversaba con alguien auténtico, como estamos haciendo ahora —confesé, asiendo uno de los pilares de la cama que sujetaban el amplio dosel enrollado.

—Si me fotografía, ¿quién verá esas fotos?

—Solo yo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque yo no quiero ser modelo, yo soy feliz aquí, el señor Ríos es un buen patrón.

—Tranquilo, no enviaré tus fotos a ninguna agencia —admití entre risas, como si fuese tan sencillo entrar en el mundo de la moda—. ¿Y Delia, cómo es como *patrona*?

—También, la señora Delia es muy buena —dijo, pero sus ojos cristalinos no transmitían el mismo convencimiento que en la afirmación anterior—. Puede fotografiarme, si quiere —ofreció sonriendo de nuevo, así que tomé mi Hasselblad y realicé una decena de instantáneas, de sus exquisitos iris, de sus voluptuosos labios, tratando de capturar su belleza pura y sin artificios, su sonrisa cristalina.

—Me encantan tus ojos, son preciosos.

—Gracias seño... gracias Alma.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dígame.

—¿Qué es ser una *cazadora*? —Karim se enderezó ante mi pregunta, rehuyendo mi mirada.

—Esa es una pregunta comprometida, seño... Alma.

—Precisamente por eso quiero saber lo que significa —su expresión me decía que se debatía entre si debía responderme o no.

—Así es como llaman los peones a las... a las mujeres jóvenes que solo pretenden embaucar a los señores ricos para que se casen con ellas.

—A las mujeres como Delia, ¿no?

—No, no. La señora Delia está enamorada del señor —dijo, parecía escandalizado por mi falta de pudor.

—Sí, ya claro, por supuesto —bufé sentándome de nuevo en el cómodo sillón de mi dormitorio. Así que eso era lo que me había llamado el capataz, básicamente una *cazafortunas* sin escrúpulos que buscaba ascender a golpe de pubis en la escala social. Estaba muy equivocado, pero que muy equivocado si pensaba que se iba a quedar tan a gusto después de soltarme semejante bajeza.

Lo que no podía entender es cómo Delia, la señora de la casa, podía consentirle comentarios como aquel. Karim había terminado de hacer mi cama y se volvió, recogiendo del suelo las sábanas sucias antes de marcharse —. Espera un momento, tengo una pregunta más... Ese hombre... el capataz...

—¿El señor McBride?

—Hans, es su nombre, ¿verdad?

—Sí, Hans McBride.

—Dice Delia que salvó la vida de su marido —Karim asintió sosteniendo la nube de sábanas entre sus manos—. ¿Cómo fue?

—No soy la persona más indicada para relatarle esa historia, señorita. Porque solo la conozco de oídas. Mejor pregúntele a la señora Delia. Buenas noches, que descanse —dijo antes de salir de mi habitación sin posibilidad de que le insistiese en ese tema.

Me quedé un rato observando por la ventana, pensativa. Debía de haberse tratado de una situación realmente delicada para que Karim rehuyese hablarme de ella, además de para que provocase semejante condescendencia del poderosísimo Cristóbal Ríos con alguien que no pertenecía a su círculo social, ni a su estatus. Debía de confiar mucho en el tal Hans.

Maldito prepotente. Llamarme *cazafortunas*. ¿Quién era él para juzgarme sin conocerme siquiera?

Dime con quién andas y te diré quién eres, debía de haber pensado el muy imbécil. Y yo me había regalado un orgasmo pensando en él después de que me llamase *guarra* en mi cara, aunque sin saberlo. Sentí ganas de enseñarle un par de palabras en noruego además de otras cuantas más en castellano para que sí que las entendiese.

En aquel preciso momento le vi aparecer junto a la piscina, cargaba una caja en sus manos y caminaba entre las palmeras de la parte posterior, iba acompañado de otros dos hombres. Ni corta ni perezosa me dije a mí misma que no tenía por qué callarme lo que me apetecía decirle y me puse los zapatos dispuesta a mostrarle con quién se había topado.

Capítulo 3

La chica de los montones

RODEÉ toda la piscina caminando en silencio por el césped hasta aproximarme a los tres hombres. El capataz, que se había aseado y cambiado de ropa, estaba agachado entre un par de palmeras y sacaba una especie de cacharro de plástico negro de la caja que había transportado hasta allí. Los tres se giraron al oír mis pasos.

—Buenas noches —dije al alcanzarlos.

—Buenas noches, señorita —respondieron los dos empleados dominicanos, evitando mirarme a los ojos.

—¿Se le ofrece algo, señorita Jenssen? —preguntó Hans sin modificar su postura, regresando a su quehacer en un agujero del suelo entre el césped. Me estiré, incómoda.

—Pues me gustaría hablar con usted un momento, Hans.

—Estoy ocupado. Pero estoy convencido de que cualquiera de los sirvientes de la casa podrá atender sus necesidades mejor que yo —respondió sin concederme la menor atención. Los dos peones se miraron entre sí, parecían divertidos con la escasez de modales de su capataz.

—¿Sabe usted quién es Thor, Hans? —mi pregunta debió de sorprenderle, pues apartó la mirada del trabajo que se traía entre manos para dirigir sus ojos azules hacia mí.

—¿El dios de la mitología nórdica?

—El mismo. Vaya, veo que conoce algo más que plantas de tabaco.

—Checho, Juan, dejadme solo con la señorita un momento, por favor —pidió y ambos hombres, caminando, se alejaron de nosotros. Hans se incorporó, estirando toda su corpulencia ante mí, sacudiendo sus manos de la arena del suelo, me sacaba al menos un par de cabezas en altura—. Claro que conozco algo más que plantas de tabaco, señorita Jenssen, pero estoy seguro de que no le interesa conocer mi currículum vitae.

—En absoluto. Pero si tiene la menor idea de quién es Thor, señor McBride, le aconsejo que no se atreva a desafiar a alguien que lleva sangre vikinga en sus venas. Si vuelve a insinuar que soy una *cazafortunas* o a faltarme el respeto de algún modo, me encargaré de que aprenda de primera mano de lo que somos capaces los descendientes del dios del trueno. ¿Estamos? —advertí muy seria, retándole, enfrentando su rostro cuadrado con el mío. El capataz sonrió y sus dientes blancos resplandecieron en medio de aquella semioscuridad.

—Conozco a las mujeres como tú, con esa falsa dignidad y esa arrogancia, creyendo que el mundo debe inclinarse ante ellas solo porque son bonitas.

—Jamás, en tu puñetera vida has conocido a una mujer como yo —dije y pude leer el desconcierto en su mirada azul—. Soy fotógrafa, no modelo. Así que coge tus fastidiosos prejuicios y métetelos por donde te quepan, maldito yanqui —sentencié girándome, dándole la espalda, caminando con paso decidido de vuelta a la mansión.

¿Pero qué clase de bicho le había picado a ese condenado hombre? Al parecer debía de haberme confundido con alguna de las amigas modelos de Delia. ¿Habría ejercido esta de casamentera entre ellas y los adinerados amigos de su marido? Es lo que me llevaban a suponer las palabras de aquel deslenguado.

Pero conmigo había pinchado en hueso, no iba a permitir que me menospreciara y mucho menos que me ofendiese. Si Delia y su marido le permitían esos modales con sus invitados, yo no iba a consentírselo por muy bien considerado que estuviese por el señor Ríos. Y por muy atractivo que me pareciese a mí. Imbécil.

De regreso a la mansión abrí la impresionante cristalera del salón y pasé dentro. La estancia permanecía en penumbra, pero conocía la dirección a tomar y caminé hacia el pasillo que conectaba con las habitaciones interiores de la casa.

—Buenas noches —dijo alguien a mi espalda, dándome un susto de muerte. Un hombre permanecía sentado en uno de los sillones victorianos. El caballero encendió la lámpara de pie que había a su lado para que pudiese verle.

—Buenas noches —respondí observándole con detenimiento, y se incorporó. Era alto, moreno, tenía el cabello peinado hacia un lateral, engominado. Sus ojos eran negros, debía de rondar los treinta y pocos años y vestía un elegante traje de lino. Entre los dedos hacía rodar un puro.

—Usted debe de ser la señorita Alma Jenssen —sugirió y yo asentí, percibiendo cómo sus ojos oscuros se detenían en mi pecho, en mis pezones que se marcaban sobre la camiseta de algodón, enhiestos por el susto de encontrarle allí entre las sombras. Se me había puesto la carne de gallina. Crucé ambos brazos sobre el pecho, no volvería a abandonar mi habitación sin sujetador, sin duda no era una buena idea—. Permita que me presente: soy Augusto Ríos, el hijo mayor de Cristóbal —dijo acercándose y sentí sus labios posarse en mis mejillas, con detenimiento.

—Un placer.

—No, el placer es mío, por supuesto —aseguró con una sonrisa—. Estoy encantado de conocerla, soy un admirador de su trabajo.

—¿De las publicaciones de moda?

—Oh, no, eso se lo dejaremos a Delia, que analiza y comenta cada fotografía de las revistas. Me refiero a su trabajo en la revista *Straßenfotografie* —dijo, sorprendiéndome. Augusto Ríos se refería a mi

participación en una prestigiosa revista de fotografía artística alemana en la que había hecho varios reportajes de fotografía callejera. Involucrarme en ese tipo de publicaciones independientes era mi modo de evadirme de mi trabajo diario, de plasmar la vida que me rodeaba sin el glamour, sin los focos y el *photoshop* del mundo de la moda.

—Muchas gracias, Augusto. Me sorprende que conozca esa faceta mía, pues suelo publicar con un seudónimo en cualquier ámbito que no sea el de la moda.

—Marga Green —dijo demostrándome que lo conocía.

—¿Y cómo supo que era yo?

—Gracias a Delia. Hace tiempo le mostré una fotografía que me impresionó sobre las manos de un obrero y ella me dijo quién se escondía tras Marga Green, desde entonces he seguido su trabajo.

—Vaya, ¿y cuál es su fotografía favorita?

—La del niño que espera el autobús solo, mientras su madre presta atención a su teléfono móvil, es magnífica —afirmó mirándome con una gran intensidad. Sus ojos eran redondos y su nariz respingona, lo cierto es que me pareció bastante atractivo.

—También es mi favorita —admití con una sonrisa.

—¿Le apetece que le sirva algo de beber? —preguntó indicando hacia el mueble camarera que había a nuestra derecha.

—No, muchas gracias.

—Mi padre y Delia están tomando el postre, enseguida vendrán, yo prefiero fumarme esta maravilla; el primer puro que ha sido liado hoy en la tabaquera... ¿gusta?

—No gracias, no fumo.

—¿Y le importa que fume yo?

—En absoluto.

—Creo que podemos tutearnos, ¿verdad? Ninguno de los dos hemos cumplido aún los cuarenta y, aunque lo hubiésemos hecho, mentiríamos como bellacos —bromeó, haciéndome reír, mientras con un encendedor plateado prendía su grueso cigarro. Sabía que Cristóbal Ríos tuvo tres hijos, y sabía también que perdió a una de sus hijas recientemente, aunque desconocía las circunstancias, pero no había tenido oportunidad de conocer los otros dos, un hombre y una mujer, aunque de todos era sabido que ambos se encargaban de la distribución internacional del tabaco que se producía en La Bella, la finca en la que nos alojábamos.

—Y... ¿vives aquí?

—No, yo vivo en California, me encargo de supervisar la distribución internacional de nuestro tabaco —dijo tras dar una honda calada a su cigarro que hizo centellear el ascua rojiza—. Aunque vengo con frecuencia para ver a mi padre y supervisar el negocio. Y obviamente para disfrutar de este país maravilloso que tantos recuerdos me trae de la infancia. ¿Nos sentamos? —ofreció indicando uno de los sillones. Pero yo me sentía incómoda por mi

aspecto de recién caída de la cama, más aún ante un caballero trajeado, que parecía preparado para una cena de gala.

—Lo cierto es que estaba a punto de meterme en la cama, estoy un poco cansada.

—¿Tan pronto?

—Sí, llegué esta misma tarde, el viaje ha sido largo y estoy agotada.

—Nos veremos por la mañana, espero.

—Alma, querida, creí que estarías durmiendo —dijo Delia adentrándose en la habitación, observándome de pies a cabeza, para luego realizar la misma operación con su hijastro. Parecía sorprendida de hallarnos allí, conversando a solas—. Veo que ya os habéis conocido.

—Sí, bajé un momento a... a disfrutar del aroma del jardín, pero ya me vuelvo a la cama. Ha sido un placer, Augusto.

—Te repito que el placer ha sido mío —insistió sin camuflar su sonrisa antes los ojos de Delia que le observaba con curiosidad.

—Ahora mismo viene tu padre, Augusto, a hacerte compañía. Te acompaño arriba, querida —ofreció Delia, agarrándome del brazo con afecto y comenzamos a caminar por el pasillo que conducía a las escaleras interiores de la casa—. No te fíes de él —sugirió cómplice.

—Por qué, ¿está casado? ¿Tiene novia?

—No, pero es un auténtico mujeriego —la miré de reojo, ¿Delia advirtiéndome sobre hombres mujeriegos? Ella sabía que nunca, jamás, me había encaprichado de ningún hombre, aunque claro, ella no había conocido a Ángel.

—A lo mejor es lo que necesito.

—Tú sabrás —concluyó cuando llegamos al inicio de la escalera—. ¿Quieres que haga que te suban algo para cenar?

—No, muchas gracias, nos vemos por la mañana.

—Que descanses, querida.

Cuando entré en mi habitación y cerré la puerta, comprobé con sigilo a través del balcón que Hans McBride había terminado aquello que estuviese haciendo en los alrededores de la piscina y se había marchado.

Me dejé caer sobre la cama. Menudo encontronazo. «Las mujeres como tú», me había dicho. ¿Se podía hablar de un modo más despectivo a una mujer a la que no conocía de nada?

No lo creía. Menudo idiota. Pareciese que tuviera un resquemor enquistado hacia las mujeres. Quizá lo habían hecho sufrir, quizá se había encaprichado de alguna de las amigas de Delia, o de la propia Delia. Quizá yo debería invertir mi tiempo en algo más productivo que dármelas de adivina, pues sin bola de cristal a mano, la posibilidad de que diese en el clavo era microscópica. Pero que Hans era tan impertinente y maleducado como atractivo era una realidad indiscutible.

Qué distinta había sido la conversación que había mantenido con Augusto Ríos. Él sí parecía un hombre educado y respetuoso. Un caballero. Además no

era nada feo, tenía un cierto aire señorial y añejo como de película antigua, con el pelo engominado, aquellos modales elegantes, y la mirada... Bueno, su aire podía ser muy de película antigua pero sus ojos habían ido al pan. Con casi total probabilidad podría recordar mejor la silueta de mis pezones que el color de mis ojos. Pero al fin y al cabo Augusto Ríos era un hombre y tampoco podía enviarlo directo al montón de los salidos solo por eso.

«Ya está otra vez, la chica de los montones», casi podía oír la voz dulce de mi hermana Claudia regañándome dentro de mi cabeza. Sonreí para mí.

«*¿Pero es que no te das cuenta de que es una frivolidad clasificar a los hombres como si fuesen objetos*?», insistía cada vez que discutíamos al respecto intentando hacerme entrar en razón.

«Bien, de acuerdo, puede que sea una frivolidad, pero bastantes años llevamos las mujeres siendo clasificadas y tratadas como objetos como para que no me tome mi propia e inofensiva venganza personal». Era siempre mi respuesta. Y ella me dejaba por imposible.

Yo y mi manía de organizar a los hombres en *montones*. Pero no podía evitarlo, me divertía demasiado hacerlo y era una especie de juego que compartía con mis amigas María, mi ayudante de cámara, y Alejandra y Esther, redactoras de *Sensuelle*. A lo largo de los años y las largas tertulias en torno a interminables tazas de café y pintas de cerveza habíamos disertado, corregido y establecido los cinco montones en los que todos, absolutamente todos los hombres, podían ser clasificados.

Estaban los montones de:

A) Los hombres aptos solo para sexo.

B) Los hombres aptos para sexo y algo más.

C) Por supuesto, el de los salidos.

D) El de los amores platónicos.

E) Y por último el de *«ni de coña»*.

Pero lo cierto es que si me detenía a pensarlo... a Hans McBride no tenía ni idea de dónde colocarle y era la primera vez que me sucedía algo así. Quizá Hans mereciese su propio montón. Uno bien grande en el que cupiese un hombre tan atlético como él, aunque cubierto con una campana de cristal que me impidiese oír sus insolencias.

Capítulo 4

Marandunga

A la mañana siguiente el timbre de un mensaje en mi móvil me despertó. Me estiré en la cama, había dormido de un tirón, como una niña pequeña. Me sentía a gusto y descansada. Lo tomé y pude leer:

«*Buenas tardes, buenos días para ti, bichito. Descansa* tú que puedes *y ponte protección solar, que ahí el sol pega muy fuerte. Tu sobrina ya te echa de menos, esta tarde la llevaré a la piscina para que se distraiga. Y haz el favor de llamar a tu madre que está que se sube por las paredes*».

Claudia me enviaba una fotografía de ambas, ella y su pequeña, muy sonrientes haciéndose un bigote con sus largos cabellos, sentadas en el sofá de su casa. Miré la hora, las nueve y media de la mañana, las tres y media de la tarde en España. Me armé de valor y me dispuse a enfrentar a mi madre, la Claudia original.

Cuando la gente afirma que los hijos se parecen a sus padres no se imaginan hasta qué punto puede ser así en el caso de mi madre y mi hermana. Y no solo en el plano físico, ellas son almas gemelas, con una sola mirada son capaces de decirse la una a la otra desde lo mal que les ha sentado un comentario a lo arrugada que sigue fulanita con todo el *bótox* que lleva en el cuerpo.

Además, para mi madre que su hija mayor se doctorase en cirugía plástica y medicina estética fue mucho más que una bendición divina, porque siempre fue una mujer muy presumida. Por eso cada vez que íbamos de vacaciones al sur, a nuestra casa familiar, mi hermana mayor se encargaba de altimos avances anza personal. mos a casa, Cirugdesde lo mal que le ha sentado que omepropia e indañoina venganza personal. plicarle a domicilio los últimos avances de la ciencia. Avances no invasivos, por supuesto, pues la aterrorizaba entrar en quirófano, a Dios gracias, en caso contrario mi madre tendría más operaciones en el cuerpo que el mismísimo Frakenstein.

Yo en cambio me parezco a mi padre, he sacado su carácter y su pasotismo, o eso me replicaba mi madre siempre. Trabajar en el mundo de la moda no me ha convertido en una *it girl*, ni mucho menos, y ni ella ni mi hermana pueden entender cómo en mi trabajo puedo andar sin maquillar o con el cabello suelto sin pasar por la plancha, sin acomplejarme entre tanto bellezón suelto. Soy fotógrafa, no modelo, les repito una y otra vez aunque con ello no logre convencerlas. infalibleorabany a mí a Madrid. Cuando lo haccon el cabello suelto sin pasar por la plancha. Pero yo soy as

—¡Al fin, al fin te dignas a llamar a tu pobre madre! —la oí exclamar al otro

lado del teléfono.

—Hola mamá, estoy bien. Llegué ayer bastante tarde y como estaba cansada me acosté. ¿Y vosotros, cómo estáis? ¿Y papá?

—Papá todavía no ha vuelto del centro de salud, hoy le tocaban las curas a domicilio y se habrá entretenido con alguna. Ya sabes que tu padre tiene alma de enfermero de misiones, pero está bien, estamos bien, preocupados por ti, pero bien. Tenías que haberme llamado ayer, en cuanto llegaste.

—Pero mamá, si ya sabía yo que Claudia te iba a llamar para informarte. ¿No te llamó?

—Sí, claro que me llamó. Tu hermana *siempre* me llama —decía con su ineludible retintín, obviando añadir: *«no como tú»*.

—Es cierto, tienes razón, mamá. Debería haberte llamado, lo siento.

—Así es —aceptó satisfecha. Al fin había conseguido lo que necesitaba, mi disculpa—. ¿Y qué?, ¿cómo es ese lugar? ¿Cómo está Delia? ¿Sigue tan esquelética y sosa como siempre?

Mi madre había conocido a Delia en una de las muchas ocasiones en las que a lo largo del año nos visitaban a mi hermana y a mí en Madrid. Solían hospedarse en mi apartamento, pues que viviese sola les otorgaba mayor intimidad. Desde el primer momento mamá, y tras cruzar tan solo un cordial *«Buenas tardes*, *¿cómo están*?», me había dicho, con ese infalible ojo clínico que solo las madres poseen, que Delia era «una interesada y una engreída que miraba a los demás por encima del hombro». Así, sin anestesia ni nada. Afirmación con la que por supuesto no estuve de acuerdo, y que entonces, como huésped en mi casa, no era el mejor momento para replantearme.

—Sí, sigue igual. Cualquier día te muerdes la lengua y te envenenas, mami —bromeé.

—Yo me envenenaré, pero tú ten cuidado de no meterte en ningún follón, que la Puri dice que la gente rica fuma drogas.

La Puri era el gran oráculo de mi madre. Si quería saber cualquier cosa, ya fuese el número de hijos de las infantas o el pronóstico del tiempo en el desierto del Gobi, mi madre le preguntaba a su amiga Puri, la recepcionista del mejor hostal del pueblo, y ella lo sabía sí o sí.

—Vale, mamá. No fumaré drogas.

—Y ten cuidado con la *marandunga*.

—¿Con la qué?

—La *marandunga*, la droga esa que es un yerbajo y la echan en las bebidas.

—La burundanga, mamá.

—Yo que sé si es burundanga, marandunga o... comoquiera que se llame, pero tú me has entendido, ¿verdad?

—Sí, mamá, te he entendido.

—Pues eso, cuidadito con la... con la... con la eso, como se llame.

—Vale mamá, te tengo que dejar que voy a desayunar.

—¿Ahora vas a desayunar?

—Sí, claro, aquí son las nueve y media de la mañana.

—Yo no sé para qué te has tenido que ir tan lejos de vacaciones con las playas tan bonitas que tenemos en Cádiz...

—Adiós mamá, la semana que viene te llamo.

—¿La semana que viene?

—O la otra.

—Pero qué descastada eres, Alma. No sé a quién habrás salido. —rezongaba molesta por mi aparente desapego.

—Adiós mamá, os quiero. Dale besitos a mi padre.

—A tu padre. A quién vas a salir. Mira la hora que es y no me ha mandado ni un *guasa* para decirme que tardará... y yo con la comida encima de la mesa.

—Os quiero mucho, mamá.

—Y nosotros a ti mi vida. Pero 1lámame el lunes, o antes.

—Vaaaale. Adiós, mamá.

Y colgué, al fin. Y después me reí un rato sola en la cama con la *marandunga* sobrevolando mi cabeza. Mi madre no tenía remedio, continuaba tratándonos como niñas. Para ella mi hermana y yo aún éramos las chiquillas que se fueron juntas a Madrid al terminar sus estudios, allí mi hermana realizó la especialidad de cirugía plástica y reparadora y yo comencé a trabajar como fotógrafa. Hacía casi diez años de aquello. Pero resultaba inevitable que continuásemos siendo las mismas a sus ojos. Temiendo estaba a que se jubilase en el taller de costura en el que llevaba trabajando toda su vida con la consabida mayor disposición de tiempo libre, tiempo que con casi total probabilidad emplearía en diseccionar hasta el último detalle de nuestras vidas. Por suerte aún le quedaban varios años.

Bajé al salón, encontrándome con Augusto Ríos parapetado tras un amplio periódico desplegado, sentado aún a la mesa, mientras Karim, ataviado con su blanco uniforme y la joven doncella Darinda recogían los platos del desayuno.

—Buenos días, señorita Jenssen —me saludó Karim con una comedida sonrisa, captando la atención del empresario—. ¿Qué le apetece desayunar?

—Buenos días —devolví el saludo, la doncella hizo un gesto descendiendo el rostro y se marchó con una bandeja plateada en la que portaba platos sucios —. Me apetece un café con leche y uno de esos bollos. —dije señalando hacia una fuente de cristal en la que había varios dulces de aspecto delicioso.

—Así me gusta, por fin encuentro a una mujer que no vive obsesionada con las calorías y come lo que le apetece —aseguró Augusto Ríos con una sonrisa —. Buenos días, Alma, ¿has descansado bien?

—Sí. Lo cierto es que sí. ¿Dónde está Delia? —pregunté mientras Karim se marchaba en busca de mi café, imaginé, dejándonos a solas.

—Fuera, en la piscina, con mi padre. A mi padre le gusta leer las noticias al aire libre —aseguró doblando su periódico, dejándolo sobre la mesa—. Hace un día espectacular, sobre todo ahora que el sol ha bajado a desayunar —busqué sus ojos, sorprendida con el halago y no pude evitar sonreír. Seguro que en los años sesenta conquistaban con frases como esa—. ¿Me imagino que aún no has visto la plantación?

—No, no he tenido oportunidad.

—¿Y te gustaría verla?

—Sí, claro.

—Si te apetece podemos dar un paseo en el jeep y te la muestro. *La Bella* es la mayor finca de cultivo de tabaco de la República Dominicana. Somos los primeros productores del país —dijo orgulloso.

—Estaría genial. ¿Puedo tomar fotografías? —pregunté dando un mordisco al pequeño bollo, sabía a coco y tenía azúcar glas por encima, estaba realmente delicioso.

—Claro que sí. ¿Es la primera vez que visitas la República Dominicana?

—Sí. Y tengo la impresión de que me va a gustar mucho.

—Permíteme —pidió Augusto Ríos acercándose, estirando uno de sus brazos hacia mí. En su muñeca resplandeció un brillante Rolex dorado y sentí cómo su dedo pulgar se deslizaba por la comisura de mis labios—. Tienes azúcar.

—Gracias —dije esperando a que su mano, que acunaba mi barbilla, se apartase para limpiarme con la servilleta. En ese momento entró Karim en la habitación que traía una bandeja con mi café y nos observó, no pude evitar sentirme violentada. Me limpié con la servilleta obligándole a apartar su mano, mientras el joven sirviente depositaba la taza de café frente a mí.

Augusto Ríos estaba interesado en mí, no cabía duda. La cuestión era, ¿lo estaba yo en él? Ni siquiera lo sabía. Aquella especie de caricia me había resultado insípida. Pero tampoco podía esperar sentir fuegos artificiales porque un hombre joven, elegante y con un cierto atractivo me tocase la barbilla. ¿O sí?

Cuando terminé de desayunar subí a mi habitación a buscar mi cámara, Augusto había dicho que me aguardaría junto a la piscina. Delia y él hablaban sentados junto a una de las mesas de forja blanca que había en el césped bajo una amplia sombrilla blanca, mientras Cristóbal hacía largos dentro de la piscina. El sol resplandecía sobre nuestras cabezas en un cielo brillante y despejado.

—Buenos días, Delia —le saludé y ella sonrió. Mi amiga vestía un traje de baño rojo, aunque en realidad considerarlo traje de baño era añadirle varios centímetros de tela, solo una finísima línea de lycra estratégicamente colocada ocultaba sus encantos. Una gran pamela roja protegía su rostro del sol.

—Buenos días, Alma. ¿No te apetece darte un baño? —preguntó al observar que me hallaba completamente vestida, con unos vaqueros y una camiseta, y mi cámara colgando del cuello.

—Puede que después, Augusto va a enseñarme la plantación —dije y sus ojos se abrieron mucho, pareció sorprendida.

—Sí, daremos una vuelta en el jeep —intervino el hijo de Cristóbal Ríos, incorporándose de su asiento. El propio Cristóbal salía del agua y caminaba hacia nosotros, su cuerpo era blanco hasta el extremo y estaba bastante grueso, su barriga era como una bola de billar redonda y lisa.

—Con el calor que hace... ¿En serio te apetece un paseo por esos carriles polvorientos? —intervino Delia.

—Déjalos, los jóvenes nunca tienen calor —bromeó Cristóbal Ríos alcanzándonos. Delia apretó los labios aunque no dijo nada, indirectamente acababa de llamarla vieja—. Buenos días, Alma.

—Buenos días, Cristóbal.

—¿Nos vamos? —sugirió Augusto y comenzamos a caminar hacia la parte delantera de la casa.

Había tres jeeps aparcados frente a la escalinata de la entrada. Uno de ellos era el de Delia, que reconocí al instante, rojo y pequeño; el de Augusto era un potente Jeep Grand Cherokee negro y el otro, similar pero en color verde oscuro, debía pertenecer a Cristóbal Ríos.

—¿Y los perros? —pregunté. Temía toparme con los animales como el día anterior al llegar a la entrada de la casa.

—¿Los Rottweilers? Durante la mañana suelen estar encerrados, por la tarde uno de los empleados los suelta, pero tranquila, a menos que seas un intruso no te atacarán. ¿Te dan miedo? —bromeó abriendo la puerta del copiloto, ofreciéndome pasar dentro. Cuánta caballerosidad.

—Nunca he tenido perro, y me producen cierto respeto —dije introduciéndome dentro del vehículo. Los asientos eran de cuero rojo y en su interior había más lucecitas e interruptores que en la cabina de mando de un avión. Augusto cerró mi puerta y rodeó el jeep hasta acceder por el lado del conductor.

—Bueno, vámonos —dijo poniéndolo en marcha y comenzamos a recorrer un camino de tierra que rodeaba la mansión, bajando por la ladera en la que se hallaba situada. A través de la ventanilla de Augusto pude distinguir el palmeral que rodeaba a la piscina en la que se hallaban mis anfitriones. A medida que descendimos un par de kilómetros, la vegetación aumentó en altura y espesor y el camino se hizo más irregular y abrupto. Alejándonos de la residencia señorial comenzamos a divisar la extensísima plantación. Una alfombra verde y brillante que se prolongaba hasta el horizonte, salpicada de pequeñas viviendas de madera con techos fabricados con hojas de palmeras secas a cada cierta distancia.

—Es impresionante —afirmé asombrada por la belleza del aquel paisaje esmeralda. Augusto detuvo el jeep permitiéndome tomar fotografías desde mi ventanilla. A nuestro lado había varios cultivadores que se desprendieron del sombrero como saludo y continuaron con su labor entre las hojas—. ¿Qué hacen?

—Arrancan las malas hierbas y comprueban el riego, un aporte hídrico adecuado es indispensable para lograr hojas anchas y finas, de buena calidad. Si no llueve hay que regarlas en la proporción adecuada —me informó—. ¿Continuamos? —sugirió poniendo el motor en marcha de nuevo—. Cuando la hoja está en su punto comienza a ponerse amarilla y es el momento de cortarla y llevarla al secadero.

—¿El secadero está aquí en La Bella?

—Sí, es una gran nave industrial sin paredes. Cuando las hojas están secas se llevan a La Romana, a la planta de despalillado y de allí, una vez procesadas, embarcan en grandes contenedores hacia nuestros distribuidores ¿te gustaría verlo?

—Sí, claro, me parece muy interesante.

—Pues si quieres mañana puedo llevarte a ver la planta de despalillado y después, si te apetece, damos un paseo en mi catamarán y visitamos Isla Saona —guau, en su catamarán, qué despliegue de poderío.

—Lo cierto es que estaría genial —acepté. Lo más cerca que había estado de subirme a un catamarán había sido cuando mi padre nos llevaba a Claudia y a mí a pescar al pantano en su zodiac inflable, que llenábamos por turnos dejándonos los pulmones en el intento—. Me gustaría hacer varias fotografías a los trabajadores y a las plantas, desde el suelo —pedí y Augusto detuvo el vehículo en una pequeña explanada en la que había aparcada una camioneta destartalada, similar a la que me trajo desde el aeropuerto, junto a dos viviendas.

—Tus deseos son órdenes para mí —aseguró con una sonrisa y ambos bajamos del jeep.

—¿Quienes viven en esas casas?

—Los peones y sus familias —dijo saludando con la mano a una mujer que tendía ropa en una cuerda sujeta entre ambas casas, con un pequeño abrazado a sus piernas, imaginé que asustado ante la llegada de extraños.

—Es impresionante, nunca me imaginé que fuese así —confesé con la mirada perdida en el horizonte verde. Augusto me miraba con una expresión que rezumaba escepticismo ante mi emoción.

—¿Y cómo lo imaginabas? ¿Una máquina en la que se introducía la semilla y aparecía la caja de cigarrillos por el extremo contrario? —sugirió burlón con una sonrisa ladeada de sus delineados labios.

—No —protesté entre risas—. Yo creía que los cigarros nacían enrollados en las plantas —dije muy seria, y el tabaquero me miró lleno de incredulidad, rompiendo a reír ambos.

—Mira esta —pidió desgajando una hoja de una de las plantas que me alcanzaba casi la altura de los ojos. Yo le oía atenta—. De aquí —apuntó indicando hacia el nervio central—, se saca el tabaco más caro, el de los cigarrillos más famosos del mundo, y de las hojas íntegras, los mejores puros.

—Vaya, solo del nervio —asentí curiosa—. Se lo diré a mi amiga María la próxima vez que encienda un cigarrillo, que está fumándose el nervio de una hoja —afirmé divertida. Augusto sonrió para mí.

Me agaché entre las plantas con cuidado de no pisarlas y tomé una fotografía de toda la línea, del suelo húmedo y las gotas de agua sobre las hojas, del mar verde de la vegetación en contraste con el marrón oscuro del suelo. Inspiré el olor a tierra mojada y sentí la fuerza del sol en mi nuca. A una decena de metros había dos trabajadores agachados entre las altas plantas

y decidí fotografiarles, caminé hasta ellos con cuidado de no pisar donde no debía y les tomé varias instantáneas en silencio mientras deshojaban la base de las plantas.

Me acerqué lo suficiente y les saludé con la mano. Ellos me devolvieron el saludo y continuaron con su quehacer. Sus rostros morenos estaban curtidos por el sol, tenían grandes surcos, profundas arrugas, pero sobre todo me impresionaron sus manos, desgastadas por el trabajo con las hojas y el cuchillo. Resultaba impresionante la maestría con la que se movían, con la que arrancaban las hojas inferiores más blancas y arrugadas y las arrojaban entre los linios, otro las amontonaba y las arrastraba hasta fuera de la zona de cultivo.

Disfruté plasmando su trabajo, inmortalizándolo con mi cámara. Después regresé sobre mis pasos, despidiéndome de ellos que tan amablemente me habían permitido fotografiarles.

Augusto me aguardaba con una botella de agua entre las manos y una amplia sonrisa en los labios. El sol brillaba sobre su cabello negro engominado y visto así de cerca, con los vaqueros y el polo blanco en lugar del formal traje, parecía incluso más joven.

—Eres increíble.

—¿Por qué?

—No te importa mancharte los pies de fango para hacer una foto.

—¿Los pies de fango? Una vez me metí hasta la garganta en un pantano para fotografiar un burro un día de lluvia con los truenos de fondo.

—Esa creo que no la he visto.

—No la he publicado, pertenece a mi colección personal —confesé divertida.

—Pues me gustaría verla —afirmó ofreciéndome su mano para sacar las sandalias hawaianas del lodazal que suponían las líneas de plantas de tabaco recién regadas y me entregó la botella de agua para enjuagarme los pies. Lo hice, enjuagué mis pies embarrados sosteniéndome de su mano—. Me gustaría, me encantaría ver de lo que eres capaz —dijo con un tono de voz muy sugerente.

Y entonces observé en la distancia cómo un todoterreno descapotable de color blanco se aproximaba.

—Viene alguien —advertí liberando mi mano de la suya, utilizándola para indicar hacia el vehículo que se dirigía a nosotros.

Su expresión no se modificó un ápice, Augusto Ríos me devoraba con los ojos sin el menor pudor y yo aún reflexionaba si aquello debía ser un motivo de halago o de angustia.

¿Sabría Augusto Ríos lo que era la *burundanga*? Las consignas de mi madre comenzaban a hacer mella en mí. Me reprendí a mí misma por pensar en ello en aquel preciso momento. Estaba segura de que Augusto Ríos no necesitaría de artimaña ni sustancia alguna para conquistar a la mujer que se propusiese. Con su mero atractivo personal, unido al económico, no debía de ser

complicado que una auténtica lluvia de tangas le hiciese la ola a su paso.

Pero, ¿y por qué debía desconfiar de sus intenciones o malinterpretar sus gestos? ¿Acaso yo era la Virgen María? ¿No había tenido mis idas y venidas? ¿Es que no podía permitirme e incluso regalarme un flirteo y quizá algo más con un caballero apuesto como él? Y sin embargo... No podía explicar el porqué, pero había algo en él que me hacía subir las barreras al máximo. Su interés me producía desconfianza, aunque no era capaz de justificar la causa.

Quizá se debiese a mi aversión natural hacia los niños ricos, nunca me dieron buena espina. Nunca. Desde que Alfonsito Pérez, el hijo del médico del pueblo, me acosó en el parvulario. Sí, aquel pequeño, con sus mofletes sonrosados y su nariz llena de mocos pretendía que le diese un beso. Y como a Alfonsito Pérez, hijo único de una familia bien, nunca nadie le había dicho que no, no entendió mi negativa y no me quedó otro remedio que darle un puñetazo en su nariz redondita para que me dejase en paz. Motivo por el cual me expulsaron del parvulario, dado que había osado a pegarle al hijo del médico del pueblo, que además era el alcalde.

El todoterreno blanco aparcó junto al jeep y pude distinguir cómo en su interior viajaban Hans, con su sombrero cowboy de cuero marrón, y uno de los agricultores achaparrado y enjuto al que la noche anterior había llamado Chencho. Hans caminó hacia nosotros mientras que el otro caballero se dirigió hacia los cultivadores y comenzó a repartir indicaciones.

—Buenos días, señor Ríos, señorita Jenssen —dijo mirándonos a ambos, a mí con algo que creía recelo en el fondo de su ojos azules.

—Buenos días, Hans, ¿cómo va todo? —le saludó Augusto estrechando su mano. Hans tenía el rostro y la camisa blanca de algodón salpicados de pequeñas gotitas de fango y sus vaqueros estaban hechos una auténtica pena, pero nada de esto le restaba el menor atractivo, al contrario. Por su camisa entreabierta hasta la mitad del abdomen podía vislumbrar el leve bello dorado que cubría su torso, y sus pezones pequeños y sonrosados, y resultaba una visión de lo más turbadora.

—Bien. Ayer tuve que improvisar una parte del riego de la zona cercana a la cueva del Corvejón con varios aspersores del jardín, pero hoy ya está solucionado.

—¿Tendremos una buena cosecha?

—Tendremos la mejor, señor Ríos, con hojas grandes y el contenido ideal de nicotina —dijo sin dejar de mirarme de soslayo a cada tanto. Casi podía sentir el roce de sus pestañas tostadas acariciando mi piel. Yo permanecía junto a Augusto, inmóvil como si me hubiesen quitado las baterías, pues no me apetecía cruzar una sola palabra con aquel arrogante. Ni una sola.

—Muchas gracias, Hans.

—De nada, señor —dijo tocando el ala de su sombrero como despedida, dedicándome una última mirada antes de volverse y caminar hacia Checho, que conversaba con otro de los trabajadores mirando con detenimiento una de las plantas.

—¿La cueva del Corvejón? —pregunté curiosa. Augusto Ríos enarcó una de sus cejas morenas.

—En realidad no es una cueva como tal, porque carece de techo, aunque las paredes son muy altas, de roca rojiza y solo se puede entrar por una pequeña abertura de aproximadamente medio metro. Además es el nacimiento de uno de los muchos manantiales que riegan esta tierra que produce una pequeña cascada, es un paraje espectacular. ¿Quieres verla, verdad? —preguntó con una sonrisa y yo asentí. Había dicho manantial, cueva, cascada, espectacular... ¿cómo podría no querer verla?—. Está bien, vamos.

Augusto Ríos estaba resultando encantador. Tenía su mérito acceder a pasearme a placer por sus tierras, sin ningún motivo, al menos ninguno que pudiese confesar en voz alta, pues el modo en el que me miraba me hacía sospechar sus intenciones. Pero entonces su teléfono móvil comenzó a sonar cuando me disponía a abrir la puerta del jeep.

—Sí, dime Larisa... ¿Ahora? Vamos... —por su tono de voz parecía bastante molesto—. Me están tocando ya... Sí, claro, lo que ellos dispongan cuando ellos dispongan. Estoy de vacaciones Larisa, de... Esto es el colmo... Eso habrá que verlo... Diles que en media hora conectaremos vía Skype —concluyó, colgando el aparato. La expresión de sus ojos oscuros me dijo que me quedaría con las ganas de visitar la cueva.

—No puedes llevarme, ¿verdad?

—No, tengo una reunión de trabajo con un proveedor que está dándonos unos buenos quebraderos de cabeza pero... —sus ojos se abrieron como si acabase de descubrir el secreto de la alquimia—. Hans, ven un momento —le llamó y el capataz se acercó de nuevo, mientras yo intentaba averiguar cuáles eran las intenciones de Augusto Ríos.

—Hans, la señorita Jenssen es una afamada fotógrafa de moda, le he hablado de la cueva del Corvejón y le gustaría tomar fotografías allí, pero acaba de surgirme una reunión de trabajo, ¿serías tan amable de acompañarla tú?

—Oh, no, no —me negué, o al menos lo intenté. Ambos hombres me miraron—. Quiero decir, que no pretendo ser una molestia, ni interrumpir su trabajo —si Hans McBride se había comportado conmigo como un auténtico borde sin necesidad de soportar mi presencia a la fuerza, no quería ni imaginarme cuál sería su reacción cuando lo hiciese por obligación.

—Lo haré encantado, señor Ríos. Para mí sería un auténtico placer acompañarla a tomar esas fotografías, señorita Jenssen, si es que usted lo desea, por supuesto —dijo con una amplia sonrisa de sus labios, rodeados por la seductora barba rubia de varios días. Falso, más que falso y pelota, le llamé dentro de mi cabeza. La fingida amabilidad de sus palabras me habían dejado sin argumentos para negarme de nuevo, al menos sin delatar ante su jefe, como una auténtica soplona, lo desagradable que había sido conmigo la noche anterior.

Capítulo 5

La cueva del Corvejón

—¿LE molesta que ponga la radio, señorita Jenssen? —preguntó con una fingida cordialidad y yo le miré de reojo, aguardando el inicio de los exabruptos y las maldiciones por tener que acompañarme, ahora que al fin estábamos a solas, lejos de los oídos de su patrón. Hice un gesto de negación con la cabeza y él sonrió. Sus ojos azules centelleaban bajo la luz del sol de la mañana. Peinó el cabello rubio con los dedos tras desprenderse del sombrero, dejándolo sobre el salpicadero del coche—. Tardaremos unos diez minutos en llegar —anunció encendiendo la radio y una melódica bachata comenzó a sonar, relajando el ambiente. Me acomodé en el asiento y me concentré en las vistas. Plantas y más plantas de tabaco que se perdían en el horizonte, y a ambos lados del terreno de siembra, palmeras y vegetación espesa.

«No, no es amoooor, lo que tú sientes, es una obsesión... Una ilusión en tu pensamiento, que te hace hacer cosas, así funciona el corazón...», cantaba un grupo dominicano mientras mi mente se perdía en aquella maravillosa selva que nos rodeaba. Varios pájaros alzaron el vuelo cuando sorteamos un bache en el que el vehículo hizo especial ruido, cimbreándonos a ambos.

Llegamos hasta una pequeña explanada en la que había tres de aquellas humildes viviendas de madera con techado de palmera seca. Un par de niños de entre cuatro y seis años correteaban descalzos tras un perro mientras una mujer tendía ropa en unos cordeles dispuestos entre las casas.

—¿Y esos niños? ¿Van al colegio? —me atreví a preguntarle.

—¿Qué colegio? El más cercano está a veinte kilómetros.

—¿Entonces no están escolarizados?

—No.

Sentí una profunda desazón al descubrir aquello. No podía creer que en pleno siglo veintiuno, en el siglo de la tecnología, nadie estuviese enseñando a aquellos pequeños a leer y escribir. No hacerlo era condenarles a una vida de miseria, a un futuro descorazonador.

Los niños corrieron hacia el todoterreno al vernos pasar junto a sus casas. En sus ojos brillaba una felicidad enternecedora, parecían felices con lo poco que tenían. Y yo me sentía infeliz teniéndolo todo, solo porque un niñato de tres al cuarto me había definido como un *lastre* para su existencia.

La mujer saludó con la mano a Hans que tocó el claxon devolviéndole el saludo. Cuando la plantación terminó, el camino se prolongó entre la cada vez más tupida vegetación hasta que apenas permitía el paso del vehículo. Me

hubiese gustado tomar algunas fotografías de los niños o de los exóticos pájaros que alzaban el vuelo a nuestro paso, pero no me atrevía a pedirle a Hans que detuviese el todoterreno para hacerlo.

—Así que fotógrafa de moda, ¿eh? —dijo y yo le miré con recelo—. Parece un buen trabajo.

—No es necesario que te hagas el simpático conmigo. Sé que no te caigo bien y que el único motivo por el que has aceptado llevarme a ver esa cueva es por no contradecir a tu jefe. Así que, como yo tampoco te soporto a ti, puedes ahorrarte las conversaciones banales —sentencié. Mejor dejar las cosas claras desde el principio, nunca había sido mujer de andarme por las ramas y prefería ir con la verdad, desnuda, cruda, pero verdad, por delante.

—Así que no me soportas. ¿Cómo puedes decir eso si apenas me conoces? —preguntó muy serio. Busqué sus ojos sin dar crédito a lo que acababa de oír. ¿Cómo podía atreverse, precisamente él que me había acusado, juzgado y sentenciado como *cazafortunas* sin haber cruzado una sola palabra conmigo? Entonces sonrió, estaba burlándose de mí.

—Pero, ¿tú qué eres, gilipollas? —dudé exasperada. Y entonces comenzó a reír abiertamente, con una mano sujeta al volante y la otra sobre la ventanilla abierta, mirándome a cada tanto con sus ojos azules.

—Debería cuidar esa boquita, señorita Jenssen, aunque no esperaba menos de una descendiente de Thor.

—Te vas a cachondear de tu puñetera madre, ¿sabes? Para el coche ahora mismo que me bajo.

—No te puedes bajar aquí, estamos en medio de la selva.

—¡Que pares te he dicho, o me tiro del coche en marcha! —amenacé abriendo la puerta del todoterreno y Hans frenó en seco, deteniéndolo. Me bajé y con mi cámara colgando al cuello comencé a caminar en dirección contraria, de regreso a la plantación. Oí cómo metía la marcha atrás y me alcanzaba.

—Vamos, Alma, sube al coche —pidió serio, circulando en sentido contrario, adecuándose a mi velocidad.

—Lárgate, vuelve, di que me apetecía dar un paseo.

—No seas cabezota, sube al coche —insistió. Yo le ignoré y continué caminando—. Hay serpientes... víboras enormes ahí fuera —aseguró. Inevitablemente miré mis pies casi desnudos embutidos en las hawaianas y sentí un escalofrío, a pesar del sol que calentaba mi cabeza con intensidad—. También hay jaguares. ¿Has visto alguna vez un jaguar? Destripan a sus víctimas en segundos. Antes de que te des cuenta lo tienes encima.

—Y seguro que también hay tigres y leones, ah y no te olvides de los *chupacabras*. No me vas a asustar. ¿Quieres dejarme en paz? ¿Cuál es tu puñetero problema? —le increpé a través de la ventanilla abierta, dispuesta a continuar mi camino así se apareciese ante mí todo *El libro de la selva*. Entonces Hans detuvo el vehículo y oí cómo abría su puerta, lo rodeó caminando hacia mí, que apremié el paso, pero me alcanzó corriendo y me

agarró del brazo para detenerme—. Déjame en paz, es la última vez que te lo digo —advertí enfrentando sus iris azules. Sonrió, fue una sonrisa llena de ironía.

—Bueno, a ver, no puedo permitir que regreses caminando porque se te derretiría el cerebro antes de que llegases al inicio de la plantación, así que, ¿por qué no lo olvidamos todo y continuamos con el plan inicial?

—¿Lo olvidamos todo? ¿Qué olvidamos? ¿Que te has comportado como un capullo desde que nos presentaron ayer? ¿Eso olvidamos? —sugerí y él asintió, sin que la sonrisa desapareciera un solo instante de su rostro—. Gracias, pero tengo muy buena memoria.

—Y yo no puedo permitir que una invitada de los Ríos muera deshidratada o por la mordedura de una víbora.

—Pues tenemos un problema —dije iniciando la marcha de nuevo.

—Que vamos a solucionar ahora mismo —sentenció y agachándose me agarró por las pantorrillas y me subió a su hombro, cargando conmigo como si de un saco de patatas se tratase. Comencé a patalear, a darle puñetazos en la espalda.

—¡Suéltame ahora mismo pedazo de imbécil! Suéltame o no respondo —grité, pero no sirvió de nada porque era mucho más fuerte que yo. Me llevó en volandas hasta el vehículo, sentándome contra mi voluntad en el asiento del copiloto.

—Lo siento.

—¿Qué? —dudé, después de haber cargado conmigo como un auténtico salvaje lo que menos esperaba era una disculpa.

—Siento haberme comportado como un gilipollas. ¿Comenzamos de nuevo?

—No me da la gana.

—Me llamo Hans McBride y soy el capataz de *La Bella* —sugirió ofreciéndome su mano abierta. La miré un instante, tratando de asimilar si me hablaba en serio o volvía a burlarse de mí. Busqué en sus ojos cristalinos, estaba serio, parecía decirlo en serio.

—Está bien. Pero como te pases un solo pelo echaré a correr por medio de la selva. Me llamo Alma Jenssen y soy fotógrafa —dije y entonces estreché su mano. Era fuerte, rotunda y poderosa. Al hacerlo una especie de cosquilleo eléctrico ascendió por mi estómago hasta mi garganta. Hans buscó mis ojos sin soltar mi mano, parecía como si hubiese podido sentirlo. La aparté, cruzando ambos brazos sobre el pecho—. Espero que esa puñetera cueva del Corvejón merezca la pena.

—Lo hará —sentenció, cerrando mi puerta para regresar a su lugar como conductor—. ¿De dónde eres? —preguntó mirándome fijamente, como si pretendiese ver a través de mí.

—¿Y a ti qué te importa?

—Vamos, satisface mi curiosidad, creí que habíamos empezado de nuevo —dudé un instante antes de responder.

—Soy de Madrid.

—Pero Jenssen no es un apellido español.

—Mi padre es noruego.

—¿Y tu madre?

—Mi madre es hija de inmigrantes españoles. Yo nací en Oslo pero cuando tenía cinco años nos mudamos a Madrid, por eso de que en Noruega solo hay dos estaciones: la estación de nieve y hielo, y la estación de agua y humedad —relaté, encogiéndome de hombros, comenzando a relajarme a su lado. A aquel nuevo Hans parecía divertirle mi conversación.

—Así que por eso eres vikinga...

—Medio vikinga —puntualicé—. Y tú, ¿de dónde eres?

—De Texas.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para los Ríos?

—Dos años.

—¿Y dónde vives?

—En la casa del capataz, abajo en la plantación, por supuesto. ¿Alguna pregunta más señora inspectora? —preguntó con una sonrisa.

—No, señor inspector.

Si Hans estaba fingiendo, merecía un óscar de la Academia. Parecía otro. Me miraba, sonreía y parecía incluso cómodo manteniendo aquella conversación conmigo. ¿Padecería algún tipo de trastorno bipolar?

Proseguimos el camino durante al menos cinco minutos más, Hans aparcó junto a un gran árbol donde la ladera del aquel valle se hacía más inclinada. Entre la vegetación esmeralda sobresalían grandes rocas grisáceas. Bajamos del coche.

—Rodeando esas rocas está la entrada a la cueva —advirtió colocándose el sombrero cowboy marrón y comenzamos a caminar. Aproveché para tomar una instantánea de la formación rocosa en contraste con el cielo azul carente de nubes.

A los pocos pasos, adentrándonos entre los árboles, comencé a percibir el sonido vibrante de un riachuelo. Era un pequeño arroyo de aguas cristalinas que saltaba entre las piedras, de anchura inferior a dos metros y que parecía poco profundo. Al menos los altos árboles que nos rodeaban nos protegían del sol.

—¿Es potable? —pregunté dispuesta a agacharme y beber de aquel arroyo. Mi padre me había enseñado que, por lo general, cualquier riachuelo procedente de un manantial suele ser potable, pero que nunca, jamás, debía beber de aguas estancadas.

—¿Tienes sed?

—Sí.

—Sí, es potable, pero es mejor que bebas del nacimiento del arroyo, dentro de la cueva, aquí el agua puede estar contaminada por algún animal —advirtió y yo asentí.

Seguimos la orilla hasta llegar a una enorme piedra partida en dos por la mitad, presumiblemente por la fuerza del agua a lo largo de los siglos, pues no

se apreciaba intervención humana en tan bello paisaje natural. Entre ambas partes de la roca había un espacio libre de apenas medio metro por el que discurría el torrente del arroyo.

—Hay que mojarse los pies —dijo sentándose sobre una de las piedras de la orilla, deshaciéndose de los zapatos y los calcetines, remangando sus vaqueros hasta las rodillas. Yo hice lo propio. El capataz introdujo los pies en el agua y me ofreció su mano—. ¿Vamos? —sugirió, pero yo ignoré su mano y metí mi pie en el agua, entonces sentí la superficie deslizadiza de las rocas y resbalé. Por suerte él estaba lo suficientemente cerca como para agarrarme a su hombro y no caer de espaldas al arroyo— ¿Seguimos? —sugirió con una sonrisa que rezumaba suficiencia cuando ya me sujetaba sin pudor de su brazo, sin poder evitar percibir la rotundidad de su bíceps bajo la camisa de algodón.

Me adentré siguiendo sus pasos por el espacio entre las piedras, descubriendo un paisaje extraño, de una belleza abrumadora, en el interior de aquella especie de cavidad casi circular conformada por las rocas. Las paredes rojizas se alzaban al menos un par de metros por encima de nuestras cabezas, donde las copas de los árboles conformaban una especie de cúpula por la que se colaban los rayos del sol trazando líneas. En la zona opuesta a la entrada nacía el manantial. El agua brotaba de la piedra desde una altura considerable, creando una pequeña cascada a la que el reflejo del sol sobre las paredes de piedra concedía un tono rojizo de lo más llamativo. Tras ésta, en la pared desnuda, se intuía una gran flor blanca.

—Vaya, sí que es bonita la dichosa cueva del Corvejón.

—Tiene una antigua leyenda.

—¿En serio? —pregunté girándome para mirarle a los ojos. Hans asintió y dio un paso, deteniéndose a mi lado.

—Dicen los nativos del lugar que quienes se bañan juntos bajo la cascada roja, se enamoran irremediablemente, para siempre.

—Estás de coña —me reí, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Eso dicen los nativos...

—¿Y tú lo crees?

—Yo me limito a contarte lo que he oído —respondió con una sonrisa.

—¿Qué flor es esa?

—Parece una flor de ébano verde, aunque es difícil asegurarlo desde aquí. Es muy extraño que haya nacido ahí.

Tomé fotografías de la cueva, así como de la flor que se vislumbraba tras la cortina de agua, desde la distancia. El color escarlata de las paredes contrastaba con el verde intenso de la flora que cubría la cueva provocando una bella mezcla de colores naturales.

—Voy a hacerle una foto más de cerca —advertí dando un par de pasos hacia la cascada.

—A medida que te aproximas a la pared, la profundidad aumenta —dijo, yo le miré, tratando de averiguar en sus ojos azules si lo que decía era cierto o

volvía a burlarse de mí—. En serio, debes tener cuidado.

—Toma. Si se moja me da un infarto. Voy a intentar pasar por el lateral de la cascada sin mojarme para ver la flor más de cerca —había un pequeño espacio entre el inicio de la cortina de agua y la pared de la cueva y pretendía colarme por él. Hans meció la cabeza a uno y otro lado, con mi cámara en la mano, en un gesto de resignación.

El suelo era muy resbaladizo y caminé con cuidado pero solo dos pasos después el agua me llegaba por las ingles, empapando mis vaqueros. Estaba fría, muy fría, propio de cuando mana del interior de la tierra. Dos pasos más, pegué mi espalda a la pared de piedra, apenas estaba a tres o cuatro metros de mi objetivo, y entonces... me hundí por completo.

No lo esperaba, no esperaba aquel inmenso agujero bajo los pies y la sensación de hundirme fue angustiante, como si me tragase la tierra. Pero entonces sentí una mano que me agarraba y tiraba de mí, antes de que reaccionase para nadar.

—Mira que te lo he advertido, cómo puedes ser tan cabezona —dijo Hans inmerso en la cortina de agua que nos empapó a los dos, mientras yo me apartaba el cabello de la cara desesperada por descubrir si mi cámara se había mojado—. Tranquila, la he dejado sobre ese resalte —advirtió indicando hacia la pared de piedra. En efecto estaba sana y salva en un saliente de la roca. Tiró de mí hacia su cuerpo, apartándome de la cascada—. Tienes que aprender a hacerme caso —su voz sonó ronca, casi gutural. Su ropa, su camisa blanca estaba adherida a su piel, marcando de un modo insolente su espectacular cuerpo. Hans aún sostenía mi brazo y me miraba con una intensidad sobrecogedora. No era una mirada común, me miraba con los ojos de un lobo hambriento. Y yo deseé que me devorase en aquel preciso instante.

—Estás empapado. —Estiré mi brazo y con el dedo pulgar recorrí su ceja escurriendo las gotas de agua que se deslizaron por su mejilla. Hans cerró los ojos a la vez que contenía la respiración. Entonces hice lo mismo con la otra mano, acunando su rostro. Y deslicé los dedos por sus labios que se entreabrieron, y sentí el calor de su boca en las yemas de mis dedos. Eran tan suaves...

Hans abrió los ojos y me miró, agarró mi mano derecha, apartándola de su cara, y la llevó hasta otro lugar, hasta la poderosa erección que se escondía bajo los vaqueros. Dios santo, cuánto me excitó tocarlo aun por encima de la ropa, saber que le había excitado de ese modo. Mi garganta se secó, sentí sed, auténtica sed de su cuerpo. Hans frotó mi mano sobre su erección a la vez que enarcaba una de sus cejas.

—Sé lo que quieres.

—¿Estás seguro?

—Y no te lo voy a dar —sentenció desconcertándome. Y entonces se inclinó y me besó.

Sentí como si flotase en una dimensión paralela, una dimensión en la que solo existían sus manos, sus ojos, sus labios abarcando los míos con violencia.

Hans me rodeó con sus brazos, llevándome hasta la pared opuesta de la cueva, aplastándome contra esta. Sus manos desgarraron mi camisa, abriéndola por la mitad, descubriendo mi bikini rojo y se introdujeron bajo este, acariciando mis pechos, provocando que mi anhelo se elevase hasta la estratosfera, mientras su boca continuaba invadiendo la mía. Sabían a pasión, a pasión desnuda y desenfrenada. A eso sabían los labios de Hans McBride. Y sentí fuego, un fuego abrasador quemándome las venas, mi interior ardía en llamas, envuelto por un enloquecedor deseo que solo podría apagar su cuerpo.

Busqué la cinturilla de sus vaqueros y traté de soltar el botón pero él me detuvo, agarró mi mano y la llevó hasta su cuello.

—No te lo voy a dar, no así tan fácil, nena —susurró a mi oído y después comenzó a lamer la piel bajo mi oreja a la vez que su rodilla se abría paso entre mis piernas, presionando mi pubis. Aquella sensación, aún por encima de la ropa me excitó, y sus manos agarraron mis nalgas, apretándome contra su cuerpo, contra su poderosa erección bajo el pantalón. Sentir su sexo moviéndose contra mi clítoris a la vez que su muslo se apretaba contra la entrada a mi interior y su lengua se deshacía entre mi oreja y mi boca, cómo sus dientes me mordían en la barbilla y su lengua me invadía por completo, resultó enloquecedor. Cerré los ojos y me dejé llevar... Comencé a jadear cuando el orgasmo que partió desde mi pubis me recorrió como una ola desbocada, desarmándome pegada a su cuerpo. Hans me mordió en los labios, saboreando mi boca por última vez, y cuando abrí los ojos para mirarle me perdí en el océano infinito de sus iris.

—Vámonos, será mejor que regresemos a la mansión —dijo apartándose de mí. Me coloqué bien el bikini, me hice un nudo en el pecho con la camisa carente de botones, y tiré hacia abajo del pantalón vaquero, pues tenía clavadas las costuras casi en la garganta. Hans comenzó a caminar hacia la salida.

¿Qué acababa de suceder? O más bien, ¿qué acababa de no suceder? Yo había tenido un orgasmo, uno bueno, más aún teniendo en cuenta que lo había tenido... sin que me penetrase. Hans me había... masturbado, pero lo había hecho sin tocarme íntimamente... y yo jamás me había planteado que algo así pudiese suceder. No desde la post adolescencia, al menos. ¿Y por qué? Yo había tratado de meter la mano en sus pantalones pero me lo había impedido, me había acorralado contra aquella pared y me había frotado y refrotado con su miembro viril, que se intuía poderoso aún por encima de la ropa, hasta hacerme alcanzar las estrellas. Pero acababa de caer desde el séptimo cielo y me sentía estúpida. Estúpida y desconcertada.

¿Por qué? ¿Por qué no había querido hacerme el amor?

Recuperé la cámara de fotos del saliente y caminé tras él en silencio. Después subí al coche. Hans no me miraba, era como si se arrepintiese de lo que acababa de hacer. Pero lo peor es que no había hecho nada. Di gracias al cielo por su silencio, si hubiese dicho algo, alguna de sus insolencias en aquel preciso momento, me habría arrojado del vehículo en marcha, dispuesta a que

la tierra me tragase y no soportar semejante bochorno.

Llegamos hasta la mansión. Hans paró el motor junto a la entrada sin decir nada, mirando al horizonte, como si yo no estuviese allí sentada.

—Gracias —dije, y sus ojos se posaron al fin en los míos. Eran herméticos, resultaba imposible obtener nada de ellos—. Por el paseo.

—No se merecen. El señor Ríos la espera —advirtió y comprobé cómo Augusto salía a recibirme con una sonrisa.

—Yo... en fin...

—Deberías estar contenta. Es un tipo importante y parece muy interesado —dijo. Y yo sentí una punzada de rabia en mitad del pecho. Cómo podía decirme algo así después de lo que quiera que fuese lo que acabábamos de compartir, después de haberme acariciado hasta las paredes del esófago con su lengua... deliciosa.

—Lo estoy. Estoy contenta de que un hombre tan interesante y culto como él se sienta interesado en mí. Por eso he aceptado su invitación para conocer Isla Saona en su catamarán —revelé aguardando su reacción. Pero esta fue nula.

—Genial.

—Estupendo.

—¿Has disfrutado el paseo, Alma? —preguntó Augusto Ríos abriendo la puerta del todoterreno. Temí que Hans contestase por mí, dejándome en evidencia, pero no lo hizo.

—Sí, me ha gustado mucho, es un paraje espectacular —admití bajando del coche—. Adiós, Hans —me despedí. El capataz, sin decir una palabra más, arrancó el motor y desapareció de la explanada a toda velocidad levantando una considerable nube de polvo.

—Lamento mucho no haberte acompañado, pero los negocios son los negocios. Espero que Hans haya sido amable contigo, en ocasiones es bastante bruto y carece de los modales elementales, pero es un empleado fiel. Mi padre le aprecia mucho.

—Sí, ha sido muy amable —respondí—. Delia me dijo que le salvó la vida.

—Sí, así le conocimos. Una fortuna como la nuestra acarrea muchos peligros, Alma —dijo con pesar en el fondo de sus ojos castaños—. Unos mercenarios trataron de secuestrar a mi padre en Santo Domingo, dispararon a las ruedas de su coche e hirieron de gravedad a los dos guardias de seguridad que le acompañaban, pero por suerte Hans, que entonces trabajaba en una destilería, estaba repartiendo ron en una taberna cercana y en un acto bastante heroico cruzó por entre los coches, metió a mi padre en su vieja furgoneta y le sacó de allí, salvándole la vida.

—Vaya, es impresionante —admití impresionada. Que se hubiese comportado como un héroe no era incompatible con ser idiota.

—Sí, lo es. Y además ha demostrado grandes méritos como capataz —Augusto tomó mi mano y la puso sobre su brazo, percibiendo entonces cómo mi cabello y mi ropa estaban húmedos.

—Estás empapada.

—Sí, resbalé en el agua, aunque por suerte mi cámara está a salvo.

—Bueno, ve a cambiarte de ropa, te esperamos en el comedor para almorzar —dijo con una sonrisa cuando atravesábamos la puerta principal. Asentí y comencé a subir las escaleras hacia mi habitación.

En cuanto estuve allí me desnudé y me puse otro bikini, uno negro y un largo blusón apto para disfrutar de una tarde de piscina. Miré mi móvil, había recibido doscientos cuarenta y seis whatsapps, doscientos cuarenta y dos era de mi grupo de amigas de *Sensuelle*, dos de Simona, mi jefa, informándome de que habíamos conseguido un reportaje para septiembre con la súper modelo Ilenka Rapanova y dos de mi hermana Claudia.

Miré la hora, las dos de la tarde, las ocho en España, y comprobé los mensajes de mi hermana.

«Tu sobrina quiere que te diga que ha sacado un sobresaliente en danza en la escuela de verano. Y mándame algunas fotos de la casa de *Delia, que tengo curiosidad, jejeje».*

Sentí un nerviosismo en mitad del pecho y pulsé el botón de llamar sin pensarlo dos veces. Necesitaba hablar con ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó con cierta alarma al segundo tono.

—Nada. ¿Cómo estás?

—¿Te ha pasado algo?

—Que no... solo quiero saber cómo estáis. Felicita a Michelle de mi parte. Para qué voy a andarme con paños calientes: sí, me ha pasado algo, necesito hacerte una pregunta como médico...

—¿Te ha picado algún bicho?

—No, por desgracia no es eso.

—¿Por desgracia? Desembucha ahora mismo, Alma. Pero ya.

—Mi duda es... ¿Hay algún tipo de enfermedad, o de cosa... no sé, de problema médico que impida que un hombre pueda... ya sabes...?

—¿Qué? ¿Con quién te has acostado *so zorrona*?

—Con nadie. No me he acostado con nadie. Yo hubiese querido pero...

—¿No se le ha levantado? Ay, Alma, no me digas que te has liado con uno de esos viejos ricachones.

—¡Que no! ¿Estás tonta? Parece que no me conoces. —protesté, que mi hermana se atreviese a pensar algo así de mí ya era el colmo—. Y sí que se le ha levantado y tenía su mérito porque la debe de tener enorme.

—¿Se puede saber de quién coño me estás hablando? Llevas dos días en el Caribe y ya la estás liando.

—De Hans.

—¿Y quién es Hans?

—El capataz de la finca y es un auténtico gilipollas, pero...

—Pero te gusta, vamos, para ir situándome.

—No lo sé. Físicamente me encanta, está... Ay, Claudia, cómo está. Se parece al jugador de Rugby ese del anuncio de Paco Rabanne.

—¿Al del Invictus?

—Sí, a Nick Youngquest, pero créeme, Hans está todavía más bueno. Yo solo quería echar un polvo.

—Le conoces desde hace... ¿un día y medio, Alma? Si continúas enrollándote con tíos que no te llevan a ninguna parte jamás encontrarás al hombre que de verdad es para ti.

—¿A estas alturas aún piensas que hay un hombre para mí?

—Claro que lo hay. Sé que lo has pasado muy mal con todo lo de Ángel.

—No quiero hablar de Ángel, ahora no, Claudia, por favor.

—Sí, pero que ese niñato no haya estado a la altura no quiere decir que el amor de tu vida no esté ahí fuera esperándote.

—Claudia por Dios, el amor de mi vida no existe, ¿vale? Cuanto antes lo asumamos, mejor será. No hay un tío perfecto ahí fuera esperando para hacerme feliz, ¿vale? Y deja de sermonearme, que tú también tienes un pasado, a ver si ahora va a resultar que cuando Ramón se casó contigo eras virgen.

—¿Nos centramos en ti, por favor? Venga, sigue. ¿Qué ha pasado?

—Pues que nos hemos liado. Nos hemos besado, y besa de muerte, Clau. Qué besos. Me ha metido mano y se ha restregado contra mí hasta que me he... que me he corrido, vamos —dije con pudor por aquella especie de encuentro adolescente asexual, no por hablar de ello con mi hermana. Con ella podía hablar de todo, absolutamente de todo, ella me oía y trataba de aconsejarme, aún a sabiendas de que no solía hacer caso a sus consejos—. Pero no pasamos de ahí, quiero decir, yo quería y él... él tenía una erección de caballo, pero intenté meterle mano y me lo impidió.

—Vaya, eso sí que es raro. ¿Quizá sea una costumbre dominicana?

—¿Qué costumbre dominicana si es norteamericano?

—Ah, entonces lo entiendo menos todavía. Y si es... Y si pertenece algún tipo de secta ultra católica... ¿Y si es Amish?

—¿Amish? ¿Esos tan raros que van vestidos como del siglo pasado?

—No sé, puede ser, hay una gran comunidad en los Estados Unidos, o quizá pertenece a cualquier grupo religioso... De esos que tienen que casarse antes de *hacerlo*.

—No sé, Claudia... no besaba como si fuese virgen. Aunque dijo algo... —reflexioné sobre sus palabras en mi oído—. Dijo: No te lo voy a dar tan fácil, nena...

—¿Ves? Seguro que se ha escapado de un seminario.

—No me lo imagino vestido de cura precisamente, aunque tendría su morbo —admití entre risas—. Además, la mayoría del tiempo se ha comportado como si no me soportase y, sin embargo, luego me mira como..., como hambriento... Es..., es de locos esto, te lo juro Claudia, lo que no me pase a mí no le pasa a nadie.

—Bueno, tranquila. ¿Quién entiende a los hombres? Ni ellos mismos lo hacen. Pero si cuando la neurona solitaria les conecta con la cabeza de arriba

deja sin control a la de abajo. Te acabas de topar con un tío que prefiere masturbarte a hacerte el amor, bueno, pues disfrútalo, y si...

—¿Qué es masturbarte, mamá? —oí la vocecilla de mi sobrina Michelle de fondo y no pude evitar echar a reír.

—Ay, la niña, que ha venido a la cocina y no me he dado ni cuenta. Eso es..., eso es, mi vida... es un ejercicio de gimnasia muy complicado que no harás hasta que seas mayor —concluyó mi hermana y dentro de mi cabeza casi podía verla, roja como un tomate, explicándole aquello a su pequeña—. Bueno, Alma, mañana te llamo y hablamos otro rato. Voy a hacerle la cena a Michelle que tiene puesta la parabólica y lo pilla todo.

—¿La parabólica para qué, mami? ¿Para el Canal plus?

—Mañana no, Clau, voy a dar un paseo en catamarán con Augusto Ríos.

—¿En catamarán? Qué lujo. ¿Augusto Ríos? ¿No se llamaba Hans?

—Augusto Ríos es el hijo mayor del marido de Delia. Parece bastante simpático, me ha invitado a visitar su almacén de tabaco en La Romana y dar un paseo en su catamarán privado.

—¿Y es guapo?

—Pscht. Es mono.

—Ay, Alma, quien no te conozca que te compre. Vamos, que no te gusta. Bueno, pues llámame cuando puedas. Buenas noches.

—Buenas noches a las dos, y dale muchos besos a...

—¡Buenas noches, tita Alma! —dijo la niña de mis ojos.

—Buenas noches, cariño mío. Pórtate bien, no le des demasiada guerra a mamá, y tita te llevará un regalo.

—Uno grande.

—Uno muy grande, tan grande que tendrás que cogerlo con las dos manos.

—¡Bieeeeeeen!

—Buenas noches, hermanita, que descanses.

—Buenas noches, Claudia.

—Y mándame fotos... del tío bueno Amish también.

—Sí, seguro.

Pero qué curiosa era mi hermana Claudia. Lo hice, tomé fotos con mi teléfono de mi habitación, de la piscina desde mi ventana y el jardín, y después se las envié bajo el texto «cotilla». Pero de Hans, estaba complicado enviarle fotos de él, a no ser que se las tomase a escondidas.

Amish.

No tenía aspecto de Amish, y mucho menos de ultra católico recién salido de un seminario. ¿Cuál sería su historia? Esa que explicaría que se comportase conmigo como un idiota, para devorarme a besos después, sin llegar a rematar la jugada. No podía entenderle, era un auténtico enigma para mí. Y siempre me habían gustado los enigmas... Pero este se iba a quedar sin resolver, mi determinación era férrea, no volvería a acercarme a él, palabrita de fotógrafa.

Capítulo 6

Negrita

DESPUÉS del almuerzo me acomodé en una de las tumbonas de la piscina junto a Delia. Hacía un calor sofocante que combatíamos a base de *cocos-locos* y *daiquiris* de fresa que Karim y Darinda nos traían en cuanto el vaso comenzaba a vaciarse. Cristóbal y Augusto se habían marchado a Barahona para atender asuntos de sus negocios. Y ambas intercalábamos baños en la piscina con el delicioso relax bajo el sol.

Aquello era vida. Al menos la vida de Delia. Sin preocupaciones, sin estrés, con el clima perfecto y tiempo y medios para disfrutarlo.

—Esto es el paraíso —dije. Delia sonrió.

—Sí que lo es. Cuando me canso de estar en *La Bella* me voy a la casa de Punta Cana y allí disfruto de las playas maravillosas.

—¿Eso está cerca de Isla Saona?

—Bueno... Isla Saona está relativamente cerca de Punta Cana, en barco, claro, ¿por qué lo preguntas? —cuestionó mirándome a través de los oscuros cristales de sus gafas de sol. Estábamos muy próximas una a la otra, hamaca con hamaca, bajo la misma sombrilla.

—Porque Augusto me ha invitado a visitar mañana la planta de tabaco de *La Romana* y después iremos a dar un paseo en catamarán hasta Isla Saona —dije sin concederle demasiada importancia, como si pasease en catamarán día sí y día también.

—¿Un paseo en el catamarán? —preguntó levantándose las gafas para mirarme a los ojos. Percibí algo extraño en su expresión, aunque no podía adivinar qué. Decidí dejarlo pasar.

—Sí, me lo sugirió y me pareció interesante.

—Vaya, qué bien. A este ritmo no vamos a pasar apenas tiempo juntas —dijo sin camuflar su mal humor.

—¿Y por qué no vienes con nosotros?

—Porque estoy hasta el gorro. Si vuelvo a oír otro discurso de cualquier miembro de la familia Ríos sobre la calidad de su tabaco, me suicidaré —bromeó—. Ve tú y pásalo bien.

—Delia, si te molesta no iré, pero lo cierto es que me apetece dar ese paseo en el catamarán, nunca he subido en uno.

—Oh, no por favor, Alma, perdóname. Soy muy egoísta, claro que tienes derecho a disfrutar al máximo de tus vacaciones y pasear en el *Hemisphere* es una delicia. Aún vendrán muchos días para estar juntas, ve y diviértete —dijo

con una sonrisa que no me pareció del todo sincera. Quizá Delia tenía razón, había venido hasta el Caribe a visitarla, con la intención de relajarme y pasar tiempo juntas, y en los dos días que llevaba en su casa, aquella tarde de conversaciones en la piscina era el mayor rato que compartíamos—. Bueno, cuéntame, ¿sales con alguien?

—Salía, hasta hace seis meses que se acabó.

—¿Le conozco?

—No. Es profesor de gimnasia y, bueno, estuvimos un tiempo juntos, se vino a vivir a mi casa.

—¿Viviendo en tu casa? Vaya, sí que tenía que gustarte —afirmó convencida. Pues sí, tenía razón, me conocía lo suficiente como para saber que jamás permitía que un ligue pasase más de dos noches seguidas en mi apartamento, pero Ángel había sido mucho más que un ligue—. Por la pena con la que lo dices intuyo que te dejó él.

—Sí, Delia, me dejó él —admití con pesar. No me apetecía hablar de Ángel, ni de si me había dejado ni el porqué, así que decidí cambiar de tema—. Delia, por mera curiosidad, Hans, el capataz, es...

—¿Gay? Sí, lo es, creo que está liado con Karim.

—¿Queeeeé? —dudé sobrecogida, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. Iba a preguntarle si era Amish.

—Que está liado con Karim. Una vez les pillé entrando juntos en la casita de la piscina, en plena noche.

—¿Pero estás segura de que es gay?

—Bueno, él mismo me lo confesó.

—¿En serio? —Desde luego a mí no me había parecido que fuese gay cuando nos besábamos en la cueva, mientras su boca me devoraba como si de un león hambriento se tratase, pero aquello no pensaba contárselo a Delia. ¿Y Karim? Él me había hablado de su novia muerta. ¿Sería bisexual? Se me acababan de caer dos mitos eróticos de un solo plumazo.

—Sí, lo sé de su propia boca. No recuerdo las circunstancias exactas, fue al poco de llegar a *La Bella*, pero me lo confesó y me pidió que no revelase su secreto. Es lo que me ibas a preguntarme, ¿no?

—Sí, claro —respondí por inercia mientras no podía dejar de dar vueltas a la idea dentro de mi cabeza. No podía ser, Hans no podía ser gay.

Entonces un joven mulato se adentró en el jardín, caminando por el filo de la piscina rectangular hasta alcanzarnos. Sus ojos eran negros, era bastante alto y vestía un uniforme de polo blanco y pantalón verde.

—Buenas tardes, señoras.

—Buenas tardes —respondió la dueña de la casa.

—Voy a limpiar la piscina, si le parece bien, señora Delia.

—Sí, claro —contestó mi amiga con una sonrisa. El joven se alejó en dirección al cuarto de la piscina, al que había hecho referencia antes Delia, y en cuyo interior me negaba a imaginar a Hans y Karim haciéndose arrumacos. Por lo que podía ver desde mi posición era una habitación sencilla, de unos

veinte metros cuadrados con dos ventanas en el que se hallaba toda la maquinaria de limpiado y acondicionamiento de la piscina—. Ahora vas a ver lo que es un auténtico espectáculo —advirtió Delia cuando el joven lo abandonaba cargado con la barredora de fondo. La dejó hundirse en un extremo de la piscina y sosteniendo el largo mango entre las piernas se sacó la camiseta por la cabeza, descubriendo un abdomen tableado que parecía esculpido en chocolate.

Nos miró, consciente de que le observábamos. Delia se quitó las gafas de sol, y mordió la patilla en un gesto muy sensual. El chico de la piscina estiró una larga sonrisa ladeada y mi intuición me dijo que esos dos mantenía algo más que una relación jefa empleado.

Algo mucho más... profundo.

Cerré los ojos y me propuse descansar. No era sencillo después de enterarme que el objeto de mi deseo bailaba *la mamba negra* a escondidas con el atractivo sirviente dominicano. Nada sencillo. ¿Quién podría haberlo imaginado?

Cuando comenzaba a anochecer, regresamos a la mansión, cargando con las toallas y con un par de bebidas de más en el cuerpo. Delia subió a su habitación, en el ala opuesta a la mía. Abrí la puerta de mi cuarto y oí cómo alguien me llamaba.

—Señorita Jenssen —miré de nuevo hacia el pasillo y distinguí a Karim con su impoluto uniforme blanco caminando hacia mí—. Deme esa toalla mojada, ¿tiene ropa sucia?

—Sí, pasa, te la doy —respondí entrando a la habitación, seguida de él y cerré la puerta. Estaba bastante achispada y eso limitaba mi capacidad de contención verbal. Le miré un largo instante en silencio—. ¿Te puedo hacer una pregunta, Karim?

—Sí, claro, señorita...

—Alma, solo Alma.

—Sí, claro, Alma.

—A ti... En fin... Eres un hombre sano y atractivo.

—Vaya, gracias.

—Lo eres, eres atractivo, para qué vamos a andarnos con rodeos... —Karim sonrió de oreja a oreja observándome con algo similar al desconcierto reflejado en su rostro criollo—. Pero mi pregunta es... ¿te gusta el sexo? —cuestioné sacándome el blusón de la piscina por la cabeza, depositándolo en sus manos. Karim me miró de arriba a abajo, estaba en bikini, un minúsculo bikini de triángulos con braguita brasileña, y probablemente demasiado cerca de él. Tragó saliva. Su modo de mirarme me hizo suponer que me deseaba. O eso o mi intuición femenina se hallaba más perdida que la madre de Marco.

—Cla... Claro que me gusta. Mucho.

—¿Alguna vez lo has hecho con un hombre? —leí asombro en sus grandes ojos negros ante mi pregunta, debía de haberle descolocado, casi con total seguridad debía haber pensado que me estaba insinuando.

—Noooo. Por supuesto que no, solo me gustan las mujeres.

—Eso está bien, pero que muy bien. Me alegro por ti y por mí —dije tocándole en la punta de la nariz con mi dedo índice, con una amplia sonrisa. Si Karim era gay yo era la madre Teresa de Calcuta. Pero, ¿por qué me habría mentido Delia? O quizás ella realmente pensaba que lo era. Quizás incluso era otro el que salía de la casita de la piscina cuando Delia les descubrió. En fin, dadas mis nulas habilidades como pitonisa lo mejor era dejarlo estar. Karim, que no entendía nada, aún me observaba con curiosidad.

—¿Está bien, Alma? Está...

—¿Borracha?

—Bueno, iba a decir un poco pasada de tragos.

—Solo un poco, un poquito.

Sin decir nada más fui al baño y cogí mi ropa del día anterior, la metí en una pequeña bolsita de tela que había sobre la cesta de mimbre y se la entregué.

—Hala, ya tienes la ropa. Muchas gracias.

—Alma, sé que mañana pasarás el día con el señor Augusto.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Las oí conversando en la piscina. Ten cuidado con él.

—Sí. Ya sé que es un mujeriego.

—Augusto Ríos no se parece en nada a su padre —dijo muy serio, desconcertándome—. No te pases de tragos mañana.

—¿Qué temes? ¿Que abuse de mí? —chasqué, pero Karim permaneció serio, desvió la mirada y eso no me gustó lo más mínimo.

—No temo nada, solo te pido que tengas cuidado.

—¿Por qué?

—Porque... eres muy bonita y las mujeres bonitas deben cuidarse.

—Gracias por el piropo. Está bien, lo tendré en cuenta, no beberé mucho y me portaré como una niña buena —bromeé y Karim se dio por satisfecho. Sin decir nada más, se marchó de mi habitación con mi ropa sucia.

Me tumbé en la cama y sin quererlo me dormí. Delia me despertó para la cena, se sentó a mi lado y me tocó en la cara con suavidad hasta que despabilé. Había anochecido y la única luz que nos iluminaba era la de la lamparita de noche que ella misma debía haber encendido.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Delia. Lo siento, me he dormido.

—No me extraña, con la cogorza que llevabas.

—¿Tanto se me notaba?

—Mujer, normalmente no subes los escalones a gatas.

—Yo no recuerdo haber... —entonces se echó a reír y supe que bromeaba.

—¿Sabes? A veces te envidio.

—¿A mí? —dudé incorporándome, sentándome en la cama junto a ella.

—Sí. Eres tan independiente, tan fuerte. Eres feliz con tan poco... no ansías nada, no envidias nada.

—Vamos, que tengo una vida de mierda y ni me esfuerzo en superarla —

resumí, otra que iba a darle la razón a mi ex.

—No, no pretendo decir eso, sino todo lo contrario. Estás a gusto con tu vida, tienes todo lo que necesitas y eso te hace feliz.

—No tengo todo lo que necesito. Me gustaría triunfar con algún tipo de fotografía que no fuese la moda, ser reconocida por mis fotos fuera de este mundillo. Me gustaría encontrar a alguien que me quiera, que me quiera de verdad.

—Es difícil tenerlo todo, Alma. Tú triunfas en tu profesión y estoy segura de que llegarás muy lejos. Pero no te obsesiones en encontrar el amor porque es una quimera, un fraude, créeme, no merece la pena sacrificar nada por él —afirmó con serenidad. Yo no estaba en absoluto de acuerdo con ella, pero sus palabras transmitían tanta decepción, tanta tristeza, que me sentí incapaz de contradecirla, ahondando en esa herida que acababa de mostrarme de modo involuntario.

Delia continuaba sin amar a su marido. Y había sustituido ese amor por el lujo, por la buena vida, los placeres del dinero, y a aquellas alturas no estaba convencida de si se sentía satisfecha con su decisión.

—El viernes celebraremos nuestra fiesta de aniversario, hace ya dos años que Cristóbal y yo nos casamos —dijo con la misma ilusión con la que se acude al dentista—. Habrá fuegos artificiales, música en directo... Será una fiesta espectacular, ya lo verás. Bueno, cámbiate, te esperamos abajo. Tenemos invitados —se levantó y caminó hasta la puerta. Me percaté entonces de que vestía un traje largo azul marino de lentejuelas, con escote en V, muy elegante, demasiado para una cena informal.

—¿Invitados?

—Sí. Han venido a visitarnos unos amigos: Marcel Badán, que es dueño de medio puerto de Santo Domingo; su esposa Mimí Badán, gran amiga mía y su hermana pequeña Tutti, que está pasando unos días con ellos en su mansión. Tienen una propiedad a unos diez kilómetros de *La Bella*. Han venido para saludar a Augusto. Marcel y él son grandes amigos.

—Enseguida bajo.

Lo cierto es que me acababa de surgir un problema. No traía en la maleta nada tan elegante como el espectacular traje azul de mi amiga. Pero al menos había tenido la precaución de traer conmigo mi vestido negro de Lycra, con escote redondeado y la espalda al aire. Con unos tacones se transformaba en un traje de noche y con unas sandalias en el vestido ideal para pasear una tarde de verano cualquiera. Me duché rápido y recogí mi cabello en un moño alto que sostuve con horquillas, pinté mis labios con carmín rojo que con dos suaves toques utilicé también de colorete y me dispuse a cenar y a conocer a aquellos amigos ricachones de Delia.

Aguardándome, estaban reunidos en el salón de la amplia cristalera que comunicaba con la piscina. Augusto fumaba junto a una ventana abierta, apoyado en el marco de madera junto a Cristóbal Ríos, otro caballero alto y trajeado que debía de ser Marcel, y una joven rubia y menuda, embutida en un

brillante y cortísimo vestido plateado.

Delia, sosteniendo una copa de champán en su mano, y otra mujer, también rubia con el cabello corto, vestida con un traje rosa, de espaldas a mí, conversaban sentadas en los sillones victorianos.

El primero en descubrirme en el umbral fue Augusto, que caminó en mi dirección.

—Pero qué preciosa estás, Alma —dijo alcanzándome, besándome en la mejilla de un modo afectuoso.

—Gracias.

—Mimí, Marcel, Tutti..., ella es Alma Jenssen —anunció Delia con entusiasmo, como si acabase de irrumpir el invitado de honor en una fiesta. Mimí, la mujer que estaba sentada junto a ella, se incorporó y vino a saludarme—. Alma es una de las fotógrafas de moda más reconocidas de España, además de una excelente amiga.

—Encantadísima de conocerte, Alma —dijo Mimí con un marcado acento inglés, dándome dos incorpóreos besos en las mejillas. Sus ojos eran pequeños y marrones, sonrió de oreja a oreja—. Ven, Tutti —llamó a su hermana.

—Encantada —me saludó la joven cuando me alcanzó. Era menor que yo, le calculaba menos de veinticinco años, y su cabello podía ser rubio, pero sus cejas eran más negras que las uñas de Tarzán—. ¿Así que tú eres *ispaniola*? ¡Olé... *toruero*! ¡Cómo *mi* gusta la *paela*! —sonreí, pretendiendo que el comentario no me había resultado todo lo absurdo que lo había hecho. Miré a Augusto de reojo y él trató de disimular una sonrisa.

—Vamos, Tutti, en España hay mucho más que toros y paella... Soy Marcel Badán, encantado de conocerla, señorita Jenssen —dijo el caballero estrechando mi mano con fuerza. Su acento sí era dominicano, similar al de Karim o Darinda, dulce y acogedor. Era un hombre bastante atractivo, moreno, con el cabello peinado hacia detrás, y unas seductoras canas plateando sus sienes. Sin embargo, no era mi tipo, ni de lejos.

—Igualmente. Llámeme Alma, por favor.

—Bueno, ahora que están hechas todas las presentaciones vámonos al comedor a cenar —pidió Cristóbal Ríos, caminando hacia nosotros.

Pasamos al comedor, Cristóbal se sentó presidiendo la mesa. Augusto retiró una silla para mí a su derecha, se había situado frente a su padre, y la señorita *mi-gusta-la-paela* ocupó su siniestra. A mi derecha tenía a Delia y frente a esta, al matrimonio Badán.

Darinda y Karim comenzaron a servir la cena: de primero sopa de marisco y langostinos a la plancha, todo regado con un maravilloso vino blanco local. Con la sopa no tuve ningún problema, estaba deliciosa, pero al enfrentarme a los langostinos se me presentó una dificultad: ¿cómo devorar aquellos suculentos manjares con la elegancia necesaria?

Mimí y Tutti parecían haber perdido el apetito y con un par de cucharadas de sopa llenaron sus estómagos. Cristóbal Ríos y Marcel, armados con sus

tenedores y cuchillos de pescado separaban la carne del caparazón de los crustáceos con maestría y yo les miraba en busca de inspiración. Jamás había desmenuzado un langostino con cuchillo y tenedor. En mi casa éramos más de sorber las cabezas y quitarles el caparazón con los dedos.

Augusto me miró, con mi plato intacto y sonrió, Karim se llevó su cuenco de sopa y dejó los langostinos sobre la mesa. Me guiñó un ojo, se soltó los gemelos dorados de las mangas de su camisa blanca, guardándoselos en el bolsillo, y dio una vuelta a los puños.

—Si no os molesta, a mí me gusta pelarlos al modo tradicional, ¿me acompañas Alma? —preguntó tomando uno de aquellos ejemplares con los dedos.

—Sí, claro —dije con una sonrisa y le imité.

Para cuando llegó el segundo plato, pollo agridulce con piña, había anunciado Darinda, ya estaba mucho más que satisfecha. Había creado toda una montaña de cáscaras en mi plato, al igual que mi amable compañero de peladuras. Limpié mis dedos con una de las toallitas perfumadas que la joven doncella había repartido y presté atención a la conversación que el resto de comensales mantenían.

Marcel Badán y Cristóbal Ríos hablaban sobre contenedores portuarios, Marcel le ofrecía la oportunidad de tener un mejor lugar en el puerto para sus contenedores. Un lugar privilegiado. Delia conversaba con Mimí sobre un vestido de Chanel y Tutti le preguntaba a Augusto Ríos si podía ir a visitarle a California a su vuelta, a lo que él le respondió que pasaba poco tiempo en casa.

—¿Has estado alguna vez en California, Alma? —me preguntó Augusto.

—No, no había tenido el placer de cruzar el charco hasta esta ocasión.

—¿Nunca? —se escandalizó Tutti.

—No, nunca. Llevo trabajando desde los dieciocho años, sin parar.

—*But, in* París *you* habrás estado, yo imagino —sugirió con una de sus cejas oscuras alzada, aguardando mi respuesta.

—Pues no, no he estado en París. He estado en Burdeos por trabajo, pero no en París.

—No *mi* puedo *crier*, que *you live in* Europa sin visitar París.

—Pues créetelo.

—París *is* la *city* del *amooor*.

—Mejor así, es mucho mejor que no hayas estado en París, porque así puedo enseñártela yo —intervino Augusto. Los ojos de Tutti chispearon de algo que, si no era rabia, se le parecía mucho. Ella al parecer estaba muy interesada en el rico heredero y yo, sin proponérmelo, estaba resultándole una piedra en el zapato.

—Augusto —llamó nuestra atención Cristóbal Ríos desde el extremo opuesto de la mesa—. Estoy diciéndole a Marcel que creo que necesitaremos al menos sesenta contenedores más que en la campaña anterior, ¿no es cierto?

—Bueno... Hay muy buena producción, se están perdiendo muy pocas hojas

—confirmó su hijo—. Quince contenedores más es un buen número.

—Sin duda es una excelente noticia. Parece que esta campaña la suerte os sonríe —dijo Marcel Badán.

—La suerte no existe, en este caso la suerte se llama Hans McBride, nuestro capataz. Desde que él se hizo cargo de la plantación hemos aumentado la eficiencia en un cincuenta por ciento —aseguró Cristóbal Ríos. Al oír aquel nombre de sus labios no pude evitar mirarle, acto seguido hallé los ojos de Delia, apretados, mirándome sin molestarse en camuflar su desaprobación. No soportaba que su marido tuviese en tanta estima a su capataz.

—Es cierto que la producción ha mejorado, pero no creo que sea solo mérito suyo. —intervino Augusto.

—¿Que no? Él entiende a los peones, sabe motivarlos, les hace trabajar más —insistió Cristóbal Ríos.

—Pues eso sí que tiene mérito, con lo perezosos que son los dominicanos —dijo Mimí y todos echaron a reír. Todos excepto yo, que no daba crédito a un comentario tan xenófobo y malintencionado. En aquel momento, Darinda rellenaba mi copa de vino blanco. Busqué algún tipo de reacción en sus ojos pero no la hubo, la joven me miró cortés y se apartó de mí.

—¡*Negrita*! ¡*Negrita*! ¡Llena *my glass*! —la llamó Tutti mostrándole su copa vacía y la doncella se volvió, caminando hacia ella. No podía creer lo que acaba de oír, pero menos aún que nadie, absolutamente ninguno de los presentes en la mesa, pareciese ni la mitad de escandalizado que yo al oír a aquella niñata oxigenada llamar a la joven doncella de un modo tan poco respetuoso.

—Se llama Darinda —dije a Tutti.

—*What*?

—Ella, se llama Darinda —insistí, indicando con un gesto a la doncella que rellenaba su copa de vino blanco.

—Da... *what*?

—Darinda —repetí por tercera vez.

—*Darinda, Marinda*... Da lo mismo. *Thank you, Negrita* —dijo con aquel acento que comenzaba a irritarme aún más, mirándome con maldad, con una sonrisa amplia, casi circular y supe que acababa de repetir aquella palabra solo por fastidiarme, que aquel era su modo de vengarse de mí porque Augusto Ríos no le había prestado ni la menor atención en toda la cena. Y entonces la sangre comenzó a bullir dentro de mis venas y sentí que iba a liarla. Que si no me contenía iba a montar una muy gorda en mitad de aquella cena de amigos de Delia.

—¿Qué pasa? —preguntó Augusto, al percatarse de la expresión de alarma en mi rostro.

—Que tu amiga Tonti no es capaz de retener el nombre de Darinda.

—*Mi* llamo Tutti.

—¿Qué más da? ¿Tutti, Totti, Tonti? Da lo mismo —respondí con una sonrisa. Doña *olé-paela-torero* hizo un mohín de disgusto con los labios y

juraría que se le escapó algo de humo por las orejas.

—Voy a fumarme un cigarro fuera mientras traen el postre, ¿me acompañas, Alma? —sugirió Augusto mirándome con picardía. Parecía divertido con nuestra discusión. Asentí—. Señores, Alma y yo regresamos enseguida, voy a fumar un cigarrillo —anunció y me incorporé, acompañándole al exterior, sintiendo en mi espalda los ojos de *Tutti-cejas-negras* como puñaladas.

La noche era calma, llena de estrellas en un cielo infinito. Salimos al jardín posterior y caminamos bordeando la terraza de la piscina hasta alcanzar una explanada en la que había una especie de mirador delimitado por un pasamanos de hierro en toda su extensión, unos doce o quince metros. Desde el mirador podía divisarse gran parte de la plantación, había luces encendidas en el interior de las casas de los trabajadores, como pequeños farolillos en la oscuridad. Algunas estaban solo a un par de kilómetros; otras, a más de una decena.

Augusto se sentó en un pequeño banco de forja y yo a su lado. Prendió su cigarrillo y el ascua centelleó en la semioscuridad, iluminados por las luces provenientes del jardín.

—Eres muy malvada, mira que llamarla Tonti —dijo, haciéndome reír.

—¿Yo?

—Solo es una chiquilla malcriada.

—Pues nunca es tarde para aprender buenos modales. Yo no sé pelar langostinos con un tenedor, pero sí respetar a las personas. Mira que llamar *Negrita* a Darinda...

—No entiendo el desagravio, quiero decir, ¿acaso su piel no es negra? No la ha insultado.

—Si llega a insultarla me subo a la mesa y le tiño las cejas de rubio a sopapos.

—Todo un carácter, la señorita *ispaniola* —bromeó, imitando a Tutti en nuestra presentación.

—Perdón, en serio, debes pensar que soy una maleducada, pero hay cosas con las que no puedo. Me superan. Y el clasismo es una de ellas. No te lo tomes a mal, pero no pienso que la gente como ellas, o como tú o tu padre, seáis superiores a mí, o a la gente como yo, solo porque tengáis dinero.

—Y haces bien. No lo somos, en absoluto.

—El problema no es la palabra en sí, *negrita*, sino la intención, y espero que no te ofendas, pero eso que dice tu padre de que todos los dominicanos son perezosos me parece un comentario muy xenófobo.

—Lo son.

—¿En serio lo crees? ¿Crees que son perezosos? ¿Es que los conoces a todos?

—Conozco a muchos. Estoy seguro de que a muchos más que tú —dijo muy serio y supe que era el momento de dejar de profundizar en aquella conversación porque jamás estaríamos de acuerdo—. Es su cultura. Yo he nacido aquí, aunque me he criado en Norteamérica. Lo he visto desde niño,

ellos viven de otra manera, sienten de otra manera, su vida va a otro ritmo, no saben lo que es el estrés, la productividad... *La Bella* ya era fructuosa mucho antes de que llegase Hans, pero es cierto que desde que él se hizo cargo del cultivo la producción ha aumentado, y eso es un hecho.

—No te gusta, Hans, ¿verdad? —me atreví.

—Soy un hombre desconfiado por naturaleza. A pesar de ser un excelente capataz... No me fio de nadie. Y eso de dar clases a los hijos de los peones por las noches, que no abandone la finca en ningún momento, ni siquiera los escasos días libres que le concede mi padre.

—¿Hans da clases a los niños?

—Sí, por las noches, en el salón de su casa monta una especie de pequeño colegio. Les enseña a leer y escribir, como si fuese a servirles de algo.

—¿Como si fuese a servirles de algo?

—Seamos realistas, Alma, sus padres son cultivadores de tabaco, sus abuelos eran cultivadores de tabaco y ellos serán cultivadores de tabaco. Aprendan o no a leer y escribir.

—¿Y si entre ellos hay un futuro médico? ¿O el futuro descubridor de la cura del cáncer, por ejemplo...?

—Vamos, Alma, por favor —dijo irritado, dando una honda calada a su cigarrillo.

—En serio, Augusto, todos los niños tienen derecho a ir al colegio. Todos.

—Bueno, como ahora mismo no vamos a solucionar el problema de analfabetismo de la República Dominicana, ¿por qué no hablamos de algo más divertido? Como de nuestro paseo de mañana, por ejemplo. Te esperaré en el comedor a las ocho para desayunar. Estoy deseando llevarte a ver la planta de despalillado, pero más ganas aún tengo de que conozcas el *Hemisphere*. Es el catamarán más lujoso de todo el Caribe, te va a encantar.

—Estoy segura —acepté, tratando de camuflar la decepción que la forma de pensar de Augusto Ríos estaba despertando en mí. Quizá pudiese cambiar, quizá si hallase a alguien que le abriese los ojos pudiese hacerlo, pero ni siquiera me había convencido de su sinceridad cuando había afirmado que no debía creerles superiores a mí solo porque tenían dinero.

Aquella noche, cuando nos despedimos al final de las escaleras, Augusto me informó de que su habitación era la cuarta a la derecha en el pasillo opuesto al mío. Lo hizo con una sonrisa, como si bromease, pero yo no pude evitar pensar que en sus palabras se traslucía algo de verdad. Debió quedarse esperándome, no pensaba acudir a su habitación, y mucho menos a su cama. No, a menos que el corazón me lo pidiese, y por el momento no lo hacía, ni de lejos.

Cuando al fin pude meterme entre las sábanas solo un pensamiento ocupó mi mente: Hans dando clases a aquellos niños al finalizar su larga jornada de trabajo. Él, que parecía tan asocial, tan hosco y desabrido. Me costaba imaginarle agachado junto a alguno de aquellos pequeños que había visto correteando por los alrededores de la plantación, explicándoles las vocales y

las consonantes. Y sin embargo lo hacía, intentando mejorar sus vidas, salvarles de un futuro demasiado previsible y descorazonador, como un pequeño rayo de luz en mitad de la tormenta.

Definitivamente, Hans McBride era un enigma que me moría de ganas por resolver.

Capítulo 7

Hemisphere

A la mañana siguiente, cuando el despertador de mi teléfono móvil comenzó a sonar con su chirriante alarma, le di tal manotazo que lo tiré al suelo. Solo cuando lo oí impactar contra la madera del pavimento me despabilé y lo miré alarmada por si lo había roto. Por suerte no era así y descubrí que tenía un mensaje de mi hermana y otro de mi madre.

«Que disfrutes de tu paseo en catamarán. Mándame fotos», insistía Claudia, que no tenía suficiente con que su hermana pequeña fuese la fotógrafa oficial de cada evento familiar, cumpleaños y demás fiestas incluidas, sino que además al parecer pretendía convertir mis vacaciones en el Caribe en un publirreportaje para su particular uso y disfrute.

«Espero que te lo estés pasando bien, y no te olvides de llamarme el lunes. Papá y mamá te mandamos besos», rezaba el mensaje de mi madre. En ocasiones me decía a mí misma que aquella Navidad que pasé hora tras hora enseñándola a usar el whatsapp se había vuelto en mi contra, definitivamente. Porque, aunque aún no lo manejase con total soltura, sí lo hacía lo suficiente como para dejarme aquel tipo de recados sobre lo descastada que era y el tiempo que hacía que no la llamaba.

Respondí a ambas con una carita sonriente y me dispuse a prepararme para pasar todo el día navegando en un catamarán. Y no en uno cualquiera, en el más lujoso de todo el Caribe, según palabras de su propio dueño. Nada más y nada menos.

Cuando alcancé el comedor cargando con mi bolso bandolera, desde la puerta oí cómo conversaban Augusto y Darinda.

—Señor, por favor, tengo cosas que hacer —decía la joven doncella.

—Vamos, no seas tonta —oí decir a Augusto Ríos, y al asomarme por el marco de la puerta pude ver cómo el empresario agarraba a la joven por la muñeca mirándola con una sonrisa. Darinda estaba de pie, de espaldas a mí, y Augusto permanecía sentado con la mesa del desayuno puesta ante él. Entonces me vio junto a la entrada y soltó la mano de la muchacha que se volvió para comprobar qué estaba mirando su jefe y se hizo a un lado, aguardándome.

—Buenos días, Alma.

—Buenos días.

—Buenos días, señorita Alma, ¿qué desea desayunar?

—Un café con leche y tostadas. Gracias, Darinda —dije con una pretendida

normalidad, dándole vueltas a la escena en mi cabeza. ¿Qué había sido aquello? ¿Esos dos tenían algo? ¿Por qué la agarraba por la muñeca como si pretendiese retenerla?

—Estaba pidiéndole excusas a Darinda por el comportamiento de mi amiga Tutti anoche, ¿verdad, Darinda? —aseguró Augusto Ríos con una sonrisa y la joven dominicana asintió, mirándome cabizbaja, antes de marcharse en busca de mi desayuno.

—Me parece muy amable por tu parte —respondí tomando asiento a su lado. Sin embargo, no terminaba de creerme que lo que me decía fuera cierto. Quizá se debiese al recelo que habían despertado en mí sus palabras la noche anterior, las sensaciones que me había transmitido con ellas. Las que me habían transmitido todos los comensales de la cena, en realidad. Aquel sentimiento de superioridad que se traslucía en su modo de hablar, en su forma de actuar, y del que mi amiga Delia parecía completamente embebida. Ella era entonces una más. Una más de aquel grupo de ricachones que podían mirarnos por encima del hombro solo porque uno de sus relojes era más valiosos que la casa de mis padres en el pueblo, por ejemplo. Y yo, yo comenzaba a sentirme como un pez fuera del agua entre ellos.

—Quiero pedirte disculpas también a ti, por el desagradable espectáculo de anoche. Lo cierto es que no somos así, no me considero racista, ni xenófobo y te aseguro que mis amigos tampoco lo son. Tutti es solo una cría que no sabe dónde está parada.

—No tienes que pedirme disculpas, no a mí.

—Por eso se las he pedido a Darinda. Pero creo que también tú las mereces por haber presenciado una conversación que no muestra quiénes somos en realidad.

—¿No? Quiero decir... ¿anoche estabais fingiendo que sois clasistas?

—¿Clasistas? No soy clasista, en absoluto, tengo amigos que no tienen un centavo y otros con más dinero aún que mi familia. Y no creo que si en realidad pensases que lo soy habrías aceptado acompañarme hoy, ¿no es cierto? —preguntó sin perder la sonrisa.

—Lo cierto es que no quiero creerlo, porque me caes bastante bien.

—Bueno, ese es un buen punto de inicio, partamos desde ahí. Quiero que sepas que me has hecho reflexionar.

—¿Con respecto a qué?

—Tus palabras acerca de los niños de la plantación. He estado dándole vueltas y pienso que tienes razón, que quizá con la instrucción adecuada podrían ser grandes hombres y mujeres el día de mañana. Por eso he decidido organizar una pequeña escuela.

—¿En serio?

—Sí, es justo que una parte de los beneficios vaya destinada a ellos. Esta misma mañana he hablado con un amigo contratista sobre la posibilidad de crear una pequeña escuela, una que cuente con un maestro como Dios manda.

—Eso sería... sería algo estupendo, Augusto —dije realmente ilusionada. ¿Y

si era cierto? ¿Y si las personas podían cambiar su modo de pensar de la noche a la mañana? ¿Y si les había juzgado con excesiva dureza por mis propios prejuicios sobre la gente adinerada? Deseaba con toda el alma que fuese así.

—Y ahora, ¿estás preparada para pasar un día en el mar?

—Preparadísima —respondí con una sonrisa.

La planta de despalillado era una inmensa nave industrial de varios cientos de metros cuadrados en la que las hojas de tabaco ya seco, curado, como le llamaba Augusto, llegaban en grandes camiones desde *La Bella*. En una primera zona, un grupo compuesto por cinco mujeres dominicanas se encargaban de limpiarlas de polvo y tierra y lo clasificaban por la calidad y tonalidad de las hojas en distintas cajas de plástico. Después, esas cajas eran transportadas hasta otra zona en la que hombres y mujeres separaban la lámina del nervio, pues con el nervio en exclusiva se fabricaba un tipo de tabaco especial, el tabaco más caro de todos, había dicho el tabaquero orgulloso. Debidamente clasificado, el tabaco se llevaba a un contenedor seguro de mantenimiento de humedad. Después se embalaba en cajas de cartón de doscientos kilogramos que eran enviadas a las plantas de fabricación, en Norte América y Europa.

Por último, me llevó a ver una zona en la que se fabricaban gruesos cigarros puros de modo artesanal.

—Aún solo fabricamos cigarros para consumo propio, para nosotros y nuestros amigos, así como para nuestros clientes especiales, pero espero que un día podamos hacernos un nombre en el mercado —relató Augusto.

Me pareció muy interesante aprender de primera mano cómo se fabricaban aquellos puros, así como el modo en que se trataba y manejaba el tabaco antes de convertirse en un cigarrillo. Y con el permiso de mi guía de excepción, realicé fotografías a aquellas mujeres que entre risas y canciones trabajaban con sus manos las hojas secas hasta convertirlas en puros.

—Ten, prueba uno —sugirió el tabaquero entregándome uno de aquellos cigarros recién liados.

—No fumo.

—No importa, dale una calada —pidió encendiéndolo para mí. Lo hice, por pura curiosidad, y en cuanto el humo invadió mis pulmones comencé a toser como si me hubiesen metido en una cámara de gas. El humo me entró en los ojos irritándolos y se lo devolví a Augusto como si quemase. Las mujeres se echaron a reír, también él.

—Ya te lo dije, no sé fumar —dije con un aliento de voz.

—No importa, al menos las has divertido —apuntó indicando hacia las trabajadoras, que me miraban sonrientes y cuchicheaban entre ellas. Eran mujeres jóvenes, en torno a los cuarenta años, con el cabello negro envuelto en coloridos pañuelos y los dedos gastados por el trabajo manual.

—Vaya, es un consuelo saber que aunque haya sido incapaz de apreciar vuestro tabaco al menos os he servido de espectáculo cómico —protesté.

—Un espectáculo realmente atractivo —sentenció el tabaquero con una sonrisa—. ¿Nos vamos?

El sol brillaba sobre nuestras cabezas y la brisa refrescaba nuestros rostros en contraste, subidos a aquella gigantesca embarcación que, a una considerable velocidad, surcaba el mar Caribe. Me había embadurnado en protector solar, como mi querida hermana Claudia me había advertido que debía hacer al exponerme de lleno a aquel sol directo e intenso. Llevábamos al menos una hora de travesía, una hora en la que el camarero de la embarcación, porque sí, porque aquel mega catamarán tenía tripulación y servicio, me había traído al menos tres cócteles de frutas, con su correspondiente aliño alcohólico. Augusto, solo tomaba ron con hielo, en vaso ancho, uno tras otro.

Era la primera vez que le veía en bermudas. Unas bermudas rojas con la cinturilla y el bolsillo azules, de firma por supuesto. Y lo cierto es que su torso desnudo no tenía desperdicio. Se percibía a leguas que Augusto Ríos machacaba su cuerpo en el gimnasio, su musculatura pectoral y abdominal era muy definida. Su cuerpo estaba completamente depilado, brazos y piernas incluidas, y lo cierto es que con aquel aspecto informal ganaba en atractivo.

Permanecíamos tumbados muy cerca uno del otro sobre la red que unía ambos cascos de la embarcación, con el mar turquesa bajo nuestros cuerpos, salpicándonos, refrescándonos.

—¿Está a gusto mi sirena favorita? —preguntó enarcando una de sus cejas negras.

—Lo cierto es que muy a gusto. Conocer la planta de despalillado ha sido interesante, pero esto es una auténtica maravilla —dije provocándole una sonrisa.

—Estar a tu lado sí que es una maravilla. Hacía mucho que no conocía a una mujer como tú, creí que todas estaban ya cazadas.

—¿Como yo?

—Sí, una mujer sin miedo a despeinarse, a comer lo que le apetezca sin miedo a divertirse.

—Quizás es solo que no la buscabas en el lugar apropiado. Lo que es extraño es que un hombre como tú no esté cazado.

—¿Un empresario aburrido y sin tiempo para la vida social? Sí, es realmente extraño que esté solo —bromeó.

—No pienso que seas aburrido. Quizá tienes la mente un poco... un poco bastante cuadriculada, pero aburrido no eres.

—Gracias, tu sinceridad es abrumadora.

—Lo siento —me arrepentí en el acto de mis palabras—. Cuando bebo se me suelta la lengua y a veces mi sinceridad raya la impertinencia —admití, y recordé entonces las palabras de Karim, advirtiéndome de que no debía *pasarme de tragos* estando a solas con Augusto Ríos. Pero no había bebido tanto, aún era capaz de tocarme la punta de la nariz con el dedo índice sin perder un ojo en el intento.

—¿Qué haces?

—Compruebo si he bebido demasiado —dije, dándome cuenta de que estaba haciendo la prueba frente a él, sin pudor alguno. Augusto echó a reír a carcajadas con mi ocurrencia.

—Me encanta cómo eres, tan divertida, tan espontánea...

—Aún no has conocido mi cara B, también la tengo. Lo de anoche con esa Tutti no fue ni una pequeña muestra de ella, te lo advierto.

—Estoy deseando conocer todas tus caras, todas —aseguró aproximándose, mirándome fijamente con sus ojos castaños, y entonces me besó en el hombro, despacio. Supe que iba a lanzarse a besarme en los labios de un momento a otro, y yo no estaba segura de cuál sería mi reacción cuando lo hiciese. Augusto Ríos era un hombre atractivo, bastante atractivo, y también parecía divertido, y además era rico y quizá un colmado de virtudes. Pero mientras le miraba los labios no podía evitar pensar en la boca de Hans, en los labios finos y delineados de aquel idiota. Deseaba besar sus labios, no los de Augusto Ríos. Y no podía evitar sentirme una completa imbécil por ello.

El camarero se acercó de nuevo con su bandeja, capturando mi atención, portando un nuevo cóctel y un plato con fruta troceada y hielo, que dejó en la pequeña mesita al filo de la red.

—Esas fresas tienen una pinta deliciosa —afirmé, apartándome de él, trepando por la red como una salamandra hasta alcanzar la fruta. Tomé una de las fresas y la mordí.

—Vamos a probarlas —dijo Augusto alcanzándome. Cogió la fresa mordida de mi mano y se la comió.

Estaba empezando a acalorarme, con casi total probabilidad era una mezcla del alcohol, el sol y la situación que estaba viviendo.

—¿Falta mucho para llegar hasta Isla Saona? —pregunté mirando hacia el horizonte.

—No, solo un poco, unos quince o veinte minutos. Creo que deberíamos meternos dentro un rato, hace demasiado sol fuera y no quiero que te quemes esa piel tan blanca tuya —advirtió poniéndose de pie, saliendo de la red y ofreciéndome su mano para ayudarme. La tomé y le seguí al interior del barco.

Como en todo catamarán, la estructura del Hemisphere estaba dividida en dos cascos. En el de la derecha se hallaban las estancias de recreo: un salón, dos dormitorios y un baño, equipados con lujo y elegancia. Y en el casco de la izquierda estaban la cocina, el dormitorio de la tripulación y la sala de máquinas.

Pasamos al salón, decorado con maderas nobles y asientos de cuero blanco, con un gran proyector de cine, grandes alfombras árabes y ventanas alargadas a través de las cuales podíamos divisar el mar. Tomé asiento en uno de los amplios sillones, Augusto se sentó a mi lado, dejando su vaso sobre la mesita de cristal frente a ambos. Y entonces se volvió hacia mí, posó su mano en mi muslo derecho y me besó sin mediar palabra.

Y yo me quedé petrificada, mirándole con los ojos abiertos, mientras sentía

su lengua dentro de mi boca, preguntándome a mí misma por qué no podía relajarme y disfrutarlo. No tenía ninguna relación, ni estable ni inestable, hacía seis meses que no me acostaba con un hombre, y Augusto Ríos físicamente podía encajar en el montón de solo sexo, o incluso en el de sexo y algo más. Pero la activista de ONG que habita en mi anterior no podía perdonarle la conversación de la noche anterior en la que sentí cómo menospreciaba a Darinda y a esos niños por su raza y su clase social.

Ya se había disculpado, me había pedido perdón a mí, y lo que era más importante, a ella. E incluso había dicho que valoraría la posibilidad de crear una escuela para aquellos niños. Oh, Dios, ¿por qué no besaría igual de bien que Hans? *«Si este beso me lo estuviese dando Hans en lugar de Augusto ya tendría las bragas empapadas»*, pensé sin poder evitarlo.

Y entonces su mano se posó sobre mi pecho derecho, por encima del bikini, a la vez que se echaba lentamente sobre mí. Sin poder evitarlo, me moví, traté de deslizarme hacia atrás, apartándome. El protector solar que embadurnaba mi cuerpo, unido al efecto resbaladizo del sillón de cuero, provocó que me escurriese como una pescadilla y acabase por los suelos, a sus pies.

—Alma, ¿estás bien? —preguntó sin camuflar su desconcierto, mirándome despatarrada en el suelo.

—No puedo..., lo siento —dije incorporándome, poniéndome de pie a su lado.

—¿Qué?

—No estoy preparada, Augusto. Acabo de terminar una relación importante en mi vida y aunque ya no estemos juntos siento que... siento que le estoy engañando —mentí, fue la mejor excusa que se me ocurrió en aquel preciso momento. Di gracias a mis genes maternos, esos que me permitían inventar una mentira relativamente creíble en cero coma dos segundos. La Claudia original es una auténtica hacha para eso.

—Oh, vaya, lo entiendo —afirmó enderezándose. Se incorporó, recolocándose las bermudas en las que era imposible no apreciar la silueta de una más que considerable erección. Vaya, sí que reaccionaba rápido la pistola automática de Augusto Ríos.

—Lo siento mucho, de verdad.

—No, no te preocupes —carraspeó incómodo—. Esto... necesito un momento —advirtió, saliendo de la habitación rumbo a la cubierta. Me quedé en aquel salón tan chic sintiéndome la mujer más idiota del universo. ¿Es que acaso no me imaginaba que aquello podía pasar? ¿Es que acaso Augusto Ríos no me había enviado señales de todo tipo sobre su interés por mí? Entonces, ¿debía sorprenderme que se hubiese lanzado a besarme? No lo hacía, no me sorprendía, pero me incomodaba sentirme así. Como una calientabraguetas. Pero tenía muy claro que no iba a acostarme con él porque me estuviese paseando en su lujosísimo catamarán. No, claro que no lo haría. Acaba de quedarme claro, probablemente también a él, con una nitidez cristalina. Y entonces estaba allí, sola en el salón, temiendo cuál sería su reacción al

respecto. Temiendo que regresase convertido en un auténtico capullo incapaz de digerir una negativa a las que el adinerado empresario tabaquero parecía poco acostumbrado.

Habían transcurrido al menos diez minutos cuando Augusto Ríos regresó, adentrándose en la habitación con el cabello húmedo, que peinó hacia detrás con los dedos, estaba empapado y secaba su cuerpo con una toalla. No pude evitar observar que su erección había dejado de intuirse bajo las bermudas rojas.

—Nada como un baño en el mar para aliviar tensiones —dijo con una sonrisa, sin traslucir el menor gesto de incomodidad o frustración por lo que acababa de suceder—. Vamos arriba, ya hemos llegado a Isla Saona.

Le seguí a la cubierta, descubriendo un paisaje espectacular. El turquesa del mar contrastaba con la arena blanca, purísima, de la orilla, hasta la que llegaban las palmeras de verdes copas. Había multitud de barcos de recreo y lanchas inflables repletas de turistas sobre aquel mar calmo y brillante.

—¿Sabes nadar? —preguntó Augusto.

—Sí, claro.

—¿Crees que eres capaz de alcanzar la orilla a nado?

—Creo que sí, nado bastante bien —calculaba unos veinte metros hasta la orilla. No parecía demasiada distancia a primera vista y no es que fuese una nadadora excepcional pero siempre me las había apañado bien en el agua—. Pues vamos —dijo el empresario lanzándose al mar y yo le seguí.

El agua estaba templada, nada que ver con el frío de los mares españoles al que estaba acostumbrada. Nadé tratando de seguir a Augusto Ríos, pero su destreza era muy superior a la mía y su carrera duró mucho menos. Me esperó sentado en la orilla, con una sonrisa en los labios como recibimiento. Llegué agotada, sin aliento, sin duda había sobreestimado mis capacidades, y le alcancé a gatas, tumbándome a su lado.

—Eres un tramposo.

—¿Sí? Y tú una mentirosa. Dijiste que nadabas bien —se burló y le di un pequeño puñetazo en el hombro por hacerlo.

—Nado bien, a mi ritmo.

—Sí, ya vi cómo te adelantaban un par de tortugas.

—Esas tortugas llevaban un motor escondido —bromeé.

—Te entiendo.

—¿Qué?

—Que no debes sentirte incómoda por lo que ha pasado en el barco, entiendo que necesites tiempo, y yo no tengo prisa. Me gustas mucho, Alma —dijo atravesándome con sus ojos castaños. Y por primera vez creí que sus palabras eran sinceras—. Vamos a comer algo —sugirió incorporándose, ofreciéndome su mano para levantarme.

Cuando aquella misma noche llegábamos a *La Bella* en su jeep, Augusto me contó que tenía negocios que resolver desde muy temprano al día siguiente por lo que después de dejarme en la propiedad se marcharía a Santo Domingo

donde pasaría la noche y los siguientes dos días.

—Entonces, ¿nos veremos el viernes, en la fiesta de aniversario de Delia y tu padre? —le pregunté.

—Sí, aunque llegaré un poco tarde. Pero no vayas a cambiarme por ningún otro ricachón clasista, que llegar llegaré —dijo haciéndome reír.

—Muchas gracias, Augusto. Gracias por el paseo, por el día, por invertir tu tiempo conmigo, y por... por entenderme.

—No tienes por qué darlas, espero que este sea el primero de muchos días que pasemos juntos —sonreí. No sabía si en algún momento llegaría a desear que sucediesen muchos días como aquel. El paraje había sido maravilloso; el paseo en catamarán, espectacular... Pero la compañía había sido agradable, solo agradable, nada más. No deseaba a Augusto Ríos, no como lo hacía con Hans McBride.

—Nos vemos el viernes.

Los perros ladraron cuando bajé del coche, caminaron hacia mí y olisquearon mis piernas, pero un empleado que reparaba una de las farolas de la entrada los llamó y se alejaron.

Abrí la puerta y pasé al interior del recibidor, donde los ojos negros de Karim me recorrieron de pies a cabeza.

—Buenas noches, señorita Alma. ¿Lo ha pasado bien?

—¿Me estabas esperando?

—Sí, claro. He oído el coche y supuse que era usted... tú —corrigió, haciéndome reír, le costaba tutearme pero se esforzaba en hacerlo por complacerme.

—Pues lo cierto es que sí que lo he pasado bien, Karim. Muy bien. Y, tranquilo, que como ves no he bebido demasiado — advertí, provocándole una sonrisa.

—Es mejor así. ¿Le llevo algo de cenar a su habitación?

—Delia y Cristóbal ya han cenado, ¿verdad?

—Sí, ya hace rato.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—¿Ya están acostados?

—El señor está en su despacho, y la señora está en su habitación, pero creo que estará despierta pues tiene la luz encendida aún.

—¿Me estará esperando?

—Probablemente.

—Pasaré a verla. Lo cierto es que tengo hambre. ¿Es abusar demasiado si te pido que me subas a mi habitación un sándwich de jamón cocido y queso y una lata de Coca-Cola?

—No, claro que no. Enseguida lo preparo y lo llevo a su cuarto —dijo con una nueva sonrisa. Ver sonreír a Karim era una delicia, cómo la piel oscura de sus labios contrastaba con el blanco inmaculado de sus dientes. Karim despertaba en mí un sentimiento de ternura. Parecía tan inocente, tan bueno...

Subí la escalera y al llegar arriba tomé el pasillo de la izquierda en lugar del de la derecha. La habitación de Delia era la primera, ella misma me la había mostrado el día de mi llegada. La puerta estaba abierta, aun así llamé con los nudillos antes de pasar al interior. Delia estaba sentada en el suelo, apoyada contra la cama, vestida con un camisón de seda blanco que dejaba al descubierto sus piernas morenas, con el cabello negro revuelto sobre el rostro y una botella de ron casi vacía entre las piernas.

—Delia, ¿estás bien?

—¡Alma! ¡Pasa! —dijo después de alzar el rostro para mirarme, con una sonrisa forzada en los labios. Su rímel estaba corrido, al igual que su barra de labios, su aspecto era lamentable.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté acercándome, arrodillándome a su lado.

—Estoy bien..., estoy bien... Yo siempre estoy bien —su voz estaba mecida por el alcohol, su aliento no dejaba duda de ello. Estaba borracha como una cuba.

—No estás bien...

—¿Y tú? ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, claro.

—¿Te lo has tirado? —preguntó mirándome con los ojos vidriosos.

—¿Qué?

—Augusto, ¿te lo has tirado ya?

—¿Augusto? No, no me lo he tirado.

—¡Mentirosa!

—¿Cómo?

—Mientes, te conozco. Seguro que os habéis pasado el día follando, todo el día follando.

—¿Me conoces? Pues entonces deberías creerme cuando te digo que no me he acostado con Augusto, Delia.

—Todos tenéis derecho a ser felices, Augusto, tú... incluso el imbécil de Cristóbal tiene derecho a ser feliz, todos menos yo.

—Ssst, calla que te va a oír.

—¡Ojalá me oiga! Pero no, ese maldito viejo está en su despacho, siempre está en su despacho. Y yo tengo que aguantarlo todo, todo... sus malditos achaques y darle..., darle friegas en la espalda para sus jodidos dolores... y... todo para estar con alguien que no me quiere.

—¿Cómo puedes decir que no te quiere? Se ve a leguas que Cristóbal te quiere.

—¿Cristóbal? Cristóbal que se vaya al infierno.

—Sssst, calla Delia por Dios. De veras, de veras que se nota que está enamorado de ti.

—¿Se nota? ¿Sabes lo que se nota? Que Augusto está deseando meterse en tus bragas... y tú..., tú puedes tenerlo todo.

—¿Qué? Delia creo que es mejor que no sigas, porque estás demasiado borracha y estás empezando a decir cosas que...

—¡Estoy sola! ¡Sola! Rodeada de gente a la que no le importo una mierda.

—A mí me importas.

—Tengo un marido que solo me quiere para lucirme y para follarme una vez al mes, y Augusto..., Augusto... —y entonces comenzó a vomitar. Se vomitó encima, manchándose por completo. El camisón, el pelo, la alfombra... Le sujeté la frente como hacía mi madre conmigo cuando era niña, conteniendo la respiración por el desagradable olor, y después fui al baño por una toalla, se la puse al cuello y salí en busca de Karim, Darinda o cualquier otro que me ayudase con ella.

Bajé a la planta inferior, oí ruido en la cocina, Karim, Darinda y otras tres empleadas de la mansión conversaban entre ellos, sobre la mesa reposaban los platos vacíos de la cena.

Los cinco se levantaron al verme llegar.

—¿Le sucede algo señorita, Alma? —preguntó Karim con expresión de alarma.

—Necesito ayuda, Delia se ha vomitado encima y no puede con su cuerpo, necesito que me ayudéis a meterla en la bañera.

—Nosotras nos encargamos, señorita Alma. Vamos, Luzmila —dijo Darinda dando un paso hacia la salida. Otra de las doncellas, una chica joven con el cabello muy corto la siguió.

—Yo prepararé el café cargado —anunció Karim. Parecían completamente organizados, como si aquella situación hubiese sucedido varias veces.

Caminé junto a las doncellas de regreso hacia la habitación de Delia.

—No es la primera vez, ¿verdad? —pregunté a Darinda. La joven miró a su compañera como si dudase si debía contestarme o no.

—No, no lo es.

—¿Cristóbal la ha visto alguna vez?

—El señor Ríos y la señora Delia duermen en habitaciones separadas, pero sí que la ha visto alguna vez.

—¿Y qué hace él en estos casos?

—Nada —respondió la otra muchacha—. El señor nos pide que la cuidemos, pero no dice nada, no hace nada, se queda en su habitación.

Cuando al fin pude meterme en la cama, el reloj de mi teléfono móvil indicaba que pasaban las doce y media de la noche. Estaba agotada, el día había sido demasiado largo desde que me levanté temprano por la mañana, hasta que entre las tres mujeres dejamos acostada a Delia en su habitación con dos cafés cargados en el cuerpo que la habían despabilado un poco para volver a quedarse dormida después.

Me preocupaban las palabras y las miradas de complicidad de Darinda y Luzmila. Así que Delia y Cristóbal no dormían juntos. Cuando estaban ante mí se habían comportado como una pareja bien avenida. Al menos Cristóbal parecía muy pendiente y enamorado de ella.

¿Tendrían problemas serios en su matrimonio?

¿O es que Cristóbal Ríos roncaba tanto que era imposible dormir a su lado y

por eso dormían separados?

Delia no roncaba, al menos antes, cuando pasábamos la noche juntas en mi apartamento o en el suyo, no lo hacía.

Fuesen cuales fuesen sus penas, las ahogaba en alcohol. Una vez más volvía a mostrarme sin pretenderlo que era una mujer infeliz, a pesar de tenerlo todo.

«Estoy sola», había dicho. *«Rodeada de gente a la que no le importo una mierda»*. ¿Se referiría a su esposo? Porque no creía que le preocupase demasiado la opinión de sus empleados.

Con todas esas dudas martilleando mi cabeza tardé un buen rato en conciliar el sueño. Me preocupaba su infelicidad, a pesar de que en los escasos tres días que llevaba alojada en su mansión me había quedado muy claro que ya no éramos las amigas de antaño. Aquella mujer atormentada se parecía muy poco a la Delia que yo conocí.

Capítulo 8

Me muero

ALGUIEN llamaba a mi puerta, el castañeteo de los nudillos contra la madera me despertó. Había amanecido, el sol se colaba impasible a través de las lamas de la contraventana entreabierta.

—¿Quién es? —alcancé a preguntar adormilada.

—Soy yo, Karim.

—Pasa —pedí sentándome contra el cabecero de la cama, peinándome el cabello alborotado con los dedos—. ¿Qué pasa? —pregunté cuando el joven se adentraba en la habitación. El blanco impoluto de su uniforme casi deslumbraba.

—Disculpe que la haya despertado, pero necesito saber qué desea almorzar para que las cocineras se pongan a prepararlo.

—¿Almorzar? ¿Qué hora es?

—Las once y media.

—Dios santo, qué tarde es.

—¿Delia ya se ha levantado?

—La señora Delia se marchó a Santo Domingo esta mañana y no regresará hasta la noche, le ha dejado una nota —dijo Karim, acercándose a la cama me entregó un papel doblado.

«Dormías tan profundamente que me ha dado pena despertarte. Tengo que encargarme de todos los preparativos de nuestra fiesta de aniversario de mañana y llegaré tarde hoy. Cristóbal también tiene asuntos que resolver en la ciudad así que hoy siéntete dueña y señora de La Bella. Gracias por lo de anoche, nunca lo olvidaré.

Besos, Delia.»

Así que estaba sola en la mansión. Sola con la media docena de sirvientes. Karim me miraba fijamente con sus ojos verdes esperando a que respondiese a su pregunta.

—Me da igual.

—¿Te da igual?

—Sí, me comeré cualquier cosa, lo que os apetezca a vosotros.

—¿A nosotros?

—Sí, a vosotros, a ti, a Darinda o a Luzmila, no me importa, soy de paladar amplio —dije con una sonrisa que halló su reflejo en los labios de Karim.

—Está bien —admitió dispuesto a retirarse.

—Karim, los caballos de las cuadras... ¿podría dar un paseo con alguno de

ellos?

—Sí, claro. ¿Sabes montar?

—No es que sea una experta, pero mi padre tenía dos yeguas en el campo, muy mansas eso sí, y me encantaba pasear con ellas.

—Entonces le diré a Henry que ensille a Polenta.

—¿Polenta?

—Sí, es una yegua muy dócil que no le dará problemas.

—¿Y quién es Henry?

—El encargado de las cuadras.

—Perfecto.

Después de desayunar caminé hacia las cuadras, el edificio rectangular construido íntegramente de madera que se hallaba a unos cien metros de la mansión. Cuando Delia me lo mostró el primer día no se contuvo en detallarme lo valiosísimos que eran algunos de los veinte ejemplares que poseían. Había entre ellos dos grandes campeones, recientes ganadores del Kentucky Derbi, valorados casi en un millón de euros. Eran dos animales hermosos, de pelaje cobrizo y crines doradas, hermanos e hijos de un famoso semental.

Henry, un caballero extrovertido y amable, de cabello cano y rostro mestizo curtido por el sol, que decía haber pasado toda la vida al servicio de la familia Ríos, me saludó con amabilidad, conduciéndome por el amplio corredor con el suelo repleto de heno, hacia la yegua que Karim me había recomendado.

Fotografié los formidables animales, así como el rostro arrugado de Henry, que presumía de ser el fruto de los amores de un marino portugués y una nativa dominicana. Tomé primeros planos de su rostro, de las profundas arrugas de su sien y la sonrisa desdentada de aquel hombre que a sus casi setenta años mantenía impoluta una cuadra con más de una veintena de caballos y sacaba adelante a una numerosísima familia, hijos y nietos incluidos.

Polenta era una yegua de color marrón claro, con las crines recortadas y más años que el abuelo de Matusalem. No, sin duda no parecía peligrosa, al menos ni la mitad de lo que debió imaginarme Karim como amazona cuando decidió que aquella era la montura adecuada para mí.

Miré a Henry con una sonrisa.

—¿No tendría otro animal para mí? —pregunté con toda la delicadeza con la que fui capaz a un hombre que parecía amar a sus equinos.

—¿No le gusta Polenta?

—No es que no me guste, pero preferiría montar un caballo al que pueda hacer correr un poco sin temor a que le dé un infarto —Henry se echó a reír a carcajadas tras mi comentario y cerró la puerta de la cuadra de la yegua.

—Ay, Polenta, que tú también te haces vieja como yo —dijo con una sonrisa—. Sígame señorita Alma, creo que tengo el animal adecuado para usted —Henry se detuvo en otro de los boxes, mostrándome a una yegua joven, de pelaje brillante y crines negras—. Esta es Amapola, es joven pero

está muy bien entrenada, es la yegua favorita del señor Augusto, no creo que le dé problemas.

—Ahora sí nos hemos entendido, Henry —afirmé ilusionada.

—Enseguida se la preparo, señorita Alma.

Diez minutos después, Henry abandonaba las cuadras con Amapola correctamente ensillada. Yo le aguardaba fuera, realizando fotografías del edificio.

—¿Por dónde piensa pasear? —preguntó mientras sujetaba al animal para que lo montase.

—No lo sé, creo que bajaré a la plantación.

—Le recomiendo que no se aleje de los caminos señorita.

—Sí, ya lo sé, por los jaguares...

—¿Jaguares? No hay jaguares en República Dominicana, excepto los que tienen cuatro ruedas —aseguró Henry con una sonrisa, descubriéndome que Hans McBride se había burlado de mí al asegurarme que podía ser atacada por un jaguar si trataba de regresar caminando a la mansión. Sentí rabia al pensar en él. Rabia, y después una sonrisa acudió a mis labios sin poder evitarlo al pensar en lo que sucedió entre ambos en el interior de la cueva del Corvejón —. Le aconsejo que no se aleje de los caminos por las víboras y otros animales salvajes que pueden asustar a Amapola.

—Muchas gracias, Henry, lo tendré en cuenta —dije subiendo a lomos de la yegua, azuzándola para que comenzase a andar en cuanto tuve las riendas en mis manos.

Me había puesto un vaporoso vestido de algodón rosa por las rodillas y unas botas bajas estilo cowboy de color *camel* que no podían ser más adecuadas para la ocasión. Como no tenía sombrero con el que protegerme la cabeza del sol, me coloqué un pañuelo rosa coral recogiéndome con él el cabello.

Y comencé a hacerme con el manejo de Amapola. Hacía más de diez años que no montaba a caballo, desde que Tormenta y Rosita, las dos yeguas de mi padre bautizadas por las hermanas Jenssen, nos abandonaron.

Njord, mi padre, era un auténtico apasionado de los caballos. Cuando vinimos a vivir a España, con los ahorros que teníamos compró un pequeño campo. Veinte mil metros cuadrados de esparcimiento, de hierba y plantas silvestres que le recordase un poco a la granja familiar en la que vivíamos en Valle de Gudbrandsdalen. De la que aún atesora mi memoria maravillosos recuerdos de las vacaciones familiares de visita a los abuelos Olf y Brida hasta su muerte, hacía entonces más de diez años. La verde y bella Noruega.

Los primeros animales que llegaron a *Min Tilflukt* (mi refugio) para quedarse fueron Tormenta y Rosita, dos potrillas que sus Majestades de Oriente dejaron en el cercado con un enorme lazo rosa al cuello la mañana de Reyes. Porque aunque Njord se había criado creyendo en Julenissen (Papá Noel), su esposa Claudia le explicó que a los pequeños españoles los regalos se los traían los Reyes Magos de Oriente, lo cual le pareció una maravillosa idea, así los niños tenían otro día más que celebrar.

Pero mi madre sentía un miedo insuperable a que sus hijas tuviesen un accidente irreversible. Ella era una gran seguidora del actor Christoper Reeve, el protagonista de la película Superman, y cuando este sufrió el accidente en el que quedó tetrapléjico, Claudia madre no cejó de atormentar a su esposo sobre el grave peligro al que estaba exponiendo voluntariamente a sus hijas. Hasta que mi padre decidió vender a nuestras queridas Tormenta y Rosita cuando mi hermana Claudia tenía diecisiete años y yo trece. Fue todo un drama en plena adolescencia para ambas. Noches y noches de llantos encerradas en nuestra habitación pues tanto para Claudia como para mí nuestras yeguas eran mucho más que un par de animales, eran nuestras amigas, nuestras compañeras de paseos durante más de siete años. Pero como el tiempo sana las heridas, poco a poco fuimos capaces de hacer las paces con nuestros padres y la vida continuó su rumbo sin ellas.

Y entonces estaba subida a lomos de una preciosa yegua árabe llamada Amapola que respondía vivaz a mis riendas, con la que descendía la empinada pendiente que rodeaba la vivienda en dirección a la enorme plantación de tabaco de *La Bella*. Apretaba mis piernas contra el cuerpo del animal, guiándolo, dejándome mecer por su suave vaivén, permitiendo que infinidad de recuerdos de mi infancia me invadiesen, proporcionándome una sensación de serena melancolía.

Cuando pasé junto a los cultivadores, estos se alzaron para saludarme desprendiéndose de sus sombreros y me observaron con detenimiento, provocando que me sintiese como Lady Godiva a lomos de Amapola, solo que con algo más de ropa encima. Les dije adiós con la mano y azucé al animal que respondió acelerando el trote, y entonces cruzamos frente a las primeras viviendas de los peones y un par de mujeres salieron a la puerta a saludarme con sus niños en brazos.

Al llegar a la gran explanada en la que se encontraba el secadero de tabaco, una gran nave con techo de metal, sin paredes, en la que se colgaba el tabaco en pequeños manojos para su secado antes de ser enviado a la planta de despalillado de La Romana, no reconocí el todoterreno de Hans entre los cuatro vehículos estacionados.

Proseguí mi camino. Al pasar junto a tres viviendas de madera y hojas de palmera, un niño salió de una de ellas, de la que estaba un poco más apartada. Era un pequeño de unos cinco o seis años, de piel color chocolate con leche, con el cabello negro rizado muy corto, vestido con una camiseta blanca y azul de rayas horizontales y unos pantalones de chándal gris con sandalias de tiras de plástico transparente de las que yo misma usé de pequeña.

El niño me miró con sus grandes ojos negros y sonrió. Era guapísimo. Detuve a la yegua y bajé de ella. Me agaché para tener una mejor perspectiva y fotografié su sonrisa inocente y mellada. El pequeño caminó hacia mí con curiosidad.

—Hola.

—Hola, señorita —dijo observándome con curiosidad.

—¿Es el caballo del malo?

—¿Cómo? No, Amapola es un caballo bueno.

—¡Abraham! —le llamó una mujer joven que salió a la puerta de la vivienda. Su cabello también era muy corto y lo llevaba envuelto en un pañuelo gris, su piel era un poco más oscura que la del pequeño. En sus manos sostenía un bebé de pocos meses—. Ven aquí Abraham, no molestes a la señorita.

—No me molesta, en absoluto —dije acercándome a ella con las riendas de Amapola en la mano—. Me llamo Alma y soy amiga de Delia, soy fotógrafa y... tienes unos niños preciosos. ¿Me permitirías hacerles algunas fotos a ellos... y a ti? ¿Puedo?

—¿A nosotros? —preguntó la joven extrañada, debía de tener mi edad o quizá era algo menor.

—No os molestaré, lo prometo.

—Sí... Claro, puede tomarnos fotografías, señorita —aceptó. Abraham acudió junto a su madre, abrazándose a sus piernas, sin dejar de mirarme con una amplia sonrisa—. ¿Le apetece tomar algo, señorita? Puedo prepararle...

—No, muchas gracias, acabo de desayunar. Continúa como si yo no estuviese aquí —pedí y la joven se encogió de hombros. El pequeño que llevaba en sus brazos comenzó a balbucear algo ininteligible y ella le miró embelesada. Tomé una imagen de ambos—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Marcia. Y estos son Abraham y Carlos Jorge.

—¿Marcia, puedo ver tu casa?

—Sí, claro, pase —dijo ofreciéndome pasar al interior. Até a Amapola en un palo alto que utilizaban como soporte para el cordel de tendedero y me adentré en su humilde hogar.

La casa constaba de dos habitaciones, en la primera había un sofá raído y un fogón sobre un mostrador de obra, una pequeña mesita de madera y una silla, así como un coche de plástico rojo que debía pertenecer al pequeño Abraham. Ambas estancias estaban separadas únicamente por una cortina de tela.

Marcia, con el pequeño sentado en su cadera, comenzó a mover el guiso que tenía al fuego, y aproveché para tomar otra instantánea de ambos. Abraham se metió en la otra habitación y salió de ella mostrándome un peluche de Bob Esponja en el que el personaje había perdido los ojos y por un agujero de su nariz se salía el relleno.

—¡Qué bonito! Es Bob Esponja, ¿verdad?

—Sí. Tengo más, ven —me pidió Abraham, cogiéndome la mano con sus deditos pequeños y menudos, llevándome a la otra habitación.

—¿Puedo? —pregunté a Marcia, la joven asintió.

—Mira, este —dijo Abraham mostrándome otro peluche, una muñeca de tela con cabellos de lana. En aquella habitación no había nada más que una cama estrecha y una caja de plástico en la que se amontonaba la escasa ropa que poseían. Marcia se asomó por la cortina, con Carlos Jorge cogido por las manitas, dando pasitos torpes en el suelo de cemento.

—¿No tenéis baño?
—No.
—¿Y cómo os las apañáis?
—Con un balde grande.
—¿Y para dormir? Solo tenéis una cama.
—Dormimos los tres juntos en la cama —dijo con pudor reflejado en sus iris oscuros. Percibí que observaba con interés en el pañuelo rosa coral que yo llevaba en la cabeza.
—¿Te gusta? —pregunté y Marcia asintió.
—Es precioso.
—Pues te lo regalo —me lo quité y se lo ofrecí.
—Nooo, no por favor señorita Alma.
—Por favor, quiero que lo tengas, es mi modo de agradecerte que me permitas invadir tu casa de este modo.
—Señorita, no, por favor...
—No me harás ese feo, ¿verdad? —dije entregándole el pañuelo a Abraham que se lo puso al cuello al más puro estilo vaquero.
Tomé instantáneas de aquella pequeña habitación sin ventanas, de paredes de madera, por la que entre algunas rendijas se colaban los rayos de sol. Primeros planos y secuencias de fotos con las que hacer un collage. Pero sobre todo plasmé con mi cámara a Abraham, a Marcia y el pequeño Carlos Jorge. Sus ojos eran tan bonitos, tan luminosos y rebosantes de vida. Y su hogar, sus ropas tan viejas y gastadas...
Oí cómo un coche aparcaba en el exterior y alguien bajaba dando un portazo, la joven madre se volvió hacia la cortina de tela.
—¡Marcia! ¡Marcia! —la llamaba un hombre cuya voz reconocí de inmediato. La muchacha corrió la tela que nos separaba de la otra habitación y al abandonar el dormitorio hallé los ojos azules de Hans, percibiendo una expresión de alarma en ellos, expresión que tornó en desconcierto al hallarme allí.
—Estoy bien, Hans, estamos bien —dijo la joven.
—Hola —le saludé.
—¿Tú? —dudó mirándome y sentí cómo, sin poder evitarlo, me ruboricé.
—La señorita Alma ha estado tomando fotografías, a mí y a los niños. Ella ha venido en la yegua de... ella ha traído a Amapola —explicó Marcia. La postura en tensión de Hans se relajó, estirando su cuerpo, dejando los hombros caer hacia atrás. Les observé a ambos, su silencio... Había algo que se me escapaba, algo que estaban diciéndose con los ojos. Pensé que quizá estuviesen juntos, quizá incluso estaba estropeando un encuentro entre ellos por lo que decidí marcharme.
—Bueno, yo... ya he abusado demasiado de tu amabilidad Marcia, será mejor que me marche. Muchísimas gracias, tienes unos niños preciosos —dije y ambos permanecieron en silencio mientras me dirigía a la puerta.
—Alma, espera —me llamó Hans al pasar por su lado—. ¿Necesitas algo?

—No, no. Adiós —dije. Salí al exterior de la vivienda y comencé a desatar a Amapola. Tiré de las riendas, sin poder dejar de pensar un instante en si en realidad Marcia y Hans tenían una relación, si quizá ese era el motivo por el que el capataz no quiso hacerme el amor en la cueva del Corvejón. Si aquellos niños pudiesen ser hijos suyos. Y la sola idea me dolió en mitad del pecho. Las riendas estaban fuertemente sujetas y al tirar de ellas me golpeé en la mano izquierda con el tronco hiriéndome con una astilla en el dedo anular.

—Mierda. Lo que me faltaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hans, saliendo a comprobar qué me sucedía.

—Nada —dije tratando de disimular, pero mi dedo sangraba. Con las uñas me arranqué el pedazo de astilla y me lo chupé, dispuesta a subir a mi yegua y desaparecer de allí.

—Déjame verlo.

—No, me marcho, no quiero molestaros.

—¿Molestarnos? He sido yo quien os ha interrumpido. Vamos, ven conmigo, te llevaré a casa y te desinfectaré esa herida.

—¿Ahora eres enfermero?

—No creo que haga falta ser enfermero para aplicarte un poco de yodo. Vamos, Alma, no seas cabezota —pidió—. Sube al todoterreno, yo me encargaré de que Chencho venga a por Amapola y la lleve a su cuadra.

Puede que lo hiciese por la amabilidad con la que me lo había pedido o quizá porque tan solo necesitaba una excusa para subir a aquel vehículo y compartir, aunque fuese, unos pocos minutos a su lado. Porque me apetecía hacerlo, me apetecía su compañía, mucho más de lo que sería saludable confesar.

—¿Estás vacunada del tétanos? —preguntó mirándome de reojo mientras descendíamos la colina, prolongando el camino por el que yo había llegado hasta la casa de Marcia y sus pequeños.

—Supongo que iría incluida en el chute de vacunas que me ha puesto mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Sí, mi hermana Claudia es médico. Aunque más bien es restauradora.

—¿Restauradora? ¿De muebles?

—De personas, en realidad. Es cirujana plástica, se encarga de subir lo que el paso de los años ha dejado descolgado, un poco de estiramiento por aquí, un lijado por allá —dije con una sonrisa que Hans me devolvió. Puede que él y Marcia fuesen algo, pero yo no podía evitar lo mucho que me seducía Hans McBride—. ¿Quién creías que estaba dentro con ella cuando entraste en la casa buscando a Marcia? —pregunté. No estaba dispuesta a mantener aquellas dudas en mi cabeza demasiado tiempo.

—¿Qué? No buscaba a nadie.

—¿Pensaste que Marcia te engañaba? ¿Esos niños son...?

—No, claro que no. Entre Marcia y yo no hay nada. Marcia es la mujer de Gabriel, uno de los peones, y los niños son suyos por supuesto. ¿Creíste que

eran míos? —dudó analizándome con sus iris azules. Estaba tan atractivo con aquella camisa celeste entreabierta y aquella barba dorando su mentón cuadrado... No pude evitar sentir un profundo alivio al saber de su propia boca que Marcia y él no eran nada.

—Tienen tan poco... Duermen todos juntos en la misma cama.

—La vida aquí es así, es dura —sentenció, deteniendo el vehículo junto a Chencho que supervisaba a los trabajadores. Tras darle las indicaciones adecuadas el manijero fue en busca de la yegua para devolverla a las cuadras de Henry.

—No es justo. Ni siquiera tienen un baño.

—No, no lo es. Pero la vida pocas veces es justa. Mucho menos dentro de esta selva, y menos aún en esta plantación —dijo con una resignación que me hizo estremecer.

Hans continuó por el camino, tomando un desvío a la derecha desde la explanada del secadero de tabaco, y en apenas un par de minutos alcanzamos una edificación que hasta el momento no había visto. Era una vivienda de ladrillo, una casa con puertas y ventanas de madera, con la fachada blanca y tejado oscuro, con un porche en el exterior de un par de metros de anchura por toda la extensión de la fachada. Una auténtica casa que nada tenía que ver con las humildes chabolas de los peones. El capataz aparcó frente a la puerta y bajó del vehículo, subiendo la pequeña escalinata de madera del porche, caminé tras él.

—Entra —pidió abriendo la puerta, ofreciéndome pasar primero al interior.

La suya era una vivienda pequeña aunque parecía que perfectamente acondicionada. Me adentré en un salón colonial con mobiliario de mimbre oscuro, sobrio aunque elegante. Había un amplio sillón azul marino frente al que se hallaba una mesita atestada de libros y una televisión de plasma.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Agua, Coca-Cola, un té...?

—Agua, solo agua. ¿Esta es tu casa?

—Sí, claro. Bienvenida a mi humilde hogar.

—Será lo único que tienes humilde —mascullé pero él pudo oírme. Se echó a reír sin reservas mientras se encaminaba hacia el refrigerador y extraía dos botellas de agua que abrió contra uno de los pilares de madera de la habitación. Entregándome una de ellas se sentó en el sofá y se desprendió del sombrero. Me acomodé a su lado.

—A ver, deja que te vea ese dedo —pidió tomando mi mano entre las suyas. Con el solo roce de sus dedos sentí cómo un hormigueo nervioso me ascendía por la garganta.

—Tranquila, de esta te salvas —dijo burlón y tras dar un trago a la botella de agua se incorporó y tomó un pequeño botiquín blanco de una de las puertas del mueble de la televisión. Hans cogió el yodo, aplicándome una gota en el dedo lastimado que después secó con gasas. Pude verme reflejada en sus hermosos ojos de zafiro mientras observaba concentrado mi herida. Dios santo, ¿cómo podía gustarme tanto? ¿Qué le hacía tan especial? Yo estaba

acostumbrada a relacionarme con hombres atractivos a diario por mi trabajo. Pero él era distinto, era varonil, era un bruto, un hombre de las cavernas moderno, cero por ciento metrosexual, cien por cien masculino. Hans percibió el modo embelesado en el que le miraba y sonrió. Aparté mi mano de entre sus dedos instintivamente al sentirme descubierta.

—Creo que debería irme.

—¿Tienes prisa?

—Lo cierto es que no. Delia está fuera.

—¿Entonces? Si tu amiga está fuera preparando la fiesta de mañana y el *patroncito* también...

—¿El *patroncito*?

—Así es como llaman los peones a Augusto Ríos, Cristóbal Ríos es el patrón, y su hijo el *patroncito*.

—No creo que le hiciese demasiada gracia descubrir que le llaman el *patroncito*.

—Pero para eso tendría que enterarse, ¿verdad? — sugirió guiñándome un ojo con complicidad.

—¿Tú asistirás a la fiesta?

—Cristóbal no deja de insistir en que lo haga, pero no me apetece lo más mínimo —dijo acomodándose contra el respaldo del sillón—. Tantos ricos juntos me producen urticaria.

—Yo tampoco tengo ganas de asistir, pero no me queda otro remedio. Y si encima viene esa Tutti...

—¿Tutti Orwell?

—¿La conoces?

—Algo —admitió enarcando una de sus cejas rubias.

—Es una auténtica gilipollas. Se debió de caer de la cuna cuando era pequeña. Llamó «negrita» a Darinda la otra noche en la cena, y cuando le dije su nombre dijo que no importaba y continuó llamándola así.

—Para ellos no somos más que sus sirvientes. No les merecemos ni el menor respeto. Nuestras vidas, las de Darinda, Marcia o esos niños, no son de su incumbencia.

—No me contaste que das clases a los niños de la plantación.

—No creí que te importase.

—Pues me importa. Creo que es algo fantástico, que dice mucho de ti.

—¿Por qué te importa?

—No sé, ¿porque tengo corazón? —sugerí sorprendida por su pregunta.

—¿Los habitantes de la casa grande no lo tienen?

—Estoy convencida de que Delia no sabe...

—Lo sabe, la señora lo sabe todo: las condiciones en las que viven los peones, los escasos recursos de los que disponen... por eso nunca baja a la plantación, prefiere no verlos, ignorarlos es más sencillo y más barato que implicarse y ayudarlos. Ni siquiera quería que yo les diese clases.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo. Tu amiga es una más, una más de esos hombres y mujeres que se reunirán mañana para celebrar lo felices que son y derrochar comida frente a familias que apenas tienen para comer con el sueldo que les pagan.

—Augusto dice que va a crear una escuela para los niños.

—¿Eso lo dijo antes o después de meterse en tus bragas? —preguntó muy serio, taladrándome con sus iris azules. Sin pensarlo dos veces le abofeteé, le di una bofetada con toda mi alma dispuesta a partirme los metatarsos contra su rostro cuadrado y me incorporé para marcharme.

—Te estás equivocando conmigo, Hans McBride.Yya te lo advertí una vez. No te atrevas a ofenderme.

—No te las des de digna conmigo —dijo agarrando mi muñeca, impidiendo que me moviese. Poniéndose de pie frente a mí—. Ayer te llevó a Isla Saona en su catamarán y Augusto Ríos no hace un movimiento en balde.

—Ayer dimos un paseo en catamarán y nada más. Suéltame.

—No me lo creo.

—¿Qué?

—Que no me lo creo.

—Y a mí me importa una mierda si te lo crees o no. Suéltame ahora mismo o no respondo.

—No me creo que Augusto Ríos te llevase hasta Isla Saona y no acabases metida en su cama.

—Y yo no me puedo creer que seas tan gilipollas y tan imbécil como para creer que yo, que no tengo por qué darte explicaciones, te esté mintiendo —añadí. Traté de caminar hacia la salida, pero me cortó el paso—. Déjame pasar, déjame salir.

—No.

—¿No? ¿Cómo que no?

—No, no te voy a dejar salir. Admítelo, te acostaste con Augusto Ríos.

—¡No me acosté con Augusto Ríos, joder! ¡Y no me acosté porque no me dio la gana! —dije mirándole con rabia por su terquedad—. Déjame salir, es la última vez que te lo pido —insistí liberando mi muñeca de su mano de un tirón, y como no parecía tener intención de dejarme pasar, le di un pisotón con todas mis ganas con las botas vaqueras en sus zapatos de piel. Hans se encogió de dolor y aproveché para echar a correr hacia la puerta.

La abrí y corrí por el porche, pero entonces sentí cómo me agarraba por la cintura y me giraba con brusquedad, apretándome contra la pared de la casa. Y me besó. Me besó.

Sentí cómo su boca invadía la mía, cómo sus manos sujetaban mi rostro y el mundo desparecía bajo mis pies. Me sentí flotando, como si la gravedad se hubiese esfumado y el único punto que me sostuviese en este mundo fuesen sus manos. Sus manos ardientes en mi garganta.

La boca de Hans quemaba, sus labios eran suaves y el roce de su barba resultaba enloquecedor.

—¿Por qué no te has acostado con Augusto Ríos? Dilo —exigió,

acariciándome con su aliento.

—Porque no.

—Dilo.

—Porque te deseo a ti —confesé sintiendo cómo me enrojecía hasta la raíz del pelo.

—Así me gusta —dijo. Sus manos se metieron bajo mi vestido y tiraron de mis bragas, rompiéndomelas de un modo salvaje—. Ahora sí, nena.

—Espera, espera... aquí en medio no... —pedí alarmada, consciente de que si insistía un poco más sería incapaz de resistirme y dejaría que me hiciese el amor en la puerta de su casa—. Cualquiera de los trabajadores puede venir a buscarte.

—Ellos saben cuándo no deben molestar —dijo subiéndome a su cuerpo, rodeé su cintura con mis caderas, percibiendo contra mi pubis desnudo la dureza de su erección bajo el pantalón vaquero. Hans me llevó en brazos recorriendo la casa hasta su dormitorio, mientras sus manos acariciaban mis nalgas desnudas bajo el vestido.

Me posó a los pies de la cama, una cama grande de sábanas blancas, observándome con esa mirada lasciva que convertía sus tiernos ojos azules en los ojos deseosos de un león en celo. Esa mirada felina con la que me decía: te voy a devorar. Y yo deseaba que lo hiciese cuanto antes. Mis pezones se endurecían con solo pensarlo. Me humedecía de deseo.

Hans desabrochó los botones de su camisa, dejando al descubierto el atlético torso bronceado por el sol, sus magníficos pectorales, la hondonada de su esternón, sus abdominales marcados y duros... Tiró de los tirantes de mi vestido, sacándomelo por las piernas, dejándome desnuda, expuesta, ante él. Creí desfallecer cuando su lengua ligeramente rasposa recorrió sin pudor alguno el contorno de mi mandíbula bajo la oreja, excitándome, mientras mis manos se perdían en su formidable espalda. Y descendió lentamente por mi cuello, hasta el delicado surco de mi garganta, mis clavículas, la línea de mi esternón, desviándose hasta acariciar mis pezones con la punta de la nariz, erizándolos, para recorrer el mismo camino de regreso a mi cuello de nuevo.

Entonces tiró de su correa, desengarzándola, abriéndola y bajó sus pantalones junto con su ropa interior, liberando la poderosa erección que aprisionaban. Me estremecí de deseo.

Hans buscó mis labios, pegándose a mi cuerpo, y sentí la cabeza de su formidable sexo presionando contra mi ombligo, caliente, dura, húmeda...

Agarré sus nalgas, firmes como piedras, y le apreté contra mí. Me besó con una intensidad tal que provocó que en mi pecho estallasen fuegos artificiales y después me miró a los ojos.

—¿Te asusta lo que ves?

—Al contrario, me encanta —le susurré al oído.

Hans tiró de mí hacia la cama y se subió a mi cuerpo con la ferocidad de un depredador. Su boca ardía, quemaba, sus labios eran suaves como los pétalos de una flor, voluminosos e inquietos, y su lengua se enredaba con la mía,

anhelante. Mientras sus manos se perdían en mi cuerpo desnudo. Con apasionados besos recorrió mi garganta, mi esternón, hasta alcanzar mis senos, mordisqueando mi pezón derecho como si desease comérselo. Su boca abarcaba mi pecho enhiesto, duro entre sus labios casi en su totalidad, mientras con la mano asía fuertemente a su gemelo.

Gemí sin poder evitarlo sintiendo cómo todo mi cuerpo se preparaba para recibirle, cómo una secreta oquedad rugía anhelante de su calor.

Hans ascendió de nuevo hasta mis labios, regalándome un beso profundo, lleno de erotismo. Busqué su sexo apoderándome de él entre mis dedos, acariciándolo, sintiendo cómo se humedecía contra la palma de mi mano, a la vez que abría las piernas, rodeándole, atrapando sus nalgas, y supo que no necesitaba alargar más aquel momento, estaba lista.

Se apartó de mi boca y apoyando ambas manos sobre el lecho se colocó entre mis muslos, reposando sus caderas contra mi pelvis. Sentí cómo su glande se apretaba contra la entrada de mi vagina, abriéndose paso con delicadeza, y el fuego intenso de su inmensa carne adentrándose en mí. Gemí.

—Vamos nena, un poco más —dijo clavándose aún más profundamente en mi interior, llenándome por completo. Permaneció un instante inmóvil permitiendo que me acomodase a su tamaño, sin dejar de mirarme a los ojos, parecía deleitarse con la expresión que hallaba en estos. Y después se retiró despacio, para arremeter enérgico de nuevo contra mi cuerpo, que se conmovía agónico de placer.

Cada vez que lo tenía dentro de mí, sentía que me faltaba la respiración y cuando retrocedía, su ausencia me dolía.

Impetuoso comenzó a acelerar los movimientos de sus caderas sobre mi pelvis, en una unión perfecta, mientras me acercaba irremediablemente al clímax, al punto de no retorno. Mi respiración se había convertido en un tortuoso jadeo que llenaba la habitación. Hans buscó mi boca de nuevo, llenándola de besos ardientes con el húmedo sonido del placer mutuo como música de fondo.

De pronto se detuvo, abandonado mi interior, todo mi cuerpo rugió furioso anhelándole, tirando de mis manos me obligó a darme la vuelta en la cama y de espaldas, arrodillada sobre el lecho volvió a llenarme de su ser, violentamente, con la prisa que acompaña la pasión, haciéndome envarar, estremecer, agarrarme con fuerza a las sábanas. Con mis pechos presos de sus manos acometió contra mí una y otra vez hasta que, entre estertores e intensas sacudidas, me provocó el mayor orgasmo que he tenido en la vida, extendiéndose por todo mi cuerpo como una ola devastadora.

—Me muero, me muero —jadeé extenuada y le oí suspirar, gemir, avivado por mi placer, deteniendo sus movimientos, rendido contra mis nalgas, y sentí cómo toda aquella pasión se derramaba en mi interior, llenándome por completo de su esencia.

Me besó en la espalda y se deslizó fuera de mí, prolongando adrede el contacto entre nuestra carne más íntima. Hans se tumbó en la cama con la

mirada perdida en el techo de vigas de madera, agotado por el derroche de pasión. Y yo me tumbé a su lado, abrazándome a su cuerpo desnudo empapado de sudor, besando su mentón con dulzura, respirando el delicioso perfume de su piel, perdiendo los dedos entre el escaso bello rubio de su torso.

—¿Te mueres? —preguntó con una sonrisa.

—Casi me muero —respondí abochornada, apretando la cara contra su cuerpo para evitar su mirada azul.

—Pues no te mueras, déjame disfrutar un poco más de ti —dijo tirando de mi mentón, obligándome a mirarle—. Alma, esto que acaba de suceder entre nosotros debe ser un secreto.

—¿Por qué? No suelo presumir de con quién me acuesto, pero es la primera vez que un hombre me pide algo así.

—Augusto Ríos no debe enterarse. Y si lo comentas con Delia, te garantizo que lo sabrá.

—¿Tienes miedo a que te despida por haberte acostado conmigo?

—Augusto Ríos es un hombre impredecible. Está muy interesado en ti y no sé cómo podría encajarlo.

—Está bien, será nuestro secreto —dije para tranquilizarle. En realidad no pensaba decir una palabra, yo había rechazado a Augusto con la excusa de no estar preparada para relacionarme con otro hombre después de una reciente ruptura y si se enteraba de que acababa de acostarme con Hans. me haría sentir incómoda el resto de días que permaneciese en La Bella—. Si me respondes a una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué pasó en la cueva del Corvejón? ¿Por qué me tocaste, me besaste pero no...? —Hans inspiró profundamente, con la mirada perdida, antes de responderme.

—Porque es cierto, eres distinta a las mujeres que he conocido aquí. No eres una más de esas amigas de Delia, esas mujeres que a escondidas me buscan para que las folle y después fingen no conocerme siquiera —su revelación me dejó de piedra, congelada como una merluza en pleno Caribe, a más de veinte grados a la sombra.

—¿Como Tutti? —pregunté temiendo su respuesta. Sentí una honda punzada en el pecho cuando Hans asintió—. ¿Cómo has podido acostarte con esa lerda? —protesté como si tuviese algún derecho.

—Fue en una fiesta en la mansión, me acorraló tras la casa de la piscina y se quitó las bragas, abriéndose de piernas contra la pared. No tengo pareja Alma, no le debo nada a nadie. Y nunca sabes qué puedes esperar cuando rechazas a una mujer como ella. Pero tú eres distinta, eres especial, es cierto, y sin embargo yo no puedo ofrecerte nada más que esto, no quiero que te sientas engañada por mí, Alma. Yo no puedo ofrecerte nada, nada que no sea esto... sexo. Nada más.

—¿Y temes que quiera algo más? ¿Que me enamore de ti? Serás prepotente. Ten cuidado no vayas a ser tú quien se enamore de mí —dije muy seria, él

enarcó una ceja, escéptico—. ¿Y por qué Delia piensa que eres gay?

—Porque era el único modo de conseguir que me dejase en paz. No estoy dispuesto a follarme a la mujer de mi patrón en su propia casa. Y además Delia no me atrae nada, me tiraría antes a un babuino —su comparación me hizo reír.

—¿Han sido muchas?, ¿muchas mujeres las que has traído aquí? —pregunté. Hans se revolvió incómodo, bajó de la cama y se puso los vaqueros sin ropa interior.

—Vamos...

—¿Tantas? —sugerí destapándome, dispuesta a vestirme.

—No importa cuántas han sido. Esas mujeres... esas mujeres que creen que pueden comprarlo todo con su dinero. Ha habido varias, pero no importa el número porque ninguna...

—¿Ninguna qué?

—Ninguna provocaba esto —dijo tomando mi mano, posándola sobre la enorme erección que creía bajo el pantalón vaquero. Le miré sorprendida. Percibirle de ese modo, saber que estaba preparado de nuevo, dispuesto para hacerme el amor otra vez, me excitó sobremanera—. No tengo suficiente de ti. Desde que estuvimos juntos en la cueva del Corvejón me paso el día empalmado, pienso día y noche en tu cuerpo. Acabamos de acostarnos y mírame, parece que nunca vaya a saciarme de ti —afirmó frente a mis ojos, sentada en la cama. Sin dudarlo desabotoné su pantalón, liberando la erección que le apretaba contra el vientre—. No puede ser.

—Sí puede ser —dije antes de introducir su sexo dentro de mi boca, acariciándolo con la lengua con extremo cuidado. Hans buscó mis ojos, y enterró las manos en mi cabello, empujándome contra la base de su miembro, forzándome a que entrase entero en mi garganta, sin dejarme espacio para respirar siquiera. Y lo lamí y succioné hasta que sentí que se deshacía dentro de mi boca. Entonces Hans se arrodilló en la cama y aquella enorme erección se abrió paso en mi interior deslizándose con facilidad, presionándome con dulzura, estirándome para él, como si mi cuerpo le reconociese, le anhelase dentro de mí para siempre. La expresión de sus ojos fue tan excitante que estuve a punto de dejarme ir de nuevo, pero me contuve, apreté los músculos de mi vagina aguantando el orgasmo que se empeñaba en llegar demasiado pronto. Pero Hans agarró uno de mis pechos y se arqueó sobre mi cuerpo hasta que pudo alcanzarlos con su boca, a la vez que elevaba su pubis arremetiendo contra mí sin piedad.

—¿Ya? ¿Tan pronto, nena? —preguntó con una sonrisa, como si cada uno de mis orgasmos fuesen una victoria para él. Pero el roce de su lengua en mis pezones resultaba enloquecedor y no pude contenerme más y comencé a jadear. El rostro de Hans en tensión, cuando aceleraba sus movimientos, su cuerpo moviéndose bajo el mío, me transportaron al séptimo cielo.

—Me muero, me muero...

Hans no dijo nada. Se dejó llevar, y sentí su calor derramarse dentro de mí

de nuevo.

Cuando me aparté de su cuerpo, me tapé la cara con la sábana abochornada. Lo había dicho, había dicho otra vez *me muero*. Pero no podía evitarlo, solo en los orgasmos cósmicos me dejaba llevar de ese modo, solo cuando la intensidad del placer me hacía desfallecer esas palabras escapaban de mi boca. Algo excepcional que acababa de vivir con Hans por partida doble. ¿Sería siempre así con él? Me moría, sí, pero de ganas de descubrirlo.

Tampoco yo creía tener jamás suficiente de su cuerpo, no entonces que había disfrutado de él.

Capítulo 9

Miedo

HANS me llevaba en el todoterreno hasta la entrada de la mansión, me había duchado en su casa y mi cabello aún estaba húmedo, las gotas de agua resbalaban por mi escote, refrescándome del sofocante calor dominicano. Apenas habíamos cruzado un par de palabras desde nuestra conversación en la cama, pero el capataz me miraba las piernas en el espejo central, sabiéndome desnuda bajo el fútil vestido de algodón. Habíamos hecho el amor dos veces y aún así parecía insuficiente, tanto para él como para mí. Pero Hans trataba de disimular su interés y eso me excitaba. Movía el espejo despacio y fingía mirar el camino que dejábamos atrás a través de este cuando ascendíamos la empinada loma que conducía hasta a la mansión Ríos. Descrucé las piernas intencionadamente y me subí un poco el vestido. Hans ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Eso que estás haciendo. Estamos a punto de llegar, alguien podría verte.

—¿Te refieres a alguien que no seas tú? No lo creo —dije subiéndolo un poco más.

—Alma, esto no es un juego, si no paras voy a detener el coche aquí mismo y a darte lo que necesitas hasta que pierdas el conocimiento.

—¿Y qué necesito, señor capataz? —sugerí mordiéndome el labio inferior con picardía. Hans se puso serio en el acto, lo hacía antes de perder la razón y rendirse a su deseo, empezaba a reconocer sus expresiones lo suficiente como para saberlo.

Pero mi teléfono móvil comenzó a sonar, rompiendo la combustible tensión sexual del instante. Lo saqué del bolsillo interior del vestido y al comprobar que era mi hermana no pude evitar preocuparme. Había acordado con ella que sería yo quien la llamase. Hans aceleró el vehículo en marcha.

—Dime, Claudia, ¿qué pasa?

—Aún estoy esperando las fotos del viaje en catamarán.

—¿Qué?

—Que me ibas a mandar las fotos.

—¿Me has llamado solo para eso?

—¿Y qué quieres? Acabo de terminar de ver el último episodio de Casi Humanos, tengo a la niña acostada y a Ramón roncando en el sofá, son las diez de la noche y mañana no tengo que levantarme temprano porque hasta las

doce no tengo una rinoplastia... así que tú dirás, o me mandas las fotos o dime alguna serie que ver o algo —dijo con su habitual pachorra. Sentí ganas de enviarle, en lugar de las fotos, un rayo que la electrocutase en aquel preciso momento a través del teléfono móvil. Mi hermana se aburría una noche de jueves cualquiera, y no importaba que nos separase un océano, me llamaba en busca de sugerencias para distraerse.

—Claudia, ahora mismo estoy ocupada, en cuanto pueda te llamo —respondí con una forzada amabilidad.

—Oh, tú estás con el buenorro, ¿a que sí?

—Clau, después te llamo.

—Pero llámame y me cuentas todos los detalles.

—Que sí...

—O me llamas tú o te llamo yo.

—Definitivamente, eres peor que mamá. Dentro de un rato te llamo, no seas pesada —protesté irritada y colgué. Hans me observó con una sonrisa ladeada —. Mi hermana es insufrible a veces. ¿Por dónde íbamos?

—Por que hemos llegado —anunció y al alzar la vista comprobé decepcionada que era cierto, alcanzábamos la entrada principal de la casa.

—Una lástima —dije sin camuflar mi decepción—. ¿Te veré mañana en la fiesta?

—Estoy seguro de que nos veremos antes, trabajo aquí, ¿recuerdas?

—Pero, ¿asistirás a la fiesta? —insistí y Hans se encogió de hombros, dejándome con la duda—. Está bien, nos vemos.

—Adiós, señorita Jenssen, ha sido un auténtico placer conocerla en profundidad —sugirió irónico, provocándome una sonrisa.

Me sentía como flotando, con una inexplicable sensación de felicidad, de disfrute, quizás estaba embriagada por todas esas endorfinas liberadas durante el sexo (y menudo sexo), pero no podía evitar que las comisuras de mis labios se curvasen hacia arriba como si hubiesen cobrado vida propia. Y lo mejor era que en aquel momento ni siquiera me permitía a mí misma analizar si me convenía o no relacionarme íntimamente con Hans, con alguien que me había dejado muy claro que solo podría ofrecerme sexo, ¿pero es que acaso yo necesitaba algo más en aquel momento de mi vida? No, ni muchísimo menos, acababa de sufrir una ruptura que me había llevado hasta el Caribe tratando de encontrarme a mí misma. Y desconocía si me había encontrado o había terminado de perderme por completo, pero desde luego al que sí había hallado era a un tipo de un atractivo inimaginable, rudo y erótico a más no poder que era capaz de subirme a los cielos a golpe de cadera, nada más y nada menos. El resto, cuando necesitase empezar a cuestionármelo, sería el momento apropiado para regresar a España.

Al atravesar la entrada, Karim acudió a mi encuentro desde la puerta del recibidor que comunicaba con la cocina.

—Buenas tardes, señorita Alma. ¿Le servimos el almuerzo?

—Voy a subir un momento a mi habitación y enseguida bajo —básicamente

solo necesitaba ponerme una bragas para sentirme segura, no acostumbraba a pasearme por el mundo con mis vergüenzas al fresco. Sonreí al pensar en el instante en el que Hans me las arrancó. ¿Se podía ser más bruto? Probablemente no. Pero ese modo de amar... Hans no hacía el amor, Hans te devoraba, Hans poseía cada centímetro de tu cuerpo hasta hacerlo suyo, hasta hacerte dudar de si se había fundido con tu piel. Nunca antes había encontrado a nadie que amase de ese modo, con ese ímpetu y ese deseo insaciable.

Y al parecer el sentimiento era mutuo.

«Ninguna provocaba esto», había dicho y yo me encogía de gozo solo de recordarlo. Lo que Hans me había hecho sentir no tenía parangón. Como no lo tenía la necesidad que había despertado en mí por su cuerpo, aunque en mi interior intuyese unas luces de neón que advertían PELIGRO, grabadas a fuego en su piel.

Me puse un bikini en lugar de ropa interior bajo el vestido y tomé una toalla del armario. El estómago me rugía hambriento, pero antes de bajar al comedor decidí llamar a Claudia, porque estaba segura de que cumpliría su amenaza: «O me llamas tú o te llamo yo».

—Cuenta, cuenta, cueeeeenta... —oí tras el primer tono de llamada. Estaba ansiosa por que la pusiese al día.

—Estaba con Hans.

—Y qué tal, ¿sabes ya si es Amish?

—No es Amish, te lo garantizo. Estuve en su casa y... bueno, me echó en cara que ayer pasé el día con Augusto Ríos y creía que nos habíamos acostado.

—¿Y os habíais acostado?

—No, claro que no. Augusto me dio un beso y me tocó una teta por encima del bikini, pero le paré.

—¿Le hiciste la cobra al heredero de la fortuna Ríos? —preguntó mi hermana y aunque no podía ver su rostro estaba segura de que sonreía de oreja a oreja ante la perspectiva: su hermana menor, esa loca que era capaz de darle calabazas a todo un ricachón.

—No, me caí al suelo desde el sillón en el que estaba tratando de apartarme. Augusto es... tiene su atractivo y es amable, educado, es del tipo de hombres que querrías que te gustasen.

—Pero no te gustan.

—Exacto. Hans en cambio... Hans es descarado, soberbio, impetuoso. Es la leche Clau, no me gusta, me encanta. Cuando me mira con esos ojos azules tan penetrantes... Uff, parece que se para el tiempo.

—Ay, Alma, ¿no te estarás enamorando?

—¿Estás tonta? No me estoy enamorando, es solo que hacía mucho tiempo que un hombre no me atraía de este modo. Y parecía tan enfadado...

—¿Estaba celoso?

—Sí... No... No lo sé. No sé si estaba celoso o creer que me había acostado con Augusto le había llevado a pensar que era una cazafortunas más, como

Delia, o como sus otras amigas al parecer.

—¿Y entonces...?

—Y entonces me ha besado. Y cómo besa, Claudia. Es de esa clase de hombres que cuando te rodean con sus brazos sientes que puede caerse el mundo encima que él se mantendrá en pie, protegiéndote. Nunca, en serio, nunca había sentido algo así.

—¿Algo como qué?

—Como... no sé. Cuando Hans me toca puedo ver el deseo, su deseo, en sus ojos, en sus labios, en todo su cuerpo. Siento que lo único en lo que piensa en ese momento es en mí, en estar conmigo, en hacerme el amor. No sé cómo explicarlo, es tan apasionado...

—Me estás dando hasta envidia. Tú ahí dándote unos revolcones de muerte y yo aquí con mi Ramón al lado dormido, roncando con la babita caída —bromeó—. Seguro que exageras, busqué al tipo ese, al Nick Youngquest al que dices que se parece y no me creo que esté tan bueno, y que encima de guapo sea un fiera en la cama.

—Pues créetelo hermanita, porque sí que lo es, una auténtica fiera salvaje que me ha devorado —admití entre risas.

—Bueno, solo espero que tu fiera te devorase con precaución.

—Sabes que tomo la píldora desde hace siglos.

—¿La píldora? Dime que lo has hecho con condón, Alma Jenssen —exigió.

—No —confesé preparándome para el huracán que se me venía encima.

—¿Lo habéis hecho sin condón?

—Sí.

—Pero Alma, ¿tú estás tonta? ¿Sabes la cantidad de enfermedades que puede haberte contagiado ese tipo? ¿Sabes lo que es la sífilis, el sida, la gonorrea, el herpes genital...?

—Claudia, no me ralles con uno tus discursitos de prevención sexual en este preciso momento.

—¿Que no te ralle? ¿Pero tú no sabes que si se ha cepillado a medio Caribe sin protección puede haberte contagiado algo?

—No creo que suela hacerlo sin preservativo. Es solo que nos pilló de imprevisto. Yo misma siempre llevo condones en el bolso pero es que no pensaba acostarme con él, al menos en ese preciso momento.

—Pregúntale si suele mantener relaciones sexuales sin precaución. Y si se ha hecho alguna vez en su vida pruebas de enfermedades venéreas.

—¿Tú estás loca? ¿Cómo voy a preguntarle eso?

—Pregúntaselo.

—Ni hablar, Claudia. Olvídalo, no pienso preguntarle eso. Ya la he cagado, ¿vale? Lo he hecho sin condón y he metido la pata, lo admito, pero Hans no tiene pinta de estar enfermo y no pienso pasar el resto de mis vacaciones comiéndome el coco pensando que me haya podido pegar algo. Voy a disfrutarlo y acostarme con él tantas veces como me apetezca, y si me ha pegado la peste negra pues lo siento, ya la tengo en el cuerpo. Por suerte tengo

una hermana que me va a cuidar hasta el último de mis días de agonía —dije convencida cuando había alcanzado la ventana de mi habitación, desde donde distinguía la piscina azul, el jardín trasero...

—En cuanto llegues te estoy haciendo una analítica.

—Dos analíticas me vas a hacer, Claudia. Hasta mañana, eres una pesadilla.

—Si tan solo le preguntases si suele hacerlo sin preservativo me quedaría más tranquila. Pregúntaselo, ¿qué te cuesta?

—¿Pero tú ves medio normal, preguntar algo así?

—¿Y tú ves medio normal que una chica joven y con la debida educación sexual se cepille a un tipo al que no conoce de nada sin prevención?

—Hasta mañana, doña *Paranoias*, dale muchos besos a Michelle de mi parte.

—Adiós, doña *Peste-negra*, cuídate y ya sabes, utiliza el *chubasquero*, no vaya a ser que la lluvia traiga sapitos.

—Eres insufrible —sentencié entre risas y colgué.

Era la primera vez en mi vida que me comportaba de un modo tan irresponsable, acostándome con alguien a quien apenas conocía sin utilizar un preservativo. Claudia tenía razón, había hecho mal, debería haber sido más cuidadosa. Pero lo que yo había sentido al hacer el amor con Hans no iba a empañarlo la regañina de mi hermana.

Lo que yo había sentido aquella mañana lo recordaría por el resto de mis días con una sonrisa de oreja a oreja. Me había sentido frágil y a la vez segura entre sus brazos. Me había dejado llevar, yo, una obsesa del control incluso en la cama, me había rendido a él, a su modo de amar, y había descubierto que me gustaba, que me encantaba.

O quizá el que me encantaba era Hans, todo él, sin más.

Mientras reflexionaba con la mirada perdida a través de la ventana, algo llamó mi atención. En un lateral de la casa de invitados, cerca del mirador, más allá de la piscina, había alguien, un hombre. Un hombre de raza negra que vestía el uniforme blanco de servicio de la mansión Ríos. Era Karim, lo reconocí de inmediato aún en la distancia. Sin embargo con quien conversaba se hallaba tras la esquina y desde mi posición no podía verle.

Karim hablaba y gesticulaba con las manos, como si estuviese enfadado. Entonces, la persona con quien discutía caminó hacia él, saliendo en escena solo un instante antes de que ambos desapareciesen de mi campo de visión ocultándose tras la vivienda. Era Hans. Hans. Él y Karim hablaban a escondidas y parecían discutir.

Segundos después, Karim reaparecía caminando hacia la mansión, miró en todas direcciones. Me agaché, escondiéndome antes de que pudiese verme y caminé a gatas hasta la cama, sentándome sobre ella.

Hans y Karim.

Delia me había dicho que Hans era gay, que estaba liado con Karim, pero Hans me había explicado que había tenido que mentirle para que dejase de acosarle. Delia aseguró que les había visto entrar en el cuarto de los trastos de

la piscina en plena noche.

Pero Hans no era gay. Eso me había quedado bastante claro, al menos hasta aquel momento. Y no les había visto en actitud cariñosa, estaban discutiendo. Pero ¿por qué? ¿Por qué regañarían?

«Vamos, Alma, por Dios y la Virgen Santa, que ya llevas suficiente paranoia en el cuerpo con la que te ha dado tu hermana con las enfermedades venéreas como para que además tengas que plantearte que Hans es bisexual y estaban teniendo una pelea de enamorados. Hay mil motivos por los que pueden discutir: deudas económicas, problemas con algún otro empleado... mil cosas», me dije a mí misma, tratando de tranquilizarme.

Cuando bajé al comedor, Karim acudió para atenderme con una sonrisa resplandeciente que no desapareció de sus labios a lo largo de toda la comida. ¿Quién habría dicho que solo diez minutos antes discutía a escondidas con el capataz de *La Bella*? Yo no, si no les hubiese visto.

Apenas tenía hambre, la escena que había contemplado de modo involuntario había llenado mi estómago de nervios, así que enseguida me acomodé en una de las tumbonas de la piscina y perdí la noción del tiempo entre cócteles Roy Rogers y Daiquiris sin alcohol. Tras asistir al desagradable espectáculo de la señora de la casa la noche anterior, se me habían quitado todas las ganas de emborracharme, al menos por una temporada.

—Vaya, veo que no me has echado de menos —dijo Delia despertándome, me había quedado traspuesta.

—Hola, claro que te he echado de menos —respondí estirándome, desentumeciendo los músculos tras el sueño—. ¿Cómo te ha ido? —ella torció el gesto como respuesta. Estaba muy guapa con un vestido verde ceñido con un gran escote y el largo cabello negro recogido en un informal moño bajo. Se deshizo de los tacones y dejándolos a un lado se sentó a los pies de mi hamaca.

—Regular.

—¿Algún problema con la fiesta?

—No, el problema se llama Cristóbal Ríos. Ha insistido en acompañarme tooodo el día, me tenía ya hasta las narices. Siempre tiene que decir la última palabra en todo. No me puede dejar organizar ni una puñetera fiesta sin supervisarlo —protestó de mal humor.

—¿Vosotros estáis bien?

—Sí, sí, claro —respondió envarada, como si mis dudas la hubiesen puesto alerta—. Es solo un enfado matrimonial sin importancia. Por cierto, muchas gracias por lo de anoche.

—No fue nada. Para eso estamos las amigas.

—Ya, pero muchas gracias. Me pasé con el alcohol, comencé a beber durante la cena y se me fue de las manos. No quiero que pienses que soy una borracha, porque no lo soy.

—No lo pienso, tranquila —dije con la mayor sinceridad con la que fui

capaz. No pensaba que Delia fuese una borracha, pero sí que acabaría convirtiéndose en una si utilizaba el alcohol como vía de escape para una situación sentimental que, ante mis ojos, empezaba a parecer insostenible.

Aquella noche, en la cama, no pude dejar de dar vueltas a la expresión de decepción que hallaba en sus ojos cada vez que la miraba. Me apenaba que no fuese capaz de sincerarse conmigo, porque yo era su amiga, puede que no con la intensidad con la que lo fuimos en el pasado, pero podía contar conmigo y con mi discreción aunque fuese solo para desahogarse. Delia no era feliz, si lo fuese no habría buscado a Hans, ni, intuía que también al jardinero, o a saber a cuántos hombres más.

Al día siguiente Delia pasó toda la mañana de arriba a abajo en la mansión organizando la fiesta con ayuda de un decorador norteamericano y una decena de operarios que traían y llevaban artilugios, sillas y muebles diversos, y montaban un escenario digno de una representación de Shakespeare. Acomodada en mi hamaca de la piscina la observé dirigir la colocación de las guirnaldas de flores, las mesas de catering, la cabina del disc jockey... El centro neurálgico de la celebración era la piscina.

El jardinero terminaba de cortar el césped, Karim y las doncellas colocaban centros de flores por toda la casa y yo... yo tomaba el sol y degustaba grandes cucharadas de Cherry Garcia, mi helado favorito de Ben & Jerry's, que había descubierto en la nevera como parte de todo el despliegue culinario para la fiesta.

Me había ofrecido a ayudarla con la organización, aunque estuviese de vacaciones no era una holgazana, pero ella había declinado mi oferta alegando que los profesionales se encargarían de todo, así que me había sentido libre de descansar sin más.

El sol brillaba fuerte en el cielo y pensé en dar un nuevo paseo a caballo, con la única intención de favorecer la posibilidad de volver a cruzarme con Hans. Pero no fue necesario, Cristóbal Ríos llegó al jardín acompañado de él y ambos pasaron junto a mí.

—Buenos días, Alma —me saludó el empresario tabaquero al que no había visto durante el desayuno.

—Buenos días, señorita Jenssen —dijo Hans, resguardado bajo su sombrero de ala ancha, dedicándome una sonrisa ladeada.

—Buenos días —repetí y les observé caminar hasta la zona de las palmeras, junto a la caseta de enseres de la piscina donde se estaba montando el escenario.

Cristóbal parecía estar relatándole algo, mientras señalaba hacia la mansión, algo sobre unos focos, creí oír. Hans me observaba a cada rato mientras fingía atender a su interlocutor. Yo sonreía, escondida entre mis gafas de sol y mi helado.

Ambos hombres conversaban. Hans movió su sombrero, echándolo un poco hacia detrás y volvió a mirarme con disimulo. Yo, sabiéndome dueña de su atención, tome una buena cucharada de helado y me metí la cuchara en la

boca, lamiéndola con devoción para después relamerme los labios. Un detalle que no le pasó en absoluto desapercibido al atractivo capataz de *La Bella*, que enarcó una de sus delineadas cejas rubias.

Entonces Cristóbal debió terminar de explicarle aquello que estuviese contándole y caminó de regreso hacia la mansión. Hans se acercó a uno de los operarios que montaban el escenario y conversó con él unos segundos, el muchacho asintió y continuó con su labor. Después caminó hacia mí.

—Está usted muy atractiva comiendo helado, señorita Jenssen —susurró de pie, a mi lado.

—¿Quieres un poco? Está delicioso —sugerí ofreciéndoselo. Entonces miró en todas direcciones, comprobando si alguien podía vernos y se agachó, la sombra del parasol le cubrió, permitiéndome disfrutar con el impresionante brillo de sus ojos azules.

—Sí, claro —dijo aproximándose peligrosamente, tanto que creí que iba a besarme, pero entonces sentí cómo su lengua se deslizaba lentamente por mi barbilla hacia la comisura de mis labios. Toda mi piel se erizó—. Tienes razón, está delicioso. Espero probar un poco más esta noche.

—¿Nos veremos esta noche?

—Te buscaré —aseguró apartándose de mí. Le observé alejarse, con su andar seguro y decidido, su espalda ancha bajo la camisa celeste, con aquel sombrero cowboy y los vaqueros que le marcaban el trasero. Me mordí los labios de deseo. Me buscaría, no necesitaba saber más.

Después del almuerzo decidí refugiarme un rato en mi habitación, dedicándome a responder mensajes de Facebook de mi página web como fotógrafa profesional, y dando señales de vida en el grupo de Whatsapp de mis amigas, relatándoles lo a gusto que se estaba en el Caribe, obviando el tema de Hans, pues entonces la conversación no tendría fin y ya me encargaría de ponerlas al día a mi regreso.

Delia acudió en mi busca, había sentido una cierta tensión entre ella y su esposo durante la comida, en la que sin embargo habíamos brindado con champán por los dos años de matrimonio. Por eso cuando la vi entrar en mi dormitorio pensé que venía a desahogarse de una vez por todas por aquello que la reconcomía y no se atrevía a contarme.

Pero me equivocaba.

—Mira qué vestido te compré ayer —dijo abriendo la caja de una prestigiosa casa francesa. Era un traje largo, plateado, de finos tirantes y la espalda completamente al descubierto, precioso.

—¿Qué? Pero estás loca, ha tenido que costarte carísimo.

—Bah, no es para tanto, vas a estar guapísima y eso es lo importante —aseguró guiñándome un ojo.

—Pero no tengo zapatos.

—¿Cómo que no? Tienes estos —me mostró un par de zapatos plateados que acompañaban al vestido a la perfección, en el interior de la misma caja—. Tu número es el 39, ¿verdad?

—Sí, gracias Delia, son una maravilla. No tenías que haberte molestado —dije tomando el vestido de entre sus manos, la tela era una especie de seda metalizada, una preciosidad.

—Gracias a ti, por venir a visitarme, por acompañarme estos días... —aseguró mirándome fijamente con sus ojos negros, unos ojos que decían mucho más que sus labios. Unos ojos que hablaban de pena y tristeza interior a pesar de la sonrisa con la que trataba de camuflarla—. Bueno, voy a ducharme que en un rato llegan la peluquera y la maquilladora para arreglarme.

—Claro.

—Hasta luego.

—Adiós, y gracias otra vez por el vestido, Delia.

La señora Ríos se marchó con la sonrisa en los labios, una sonrisa que en absoluto me transmitía felicidad.

Ni siquiera me había detenido a pensar qué ropa ponerme para la fiesta, siempre podía volver a apañármelas con mi vestido negro, pero Delia había pensado en ello, sin que yo le pidiese nada, aunque interiormente albergase mis dudas de si lo había hecho pensando en mí, o si lo hacía para no avergonzarse de mi aspecto poco elegante ante los ojos de todos sus amigos ricos.

Esperaba que lo hubiese comprado pensando en mí, la antigua Delia así lo habría hecho. Aunque a cada minuto que pasaba a su lado tenía más claro que aquella no era la mujer que yo había conocido, o quizá es que no había llegado a conocer a la verdadera Delia hasta entonces.

La música comenzó justo tras el anochecer, despertándome de la larga siesta en la que me había sumido. Tanta inactividad iba a acabar conmigo, llevaba apenas una semana en el Caribe y sentía que aquel ritmo de vida terminaría por consumirme. No quería imaginarme toda la existencia encerrada en aquella jaula de oro, sin hacer nada, nada que no fuesen cenas, baños en la piscina y tomar el sol atiborrada de cócteles día sí y día también. Yo necesitaba movimiento, ir y venir, entrar, salir... Sin duda podía disfrutar de aquellas vacaciones como lo que eran, vacaciones. Si hubiese de planteármelo como algo definitivo, buscaría trabajo al día siguiente de llegar, aún sin necesitarlo económicamente.

Quizás es que no había nacido para ser una mujer rica, pero me gustaba trabajar, aunque en ocasiones acabase de mi jefa y sus retoques de Photoshop hasta el último pelo.

Un dúo compuesto por un hombre y una mujer entonaron una canción que había oído antes, Stero Love, de Edward Maya y Vika Juguilina, con la música de fondo de un disc jockey y varios músicos en directo.

El jardín estaba precioso, al menos hasta donde me alcanzaba la vista desde la ventana; había antorchas prendidas y las luces de la piscina destellaban en mágicos colores. En la zona en la que habitualmente se apilaban las hamacas, habían dispuesto el catering con unas grandes mesas que intuía repletas de los

majares más selectos del Caribe. Había brillantes farolillos dorados entre las palmeras que eran mecidos por el suave viento. Una considerable cantidad de gente se hallaba ya dispersada en pequeños grupos aquí y allá.

Miré la hora en mi móvil, eran las ocho y media, así que me vestí y maquillé de un modo natural, dejándome el cabello suelto, y bajé las escaleras atravesando un par de pasillos hasta llegar al hall de la mansión. Ante mí cruzó Darinda, vestida con un elegante uniforme de doncella con cofia incluida, portando una bandeja repleta de copas de champán.

—Buenas noches, señorita Jenssen. Está muy bonita.

—Gracias, Darinda.

Karim recibía a los invitados en la puerta y guardaba sus abrigos, después les acompañaba hasta el salón de las cristaleras donde estas, abiertas de par en par, comunicaban con el jardín trasero.

Tras la barra de bar del salón había un barman preparando cócteles, que transportaban los camareros al jardín en sus bandejas plateadas. Crucé junto a las tres grandes mesas repletas de diversos y coloridos canapés, brochetas y bocaditos, entre centros de frutas y flores que representaban animales y varias fondues de chocolate de distintos colores. Un despliegue realmente elegante. No pude resistirme y mojé una brocheta de fresas en chocolate blanco y me la comí en un par de bocados, antes de caminar hacia Delia, a quien había distinguido en la distancia conversando con varias mujeres, cerca de la zona del escenario.

La música de la orquesta amenizaba entonces con un cálido ritmo caribeño. Calculaba que había una veintena de personas en el jardín. Mujeres jóvenes subidas a espectaculares tacones que hacían malabares sobre el césped y caballeros trajeados de diversas edades.

—Querida, estás aquí —dijo la anfitriona saludándome y las dos mujeres que la acompañaban se giraron hacia mí. Una de ellas era rubia, en torno a los cuarenta años, la otra era morena, algo más baja y de mayor edad—. Ella es mi amiga Alma, es una importante fotógrafa de moda española. Ellas son Simone Vanderbilt, esposa de Ricardo Vanderbilt, el diseñador de moda —apuntó indicando hacia la rubia—. Y Arrieta Luna, propietaria de Luna Complements y esposa de Danilo Ibarguren, el productor musical.

—Encantada de conocerlas —las saludé.

—Así que fotógrafa de moda, qué interesante —dijo Simone Vanderbilt, con un claro acento norteamericano. En sus orejas llevaba dos grandes pendientes de piedras preciosas en forma de cruz que tiraban de los lóbulos peligrosamente—. ¿Trabajas para alguna agencia?

—Para *Sensuelle España* —respondí tratando de centrarme en sus ojos en lugar de en sus orejas.

—¿Te dedicas exclusivamente a la moda? —preguntó Arrieta capturando mi atención. Al contemplarla con detenimiento no pude evitar pensar que su aspecto era muy distinto al de Delia y Simone, llevaba el cabello muy corto y tanto su vestido como su maquillaje eran mucho menos llamativos que los de

ambas, que los de cualquier mujer de la fiesta a nuestro alrededor.

—No... Bueno, la moda es mi trabajo, pero mi pasión es la fotografía callejera.

—¿Y haces *books*? Mi hija Glory necesita un *book* con urgencia —cuestionó Simone Vanderbilt.

—Sí, he hecho muchos *books*.

—Pues me pondré en contacto contigo para que me mandes algunas fotos de tus trabajos, Glory es preciosa, aunque necesita un pequeño retoque en el caballete de la nariz, probablemente se lo hagamos este otoño —dijo con total naturalidad, como si operarse la nariz fuese el pan de cada día.

—Pero yo vivo en Madrid, estoy aquí de vacaciones.

—¿Qué problema hay? Así en cuanto se recupere de la inflamación tendremos una excusa para ir de vacaciones a España, me encantan las playas —sonrió y se giró hacia Delia sin que importase cualquier tipo de respuesta de mi parte.

—¿Así que fotografía callejera? —se interesó Arrieta—. ¿Qué tipo de fotografía?

—Bueno, me encantan las imágenes macro de paisajes urbanos, las relaciones sociales... Tengo una página web con un seudónimo: Marga Green, y colaboro con *Straßenfotografie*.

—¡Qué interesante! Soy una apasionada de la fotografía, sigo el trabajo de varios autores norteamericanos, junto con dos amigas creamos una humilde galería en San Diego en la que exponemos fotografías de autores independientes, siempre mujeres. Se llama Femshot. Nos gustan las apuestas arriesgadas e innovadoras. Si vas por San Diego acércate a saludarnos, suelo pasar casi cada tarde por la galería. Sería un placer conocer tu trabajo y quién sabe, incluso podríamos exponer algo.

—Eso estaría genial.

—Pues ya sabes, ponte en contacto conmigo.

—Lo haré, no lo dudes.

—Buenas noches, amigos y amigas —dijo Cristóbal Ríos desde el escenario, captando la atención de todos los asistentes. La música había bajado el volumen y los cantantes se habían retirado cediéndole el lugar—. Como sabéis, nunca me ha gustado hablar en público pero pienso que la ocasión lo merece. Quiero agradeceros que estéis aquí esta noche, que nos acompañéis en la celebración de nuestro segundo aniversario de boda —decía con una sonrisa. Llevaba un traje blanco que, unido a su pálido tono de piel y su cabello cano, le asemejaban a un inmenso merengue en mitad del escenario —. Y quiero aprovechar vuestra compañía para contaros que en estos dos años Delia me ha hecho el hombre más feliz del mundo. Querida, ven, sube a acompañarme —en ese momento un foco de luz blanca iluminó a la flamante esposa centelleando sobre su vestido rojo de lentejuelas. Delia se revolvió, parecía sorprendida y un tanto incómoda, pero pronto sonrió y cambió el gesto. Caminó hasta la escalerilla lateral por la que se accedía al escenario y

subió situándose junto a su marido—. Tú eres la mujer que todo hombre desearía tener a su lado, eres mi razón de existir. Gracias, mi amor, por hacer feliz a este viejo —dijo y entonces ella le besó en los labios.

—Gracias a ti, cariño, por demostrarme cada día lo mucho que me amas —aseguró Delia aproximándose al micrófono. Y entonces comenzaron a saltar fuegos artificiales desde detrás del escenario mientras los asistentes les aplaudían y vitoreaban.

—Y ahora vamos todos a beber y a comer hasta que salga el sol —añadió Cristóbal antes de devolver el micro al cantante de la orquesta que reanudó su música.

—Qué bonito es el amor —dijo Simone Vanderbilt girándose hacia mí y Arrieta Luna. Luna enarcó una ceja que me hizo dudar de que ella compartiese su devoción por la pareja. En realidad Arrieta Luna parecía muy distinta a las otras amigas de Delia que yo había conocido. Parecía una mujer trabajadora, con inquietudes, que no se dedicaba únicamente a disfrutar la fortuna de su marido. Cuando la pareja bajó del escenario varios de los asistentes se acercaron a felicitarles.

Delia regresó a nuestro lado, pero Cristóbal Ríos caminó en dirección a la mansión, y entonces distinguí a su hijo Augusto aguardándole en el extremo opuesto de la piscina en el que nos hallábamos nosotras, ambos conversaron algo al oído, y se dirigieron hacia el interior de la mansión.

Yo quería preguntarle a Augusto Ríos si había hablado con su amigo el constructor, averiguar si lo de crear una escuela en *la Bella* iba en serio o no, así que me disculpé ante Arrieta Luna diciéndole que iba al baño y les seguí. Al entrar en el salón les vi cruzar hacia el pasillo interior que conducía al despacho del empresario tabaquero. Caminé siguiendo sus pasos y me crucé con una doncella a la que no conocía, parte del servicio nuevo contratado para el catn mis ojos, pero, no podontratado para el c en sus orejas nada sin prevenir el contagio sexual?enfebrecido, llevillos como msetering imaginé, que entró en una de las puertas laterales desde la que partían de la cocina con nuevas bandejas repletas de canapés.

El silencio del pasillo contrastaba con la música del exterior en el jardín. Había una decena de puertas cerradas. Oí el clic de la puerta del despacho de Cristóbal Ríos al cerrarse a la vuelta de la esquina y proseguí hasta detenerme junto a esta. Pensaba aguardar a Augusto hasta que terminasen de hablar, pero entonces les oí discutir acaloradamente.

Cristóbal Ríos increpaba a su hijo, bastante alterado. No lograba entender qué decía, pero sí que estaba gritando. Pensé en marcharme, incómoda, pero me podía la curiosidad. Abrí la puerta contigua, era una especie de archivo, cerré tras de mí, y pegué el oído a la pared. Quizá hablasen sobre Delia, quizá oír aquella conversación aclarase mis dudas sobre su infelicidad. También Augusto alzaba la voz discutiendo con su padre. Pero era incapaz de entender una sola palabra.

Entonces escuché un sonoro portazo y me quedé quieta, rezando a todos los

santos del cielo para que ninguno necesitase entrar en el archivo en aquel preciso momento. Abrí la puerta con sigilo y observé cómo Augusto Ríos recorría el pasillo en dirección a la salida, mientras oía a Cristóbal hablar aún, probablemente por teléfono. Una de las puertas laterales se abrió, y vi cómo por esta salía Darinda, cargada con una bandeja. El rostro de la doncella se crispó al hallar a Augusto Ríos de frente, pero trató de seguir su camino, entonces Augusto le arrebató la bandeja de las manos con escasa delicadeza, dejándola sobre un pequeño mueble decorativo, y sin decir palabra tiró de la muñeca de la muchacha, abriendo otra de las puertas laterales.

—Señor, no. Tengo mucho trabajo, señor —decía Darinda con la voz acelerada, pero Augusto Ríos se adentró en la estancia tirando de ella, que se resistía débilmente.

Salí del archivo y caminé hasta la puerta por la que se habían metido. Estaba entreabierta, comunicaba con el corredor que conducía al pequeño hall de las escaleras que ascendían hasta las habitaciones. Había una luz encendida, la luz de una pequeña habitación bajo las escaleras. Con el corazón latiendo a toda velocidad me dirigí hacia allí.

—Señor, señor, por favor...

—Ssst. Calla de una jodida vez —oí decir a Augusto con rabia.

Al asomarme por el marco de la puerta el corazón me dio un vuelco. Darinda se revolvía, pero Augusto la sujetaba con fuerza contra la parte trasera de un sofá, con su cuerpo doblado por la mitad y la falda levantada, con las nalgas morenas al descubierto y las bragas a mitad del muslo, y él hijo de Cristóbal Ríos la sujetaba por el pelo mientras se abría la bragueta apremiado.

—Señor, por favor... señor... —lloriqueaba Darinda.

—Cállate de una vez, puta —dijo tirándole del cabello.

Estaba petrificada, no podía dar crédito a lo que veían mis ojos, pero tenía que hacer algo, y debía hacerlo ya. Cogí un pesado candelabro de plata del recibidor y entré en la habitación.

—Apártate de ella ahora mismo o te abro la cabeza.

Augusto se volvió, sorprendido, soltándola, con su miembro erecto al descubierto.

—Alma, esto... Yo no...

—No te atrevas a decir que esto no es lo que parece, porque lo es, es exactamente lo que parece.

Al oír mis palabras su expresión cambió, sonrió, y su sonrisa me transmitió una maldad inimaginable. Y sentí como si vistiese una máscara y esta hubiese caído al suelo, mostrando su verdadero rostro, al verdadero Augusto. Descubriendo que el caballero amable y atento con el que había compartido mi tiempo aquellos días no era más que la representación de un papel. Y me sentí una estúpida por haberlo creído. Augusto Ríos cubrió su miembro desnudo, abotonándose el pantalón.

—No saques conclusiones precipitadas, Darinda y yo solo estamos

divirtiéndonos, ¿verdad Darinda?

La joven que se bajaba la falda con los ojos llenos de lágrimas contenidas, asintió.

—Eres un maldito desgraciado. Ibas a violarla.

—¿Violarla? Qué palabra tan fea. Darinda y yo ya nos conocemos, ¿verdad, negrita? —dio un paso hacia mí.

—Me das asco.

—¿Sí? No lo parecía en nuestra pequeña excursión.

—Eres un monstruo, un ser despreciable, no entiendo cómo he podido no darme cuenta antes.

—Espero que no confundas lo que has visto, Alma —advirtió a solo un paso de mí—. Recuerda que no estamos en España, que mi palabra vale cien veces más que la de ella, incluso que la tuya —dijo abandonando la habitación, cruzando junto a mí, que continuaba amenazándole con el candelabro en alto.

Cuando se marchó, Darinda se limpió la cara con las manos y trató de salir, pero me interpuse, cortándole el paso.

—¿Cuántas veces te ha violado ese desgraciado?

—El señor no me ha violado nunca. Yo le provoco y él no puede contenerse.

—¿Qué? ¿Quién te ha lavado el cerebro de ese modo? Cuando un hombre te toma en contra de tu voluntad está violándote. Tienes que denunciarle, tenemos que contárselo a Delia.

El rostro de la muchacha se contrajo al oír aquel nombre.

—No, no. A la señora Delia no, por favor, señorita Alma —dijo arrodillándose a mis pies—. La señora Delia me tirará del pelo si se entera. Prométame que no se lo dirá.

—¿Qué? ¿Delia te ha tirado del pelo?

—Prométame que no se lo dirá, por favor, señorita Alma... prométamelo. Si la señora Delia se entera me despedirá a mí y a mi padre, José. Es el chófer y necesitamos este trabajo —suplicaba. Tiré de sus manos, obligándola a levantarse.

—Pero tienes que denunciarle.

—Señorita, por favor... Si mi padre se entera se avergonzará de mí. Si la señora o el señor se enteran, me despedirán. El señor Augusto es bueno conmigo, de verdad.

—Pero Darinda...

—Lo negaré, si usted lo dice a alguien diré que se lo ha inventado —dijo recomponiéndose y soltándose de mi mano abandonó la habitación, dejándome sumida en el más profundo de los desconciertos.

Aquella chiquilla tenía tanto miedo, miedo a perder su trabajo, a la vergüenza, a la reacción de Delia. Tanto miedo que superaba incluso a la aberración que habían estado a punto de cometer con ella. A saber cuántas veces...

Maldito seas Augusto Ríos. ¿Cómo podía ser capaz de cometer un acto tan

atroz?

Y entonces una imagen acudió a mi mente.

La urgencia de Hans al entrar en la casa de Marcia. La joven dominicana estaba sola con sus hijos y el caballo de Augusto Ríos que yo había montado permanecía atado en su puerta. Hans había irrumpido en la casa como un león, buscándola, buscándole, tratando de evitar que Marcia sufriese lo que acababa de estar a punto de sucederle a Darinda.

¿A cuántas mujeres habría violado ese desgraciado impunemente?

«*Para ellos no somos más que sus sirvientes. No les merecemos ni el menor respeto*», me había dicho Hans, y cuánta verdad hallaba entonces en sus palabras.

Y de las palabras de Darinda podía concluir que a Delia solo le preocupaba que nadie manchase el nombre de su casa con un tema semejante, pues la muchacha incluso temía que la agarrase del pelo si se lo contaba.

¿Delia agarrando del pelo a una de sus empleadas? No podía creer que fuese capaz de algo así. Y menos aún cuando esta le relatase que había sido violada.

¿Qué había sido de la Delia que yo conocí? Cada vez tenía más claro que no quedaba ni rastro de ella.

Pasados unos minutos me recompuse con la única intención de regresar a la fiesta. Puede que la palabra de Augusto Ríos valiese mucho más que la mía en aquel rincón de la selva en el que nos hallábamos, pero yo todavía tenía algo que decir.

Tomé un vaso de whisky de la barra, uno cualquiera y le busqué en el exterior. Conversaba, reía alegremente de espaldas a mí, acompañado de alguien a quien yo conocía, Tutti Orwell. La joven de las cejas de sarracena sonreía feliz de haber capturado al fin la atención del joven heredero.

Cuando les alcancé le toqué en el hombro para que se volviese y cuando lo hizo le arrojé el contenido del vaso a la cara, con hielos incluidos.

—Si vuelves a acercarte a cualquier otra mujer, si vuelves a tocar a cualquier otra mujer de esta hacienda sin su consentimiento me encargaré de que en las revistas de toda España circule el rumor de lo que has hecho. ¿Cuánto crees que tardará en salir a la luz? —proclamé en voz alta, mirándole con fiereza. Augusto se limpió el whisky de los ojos con las mangas de su chaqueta y dio un paso hacia mí.

—Si no quieres que vuelva a tocarla ocupa tú su lugar, estoy seguro de que eres mucho más puta que ella —susurró, guiñándome un ojo, a un paso escaso de mi rostro.

Y entonces, en ese momento, me dio igual la fiesta, me dio igual montar un circo, me dio igual el mundo, me abalancé sobre él con intención de arañarle la cara hasta dejársela como un pantalón de pana, de golpearle con toda mi alma o morir en el intento. Pero alguien intervino evitándolo.

—Yo me encargo, señor Ríos —dijo Hans agarrándome por la cintura, alzándome del suelo, sacándome de allí en volandas pataleando como una histérica.

—Nunca sabes cómo puede reaccionar una mujer despechada —sentenció Augusto Ríos para que quienes me habían visto arrojarle el whisky a la cara le oyesen, fingiendo reír divertido, volviéndose hacia Tutti.

—Suéltame, Hans. Suéltame... —pedí, pero el capataz me llevaba hacia la salida firmemente agarrada por la cintura, sin que mis pies tocasen el suelo, como si pesase menos que una pluma. Y no se detuvo hasta que alcanzamos su vehículo aparcado en el exterior, en el inicio del camino de descenso hacia la plantación.

Allí, en la semioscuridad que concedían las farolas del exterior, con el murmullo de la fiesta que continuaba de fondo, me soltó aprisionándome contra el todoterreno y me miró fijamente a los ojos.

—Tranquilízate.

—No puedo tranquilizarme, no puedo —él alzó una mano para tocarme el rostro y la aparté de un manotazo. Aun así volvió a repetir el gesto, acariciándome la barbilla, obligándome a mirarle a los ojos y entonces no pude evitar romper a llorar.

—Tenías que haberme dejado...

—¿Dejado qué? ¿Que te insultase y te humillase públicamente? Cuéntame qué ha pasado.

—Ese cerdo iba a violar a Darinda —dije entre sollozos. No podía contener más la rabia que sentía atenazándome la garganta, me ahogaba, me asfixiaba y necesitaba liberarla por medio de las lágrimas—. Les descubrí y le exigí que la dejase en paz pero me ha dicho que si no quiero que vuelva a abusar de ella, que ocupe yo su lugar.

—Maldito desgraciado.

—Le he amenazado con que haré circular el rumor de lo que ha hecho entre las revistas españolas, pero parece que le da todo igual. Debe creer que es Dios.

—Has sido muy valiente al enfrentarte a él. Ese malnacido... —masculló apretando los dientes con ira—. Vámonos, sube, voy a sacarte de aquí —pidió abriendo la puerta de su todoterreno y le obedecí.

—Es lo que pensaste que sucedía en casa de Marcia ayer, ¿verdad? Temías que estuviese violándola, por eso entraste con tanta urgencia —pregunté cuando el vehículo inició su marcha. Hans me miró de reojo, parecía dudar si responderme o no. Finalmente asintió—. ¿Y por qué no haces nada? ¿Por qué nadie hace nada?

—¿Qué podría hacer yo? Nadie puede evitarlo excepto ellas, y asumir las consecuencias. Quienes han acudido al patrón a denunciar que su primogénito ha violado a sus mujeres han sido despedidos y repudiados, se han quedado sin honra y sin un techo en el que vivir para sus hijos.

—¿Y por qué nadie le denuncia? —su mirada de incredulidad me sobrecogió. Incluso la propia joven se negaba a hacerlo, cómo podría alguien acusarle si ella no lo hacía—. Darinda dice que no puedo contárselo a nadie, que lo negará todo si lo hago.

—Tiene miedo. Augusto apenas pasa unos días al mes en La Bella, ellos tienen trabajo todo el año y temen perderlo. La vida es muy dura en la hacienda, pero también lo es fuera de ella.

—Maldito, maldito sea mil veces —protesté golpeando con furor el salpicadero del coche con el puño—. ¿Cómo he podido no darme cuenta? Tenías que haberme dejado que le... que le... hubiese arrancado los ojos.

—Le he visto abofetear a una de sus novias en público, Alma. Si hubiese permitido que le atacases... Si él llega a tocarte un solo cabello... No hubiese podido contenerme, en este momento ambos estaríamos en la calle, o en la cárcel.

Inexplicablemente al oír aquellas palabras una sensación placentera recorrió todo mi cuerpo. ¿Por qué? ¿Por qué no habría podido contenerse si Augusto me hubiese atacado?

¿Es que acaso le importaba lo suficiente como para arriesgar su trabajo por defenderme a mí? ¿Para acabar en la cárcel?

Hans encendió la luz del salón de su casa, yo me dejé caer en el sofá y entonces pude contemplarle con detenimiento. Estaba muy elegante con un traje beige, un color que resaltaba el brillo zafiro de su mirada, distinto a la ropa con la que acostumbraba a verle.

—¿Qué pasa? —preguntó al percibir la fijeza con la que le observaba.

—Estás... raro.

—¿Raro? ¿No estoy elegante?

—Sí, sí, claro... pero estás raro vestido así.

—Pues fuera todo este disfraz —proclamó deshaciéndose de la corbata morada y la chaqueta del traje, arrojándolas al sofá, desengarzando varios botones de la camisa, y entonces sí que no pude apartar mis ojos de él.

—¿Qué habrías hecho?

—¿Cuándo?

—¿Qué habrías hecho si Augusto Ríos me hubiese golpeado? —pregunté acercándome a él, y su rostro se tensó con solo imaginarlo.

—No imaginas de lo que soy capaz, Alma. Si lo hicieses no me harías esa pregunta.

—¿Y por qué? ¿Por qué por mí?

—No lo sé. Solo sé que no puedo imaginar siquiera que otro hombre te toque, ni el dueño de *La Bella*, ni el del mundo —suspiró terminando de abrir su camisa.

—Eso suena demasiado a psicópata posesivo —bromeé. Hans enarcó una ceja, dedicándome una sonrisa ladeada.

—Quizá lo sea.

—¿Crees que soy tuya?

—Lo eres, eres mía, mientras tú así lo desees. Como yo seré tuyo hasta que esto acabe.

Hans posó su mano en mi hombro y la deslizó por mi brazo hasta agarrar mi muñeca, tiró de mí hacia él, y rozó mis labios con los suyos. Cerré los ojos

esperando un beso, pero entonces me dio la vuelta, pegando mi espalda contra su torso de granito. Una de sus manos se perdió bajo mi vestido de seda plateada, ascendiendo por mis muslos hasta alcanzar mis caderas, mientras la otra oprimía mis pechos con frenesí.

Su cuerpo se apretó contra el mío, a pesar de la ropa que se interponía entre ambos. Y me condujo con suavidad hasta situarme de rodillas sobre el sofá, entonces levantó mi vestido, sacándomelo por la cabeza, y se agachó a mi espalda, bajándome el tanga de encaje que había utilizado para la ocasión, dejándome desnuda y expuesta ante él.

Sentí el roce suave de su nariz y sus labios posarse sobre mi húmedo deseo, recorriéndome arriba y abajo con su lengua, abriéndose paso en mi carne, que se entregaba como una flor, ansiosa por recibirle.

Tiró de mi sujetador, desabrochándolo y se inclinó sobre mí buscando mis labios. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al sentir su pecho desnudo sobre mi espalda, y su sexo desnudo contra mis muslos. Metiendo una mano entre mis piernas lo acaricié con los dedos, deslizándolos sobre su cálida humedad. Me moví hacia atrás hasta conseguir tenerle en mi interior, despacio, venciendo la suave resistencia de mi cuerpo.

—Vas a volverme loco —jadeó a mi oído.

Sus manos se apoderaron de mis pechos, mientras se hundía profundamente en mí, enfebrecido, y sus labios besaban mi cuello, como si pretendiese devorarlo, despertando un tsunami de sensaciones en mi cuerpo. Aquel roce íntimo y desbocado resultaba enloquecedor, no iba a poder resistirlo por más tiempo. Y sin poder evitarlo me dejé llevar, y comencé a jadear, a contorsionarme bajo su cuerpo que me sujetaba con firmeza. Me mordí los nudillos para no pronunciar aquellas palabras que tanto me abochornaban y que irremediablemente acudían a mis labios una y otra vez y me rendí sobre el sofá, disfrutando del orgasmo en todo su esplendor.

Hans se detuvo y yo me volví para mirarle no sin cierto pudor.

—¿Ya? —dudó observándome con una mueca que delataba su sorpresa por mi rapidez.

—Lo siento, no me he podido contener —dije contemplando su sexo enhiesto frente a mí. Para mi extrañeza, Hans sonrió y tomó mi boca con la suya. Su lengua se movía en el interior de mi boca a la vez que sus brazos me apretaban con fuerza contra sí. Sus labios se detuvieron un instante para susurrarme al oído.

—No quiero que te contengas, quiero que tengas tantos orgasmos que pierdas la cuenta —reveló antes de apoderarse de mis pechos con su boca, mientras sus dedos acariciaban la ardiente y sensibilizada entrada a mi placer. Sentí su pulgar aprisionando mi clítoris con delicada dureza, y cómo todo mi sexo se henchía y despertaba de nuevo mientras sus ojos se clavaban en los míos. No podía ser, no podía ser que de nuevo me hallase en la cima de la montaña rusa, dispuesta a desbocarme de nuevo. Y él lo sabía, sabía el modo en el que me tocaba, el modo en el que mi cuerpo reaccionaba ante el suyo, y

hundió el rostro entre mis piernas, arrancándome jadeos y suspiros, regalándome una espiral de placer que parecía no tener fin. Y realmente perdí la cuenta del número de veces que alcancé el clímax, antes de que al fin volviese a adentrarse en mi cuerpo. Sujeta a su espalda me sentí a punto de desfallecer de placer, cuando percibí en su respiración y en el brío de sus movimientos que su momento había llegado, y recibí su esencia en mi interior mientras se desplomaba agotado sobre mí.

—Me muero, me muero... —jadeé, llevándome ambas manos a la boca, para tratar de acallar las palabras que habían surgido del lugar más recóndito de mi placer. Y Hans liberó mis labios, apartándolas, llenándolos con sus besos apasionados.

—Empezaba a preocuparme —dijo deslizándose fuera de mi interior.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no habías jadeado *me muero*, ni una sola vez —añadió mirándome con una sonrisa. Sentí cómo enrojecía hasta la raíz del pelo y me tapé la cara con un cojín. Estaba completamente desnuda, agotada, con la guardia bajada hasta el suelo para hacer frente a un comentario como ese.

—Qué vergüenza.

—No la tengas —pidió arrancándome el cojín de las manos, enfrentándome al azul de sus ojos—. No ante mí, jamás. Cada vez que te oigo jadear *me muero* me dan ganas de correrme otra vez y otra vez y otra, como tú —sentenció con una sonrisilla petulante, apartándose de mí.

—¿Cómo has hecho eso?

—¿Qué he hecho?

—Eso de una vez y otra vez.

—Eso no lo he hecho yo, lo has hecho tú, Alma. Eres multiorgásmica, aunque al parecer no lo sabías —aquella afirmación me dejó de piedra. ¿Era multiorgásmica? Desde luego si la definición de multiorgásmica era tener un orgasmo tras otro sin parar, lo era, en toda regla, al menos con él—. Vamos a la ducha —pidió, ofreciéndome su mano para incorporarme.

Durante la ducha en común, llegué a pensar que en lugar de multiorgásmica me había convertido en ninfómana. Le miraba desnudo, concentrado en frotarse con su pastilla de jabón, repasando sus pectorales, sus abdominales, el marcado escalón de la musculatura abdominal hacia las ingles, su sexo relajado aunque no por ello menos apetecible, y me sentía excitada de nuevo. Pero nunca antes me había pasado algo así. Esa necesidad sexual tan incrementada. ¿Serían las feromonas caribeñas?

¿O sería que había hallado al compañero ideal? Al hombre que disfrutaba arrancándome orgasmos a manojillos, que se deleitaba anteponiendo mi placer al suyo propio.

—Debería regresar a la mansión —sugerí envuelta en una blanca toalla de algodón.

—Deberías pasar la noche aquí, conmigo —dijo tumbándose en la cama, completamente desnudo, ofreciéndome un lugar a su lado.

—Pero, ¿y si me buscan?

—Delia no te buscará, tranquila. Estoy seguro de que pensará que retozas en cualquier rincón con alguno de los invitados de la fiesta.

—¿Y si Augusto le ha contado...?

—Augusto no le contará nada a nadie, no le conviene. Estará callado y dejará a las muchachas en paz al menos hasta que tú te hayas marchado.

—No puedo creer cómo he podido no darme cuenta.

—¿De qué? ¿Es que acaso lleva un letrero en la frente en el que diga: «soy violador»?

—No, pero esas cosas deberían notarse. No sé.

—Sí, por eso los violadores son tan fáciles de descubrir por su entorno. No le des más vueltas Alma, tú no podías saberlo de ningún modo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser así, por estar pendiente de Marcia y sus niños, por darles clases. Eres una de las mejores personas que he conocido, y tiene mérito que me hayas hecho cambiar de opinión con lo imbécil que me pareciste cuando llegué.

—¿Te parecí un imbécil? —preguntó y yo asentí acomodándome a su lado en la cama, recostándome sobre su hombro de granito, en aquella calma semioscuridad que nos proporcionaban las tenues luces de su dormitorio, con el canto de los grillos como música de fondo.

—No me dirás que te sorprende, después del modo en que me trataste. Aunque no creo que yo te causase mejor opinión, ¿o no?

—Tú me pareciste preciosa, simplemente preciosa. Y después estaba desconcertado, quería creer que eras una más de esas arpías que suelen pasar por *La Bella*.

—¿Y por qué querías creerlo?

—Porque me atraías. Porque me encendía con solo mirarte y me moría de ganas de saborear tu cuerpo y perderme entre tus piernas —su sinceridad resultó abrumadora. Mi ego acababa de ascender hasta lo más alto con una velocidad de vértigo al saber de su propia boca que era capaz de despertar semejante deseo en un hombre como él—. ¿Ha habido muchos hombres en tu vida?

—¿Cómo?

—¿Que si ha habido muchos hombres en tu vida?

—¿No sabes que esa es una de las tres preguntas que nunca hay que hacerle a una mujer?

—¿Y cuáles son las otras dos?

—Cuánto pesas y cuántos años tienes —respondí con una sonrisa que me devolvió.

—Y entonces, ¿no me responderás?

—Responde tú primero.

—No, no ha habido ningún hombre en mi vida —bromeó haciéndome reír,

sorteando la respuesta.

—¿Y mujeres?

—Importantes, ninguna digna de ser mencionada. Relaciones fugaces, quizá demasiadas. ¿Ves? No es tan difícil. Ahora te toca a ti.

—Bueno, importante, quizá uno y ya ni siquiera estoy segura de que haya sido muy importante. Esporádicos no sé, ¿más de cincuenta son muchos? —Hans enarcó una ceja, parecía sorprendido, y rompí a reír a carcajadas—. Que no, que es broma. No lo sé, ocho, diez. Voy a cumplir treinta años, no son demasiados. ¿Y tú? Esas relaciones fugaces...

—No sé el número, pero han sido muchas.

—¿Y con todas lo hiciste sin protección? —en cuanto aquella pregunta escapó de mis labios me arrepentí en el acto de habérsela hecho, me dieron ganas de abofetearme a mí misma. Definitivamente, mi hermana me había sorbido el seso. Hans me miró con una ineludible expresión de extrañeza.

—No, en absoluto. Suelo ser muy cuidadoso al respecto. Aunque creo que contigo no ganaría para condones.

—Yo también suelo ser cuidadosa, quiero decir, que solo cuando he tenido una pareja estable y tal... en fin, pues... ¿qué calor hace no?

—Sí, hace calor —aceptó con una sonrisa, probablemente consciente de mi incomodidad y accionó un botón del mando del aire acondicionado que estaba en su mesilla de noche. Me rodeó con sus fuertes brazos y rodando sobre sí mismo me subió a su cuerpo—. Me encantas, Alma Jenssen.

—Y tú eres el tipo más sexy con el que me he topado en la vida.

—¿Soy sexy? —asentí con decisión—. Mi hermana dice que sus amigas de instituto opinaban que era un prepotente muy seductor.

—¿Tienes una hermana?

—Sí —percibí que algo en su rostro había cambiado, parecía incómodo.

—¿Mayor o menor? —pregunté sentándome a horcajadas sobre su cuerpo.

—Menor.

—¿Y cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—¿Y tú?

—Treinta y dos.

—¿Y qué música te gusta?

—Coldplay, Linking Park... ¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Es un juego, señor misterioso, cada vez que respondas a una pregunta yo te recompensaré —sugerí, moviendo mi pubis desnudo sobre su sexo que comenzaba a despertar ante el roce deliberado—. ¿Dónde vivías antes de venir a *La Bella*?

—En Santo Domingo —respondió con la voz tensada por el deseo, y me moví, deteniéndome justo sobre la cabeza de la erección que comenzaba a crecer.

—¿Y antes de venir a la Re sobre mis rodillas, situando su sexo enhiesto justo en la entrada roce deliverado.mitorio, con el canto de los grillos como

msepública?

—En Texas.

—¿En qué ciudad?

—San Antonio —entonces me moví, rozando mi humedad deliberadamente con la suya.

—¿A qué te dedicabas allí?

—Trabajaba en la imprenta de mi padre. —Tras aquella respuesta me alcé sobre mis rodillas, situando su sexo enhiesto justo en la entrada del mío, haciéndole saber que si contestaba a la siguiente pregunta me sentaría sobre él. La ferocidad expectante reflejada en sus ojos me hizo humedecer aún más.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —Hans se tomó su tiempo para pensar la respuesta.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca —dijo al fin y comencé a descender lentamente sobre su carne rígida y ardiente, sintiendo cómo me penetraba, acomodándome a su grosor, a su tamaño, a cómo me llenaba por completo. Hans elevó las caderas, ensartándome aún más en su ser.

—Quieto, no te muevas. Falta la última pregunta.

—Dila —pidió, enfebrecido.

—¿Qué sientes por mí?

—Miedo —contestó y elevando una de sus manos me agarró de la nuca y tiró de mí hacia sus labios, besándome a la vez que se tomaba la libertad de rendirse a sus instintos y hacerme el amor de nuevo, apasionado, transportándome hasta las mismas puertas del cielo, o del infierno. ¿Acaso importaba? No, ya no.

Capítulo 10

Distinta

EL sonido de la selva me despertó, los pájaros cantaban en la distancia recibiendo al nuevo día que comenzaba. La luz del sol se colaba aún con tibieza a través de las amplias cristaleras del dormitorio. Observé a Hans, su rostro estaba tan relajado que le hacía parecer frágil e incluso inocente. Su cabello rubio despeinado, la forma recta de su nariz, el surco que marcaba el inicio de sus labios, la prominente nuez de Adán, el mentón cuadrado y terriblemente masculino, resultaban demasiado tentadores. Y su cuerpo, su maravilloso cuerpo sosegado sobre la cama, sería el perfecto objeto del deseo de cualquier mujer. Pero Hans era mucho más que un cuerpo cincelado con maestría divina para el regocijo femenino. Su sonrisa ladeada, su miradas ininteligibles, sus respuestas mordaces, le conferían un atractivo que iba mucho más allá de su belleza exterior. Hans era divertido, irónico y su humor cáustico me cautivaban mucho más allá de lo que lo hacía su espectacular anatomía. *«Un prepotente muy seductor»*, había admitido que le considerasen las amigas de su hermana pequeña. Pensé en todas las mujeres que habrían estado en mi lugar, todas y cada una de las mujeres que habían disfrutado de su entrega a la hora de amar, y una punzada de celos martirizó mi alma. No quería que ninguna otra mujer lo tocase. No podía soportar la idea de que se entregase a cualquier otra, y me descubrí a mí misma preguntándome cómo sería tenerle a mi lado, sabiéndole mío, solo mío, día tras día. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, ¿es que acaso estaba enamorándome de Hans?

—Buenos días —dijo con una seductora media sonrisa, abriendo los ojos.

—Buenos días —repetí. Hans me rodeó con su poderoso brazo, tirando de mí, pegando mi pecho desnudo a su torso de acero.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien.

—Me alegra. Pero tengo que levantarme, hay mucho trabajo por hacer.

—¿En serio? Hoy es sábado —refunfuñé como una niña pequeña.

—Y no hay nada que me gustaría más que pasarme la mañana haciéndote el amor, pero los sábados también se trabaja en *La Bella*, Alma. —Apreté los labios en un mohín de disgusto que pareció divertirle porque se echó a reír—. Mañana domingo es mi día libre, ¿te gustaría que fuésemos a visitar Los Altos de Chavón?

—¿Los Altos de Chavón?

—Sí, es una especie de aldea Medieval, construida en los setenta por el

presidente de una compañía americana, según dice la leyenda, para regalársela a su hija. Podríamos dar un paseo por el río, ver la villa y comer allí. —dijo agarrando mis nalgas desnudas con posesión.

—¿Estás proponiéndome una cita? Creí que solo podrías ofrecerme sexo —cuestioné con una sonrisa burlona, mientras él tomaba mi pierna derecha y la hacía pasar sobre su cadera.

—Tienes razón, olvídalo.

—No, no. En realidad, me gustaría. Me gustaría mucho que me enseñases Los Altos de Chavón y dar ese paseo por el río. Estaría genial pasar el día juntos, hablar y conocerte un poco mejor.

—¿Conocerme mejor? Ya me conoces lo suficiente. No entiendo a qué vinieron todas esas preguntas anoche —dijo trasluciendo un punto de incomodidad en la voz.

—Simple curiosidad.

—Pues eres demasiado curiosa, tú.

—Resulta gracioso que lo diga alguien que me preguntó con cuántos hombres me he acostado —protesté cuando comenzaba a sentir el roce juguetón de su sexo sobre el mío bajo las sábanas—. Pero tienes razón, soy demasiado curiosa, porque no dejo de pensar qué motivo llevaría al hijo del dueño de una imprenta tejana a dejarlo todo y marcharse a un lugar tan recóndito como este —su mirada se ensombreció al oír mis devaneos mentales. No le gustaba hablar sobre sí mismo, eso me había quedado bastante claro.

—Lo dicho, eres demasiado curiosa —concluyó aproximándose a mi garganta, mordiéndome junto a la yugular con suavidad, para después enterrar el rostro entre mis pechos y acariciarlos con sus labios, besándolos, mordiéndolos con suavidad para luego liberarlos, reactivando todas mis terminaciones nerviosas, provocando que me olvidase de mis dudas y casi hasta de mi propio nombre.

Hans se metió en la ducha, dejándome acalorada en la cama, envuelta entre las sábanas, atesorando en mi retina la imagen de su cuerpo en tensión, empapado en sudor, devorándome una vez más. No había respuesta para mis preguntas, como no la había para entender por qué me seducía tanto su mirada azul, porque jamás había conocido a nadie como él en toda mi vida. Quizá sencillamente es que no existía nadie como él, nadie. Por ello debía tratar de aprovechar cada momento a su lado, disfrutar de su compañía, de sus sonrisas, incluso de su misteriosa obcecación por no hablar de sí mismo, guardando cada segundo como si fuese el último. Dicho pensamiento borró la sonrisa de mi rostro, después de mi discusión con Augusto desconocía si aquella misma mañana el *patroncito*, como le llamaban los peones, me invitaría a poner rumbo a España de inmediato.

Oí el sonido del agua en la ducha y me estiré en la cama. Hans me acercaría hasta la mansión en su todoterreno antes de iniciar su jornada laboral. Estaba desnuda, mi vestido estaría perdido en algún rincón del salón donde me lo

arrancó la noche anterior. Me incorporé y caminé hasta el armario tratando de buscar una camiseta con la que cubrir mi desnudez antes de ir a buscarlo. Al abrir la puerta corredera del armario descubrí algo que llamó mi atención de inmediato: la negra empuñadura de un arma asomando bajo una pila de toallas correctamente ordenadas. Tiré de ella con los dedos hasta sacarla, observándola con curiosidad. Un arma. ¿Para qué podía necesitar Hans un arma? Y parecía haber algo más entre las toallas, una especie de cartera.

—¿Te ayudo? —preguntó a mi espalda, entrando en la habitación, y yo, sobresaltada, me apresuré a dejar el revólver de nuevo entre las toallas.

—Estaba buscando una camiseta.

—Están aquí —dijo caminando hacia mí, embrujándome con la maravillosa perfección de su cuerpo perlado de diminutas gotitas de agua, cubierto únicamente por una toalla envuelta alrededor de su cintura. Miró en el interior del armario, pero yo había tenido tiempo suficiente para dejar bien guardada el arma y no se percibía que hubiese tocado nada. Abriendo el primer cajón del mueble interior me entregó una camiseta blanca con la que me cubrí.

—Gracias.

—Me gustaría invitarte a desayunar, pero ya llego tarde y además estoy seguro de que el café y las tostadas de la casa grande son mucho mejores que el pan duro de ayer que guardo en la alacena.

—Está bien, no te preocupes por mí, desayunaré en la mansión —admití con una sonrisa—. ¿Crees que debería hablar con Cristóbal y Delia de lo que sucedió anoche? Si es que no me están esperando en la entrada para echarme por el espectáculo, claro.

—No lo harán. Estoy seguro de que si se han enterado fingirán desconocerlo, créeme. Darinda te ha advertido que lo negará todo si hablas de lo que sucedió, Augusto por supuesto también lo negará, por lo que si enfrentas el tema con ellos solo conseguirás enemistarte con Cristóbal Ríos, y por ende con Delia, y que ambos te acusen de mentirosa. Además de que Darinda y su padre sean despedidos en cuanto abandones *La Bella*.

—Pero es tan injusto, Hans. No puedo aceptar que ese malnacido quede impune, que siga abusando de esas mujeres —me encendía solo de pensarlo. Él me rodeó con sus fuertes brazos, haciéndome sentir reconfortada. Su piel olía a jabón, suave y refrescante, y no pude evitar volver a considerar que me gustaría sentirme así, protegida y deseada, por el resto de los días de mi vida. Sus labios se posaron en mi frente con dulzura.

—Mi pequeña vikinga no está acostumbrada a carecer del control de la situación, ¿verdad? —sus palabras me hicieron sonreír. Su pequeña vikinga ¿Lo era? Cada vez estaba más convencida de que sí.

—Lo cierto es que no. En mi trabajo lo controlo todo, hasta el último foco, el último detalle del último encuadre. Y en casa me sucede lo mismo, controlo las tardes que mi sobrina Michelle tiene actividades extraescolares para estar alerta por si su niñera tuviese que llamarme, porque si mi hermana está en mitad de una operación, no puede atenderla; controlo los días que mi madre,

que vive a seiscientos kilómetros, tiene la revisión mensual de su presión arterial. Y eso que ella me considera una descastada —admití con una sonrisa.

—¿Una descastada por qué?

—Porque no suelo llamarla por teléfono para hablarle de mi vida. Ella y mi hermana Claudia se lo cuentan todo, o casi todo, pero a mí no me gusta demasiado hablar de mi vida.

—Eres de esas de personas que escucha los problemas de todo el mundo, pero los suyos se los guarda para sí —dijo. Busqué sus ojos, había dado exactamente en el clavo.

—Siempre he sido así, desde pequeña. Lo que no entiendo es por qué mi madre sigue empeñada en que me parezca a mi hermana. Cuando a Claudia le pegaban en el colegio mi madre se entrevistaba con el maestro, el director y hasta con el Papa si hacía falta. Cuando yo me peleaba en el colegio ella se enteraba al ver los raspones en mis rodillas y las manchas en mi ropa. O porque la madre del otro niño iba a ver al director.

—Hummm, ya entonces demostrabas esos genes guerreros.

—Nunca he soportado las injusticias y me daba de bofetadas con todo el que hiciese falta para evitarlas, aunque en la mitad de las ocasiones los problemas ni siquiera fuesen conmigo.

—Entiendo. Eras una pequeña justiciera —se burló.

—Aunque después lloraba a escondidas para que mi madre no me viese y me preguntase con quién me había peleado esta vez. Así que a estas alturas de la película no creo que pueda cambiar.

—Pues en esta ocasión tendrás que conformarte, Alma. Darinda no desea que la salves, y no está en tu mano solucionar este problema, ni siquiera liándote a tortas con Augusto Ríos. Aunque créeme, que le arrojases el vaso a la cara ante sus amigos fue mucho más humillante para él que si le hubieses abofeteado. Y si me permites un consejo, deberías aprender a compartir lo que te inquieta con tus más allegados, no es sencillo, pero te hará sentir bien.

—Habló el señor «Hermético». Estoy convencida de que tú no compartes tus inquietudes con nadie, ¡si en cuanto te hago una pregunta personal te cierras en banda! —mi comentario le hizo reír y Hans me apretó con energía contra su pecho desnudo para después besarme en la punta de la nariz.

—Pues para ser tan hermético, puedo garantizarte que en estos momentos sabes mucho más de mí que cualquiera de los habitantes de *La Bella* —aseguró con una sonrisa, una sonrisa capaz de iluminar una habitación—. Hazme caso, aprende a compartir tus emociones, si no con tu madre, hazlo con tu hermana, o con tu novio.

—¿Qué novio?

—¿No tienes novio? —dudó, parecía sorprendido, como yo lo estaba de que él hubiese dado por sentado que lo tenía.

—No. Claro que no. Anoche te dije que no había ningún hombre importante en mi vida.

—Pero tu anillo... —dijo indicando hacia una pequeña sortija de plata

desgastada que utilizaba en mi dedo anular izquierdo de la que nunca, bajo ninguna circunstancia, me desprendía.

—Es la alianza de boda de mi abuela Brida, la tengo desde que murió. Cada vez que la miro me recuerda de dónde vengo, que mi familia proviene de una granja noruega donde la vida no era nada fácil. Me ayuda a mantener los pies sobre la tierra en un mundo gobernado por la superficialidad y la belleza en el que me muevo. ¿En serio pensabas que tenía novio y aun así me acostaba contigo?

—Yo... no lo sé. Quizá estoy demasiado acostumbrado a que me mientan y al ver ese anillo...

—Si tuviese novio puedes estar seguro de que no me habría acostado contigo. Soy mujer de un solo hombre, nunca he sido infiel, nunca. No hay nada que odie más que la traición y la mentira.

—Definitivamente tienes razón, Alma, jamás había conocido a una mujer como tú, en toda mi vida —sentenció buscando mis labios de nuevo con los suyos ardientes de deseo.

Hans me dejó, a petición mía, a unos cien metros de la entrada a la mansión y retomó el camino de vuelta en dirección a la plantación. Él había insistido en llevarme hasta la puerta principal, pero insistí en que me apetecía pasear, mojar mis pies del rocío de la mañana. Recorrí el camino descalza, con los altos tacones en la mano, envuelta en mi vestido de gala plateado, con el sol del amanecer acariciando mi nuca y la hierba húmeda bajo mis pies, envuelta en una embriagadora sensación de plenitud.

No sabía qué me aguardaba al llegar la mansión, pero no deseaba ocasionar el menor perjuicio a Hans, descubriendo ante Delia que no era homosexual, que acabábamos de pasar la noche juntos, amándonos como si no hubiese un mañana. Pero cualquiera que fuese la reacción de mis anfitriones estaba preparada para aceptarla. Si me invitaban a abandonar *La Bella* había acordado con Hans encontrarnos al día siguiente en la plaza central de Los Altos de Chavón, y pasar el día juntos igualmente, buscaría un hotel en el que alojarme y decidir cuándo regresaba a España.

Karim me recibió a la entrada del comedor, había subido a mi habitación, me había cambiado de ropa y tomado mi cámara fotográfica sin cruzarme con uno solo de los empleados del servicio o de los habitantes de la casa. El dominicano estaba serio, pero forzó una sonrisa para mí.

—Buenos días, seño... Alma, ¿vas a desayunar?

—Buenos días. ¿Delia y Cristóbal ya han desayunado?

—El señor Ríos salió temprano esta mañana hacia La Romana. La señora ha desayunado y está junto a la piscina descansando.

—¿Y Augusto?

—Se marchó con el señor Ríos.

Respiré aliviada tras oír la respuesta de Karim. No me apetecía en absoluto volver a cruzarme con la cara de reptil de Augusto Ríos. Si no volvía a ver a ese desgraciado en toda mi vida sería un verdadero alivio. Sin embargo, la

compañía que hallé en el comedor no resultó mucho mejor. Desayunando en la gran mesa de roble, con una sonrisa de oreja a oreja y el cabello revuelto, vestida solo con una amplísima camisa blanca estaba Tutti Orwell. Su cara se iluminó al verme entrar, y yo conocía el motivo: al fin había conseguido su propósito, convertirse en una más del sinfín de mujeres que habían compartido la cama de Augusto Ríos. Como si ello fuese un motivo de felicidad.

—¿Tomará café y tostadas? —preguntó Karim antes de retirarse.

Asentí.

—Buenos días —mascullé desganada, sentándome lo más alejada posible de ella en el extremo opuesto de la mesa.

—*Good Morning*, Alma! —me saludó con la boca llena de mermelada. Yo me limité a sentarme y esperar mi café—. *Oh, darling*, tú luces cansada —la miré un instante y traté de concentrarme en el pequeño jarrón de flores que tenía ante mí y olvidarme de su existencia, pero estaba convencida de que no me lo pondría fácil—. *I'm sorry*, espero que tú poder descansar *last night* —continué sin responder—. *I mean*... nosotros hicimos ruido.

—No me interesa, Tutti, de verdad, no estoy de humor —la corté. Lo que menos me apetecía era soportar una incómoda charla sobre su conquista.

—*I underestand*... Tú *estás* molesta *but ¿tú no pretendes* que Augusto te prefiera a ti?

—Las preferencias de Augusto Ríos, me la traen al fresco. *Déjame en paz* Tutti, no me toques las narices.

—*But, Darling. You need so much* clase *and style* para que un hombre como él se fije en ti, *poor girl*...

—Augusto Ríos se tiraría a una fregona con faldas. ¿Clase y estilo? Será el que tienes tú con esa cara y esos pelos. Anda y vete a *La Comarca* a buscar el anillo, *Gollum* —sentencié cámara en mano y *fotografié* su reacción, su mueca de estupefacción, con la boca abierta.

—You... You... *fucking idiot*...

—Anda y que te den, *Tutti Fruti* —dije incorporándome de la silla, dejándola renegando en su lengua materna solo Dios sabía qué, y abandoné la habitación cruzándome con Karim que traía mi desayuno en una bandeja—. ¿Me lo llevas a la piscina, por favor?

—Sí, claro —aceptó Karim con una sonrisa cómplice con la que delataba que había oído gran parte de la conversación.

Divisé a la señora de la casa tumbada en una de las hamacas, que habían sido devueltas a su lugar tras la fiesta de la noche anterior, protegida por una de las amplias sombrillas de tela. Embutida en un bonito traje rosa abotonado cubría sus ojos con unas gafas de sol oscuras y daba sorbos a un vaso de cola mientras ojeaba una revista. Las mesas y sillas de la fiesta que aún quedaban esparcidas por el jardín estaban siendo retiradas por los empleados y el escenario ya había sido desmontado.

—¿Quieres? —preguntó ofreciéndome su vaso, tras olerlo supe que había

algo más que cola en él.

—¿Tan temprano?

—Lo mejor para una resaca es un buen vaso de ron. Además creo que si no me emborracho pronto, acabaré arrojando a Tutti a una zanja y echándole hormigón encima —aseguró sin camuflar su mueca de desagrado.

—Conozco esa sensación —bromeé—. Lo peor es que resulta irritante incluso sin proponérselo, así que cuando lo hace adrede...

—Ni siquiera la amistad que me une con Mimí Badán me obligará a aguantar a esa pequeña zorra.

—Vaya, veo que te cae realmente bien.

—Lo es, Alma. No vamos a andarnos con remilgos a estas alturas. Ha estado rondando a Augusto hasta que se lo ha tirado, anoche se escuchaban sus puñeteros alaridos por toda la casa, jadeaba como una perra.

—Sí, ella misma se ha encargado de decirme lo bien que se lo ha pasado en la cama con Augusto tratando de molestarme.

—¿Y te ha molestado? —preguntó bajándose las gafas para mirarme a los ojos.

—En absoluto, no me interesa Augusto Ríos, para nada.

—¿Por qué no? Se os veía muy cómplices estos días y ese paseo en catamarán —aquella pregunta me pilló fuera de juego. Si respondía la verdad, tanto si Delia me creía como si no, se liaría la de Dios es Cristo. Además, Darinda me había pedido que no lo contase a nadie, y yo se lo había prometido.

—Diferencia de caracteres, imagino.

—Y, bueno, cuéntame, ¿dónde has pasado la noche y con quién? Porque en la mansión no has dormido —aseguró con una mirada pícara. Oh, debía inventar algo y rápido.

—Di un paseo.

—¿Durante toda la noche?

—Sí.

—Anda ya. Dime con quién has retozado, porque había una considerable cantidad de solteros de oro en mi fiesta. —Sin saber qué responder desvié la mirada mientras trataba de inventar una excusa con rapidez—. ¿No te habrás estado revolcando con alguno de los empleados? —Mi expresión de alarma respondió por mí al parecer. Delia dio una sonora carcajada—. Solo *tú puedes tirarte a un simple camarero cuando estás rodeada de los hombres* más ricos de todo el Caribe. Ay Alma, no tienes remedio —dijo entre risas. Respiré aliviada, por un momento dudé que me hubiese descubierto. Karim se acercó a nosotras cargando mi bandeja del desayuno que dejó sobre la mesita de madera más próxima a la hamaca en la que me había sentado.

—Señora Delia, la señorita Orwell desea que alguien la lleve a casa, ¿aviso a José?

—Sí, claro. Y que la lleve en la camioneta vieja, que le diga que mi coche continúa averiado.

—Pero señora, su coche está reparado.

—¿Es que eres sordo Karim? ¿Tengo que repetirlo?

El sirviente se envaró ante el tono agrio de la señora Ríos, dedicándome una mirada fugaz con sus hermosos ojos de jade.

—No, señora.

Delia, sin borrar una sonrisa maliciosa en los labios con la que parecía paladear el incómodo viaje con el que agasajaría a la «huésped» de su hijastro, sacó un paquete de tabaco que guardaba en su cartera de piel y encendió un cigarrillo. Karim se retiró veloz dispuesto a cumplir con las órdenes que le había dado.

—¿Aún fumas? —dudé sentándome junto a la mesa en la que me aguardaba mi desayuno.

—Siempre que mi querido esposo no esté presente —respondió con ironía—. Padece asma. ¿No es patético? Es el dueño de una de las más importantes plantaciones tabaqueras de toda América y no soporta que su mujer fume. Estoy cansada, Alma. Creí que lo llevaría mejor —dijo dando una honda calada que hizo centellear el ascua del cigarrillo—. Pero estoy harta de ser su florero, de ser la mujer a la que alaba en *público y en privado menosprecia*. Estoy cansada de que su única atención para conmigo sea aplastarme con su enorme barriga y correrse entre mis piernas una vez al mes. —Aquella declaración descarnada me pilló tan completamente de improviso que casi me atraganto con el café—. Me alaba delante de todos, como anoche, el muy ridículo y después se va de putas a follarse a cuanta fulana se le pone por delante.

—Lo siento mucho, Delia.

—Estoy cansada. No sé qué hacer. Quiero a mi marido, quiero al hombre que me enamoró, pero a estas alturas incluso me pregunto si ese hombre alguna vez existió. Creo que merezco ser amada, ser mirada con pasión y sentirme valorada como mujer —dijo con la voz mecida por la emoción. Supe que bajo sus gafas oscuras las lágrimas habían acudido a sus ojos—. ¿No lo merezco?

—Claro que lo mereces. Todos lo merecemos —aseguré acudiendo a su lado, abrazándola, ofreciéndole al fin mi hombro para llorar.

Permanecí un buen rato acompañándola. La antigua agente de modelos, repuesta de su sentimentalismo, disfrutaba despellejando sin piedad a cada uno de los asistentes de la fiesta. La *recién* divorciada a la que su flamante esposo había dejado en la calle y aun así se empeñaba en mantener las apariencias; el propietario de una destilería de ron al que no paraban de surgir nuevas puntas en su cornamenta. Yo la oía en silencio, desconocía a quién se refería y lo cierto es que me daba igual, no me importaba la vida de aquellas personas lo más mínimo y sus palabras tan solo me demostraban una vez más que el dinero no concedía la felicidad.

De mi encontronazo con Augusto Ríos no mencionó una sola palabra y en mi interior me preguntaba si no habría tenido noticia de él, o como Hans me

había asegurado que haría, fingía desconocerlo.

Delia perdió el interés en ponerme al día de las desventuras de sus «amigos» adinerados cuando llegó el jardinero y tras darnos los buenos días, se desprendió de la camiseta para de ponerse a limpiar la piscina. Algo que agradecí profundamente, y no porque el joven dominicano tuvieses un torso digno de ser contemplado, que lo tenía, sino porque comenzaba a dolerme la cabeza, embotada de tanto oír chismes y cuchicheos varios.

Aproveché su desinterés por mí para acercarme a un inmenso árbol de exóticas flores rojas que ya había llamado mi atención desde el día de mi llegada y al que pretendía fotografiar. Así que tomé mi cámara y me aproximé a él, acariciando su rugosa corteza con las manos.

—Es un flamboyán —me informó Delia, desabotonando los primeros engarces de su traje rosa—. Quiere decir árbol de fuego —apuntó descendiendo sus amplias gafas de sol hasta la punta de la nariz para mirar con descaro al jardinero, que afanado empujaba el mango de la barredora hasta sumergirla en el suelo de la piscina rectangular—. Y eso es un bombón —dijo indicando hacia el joven que pudo oírla con claridad, sonrió y continuó con su quehacer. Delia desabrochó otro de los botones de su traje, dejando parcialmente al descubierto un bonito sostén de encaje blanco, un gesto que no pasó en absoluto desapercibido al muchacho.

—Estás loca —resoplé resignada y me agaché dispuesta a fotografiar el árbol desde la base, tomando una instantánea de las llamativas flores rojas en contraste con el azul del cielo.

—¿Dónde vas? —preguntó cuando percibió que me alejaba en dirección a las cuadras.

—A sacar fotos de los caballos —respondí. Había visto en mi anterior visita a las caballerizas un purasangre con las crines rojas que quedaría en un contraste realmente atractivo en un serial fotográfico junto con el flamboyán.

—¡Eres una friki de las fotos! —gritó para que pudiese oírla.

—¡Me gano la vida con ellas! —protesté divertida por su comentario.

Cuando regresé a la piscina Delia había desaparecido, también el jardinero, por lo que decidí retirarme a mi habitación para darme una ducha. Había sudado buscando los mejores encuadres para mis fotografías pero había obtenido algunas muy buenas. Al caminar junto a la casita de la piscina un reflejo me molestó. Identifiqué las anchas gafas de sol de la dueña de la propiedad tiradas en el suelo, junto a la entrada. Debía de haberlas perdido y decidí recogerlas.

Una vez estuve junto a la puerta pude oír los escandalosos gemidos de una mujer, y de modo instintivo miré a través del vidrio transparente, distinguiendo con total claridad las piernas morenas de mi amiga y las sandalias rosas, moviéndose en sus pies. Estaba en una habitación de la que yo solo alcanzaba a ver esa pequeña esquina.

¿Acaso Cristóbal Ríos había regresado y estaban arreglando sus diferencias? Me temía que no. Decidí retirarme a mi habitación, lo que menos me apetecía

en el mundo era inmiscuirme en los escarceos amoroso de Delia. Pero cuando asomé por el lateral de la casa distinguí en la corta distancia a Cristóbal Ríos caminando hacia la piscina con un ramo de brillantes rosas rojas. El corazón me dio un vuelco. Iba a pillarles, a Delia y a quienquiera que estuviese con ella. Iba a descubrirles in fraganti.

¿Qué podía hacer?

Tenía que avisarla.

Volví a asomarme.

Cristóbal se había detenido, alguien le había llamado a su espalda, alguien a quien yo no podía distinguir pues le ocultaban los parasoles de la piscina.

Sin pensarlo dos veces abrí la puerta y me adentré en el interior de la casita de la piscina. Al enfrentar la habitación en la que se hallaban el espectáculo fue sicalíptico. Delia, con el traje rosa completamente desabotonado y los enormes pechos al descubierto, bamboleándose frenéticos, era embestida por un poderoso mulato del que solo podía distinguir su espalda y nalgas desnudas. Su piel contrastaba con la carne oscura del joven que la aprisionaba contra el diván en el que se hallaba tendida, con las manos agarradas fuertemente al acolchado estampado y sus las rodillas aprisionando las caderas de quien, empapado de sudor, la penetraba impetuosamente.

Me quedé paralizada, observándoles, con la garganta seca como un desierto. Delia gemía, se encogía con los ojos cerrados mecida por el placer, parecía no importarle que la oyesen, al fin y al cabo su esposo estaría toda la mañana fuera y disponía de la libertad necesaria.

O eso creía ella.

La puerta trasera de la casa de invitados estaba situada frente a la delantera, desde la cual podía divisar parcialmente el acceso desde la mansión Ríos, al menos lo suficiente como para distinguir cómo Cristóbal Ríos oteaba el derredor de la piscina en busca de su esposa. Mis ojos regresaron a la pareja que copulaba enfervorecida, olvidándose del mundo alrededor.

Apenas tenía unos segundos para pensar, para reaccionar. En el momento en el que Cristóbal Ríos abriese aquella puerta se toparía de frente con su mujer siendo embestida por un joven mulato.

Di un paso hacia ellos, adentrándome en la habitación. Delia me vio al momento, sus ojos se crisparon al descubrirme mientras su amante ajeno a mi llegada continuaba adentrándose en su interior una y otra vez.

—¡Vamos, escóndete, metete en el armario! —exigí, captando la sobresaltada atención del muchacho, y mi amiga me entendió, obedeciéndome sin objeción alguna. Abrí la puerta corredera del armario empotrado en la pared opuesta al diván y ella se introdujo dentro. El joven dominicano me contempló anonadado despojarme de los shorts y tirar de las solapas de mi camisa sin mangas hasta abrirla, saltando los botones, quedando en ropa interior, un bonito sostén de encaje azul y un tanga a juego, y situarme veloz bajo su cuerpo—. Que sepas que te estoy salvando el pellejo también a ti. Como me la intentes meter te corto la polla. Finge que follamos —advertí

muy seria, y comencé a jadear mientras el joven de ojos negros, aún aturdido, se tumbaba encima de mí, y pude sentir la humedad de su falo erecto entre mis muslos.

Imitándome, comenzó a gemir y a moverse mientras yo me retorcía como si realmente estuviésemos haciendo el amor, con los oídos puestos en la puerta de madera lacada, pues el cuerpo de mi falso amante la ocultaba a mis ojos. Escuché cómo se abría sin previo aviso.

—¿Delia? —dudó Cristóbal Ríos con la voz congestionada y vi cómo las flores rodaron por el suelo. Desde su posición a la entrada tan solo alcanzaría a ver la espalda y nalgas negras del muchacho y las piernas de una mujer blanca bajo él.

Temiendo lo peor Cristóbal dio un paso hacia nosotros, cuando alcancé a verle se llevaba una mano al pecho, como si le constriñese algún tipo de molestia o dolor.

Ambos, mi supuesto amante y yo, fingimos haber sido sorprendidos con genuino realismo. Tiré de mi blusa tratando de cerrarla y el joven jardinero, bajándose de mi cuerpo, ocultó su miembro viril con un par de cojines del propio diván.

—Cristóbal, ¿estás bien? —me interesé, aún tratando de cubrirme, acercándome a él semidesnuda como estaba, al distinguir que su rostro estaba pálido como la cera.

—Sí, sí —resopló él, con la mano aún en el pecho—, Yo pensé, yo...

Entonces alguien más se adentró en la habitación. Alguien que debía estar esperándole fuera.

—¿Qué sucede, señor Ríos? —era Hans quien buscaba a su patrón. Sus ojos me recorrieron de pies a cabeza; la camisa desgarrada, el sostén de encaje y el minúsculo tanga azul, así como a mi supuesto amante, completamente desnudo con un cojín de estampado floral ocultando su vergüenzas pudendas. Deseé que la tierra se abriese bajo mis pies y me engullese allí mismo—. Cristóbal, ¿está bien? —se preocupó al ver su rostro desencajado, ayudándole a sentarse sobre el propio diván.

Tomé mis shorts vaqueros del suelo y me los puse, bajo la mirada lacerante de Hans, percibiendo cómo apretaba los puños a ambos lados del cuerpo, furioso. El joven jardinero hizo lo propio con el pantalón de su uniforme y desapareció dos segundos después de la habitación dejándonos solos sin decir una sola palabra.

—Yo... lo siento mucho —dijo el adinerado empresario recuperando el aliento, recomponiéndose—. Me sorprendí, es todo —aseguró, cuando estaba convencida de que en realidad su temor había sido que fuese su mujer la cabalgada por el mulato—. Debo meterme en la cabeza que ahora tenemos invitados y que son libres de disfrutar de su estancia... y de su cuerpo —añadió mirándome con una sonrisa. A mí, que me faltaba camisa por todas partes. Otros ojos a su vez me taladraban con una mirada de repulsión. No pude evitar sonrojarme, me hallaba sin duda en la situación más bochornosa

de toda mi vida.

Cristóbal se incorporó, recogiendo del suelo el ramo de rosas rojas, con una amplia sonrisa en los labios que dos minutos antes aparecían lívidos. Apoyándose en el brazo de su capataz para incorporarse, el septuagenario tabaquero caminó hacia la salida. Hans permaneció mirándome en silencio, perforándome con el desprecio que reflejaba su rostro.

—Has estado a punto de convencerme de que eras diferente, Alma Jenssen —susurró, evitando que el señor Ríos pudiese oírle. No pude responderle, no sin delatar ante Delia, que permanecía escondida en el armario, la relación que nos unía. Apreté los labios conteniendo las palabras, ofendida. Entonces sus ojos se dirigieron a algún punto en el suelo a mi espalda, reflejando sorpresa. Me volví, descubriendo unas bragas blancas embrolladas a los pies del diván. Le miré, los ojos de Hans me observaron crispados, con sus cejas rubias tan apretadas que casi conformaban una sola.

Era imposible que aquellas bragas fuesen mías pues aún conservaba mi ropa interior puesta.

Automáticamente me agaché y las recogí, apretándolas en el puño a mi espalda, cuando Cristóbal se giró al comprobar por qué su capataz parecía no tener intención de seguir sus pasos.

—Hans, ¿vienes o no? Creo que ya hemos molestado demasiado a la señorita Jenssen.

—Por supuesto, señor Ríos. Debemos dejar a la *señorita* disfrutar en paz —dijo con la voz teñida de auténtico rencor.

Yo sentía que todo el peso del mundo me caería de golpe encima de la cabeza y me aplastaría como una losa en aquel preciso instante. Hans recorrió la habitación con los ojos antes de volverse y caminar tras el empresario, no sin dedicarme una última mirada, haciéndome sentir como un reo ante el pelotón de fusilamiento.

Y se fue.

Ambos se fueron.

Y yo me desplomé sobre el diván. Sentí rabia conmigo misma, porque salvar el culo infiel de Delia había estropeado lo que quiera que tuviésemos Hans y yo. Estaba convencida de que no volvería a dirigirme la palabra siquiera, no después de haberle forzado a pensar que andaba acostándome con cuanto hombre se me pusiese por delante. ¿Cómo creería entonces que le había dicho la verdad al asegurar que no me había acostado con Augusto Ríos? ¿Cómo, cuando me encontraba revolcándome con el jardinero justo después de abandonar su cama, yo que esa misma mañana le había asegurado ser una mujer fiel?

Hans no volvería a tocarme ni con un palo, le conocía lo suficiente como para saberlo, su mirada azul me había dicho sin palabras lo mucho que me despreciaba. Claro que no volvería a tocarme, ni a besarme, y jamás me llevaría a ver los Altos de Chavón, a no ser que fuese de una patada en el culo.

—¿Se han ido ya? —preguntó la adúltera en un susurro al comprobar que yo

no decía nada.

—Sí —admití y Delia abrió la puerta corredera frente a mí, había abotonado su vestido, pero su cabello estaba completamente embrollado, como un nido de cigüeñas. Extendí mi mano entregándole sus bragas.

—Gracias, Alma. No sé cómo voy a pagarte esto, me has salvado la vida —aseguró peinándose con los dedos.

—Lo cierto es que creo que se la he salvado a él, porque podría haberle dado un infarto, aunque quizá eso sea lo que pretendías, cargártelo, acostándote con uno de los empleados aquí mismo, en su casa —protesté enfrentando sus ojos por primera vez desde que salió de su escondite.

—No tendré tanta suerte —masculló entre dientes.

—Delia, ha estado a punto de pillarte, te he salvado el culo pasando más vergüenza que en toda mi vida, pero te aseguro que no habrá una segunda vez. Si eres tan imprudente como para engañarle en su propia casa tendrás que apañártelas.

—Gracias, de verdad, Alma —dijo sin conceder la menor importancia a mi regañina—. Sal tú primero. Yo iré por la puerta de atrás y fingiré haber estado dando un paseo por el mirador y las cuadras, tenemos más de ocho mil metros cuadrados de jardín —aseguró guiñándome un ojo cómplice, no parecía en absoluto preocupada por lo que acababa de pasar mientras a mí aún me latía el corazón a mil revoluciones.

—De nada, Delia —respondí abandonando la habitación, alejándome de la casita de la piscina en dirección a la mansión.

Una vez en mi habitación volví a ducharme. Casi podía sentir aún el roce húmedo de la carne del jardinero entre mis piernas. Pero era la mirada de desprecio de Hans la que se me había clavado en el alma. Cerraba los ojos y veía sus iris azules atravesándome llenos de rabia, de odio. Y sus palabras... Sus palabras pesaban como el plomo fundido sobre mi pecho.

«Has estado a punto de convencerme de que eras diferente...».

¿Qué quería decir con eso?

Que yo era un fraude. Que le había engañado.

Pero Hans se equivocaba, yo podía ser una completa idiota, de hecho me sentía como tal, pero no le había mentido y necesitaba decírselo, explicarle que se equivocaba, que no le había engañado. Él no me había dado la oportunidad y dudaba de que lo hiciese.

Pero, ¿por qué su desprecio me hería de ese modo?

Debía empezar a asumir que lo mío con Hans había acabado y lo había hecho por todo lo alto, casi antes de empezar.

Sentí ganas de llorar, rabia conmigo misma. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Pero qué podía haber hecho sino, permitir que Cristóbal Ríos la descubriese? Ella era una mujer casada. Hans y yo no éramos nada. Sin embargo, su desprecio me dolía con una intensidad desmedida, una intensidad que me hizo tomar conciencia de que no tenía comparación con el que había sentido cuando Ángel me dejó. Ángel, ¿quién era Ángel? ¿Acaso le recordaba

siquiera? Si cuando Hans me miraba olvidaba respirar, si cuando me estrechaba entre sus brazos el mundo desaparecía bajo mis pies. ¿Acaso había existido alguien que me importase de veras antes de conocerle a él?

Él, que entonces me despreciaba.

Sabía que el muro que acababa de instaurar entre ambos sería inquebrantable, mucho más alto y robusto que la Gran Muralla China.

Pensé en seguir su consejo, *encima era un consejo suyo*, y llamar a mi hermana y descargar mi desolación con ella. Probablemente Claudia se escandalizaría y después trataría de restarle importancia en un burdo intento por hacerme sentir mejor. Pero no me apetecía hablar con nadie y mucho menos de lo sucedido. Pensé en quedarme encerrada en mi habitación toda la tarde, pero el hambre pronto me hizo desistir de la idea, así que tomé un vestido de lino y unas sandalias y bajé al salón dispuesta a almorzar y enfrentar, con el escaso pundonor que aún me quedaba, el rostro de cuantos me encontrase por el camino.

Para mi sorpresa el primero fue el propio Hans, sentado en el recibidor, con las botas de goma llenas de barro, manchando el suelo de brillante mármol beige. Llevaba la camisa de cuadros entreabierta dejando al descubierto el pecho bronceado, y el sombrero cowboy entre las manos. Al oírme bajar las escaleras giró el rostro, observándome sin inmutarse, repantingado en el sillón de mimbre. Descendí veloz los escalones, necesitaba hablar con él a solas.

—Hans, tenemos que hablar —le llamé, pero entonces se incorporó, meciendo el sombrero entre los dedos y caminó hacia la salida.

—Creo que no tenemos nada que hablar.

—Hans, por favor —pedí agarrándole del brazo, pero se zafó de mi mano con brusquedad.

—Me ha quedado todo muy claro hace un momento.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha quedado claro si puede saberse?

—Que tenías razón, eres distinta a todas las mujeres que he conocido desde que llegué, ninguna se había esforzado tanto en esconder que es una zorra —dijo alcanzándome con su mirada furibunda, y entonces le golpeé con toda mi alma. Hans aguantó estoico la bofetada y sin decir una palabra más se mantuvo de pie, junto a la puerta.

Zorra. Me había llamado zorra sin darme la oportunidad de defenderme, de explicarme. Aunque a sus ojos pudiese parecer muy claro lo sucedido, debía haberme permitido darle una explicación antes de ofenderme. Entonces Karim entró en el hall, descubriéndonos dentro en un tenso silencio, observándonos con una mal disimulada curiosidad.

—Señor McBride, don Cristóbal me pide que le diga que le aguarde junto al pozo, enseguida le acompañará.

—Gracias, Karim —dijo Hans alejándose, desapareciendo por la entrada sin volver a dirigirme una sola mirada.

—¿Cuál es el jodido problema de este imbécil? —requerí exasperada en voz alta cuando se marchó.

Karim se detuvo a mi lado un instante y me miró a los ojos.

—Le aseguro que el señor McBride es una buena persona —dijo, e intuí que tras sus palabras había mucho más, mucho más que no me contaría y que a partir de aquel preciso instante necesitaba saber.

Capítulo 11

Desaparecida

SALÍ del hall completamente desconcertada. No podía entender la rabia desmedida de Hans hacia mí. ¿Acaso éramos algo más que amantes? No. Y sin embargo su reacción al hallarme en brazos del jardinero había sido más propia de un novio despechado que de un tipo con el que solo me unía el sexo. Él, el hombre que me había confesado entre las sábanas que nunca se había enamorado. ¿Es que sentía hacia mí algo más que una mera atracción física?

Las dudas martilleaban mi mente, dudas y rabia por el modo en el que me había humillado con sus palabras. Podía entender su decepción, pero no su ira hacia mí. Hans pensaba que le había engañado, que había representado un papel ante sus ojos, ¿pero para qué haría algo así? Yo no le debía explicación alguna, era una mujer libre y podía revolcarme con cuanto mulato se me pusiese por delante. Entendí su rechazo cuando creía que solo buscaba un hombre rico al que adosarme, pero no entonces, no de ese modo. Él sabía que podría haberme acostado con Augusto Ríos y sin embargo me había sentido atraída por él, el capataz de *La Bella*. Y había elegido perderme entre sus brazos en lugar de en los de Augusto mucho antes de saber que era un monstruo sin escrúpulos.

Las palabras no dichas me quemaban en la garganta. Habría querido gritarle que era un imbécil, que no me había acostado con ese chico, que solo trataba de proteger a mi amiga. Pero después de haberme insultado de aquel modo ni siquiera merecía una explicación de mis labios. Y no la tendría.

Me tragué las lágrimas de impotencia que se empeñaban en asomar a mis ojos y me dirigí al comedor, hallándolo desierto. Esperé un par de minutos sentada con los brazos cruzados sobre el pecho, repasando una y otra vez la escena de la casita de la piscina con masoquismo, pero como nadie acudía a comer me acerqué a la cocina a comprobar qué sucedía.

Darinda y Luzmila conversaban con las cocineras, las ollas bullían desprendiendo un aroma dulce y afrutado, ambas se giraron al verme entrar.

—Buenas tardes señorita, Jenssen —dijo Luzmila. Darinda rehuyó mi mirada, con un repentino afán en limpiar la mesa de la cocina—. En cuanto vengan los señores serviremos el almuerzo, aunque si desea que le preparemos algún aperitivo mientras tanto...

—Buenas tardes, no es necesario Luzmila, esperaré. Darinda, me gustaría hablar contigo un momento, a solas —pedí y la muchacha me miró, sin poder camuflar su mueca de disgusto, y dejó el paño sobre la mesa. Salimos de la

cocina. Caminé por el pasillo hasta estar lo suficientemente alejada para evitar escuchas indiscretas.

—Dígame, señorita Jenssen.

—Sobre lo de anoche...

Con solo oír esas palabras la joven se revolvió incómoda, evitando mis ojos.

—No quiero hablar de eso.

—Espera, solo quiero decirte que cumpliré mi palabra. No voy a contárselo a nadie.

—Muchas gracias, se lo agradezco, señorita.

—Lo cual no quiere decir que pueda olvidarlo. Porque no es justo, Darinda, ninguna mujer debería pasar por algo así.

—Hay cosas peores, señorita.

—Y mejores, puedes estar segura.

—No para mí. Estoy soltera y tengo un niño que mantener al que está criando mi hermana. El dinero que gano trabajando para los señores es el único con el que sobreviven ella y sus cinco hijos, además del mío. Ella se quedó viuda muy joven y entre mi padre y yo estamos sacando a toda la familia adelante. Son muchas bocas que mantener.

—¿El niño es de...? —dudé temiendo lo peor. Darinda descendió el rostro como única respuesta—. Es suyo, ¿verdad? El niño es de ese desgraciado.

—El niño es mío y nada más.

—Uffff, Darinda, ese niño es un heredero legítimo de la fortuna Ríos.

—Cállese por Dios santo, señorita, no diga eso. Nadie sabe que el niño es del señorito y si se enterasen... No quiero ni pensarlo —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Se lo suplico, no se lo diga a nadie. Confío en usted, confío en que no dirá nada. Si algo le pasase a mi hijo yo me moriría.

—Darinda, ¿cómo puedes pensar algo así? ¿Quién podría hacerle daño a tu hijo? —guardé silencio. Augusto. Augusto Ríos no permitiría que el mundo conociese que tenía un hijo con una simple doncella. Pero, ¿sería capaz de hacerle daño? El terror en los ojos de Darinda me hizo temer lo peor—. Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

—Pero si la señora Delia se entera...

—La señora Delia no se enterará de nada —aseguré tomando sus manos con las mías—. Te doy mi palabra.

—¡Delia! ¡Delia! ¿Delia está aquí? —irrumpió en el pasillo Cristóbal Ríos con el semblante blanco como la nieve y los ojos desencajados seguido de Karim.

—No, no está —dije soltando las manos de Darinda.

—¿Y en la cocina? ¿Está en la cocina?

—No, no está en la cocina señor —respondió la doncella, pero aun así el empresario se introdujo en la habitación.

—¿Qué sucede Karim? —pregunté.

—La señora Delia ha desaparecido.

—¿Qué?

—No la encontramos.

—¡¿Dónde demonios está?! —gritó Cristóbal Ríos fuera de sí, abandonando la cocina, dirigiéndose hacia mí—. ¿Dónde está, Alma? Tú tienes que saberlo.

—¿Yo? No lo sé, Cristóbal. No la veo desde esta mañana en la piscina —mentí—. ¿Habéis mirado en el jardín? Ella dijo que daría un paseo.

—Hemos mirado por todas partes —respondió Karim. Cristóbal se llevó una mano al pecho y sacando un pequeño blíster de pastillas se introdujo una en la boca.

—¿Dónde está? No puede haber desaparecido sin más.

—Estás pálido, Cristóbal. Vamos al salón, deberías sentarte —dije.

Cristóbal Ríos con la mano de nuevo en el corazón, permanecía desplomado en una de las sillas victorianas del salón de las cristaleras, con un par de sirvientes alrededor dándole aire con periódicos. Su rostro estaba pálido como el mármol y yo no paraba de darle vueltas a la cabeza, ¿dónde podía haberse metido Delia?

Hans se adentró veloz en la habitación, dedicándome una mirada gélida como el Polo Norte, seguido de Chencho y otro de los peones de *La Bella*. Cristóbal abrió los ojos como platos al verle entrar, ansioso por conocer sus noticias.

—No está. Hemos revisado los alrededores de la casa y nadie la ha visto.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo puede haber desaparecido así?

—¿La habéis llamado por teléfono? —sugerí.

—Por supuesto, es lo primero que hemos hecho —respondió Hans de mala gana—. Su móvil estaba en su habitación.

—Me ha abandonado, estoy seguro de que me ha abandonado —balbucía Cristóbal tratando de contener la emoción, negando con la cabeza, mientras pasaba un pañuelo por sus labios, limpiándolos. Desabotonando los primeros engarces de su camisa dejó al descubierto su blanquecino torso rechoncho salpicado de vello dorado que parecía no haber sido tocado por el sol en toda su vida—. Debería haberle dado más libertad, haberle comprado esa casa que quería en Puerto Rico. Yo debería... —divagaba—. Tiene que estar en alguna parte, Hans, que no dejen de buscarla.

—Chencho, Miguel, organizad a los hombres y que no quede un milímetro de *La Bella* por revisar, incluida la plantación —ordenó el capataz y los empleados abandonaron raudos la habitación—. He hablado con Yuri y me asegura que ninguno de sus hombres la ha visto salir de la finca.

—¿Quién es Yuri? —pregunté en un susurro a Karim.

—El jefe de la seguridad del señor Ríos —respondió en voz baja.

Entonces el teléfono de la casa comenzó a sonar. Y Karim acudió presto a responder la llamada.

—Señor, es para usted —dijo acercándole el aparato inalámbrico.

—¿Delia? Oh, Dios santo. ¡¿Quién eres?! ¡¿Quién eres?! No, por favor... —mascullaba con el rostro enrojecido, congestionado por la tensión. Todos le observábamos sin entender qué sucedía—. No le hagáis daño, por favor. Lo

tendréis... Sí, sí, claro... lo tendréis pero no le... pero no, no... Han colgado. ¡¡Han colgado!! ¡¡Hijos de putaaaa!! —sollozó dejando caer el teléfono al suelo, que produjo un golpe seco contra la alfombra—. La han secuestrado, Hans. ¡La han secuestrado!

—¿Qué? —dudé sin dar crédito.

—Acaban de decirme que prepare dos millones de dólares y siga sus instrucciones si quiero volver a verla con vida —dijo cubriéndose los ojos llenos de lágrimas con la mano, como si se avergonzase de estar a punto de romper a llorar.

—¿Qué instrucciones? —preguntó el capataz.

—Depositarlos dentro de una bolsa de basura en una papelera, en el parque de Los Coquitos, frente a la Biblioteca Antonio Guzmán, de Santo Domingo. Mañana, a las siete de la tarde tiene que estar ahí el dinero, en billetes pequeños y sin marcar, o la ejecutarán.

—¿Reconoció su voz? ¿Era un hombre o una mujer? —cuestionó Hans, manteniendo una impresionante sangre fría.

—Un hombre, creo, pero no estoy seguro, tenía la voz distorsionada. Son profesionales, por el modo en el que me han hablado, no hay duda. Tengo que conseguir esos dos millones de dólares para mañana.

—Tenemos que llamar a la policía.

—No, no, la policía no. Si avisamos a la policía la matarán. No se te ocurra llamar a la policía, Alma —exigió—. Tengo que ir al banco, tengo que hacer que me preparen el dinero. Tengo que llamar a Augusto.

Cristóbal se incorporó y emprendió el camino hacia su despacho. Hans se ofreció a acompañarle pero el empresario rechazó su ayuda. En el salón permanecimos Hans, Karim y yo, en silencio, yo mordiéndome las uñas, ellos de pie, intercambiando miradas. No podía entender nada. ¿Pero cómo podía ser cierto? Delia secuestrada... Yo acababa de verla, acababa de devolverle sus bragas.

—¿Cómo pueden habérsela llevado a plena luz del día, estando en su propia casa, evitando todo el personal de seguridad y sin que los perros le hayan ladrado? —decía para mí misma.

—Pueden haber atravesado la selva y entrado campo a través por algún lugar menos vigilado —sugirió Karim.

—En caso de que haya sido secuestrada...

—Hans... —le llamó la atención Karim con una severa mirada.

—¿A qué te refieres? —dudé.

—A nada.

—Estamos a plena luz del día, alguien debería haberles visto. No lo entiendo. Karim, ¿y el jardinero? ¿Alguien ha hablado con él?

—¿Joao?

—¿Se llama Joao? —dudé.

—¿Es que ni siquiera sabes su nombre? —preguntó Hans con desprecio. Lejos de amedrentarme enfrenté su mirada desafiante.

—Ni lo sé, ni me importaría de no ser porque Delia tenía un yorkshire llamado Joao al que decidió regalar antes de trasladarse aquí, porque a Cristóbal no le gustan los perros pequeños.

—¿Y qué tiene que ver tu amante en todo esto?

—Vete a la mierda Hans. Estoy hablando contigo después de que me hayas llamado zorra solo porque lo importante es que aparezca Delia, pero no tientes a tu suerte. O dejas de lanzarme puyas o te juro que voy a empezar a mencionar a todos tus ancestros —espeté furiosa. El capataz guardó silencio, apretando los labios que conformaron una línea recta—. Necesito hablar con el jardinero, ¿podrías buscarle, Karim?

—Sí, claro.

Cuando nos quedamos a solas, Hans volvió a dedicarme una larga contemplación inquisitoria. Y a mí me picaban las palmas de las manos de ganas de volver a abofetearle.

—Necesito contarte algo —dije al fin, resignada a ofrecerle una explicación que no merecía. Pero tenía que compartir con alguien que el jardinero y Delia estaban juntos, alguien que pudiese hablar con el muchacho con una mayor autoridad de la que yo poseía, que fuese capaz de amedrentarle en caso necesario para que confesase si sabía o había visto algo relacionado con la desaparición de Delia.

—Habla.

—Acércate, no es algo fácil de contar —de mal humor me hizo caso y caminó hasta detenerse justo frente a mí, intimidándome con su mirada azul —. Antes, cuando Cristóbal y tú nos descubristeis.

—No quiero saberlo.

—Espera, joder, déjame hablar. No era yo quien estaba tirándome al jardinero.

—Ahora resulta que tienes una hermana gemela, ¿no?

—Era Delia.

—Pues no es que os parezcáis mucho. Alma, por favor, te vi con mis propios ojos, deja de fingir ser quien no eres.

—¡Me cago en todas tus puñeteras neuronas de yanqui cuadriculado, Hans! Yo descubrí a Delia y al jardinero juntos y vi cómo Cristóbal llegaba a la casa y estaba a punto de entrar. Entonces me puse en su lugar, justo antes de que abrieseis la puerta y ella se escondió en el armario. Por eso había unas bragas en el suelo y yo tenía el tanga puesto. ¿O es que piensas que utilizo las bragas a pares? —Hans enarcó una de sus cejas trigueñas, observándome en silencio, como si pretendiese dilucidar de la expresión de mi rostro si le mentía o le decía la verdad—. Lo juro por la memoria de mi abuela, Brida, Hans. Juro que no era yo quien se estaba beneficiando al jardinero, sino Delia.

—Y... ¿entonces?

—Cuando vosotros os marchasteis ella salió de su escondite y se fue a dar un paseo por el jardín, es todo lo que sé. No he vuelto a verla.

—El jardinero no está —proclamó Karim entrando en la habitación

acelerado—. Le he buscado por todas partes y tampoco está su camioneta.

—Voy a volver a llamar a Yuri —dijo Hans saliendo de la habitación con su móvil en la mano.

—¿Qué sabes de ese chico, Karim?

—Lo cierto es que muy poco, llega a trabajar a media mañana, hace su labor y se marcha por la tarde, es bastante reservado y apenas se relaciona con el resto. Con el único con el que le he visto conversando alguna vez es con Henry, el encargado de las cuadras, porque suele aparcar la camioneta cerca.

—Tendremos que hablar con él entonces...

—Se ha marchado hace una hora —dijo Hans—. Iba solo en su camioneta, he preguntado a Yuri si llevaba carga y me ha dicho que sí, unos contenedores, pero que a nadie se le ha ocurrido revisar los jodidos contenedores.

—Deberíamos decírselo a Cristóbal —sugerí.

—No hasta estar seguros de que está implicado —sentenció Hans.

—¿Pero por qué no? Es su marido y tiene que saberlo.

—Es mejor que nos aseguremos de que ese tal Joao tiene que ver algo en la desaparición de Delia antes de darle un nombre a Cristóbal Ríos. No quiero cargar con algo así sobre mi espalda si estamos equivocados —sopesó Hans. Karim y él cruzaron una nueva mirada con la que se comunicaban sin palabras. Karim asintió.

—Pero, ¿de qué estáis hablando?

—Karim, Hans, me marcho, voy al banco —dijo Cristóbal Ríos adentrándose en el salón de nuevo con premura—. He hablado con Augusto y me estará esperando allí. Tengo que solucionar esto. Los secuestradores... —la voz se le turbaba al decir la palabra—. Han dicho que no volverán a llamar, pero si lo hacen por favor Karim, no te muevas de la mansión, mantenme informado a cada momento, por favor.

—¿Irá solo, señor Ríos?

—No, me acompañarán Yuri y otros dos miembros de la seguridad. ¡Por Dios Santo solo espero que ella esté bien!

Cristóbal Ríos abandonó la mansión apremiado. Tras ver su reacción no me había quedado duda alguna de que la desconfianza de Delia acerca de si su esposo la quería era infundada. El empresario tabaquero estaba muy preocupado por su integridad.

—Alma, cuéntale a Karim lo que acabas de decirme a mí sobre Delia y el jardinero —pidió Hans.

—Estaban liados, estaban juntos. Yo les descubrí en la casita de la piscina —el resto no era necesario airearlo—. Y ambos han desaparecido a la vez, es muy sospechoso.

—En realidad, Joao no tiene un horario fijo. Cuando la señora le contrató le dio la libertad de organizarse a su modo, siempre que cumpliese con el trabajo —relataba Karim.

—¿Delia le contrató?

—Sí, fue la señora quien le contrató.

—¿Pensáis que el jardinero tiene algo que ver en su desaparición? —inquirí a ambos, pero ninguno contestó.

—Voy a hablar con Henry, estoy convencido de que me contará cualquier cosa que sepa sobre ese muchacho —dijo Hans.

—Voy contigo.

—Será mejor que se quede en la casa, señorita Alma.

—Ni lo pienses por un segundo, Karim. Delia es mi amiga y necesito saber qué le ha pasado —advertí cruzando entre ambos en dirección al exterior de la mansión.

Henry nos observaba sin poder camuflar la expresión de temor a haberse metido en un buen lío. Sus ojos enrojecidos por la larga mañana de trabajo nos observaban fijamente a Hans y a mí, del uno al otro, del otro al uno, como en un partido de tenis. No le habíamos explicado el motivo por el que necesitábamos información sobre el jardinero, pero el rumor sobre la desaparición de la señora Ríos se había extendido por la hacienda como una auténtica epidemia y no era demasiado complicado establecer una relación entre él y nuestro repentino interés.

—Lo único que sé de Joao es que su familia es de Barahona.

—Piense, Henry, por favor —pedí—. Necesito hablar con él.

—Es que ese chamaquito no habla demasiado, no como yo que hablo por los codos, sin parar.

—Henry, por favor. Piense en algo que haya podido decirle, en lo que sea. ¿Tiene hermanos? ¿Algún modo de localizarle?

—No, Joao no tiene celular, al menos que sepa este viejo, y nunca habló de hermanos.

—Está bien, Henry, muchas gracias. Si recuerda algo acérquese a la casa grande y dígaselo a Karim —pidió Hans que parecía comenzar a exasperarse ante la falta de respuestas del anciano y este asintió. Ambos comenzamos a caminar hacia la salida de las cuadras.

—Dios, estoy muerta de hambre, mataría por un café expreso —pensé en voz alta.

—¡Esperen un momento!

—¿Qué?

—Expreso Valdés. Acabo de recordar que una vez me contó que había trabajado en la carnicería de su padre en Barahona, se llama Expreso Valdés. Lo recuerdo porque me pareció un nombre chistoso.

—Muchísimas gracias, Henry —dijo Hans constriñendo sobre su frente un acordeón de arrugas.

—¿Expreso Valdés? ¿En serio? Tiene que ser una broma ¿Pero en qué estarían pensando esos padres? —bufé sin dar crédito.

—Aquí son comunes los nombres excéntricos, yo he llegado a conocer a una Meningitis Rodríguez —le observé con incredulidad, pero el capataz asintió con una media sonrisa ladeada que estuve a punto de corresponder,

aunque pronto recordé que aquellos mismos labios me habían llamado zorra y me puse seria en el acto—. Me marcho a Barahona, voy a buscar a ese Expreso Valdés para que me diga cómo encontrar a su hijo.

—Voy contigo.

—No, en absoluto, puede ser peligroso.

—Es mi amiga y vas a tener que amarrarme para dejarme aquí —aseguré, enfrentando su rostro, muy cerca. Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa malévola. A pesar del rencor que sentía hacia él por el modo en el que me había tratado, del que aún no se había disculpado siquiera, no podía evitar sentirme seducida cuando me miraba de aquel modo.

—No me des ideas —advirtió provocador. Su sonrisa se hizo más amplia aún ante mi mutismo—. No vienes y no hay nada más que hablar —añadió lapidario, caminando hacia la mansión. Seguí sus pasos a la carrera.

Por supuesto que no pensaba obedecerle. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Con qué derecho podía él ordenarme nada?

—No vas a ir, Alma, que te quede muy claro —dijo al comprobar que le seguía, alcanzándole en la explanada en la que estaban aparcados su todoterreno y el jeep rojo de Delia.

—Voy a ir, Hans, digas lo que digas.

—¡Quieres hacerme caso de una puñetera vez!

—¡No me da la gana, mira tú por dónde! ¡Si no voy contigo iré tras de ti en el jeep de Delia!

—Señorita Alma —me llamó Karim a mi espalda, que a todas luces había presenciado la escena, mientras el capataz abría la puerta de su todoterreno y subía a él—. El señor Hans tiene razón, podría ser peligroso. Aquí cualquiera anda con una pistola.

—Gracias por tu preocupación, Karim, pero suelo apañármelas bastante bien.

—Alma, por favor, no vayas.

—Karim, yo... tengo que hacerlo —dije antes de echar a correr hacia la puerta del copiloto del todoterreno que el capataz había puesto en marcha. Traté de abrirla pero los seguros estaban echados, Hans me dedicó una mirada que destilaba satisfacción, una mirada con la que sin palabras me decía: ahí te quedas. Lo que no esperaba es que me arrojase de bruces por la ventanilla abierta cuando metía la marcha. Pegando el rostro en el asiento del copiloto con las piernas por fuera del vehículo.

—¿Pero es que te has vuelto loca? —exigió deteniéndose en seco mientras terminaba de introducirme en su todoterreno—. No tenemos tiempo para estas chiquilladas.

—He dicho que voy contigo, así que o me llevas tú o voy en el jeep de Delia o pido un taxi a Barahona —advertí. Casi podía percibir el tacto de sus iris de zafiro atravesando mi piel. Resultaba evidente que estaba furioso, pero no dijo una sola palabra más y aceleró el vehículo que se agitó con brusquedad, recorriendo veloz la carretera de salida de la propiedad. El olor era

nauseabundo en el interior, las alfombrillas estaban llenas de pisadas de fango y olía como a madera podrida. Me tapé la nariz con disimulo.

—Hemos estado arreglando el pozo. Y he transportado varios cubos de humus.

—¿Así que no eres tú el que apestas? —espeté cruzándome de brazos ante el pecho. Hans sonrió. Desde que le confesé que no me había acostado con el jardinero no había dejado de hacerlo a la menor ocasión, pero no se había disculpado. Aunque algo me decía que era incapaz de hacerlo, que Hans McBride preferiría ser crucificado antes que entonar un *mea culpa*.

El aire era cálido, se colaba por las ventanillas abiertas agitando mi largo cabello que recogí en un moño ayudada de un lápiz que rodaba por el salpicadero. Pasaban las dos de la tarde y ni siquiera habíamos almorzado, sentía hambre, estaba incómoda, envuelta en un olor putrefacto. Todo ello unido a los nervios incontrolables que me producía saber que Delia había sido secuestrada, compartiendo además el reducido espacio con Hans, soportando su incomodidad por tener que cargar conmigo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Barahona?

—Media hora —respondió helado, seco, anguloso, como un pedazo de iceberg. Me removí incómoda en el asiento y perdí la vista por la ventanilla.

—Espero que no le hayan hecho daño.

—Ni siquiera estoy seguro de que la hayan secuestrado.

—¿Por qué dices eso? Estoy hasta las narices de las miraditas cómplices y las palabras en clave entre Karim y tú. Parece que temáis la reacción de Cristóbal Ríos con ese muchacho como si en lugar de un empresario tabaquero fuese un mafioso de la *Cosa Nostra*. Y Darinda lo mismo, ¿a qué viene tanto miedo? ¿Tanto como para temer por la vida de su...? —*Oh, para el carro Alma, has estado a punto de cantar como un canario*, me dije a mí misma.

—¿De quién?

—De nadie.

—Vamos, Alma, no es momento para juegos. Darinda teme por la vida de... ¿quién?

—De nadie. Déjame en paz.

—¿Quién está en peligro? Habla.

—Nadie, nadie está en peligro. Darinda teme por su familia si yo contaba lo que sabía sobre Augusto Ríos —dije y Hans, constriñendo un acordeón de arrugas en su frente, pareció dar por válida mi respuesta.

—Cuando lleguemos a Barahona te quedarás en el vehículo y yo bajaré a hablar con el padre de Joao —ordenó Hans, abriendo el portadocumentos del salpicadero. Había una pistola en su interior, una pistola idéntica a la que yo había visto en su armario, o quizá fuese la misma. Me sobrecogí al contemplarla—. Cógela —pidió, y yo negué con la cabeza—. Cógela, vamos, es una pistola no una bomba —insistió y la tomé entre los dedos, percibiendo el frío tacto del metal, entregándosela. Sin aminorar la marcha, como si fuese

una maniobra repetida mil veces, Hans comprobó el cargador del arma automática. Lleno.

—¿Por qué tienes una pistola?

—Este es un país peligroso, por si no te habías dado cuenta.

—No pensarás matar a nadie, ¿verdad?

—¿Confías en mí? —inquirió mirándome con una solemnidad desconocida. Asentí. A pesar de nuestras diferencias confiaba en él. En realidad, por una inexplicable razón, en mi interior sabía que lo había hecho desde el día en el que le conocí—. Espero que no haga falta usarla —sentenció guardándola entre la cinturilla de su pantalón vaquero y la espalda, ocultándola con la camisa.

El camino se hizo eterno por la tortuosa carretera de asfaltado irregular, bajo el incesante sol caribeño que amenazaba con derretir incluso nuestros pensamientos, pues cuando Hans encendía el aire acondicionado el olor a humus y putrefacción se hacía más intenso en el interior. Esquivamos multitud de vehículos con escaso conocimiento acerca de las normas de circulación, con viajeros encaramados a los coches o sentados sobre el techo en furgonetas y camiones, sin el menor control de seguridad. «Es lo habitual aquí», advirtió el capataz ante mi expresión de asombro.

Barahona parecía una ciudad bulliciosa, llena de vida, conformada por pequeñas viviendas de planta rectangular pintadas en los más diversos colores, multitud de transeúntes discurrían arriba y abajo por sus calles. Unos jóvenes jugaban a las cartas en la acerca protegidos del sol por el porche de una casa, varias mujeres compraban enseres en un concurrido mercadillo callejero. Accedimos por la arteria principal de la ciudad hasta llegar a una parada de taxis situada frente a un importante hotel. Hans se detuvo junto a uno de los vehículos color crema y sacó un billete de veinte dólares americanos por la ventanilla. El taxista, un hombre de piel cetrina y poblado bigote, de alrededor de los cincuenta años, estiró la mano después de mostrarnos su sonrisa metálica.

—Buenas tardes, ¿conoce usted a un carnicero llamado Expreso Valdés? Creo que vive en la zona de Barrio Enriquillo —preguntó Hans. El taxista asintió, arrancando el motor, abandonando la fila de coches estacionados.

—Sí, claro, sígame.

—¿Cómo sabes dónde está la carnicería de Expreso Valdés? —pregunté a Hans, atónita. Él no respondió, metió la primera marcha y comenzamos a seguir al taxi por multitud de callejuelas e intersecciones y por infinidad de semáforos que atravesábamos en rojo sin que su rostro se inmutase lo más mínimo, hasta llegar a una pequeña avenida, en la que desde el extremo contrario podía distinguir carne colgada en el exterior ante la puerta de un establecimiento. Animales abiertos en canal con la sangre aún brillante tiñendo su interior, longanizas y costillares enteros revoloteados por las moscas. La imagen me dejó estupefacta.

El taxista indicó que aparcásemos en el lateral y tocó el claxon como

despedida. Habíamos llegado a la carnicería de Expreso Valdés. Hans detuvo el todoterreno y se dispuso a descender de él. Era un recinto pequeño con la fachada pintada de un llamativo azul. Una mujer salía de su interior y un par de señoras conversaban en la entrada.

—Espera, por favor —pedí agarrándole del brazo, impidiendo que se apease—. Piensa un momento. Si vas así, de frente, preguntando por su hijo el tipo pensará que ha hecho algo malo y no te dirá nada, estoy segura.

—¿Y qué propones entonces?, ¿que nos quedemos aquí en el coche esperando a ver si al tal Joao se le ocurre venir a visitar a su padre? —sugirió irónico, le detestaba cuando me hablaba así.

—No. Tengo una idea, y si yo no lo consigo puedes intentarlo tú —dije segura de mí misma.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a conseguir que Expreso Valdés me dé el teléfono de su hijo y me diga dónde puedo encontrarlo.

—¿Y cómo vas a conseguirlo?.

—Bueno, antes me has preguntado si confiaba en ti, y te he dicho que sí. Ahora te toca a ti confiar en mí.

—Está bien —admitió desganado para mi regocijo—. Esperaré aquí. Ante el menor indicio de peligro grita e iré corriendo. Si tardas más de diez minutos iré a ver qué pasa.

—De acuerdo.

Caminé hasta la carnicería con paso decidido, abrí dos de los tres engarces de la escueta abotonadura del escote mi vestido anaranjado, lo suficiente como para vislumbrar el sostén de encaje debajo, y me adentré en el pequeño establecimiento. El olor a carne fresca era abrumador, demasiado incluso para una jauría de leones hambrientos.

Mi presencia no pasó en absoluto desapercibida. Una mujer joven, extranjera, escotada, en mitad de una decena de mamás dominicanas, muchas de ellas cargando a sus bebés en brazos, que conversaban amistosamente con el tendero: un señor bajito, calvo y de poblada barba cana que contrastaba sobremanera con el tono achocolatado de su piel. Sentí los ojos de todos los presentes detenidos sobre mí.

—Buenas tardes —les saludé y recibí una respuesta similar. El que debía ser el señor Expreso me miraba sin cesar, suponía que corroído por la curiosidad, así que decidí dirigirme a él sin más dilación, no tenía sentido que aguardase mi turno para ser atendida—. Hola, señor Valdés, ¿podría hablar con usted un momento? En privado, por favor.

—¿Conmigo? —se extrañó el caballero, soltando un poderoso cuchillo de ancha hoja sobre la tabla de madera, limpiando sus manos ensangrentadas en el oscuro delantal. Un par de mujeres protestaron en voz baja entre ellas por mi intromisión, pero ninguna se dirigió a mí.

—Sí, por favor, solo le tomará un minuto —pedí. El carnicero levantó la portezuela y caminó hasta detenerse a mi lado. Era más bajo que yo, un

palmo, y en su rostro se aventuraban muchos años de duro trabajo tras aquel humilde mostrador. El señor Valdés se dispuso a oír lo que tenía que decirle. Comenzaba mi actuación—. Usted tiene un hijo de unos veintitrés años, alto, de piel oscura, con unos bonitos ojos negros, ¿verdad? —rememoraba mentalmente los rasgos del jardinero. Podría haberle dicho que tenía nalgas prietas y algún que otro detalle más íntimo, pero no lo creía conveniente. El carnicero dividía su atención entre mi relato y mi delantera, a partes iguales, con esa serie de miradas masculinas que por su fugacidad creen que no detectamos, pero de las que obviamente las mujeres nos damos cuenta.

—Sí, mi hijo Samuel, ¿por qué? ¿Le ha pasado algo? —se preocupó Expreso, como lo harían a su vez el resto de mujeres del establecimiento que fingían sin éxito no prestar atención a nuestra charla. Así que no se llamaba Joao, como el cachorrito de Delia, sino Samuel.

—No, no —le tranquilicé. *Al menos no aún*, pensé acordándome del arma que Hans llevaba al cinto—. Verá, yo conocí a su hijo hace unos meses, estando de vacaciones, y nos hicimos... Nos hicimos muy amigos —mentí, fingiendo un coqueto pudor, el carnicero desarrugó la frente despejada, dibujando una mueca de regocijo en su rostro redondo. Su retoño era tan *macho* que dejaba huella en cuanta turista se cruzaba en su camino, debía pensar—. Samuel me dio su teléfono, pero lo perdí y entonces recordé que me contó que su padre tenía una carnicería aquí en Barahona y que se llamaba Expreso Valdés. En fin, y ya que estoy otra vez en la isla me gustaría saludarle. Si fuese usted tan amable de darle mi número, o si pudiese darme el suyo o decirme algún modo de volver contactar con él.

—Verá joven, creo que no puedo ayudarla, Samuel apenas viene por casa. Los hijos se hacen mayores y no hay quien les siga la pista. No tengo su número de celular, lo ha cambiado demasiadas veces.

—Oh, señor Valdés, no me diga eso —protesté mimosa, con mi cara de dulce vikinga, retirándome el lápiz del cabello que hizo resbalar una cascada de ondas doradas sobre mis hombros que casi iluminaron sus ojos.

Y si el mito del atractivo de las mujeres nórdicas para los hombres era cierto, el señor Valdés debía pensar que era una verdadera lástima que su hijo no volviese a apretarse contra aquella muchacha tan pálida y tan rubia.

—Lo siento mucho, si no fuese porque acude cada mañana a visitar a su hermana al hospital me pasaría meses sin verle —dijo con una sutil emoción dibujada entre sus labios voluminosos.

—¿Al hospital?

—¿Samuel no le habló de Marión? Me extraña, si fueron tan amigos... —preguntó con cierta desconfianza.

—Lo cierto es que no hablamos demasiado —aseguré con una fingida timidez.

—Mi hija pequeña tuvo un grave accidente de tráfico, está en coma en el Hospital Altagracia desde hace un año. Samuel es un buen hijo, sin su ayuda jamás podríamos tenerla allí —confesó el caballero visiblemente emocionado,

aunque estaba convencida de que lo hacía para informar a la concurrencia de la generosidad de su vástago en lugar de a mí. Expreso Valdés regresó a su lugar tras el mostrador sorteando la clientela.

—Lamento lo de su hija, señor Valdés. Muchas gracias por su atención —dije desde el umbral, apartando con los dedos la cortinilla metálica que evitaba que las moscas entrasen al local.

—Vaya con Dios, señorita —nos despidió el carnicero, a mí y a mis dos nórdicas.

Y me marché del humilde establecimiento con una extraña sensación; Expreso Valdés era un pobre hombre y su hijo, Samuel que no Joao, apuntaba maneras de ser un buen tipo, capaz de pagar los gastos de su hermana hospitalizada, y no un secuestrador sin escrúpulos.

¿Pero por qué utilizar un nombre falso para trabajar en la mansión Ríos?

¿Por qué precisamente Joao? Un nombre que parecía escogido por la propia Delia.

¿Por qué fingiría Delia un secuestro?

¿Por dinero?

Pero si tenía todo el que quería a su completa disposición. ¿O no?

Reflexionaba acerca de todo aquello mientras me abrochaba el escote, aproximándome a Hans que aguardaba alerta en el coche.

Me subí al asiento del copiloto y cerré de un portazo sin decir palabra. Él me miraba cargado de dudas.

—¿Y bien?

—No entiendo nada.

—¿Qué no entiendes?

—Ese tipo, el tal Joao, no se llama así sino Samuel y según parece es un buen hijo y un buen hermano. No entiendo cómo podría meterse en un lio semejante —por primera vez comencé a creer seriamente que la respuesta estaba en Delia, ella podría haberle convencido de secuestrarla, prometiéndole todo el dinero necesario para cuidar de su hermana, pero no lograba entender por qué arriesgaría su cómoda vida junto a su marido a cambio de dos millones de dólares si a su lado podría tener... ¿cientos?—. Debemos ir a Hospital Altagracia. Allí preguntaremos por la habitación de Marión Valdés y aguardaremos a que su hermano vaya a visitarla. Según su padre no falla un solo día.

—El hospital Altagracia es un centro privado de los más caros del país, ¿da para tanto un sueldo de jardinero? —cuestionó Hans para sí en voz alta para después regresar sus ojos a mí—. ¿Y cómo has conseguido que te diga todo eso?

—Cada uno tiene sus trucos —aseguré haciéndome la interesante.

El capataz arrancó el vehículo, mientras telefoneaba desde su móvil a Karim que le hizo saber que aún no había noticia alguna de Delia y que el señor tampoco había regresado a la mansión. Hans le transmitió, con su habitual parquedad de palabras, nuestros descubrimientos, así como que no contaría

nada a Cristóbal Ríos hasta estar completamente seguros de que Samuel tenía algo que ver en la desaparición de Delia.

Hans detuvo el vehículo junto a un puesto de comida callejera en el que una señora preparaba tortillas de maíz dentro de una antigua caravana remodelada para tal labor.

—¿Te gustan los tacos? —preguntó y yo asentí.

El capataz pagó a la señora y me entregó una pequeña cajita de cartón con la comida y un par de latas de cola. Paró en los alrededores de un parque cercano para almorzar cuando en mi reloj de pulsera pasaban las cinco de la tarde.

En el parque jugaban multitud de niños y las señoras se sentaban a disfrutar del reposo del sol que brillaba entonces con mucha menor intensidad. En un par de horas anochecería y su rojizo halo dibujaba brumas doradas sobre la piel tostada de los dominicanos, que embutidos en sus coloridos trajes parecían cantar a la alegría con cada célula de su piel. Los chiquillos correteaban arriba y abajo jugando, con sus bicicletas o sus patines, e incluso uno empujaba una rueda de bici con un palo y corría tras ella.

—Lo siento —dijo Hans de improviso mientras yo daba un mordisco a mi taco. Le observé un instante en silencio, sin entender a qué se refería—. Siento haberte llamado zorra.

—Vaya, gracias a Dios, creí que no llegarían mis ojos a ver este momento —afirmé muy seria. Hans se envaró incómodo en su asiento.

—Pero tienes que entender que...

—¿Que no todo es lo que parece, eso debo entender? ¿Eso y que te has comportado como uno más de esos a los que criticas porque no les importa nadie más que ellos mismos? —añadí. Aún sentía la punzada en la boca del estómago al recordar sus palabras.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Pues no es suficiente, Hans. No es suficiente cuando insultas a una mujer llamándola zorra solo porque crees que se ha acostado con otro tipo que no eres tú. Hacía seis meses que no me acostaba con nadie, seis meses, hasta que me acosté contigo. No voy saltando de cama en cama, aunque te advierto que me acuesto con quien me da la gana y no me acomplejo por ello, pero no voy a consentir que un gilipollas de tres al cuarto me llame zorra y se quede tan pancho.

—Me diste una bofetada.

—Merecida la tenías.

—Y es la segunda.

—Las dos te las ganaste a pulso.

—Todavía me duele la mandíbula —dijo con una sonrisa, llevándose una mano a la mejilla golpeada, y yo traté de contenerme, busqué fuerzas donde no las había para no devolvérsela, pero finalmente mis labios, como si hubiesen cobrado vida propia me traicionaron—. Come.

—¿Qué?

—Que comas. Se enfría tu comida, podrás continuar dándome la charla con

el estómago lleno.

—¿Siempre has sido tan mandón? Porque de veras que a veces te sacaba los ojos.

—Y otras...

—¿Otras qué? —pregunté y él asintió, mirándome fijamente. Entonces, sin mediar palabra se acercó a mi asiento invadiendo mi espacio vital, desconcertándome. Tanto que podía percibir su aura, su esencia masculina, el aroma de su piel que había explorado con mi lengua aquella misma mañana. Extendió uno de sus musculados brazos hacia mí, con la camisa remangada hasta el codo, alcanzando mi rostro con su mano derecha, deslizando su dedo pulgar por mis labios en una suave caricia que me erizó el vello de la nuca, limpiándolos de salsa de tomate, para después llevarlo hasta su boca que lo chupó. El solo contacto de su dedo entre mis labios provocó un intenso hormigueo ascendente en la boca del estómago y una sensación intensísima mucho más abajo.

¡Dios, cómo le deseaba! Me hubiese gustado arrojar lo que quedaba de mi taco por la ventanilla y tumbarme encima de él en aquel todoterreno sucio y destartalado, arrancarle los botones de la camisa con los dientes, desgarrarle aquel pantalón vaquero gastado y hacerle el amor hasta perder el conocimiento.

Pero aún no le había perdonado, no como para olvidar lo mal que me había hecho sentir y dejarlo pasar por alto. Inspiré hondo tratando de calmar mis hormonas revoltosas que me gritaban que mandase mi orgullo a la porra y me lanzase a sus brazos. Y por primera vez desde que me enfrentase al embrujo que Hans McBride parecía ejercer sobre mí, lo conseguí, conseguí mantenerme firme.

Así que terminé de comerme mi taco, que se escurría por todos lados, e iniciamos el camino hacia el hospital Altagracia, en busca de la joven Marión Valdés.

Capítulo 12

Simbiosis

SE me cayó el alma a los pies al ver a Marión Valdés. No era más que una chiquilla, tendría once o doce años a lo sumo y estaba tendida sobre una cama, con la boca y los brazos repletos de cables. Su pecho se movía de un modo rítmico, mecánico, y su rostro mestizo empalidecía por el largo padecimiento.

No fue difícil encontrarla, al parecer su caso había sido famoso en la ciudad: una cría que jugaba con sus amigas cuando fue arrollada por un camión de la tabaquera Ríos que perdió los frenos, ocurrido en la primavera del año anterior, según nos relató con todo lujo de detalles un celador cuando preguntamos por ella a la entrada del hospital. Solo que él desconocía que estaba relatándole la historia al capataz de la empresa propietaria del camión y a una amiga de la esposa del dueño.

Busqué los ojos de Hans tras contemplar a la pobre chiquilla que se esforzaba por continuar con vida sobre aquella cama.

—Pobrecilla —suspiró. Estábamos a solas frente a la pequeña cristalera de su habitación—. Según lo que me contó el señor Ríos cuando sucedió, la niña se cruzó y el conductor no pudo esquivarla, la familia intentó demandar a la empresa pero ningún juez admitió a trámite su acusación. Es una terrible desgracia.

—¿Una desgracia? ¿Vas a decirme que un camión de la empresa atropelló a esta chiquilla y no habéis sido capaces de visitarla una sola vez, de comprobar si su familia necesitaba ayuda o algo?

—No me corresponde a mí. No soy el dueño de la empresa, y no soporto los hospitales, jamás hubiese venido a verla —confesó Hans violentado, apoyado contra la pared del pasillo, contemplándola a través del vidrio que nos separaba de ella—. Ahora tenemos un móvil para el secuestro: venganza.

—Hans, esa niña está ahí medio muerta.

—Lo sé, la veo, ¿crees que estoy ciego? Salgamos de aquí —pidió exasperado. Percibí entonces que su frente estaba perlada de sudor y su respiración se agitaba, convirtiéndose casi en un jadeo.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Necesito salir de aquí, no lo soporto —balbució a duras penas, recorriendo de vuelta el pasillo de habitaciones en dirección a la salida. Abrí una de las puertas a nuestra espalda y tras comprobar que estaba vacía tiré de él hacia el interior de la habitación, asegurándome de que nadie pudiese vernos—. ¿Qué haces?

—No podemos marcharnos. Si lo que me dijo su padre es cierto, es probable que Joao, o Samuel, venga visitarla. Si nos alejamos de esa habitación jamás le veremos. Trata de tranquilizarte —pedí. Hans desabotonaba su camisa apremiado en busca del aire que le faltaba, intentando inspirar profundamente en pos de calmarse, revolviéndose en la habitación como un tigre enjaulado. Su pecho vibraba frenético, su rostro estaba enrojecido y todo su cuerpo empapado en sudor. Se apartó de mí, arrodillándose en el suelo tras la puerta, que cerré con el seguro.

No sabía cómo podía ayudarle y me asusté al verle en ese estado.

Así que hice lo que me indicó mi instinto, me senté a su lado y le abracé contra mi pecho con energía, rodeándole con mis brazos que no alcanzaban a abarcar su inmensa espalda, tratando de transmitirle consuelo. Hans respondió enérgico a mi abrazo, apretándose contra mí con ímpetu, con su rostro reposado sobre mi clavícula, deshecho en un mar de ahogos.

Lentamente su respiración se fue normalizando, poco a poco, hasta que consiguió tranquilizarse trascurridos varios minutos. Me enterneció verle de ese modo, deshecho, vulnerable, superado por lo que quiera que hubiese sucedido en el interior de su mente tras contemplar a la pequeña Marión Valdés.

Una vez repuesto alzó sus ojos hacia mí, atravesándome con su mirada oceánica, refugiado en mi regazo como un niño pequeño. Yo aparté el cabello rubio empapado por el sudor de su frente en una suave caricia, para después acunar su bello rostro, su mentón cuadrado y sus labios con mi mano. Entonces Hans se alzó, asido a mi nuca con firmeza y me besó.

Sus labios atraparon mi boca con violencia y creí enloquecer cuando su lengua se encontró con la mía. Mientras una de sus manos se perdía por mi cabello, apretándome contra sí, la otra se apoderaba de mis nalgas que acariciaba por encima de la ropa.

Ambos nos deseábamos con una intensidad cósmica, desde el momento en el que nos conocimos y a cada minuto, a cada segundo que pasábamos juntos, esa necesidad parecía incrementarse sin remedio.

Hans se incorporó, tirando de mí, sacando el arma de su cinto para dejarla en el suelo, subiéndome a horcajadas a su cuerpo contra aquella fría pared de hospital, apoderándose de mis glúteos que quedaron prisioneros en sus manos por debajo del vestido, mientras le rodeaba con mis piernas. Sin que nuestras bocas se separasen un instante, a ciegas, le quité la camisa de cuadros que cayó al suelo, recorriendo las sublimes siluetas de su cuerpo con mis manos; sus robustos hombros, sus fornidos pectorales salpicados de bello dorado, sus pezones pequeños y sonrosados. El capataz se apartó un instante de mis labios para mirarme a los ojos, deleitado con el deseo reflejado en estos, esbozando una amplia sonrisa de complacencia, para volver a taladrarme con un beso intenso, profundo, lleno de erotismo. Sus dientes acariciaron mi mentón, el arco de mi mandíbula bajo el lóbulo de la oreja, mordiéndome suavemente. Su lengua recorría mi garganta en sentido descendente, para volver a besarme

con la misma intensidad, disparando todas las alarmas de mi cuerpo.

—Te deseo, no sabes cuánto, Alma.

—Sí lo sé, tanto como yo a ti.

Apremiado tiró del vestido hasta sacármelo, dejándome en ropa interior, atrapando mis pechos entre sus manos aún por encima del sostén de lycra, acariciando mis pezones erectos con sus pulgares. Jadeé, sin poder evitarlo, posando mis pies en el suelo, desabotonando apresurada el pantalón y deshaciéndole de los *boxers* negros que dejaban en evidencia cuánto le había excitado, para descubrir su formidable sexo henchido contra el vientre, desafiando a la gravedad con insolencia, revelándome hasta qué punto ansiaba entrar en mí. Lo acaricié con mis manos, descendiendo en la caricia hasta el perineo, sintiéndole estremecer de deseo.

Hans me arrancó el sostén, atrapando mi pecho izquierdo con sus labios, recorriendo el pezón con su lengua arriba y abajo, obstinado, paladeándolo, cuando mi interior se humedecía ansiándole. Lo mordió, con delicadeza, para liberarlo después, mientras perdía una de sus manos dentro de mi tanga, apoderándose de mi sexo, acariciándolo, amasándolo de un modo suave, para descender descarado hasta la entrada de mi placer. Paseando sus dedos por la mágica oquedad sin profundizar en su interior mientras yo gemía ante la sensación que solo alcanzaba a intuir.

—¿Me has perdonado? —susurró a mi oído. Busqué sus ojos desconcertada.

—¿Qué?

—Necesito que me perdones —pidió aproximando su sexo caliente a al mío, presionando con suavidad sin adentrarse en mi interior. Me moví, ignorando su petición, tratando de obtener lo que tanto ansiaba en ese momento pero Hans se retiró impidiéndomelo—. Di que me has perdonado.

—¿Me estás chantajeando? —sugerí con una sonrisa, divertida con su necesidad de redención. Él se limitó a apoderarse de mi cuello, mordisqueando mi garganta a la vez que sus dedos continuaban paseándose por la mágica hendidura de mi cuerpo en una deliciosa tortura que acabaría por volverme loca. Sabía que no me tomaría, que no se adentraría en mi interior hasta que le hubiese perdonado, que me martirizaría con aquel dulce tormento hasta que lo hiciese—. Te perdono, te perdono —jadeé al borde de la locura y sentí cómo su carne más íntima se abría paso en mi interior, arrancándome suspiros y pequeñas convulsiones de placer ante el roce suave y decidido de su ser.

Tomando una de mis piernas por la rodilla, alzándola, reposándola sobre su cadera empujó con cuidado, sin dejar de mirarme a los ojos, regocijándose con mi placer. Gemí, rendida a su deliciosa tortura. Mis manos enredadas en su cuello descendieron por su espalda, presionándole contra mí, impidiéndole abandonar mi interior. Él sonrió complacido con mi entrega y tras un firme movimiento salió de mí para volver adentrarse con energía. Jadeé incontrolable. Hans balanceaba sus caderas, aumentando el ritmo de sus movimientos, aprisionándome contra la fría pared, acelerando la velocidad de

las embestidas, mientras sus dedos se debatían entre mis pechos y mi sexo.

Todos sus músculos estaban en tensión, con los nervios marcados sobre la piel tostada. Mi mentón reposaba sobre su hombro y mis brazos rodeaban su robusta espalda, recibiéndole, disfrutando de su posesión, con mis dos piernas entorno a sus caderas.

Sentí que llegaba el momento del clímax. Si continuaba moviéndose así no podría evitarlo, no por mucho tiempo si seguía adentrándose con la violencia del placer incipiente, aventurándome las mieles que recién alcanzaba a saborear. Pero Hans no se detuvo, embraveciendo sus movimientos me condujo hasta el orgasmo, sacudiéndome, sintiendo cómo la musculatura interior de mi sexo se contraía con violencia, difundiendo un placer inconcebible. Gemí y jadeé como si la vida se me escapase entre las piernas, y así me sentí, al borde de la muerte, porque no era posible gozar de aquel modo y no estar en el cielo.

—Me muero, me muero —jadeé y sentí entonces cómo mi amante alcanzaba su culminación, gimiendo incontenible, estremeciéndose contra mi cuerpo, liberando toda aquella pasión en mi interior.

Agotado, extenuado, sin prisas, Hans salió de mí. Acaricié su cabello entre mis dedos y besé sus labios con dulzura, un beso que respondió entregado. Después tomé mi ropa del suelo y pasé al baño de la habitación para limpiarme.

Cuando regresé ya se había vestido y aguardaba sentado en la cama. Caminé hasta alcanzarle en silencio y él tiró de mi brazo, besándome en los labios con dulzura.

—No suelo decir este tipo de cosas, pero hace mucho que no disfrutaba como lo hago contigo —confesó con ternura. Sentí una oleada de emociones en mi interior, sus palabras me hicieron feliz, sin saber muy bien por qué.

—Yo también.

—Gracias por perdonarme.

—¿Es que me quedaba otro remedio? —pregunté con una sonrisa—. Eres un chantajista, pero me gusta.

—No juegues conmigo, Alma. Por favor, no lo soporto —pidió muy serio.

—No estoy jugando contigo, Hans, en ningún momento lo he hecho. Pero tú... me desconciertas tanto... ¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué desconfías de ese modo de todas las mujeres? Creo que después de haber experimentado tu ira merezco saberlo. Y no me sueltes una charla sobre las mujeres frívolas y sin escrúpulos que has conocido, estoy segura de que hay algo más. —Él rehuyó mis ojos y temí que no me respondería.

—Mi madre. Mi madre nos abandonó cuando yo tenía seis años —dijo al fin con la mirada perdida. Los últimos rayos del sol que descendían sobre la ciudad se colaban entre las rendijas de la persiana entreabierta dibujando siluetas tornasoladas en su rostro otorgándole un aurea de solemnidad a su confesión—. Aún lo recuerdo como si fuese ayer. Era una madre entregada y cariñosa y de repente se esfumó. Se marchó con un tipo al que conoció en el

trabajo, dejándonos atrás a mi padre, a mi hermana Charlize y a mí.

—Dios santo Hans, lo siento mucho.

—Es muy duro oír a tu padre llorar por las noches abrazado a tu hermana pequeña, mantenerse en pie y luchar por salir adelante. Fue realmente duro, hubo momentos muy difíciles.

—¿Y no volvisteis a saber nada de ella?

—No, hasta que Charlize tuvo un grave accidente. Ver a esa pequeña ha removido todos esos recuerdos en mi interior y no he podido soportarlo. Con diez años mi hermana fue atropellada por el autobús de la escuela, el chófer perdió el control al deslizarse por la lluvia y se la llevó por delante a ella y otras ocho niñas que aguardaban en la parada. Dos murieron en el acto y Charlize y otras cuatro chiquillas estuvieron a punto de hacerlo. Mi hermana estuvo así, como Marión Valdés, llena de cables, inconsciente, durante meses —relató despacio, como si tratase de contener la emoción que le producía rememorar todo aquello—. Le hicieron transfusiones de sangre pero su cuerpo las rechazaba y descubrieron que tiene un gen especial en sus plaquetas y necesitaba de un tipo de sangre exacta a la suya. Por eso tuvimos que buscar a mi madre. Mi padre se negaba a hablar con ella después de tanto tiempo y fui yo, con catorce años el encargado de buscarla con ayuda de la policía y darle la noticia. Estaba en Hawái —rió con dolor—. En Hawái de vacaciones. Vino a hacerse las pruebas y resultó compatible con ella. Le entregó su sangre y cuando Charlize estuvo recuperada volvió a desaparecer.

—¿No le preguntaste por qué se había marchado?

—La primera noche, en el hospital, mientras esperábamos el resultado de las pruebas, me aseguró que si pudiese se cambiaría por Charlize. Que entregaría su vida por la de mi hermana. Yo le pedí que no mintiese, que se había olvidado de nosotros y ella aseguró que nunca nos olvidó pero que había vivido la vida de mi padre, cumplido su sueño de tener hijos y una imprenta, y que entonces necesitaba vivir su propia vida. No pude ni puedo perdonarla por anteponer su propia vida a la nuestra, a la de sus hijos. No entonces cuando solo éramos niños y la necesitábamos. No volvió a llamar, ni a interesarse por Charlize, nunca.

—Y Charlize, ¿ella está...?

—Bien, ella está bien. Se recuperó por completo y, exceptuando la multitud de clavos y tornillos que lleva ocultos en las piernas, tiene una vida absolutamente normal.

—Vaya, me alegro mucho. Pero no es justo que creas que todas las mujeres podemos hacer como tu madre y desaparecer un día sin más. Estoy segura de que Charlize no es así, yo no soy así, y aunque muchas de las mujeres que has conocido lo sean, o quizá solo piensas que lo son porque no les has dado la oportunidad de conocerte de verdad, no puedes juzgarnos a todas por el mismo rasero. Ayer, cuando te pregunté qué sentías hacia mí, tu respuesta fue: miedo. ¿Me tienes miedo, Hans? ¿Por qué?

—Tengo miedo a lo que has despertado en mí. A la necesidad que provocas

en mi cuerpo, a la rabia que me produjo encontrarte en los brazos de otro. Te juro que habría sido capaz de desmembrar a ese tipo con mis propias manos si el señor Ríos no hubiese estado presente. Odio esa sensación y a la vez no puedo evitarla —me acerqué a sus labios buscando un beso que llegó presto, percibiendo el sensual roce de su barba de varios días. Sentí ganas de morderle, de abalanzarme sobre él en la cama y volver a hacerle el amor, pero me acomodé sobre su torso descansando el rostro sobre su cuerpo.

—Espero que Delia esté bien, debe estar tan asustada... Y espero que ese chico, si es quien realmente la tiene retenida, no le haya hecho daño. Ella cree que Cristóbal no la quiere, si hubiese visto lo preocupado que está...

—No pienso que a ella le importe demasiado si Cristóbal la quiere o no. Su matrimonio es una mera simbiosis.

—¿Una simbiosis?

—Simbiosis es cuando dos organismos de distintas especies se unen para obtener beneficio propio; Cristóbal tiene una mujer solícita, joven y entregada en la cama, y ella dinero, coches, lujo... —dijo como si se tratase de un profesor de ciencias exponiendo un tema en plena clase, un profesor tan atractivo que en absoluto pasaría desapercibido para sus alumnas. Su comparación me hizo reír.

—Y en esa simbiosis, ¿dónde queda el amor?

—¿El amor? El amor es un contratiempo, incluso un mal necesario en ocasiones, pero cuando surge solo acarrea problemas, y de los gordos —sentenció, y yo sentí como si me arrojasen encima un balde de agua helada. No podía imaginar cuánto me desilusionaba que pensase de ese modo—. Voy a dar una vuelta, me sentaré en la sala de visitas un rato con una revista, vigilando la habitación de Marión Valdés desde la distancia. Cierra el pestillo tras de mí y duerme un poco —advirtió posando un dedo sobre los labios—. Tú harás el siguiente turno, nos espera una larga noche —se adelantó a mi réplica, y sin decir más me besó en los labios y se marchó.

Capítulo 13

Yo no quería

ME despertó el sonido del pomo de la puerta girándose, la noche había caído a través de los amplios ventanales de la habitación envolviéndolo todo en sus sombras hacía demasiadas horas ya.

—Hans —le llamé en un susurro, aún no alcanzaba a verle, mis ojos no estaban acostumbrados a la total ausencia de luz.

—Sssst —me pidió, localizándole junto a la puerta que cerró tras de sí con cuidado—. Te pedí que cerrases con el pestillo —me recriminó. Lo había olvidado—. Samuel Valdés acaba de llegar, quédate aquí, no salgas de la habitación, ¿de acuerdo?

Me incorporé caminando hasta él, sentí su mano cálida sobre mi antebrazo e intuí el brillo de sus hermosos ojos azules reflejando las luces rojizas de la ciudad que se colaban por los amplios ventanales, despertando con el amanecer.

—No me voy a quedar aquí, Hans, quiero verle. Quiero mirarle al a cara y saber si tiene algo que ver.

—Por favor, Alma. No lo hagas más difícil. Por una vez, solo por una vez, hazme caso.

Guardé silencio. Oí el clic del seguro del arma cuando Hans lo retiraba antes de devolverla a su cinto, abrió la puerta y salió al pasillo en el que comenzaban a encender las luces el personal del hospital. Dejé la puerta entreabierta y le observé caminar en dirección a la habitación de Marión Valdés.

Los nervios me podían, ¿y si Samuel iba armado? ¿Y si le atacaba? ¿Y si le disparaba? No podía quedarme allí escondida como un perro asustado. Le seguí por el corredor con sigilo sin que se percatase de ello. Hans se detuvo en la esquina del pasillo, solo tenía que dar un par de pasos y estaría frente a la habitación de la chiquilla. Desde mi posición distinguí la espalda de Samuel Valdés adentrarse en el interior del cuarto de su hermana.

—¿Qué haces? Vuelve a la habitación —susurró y yo negué con la cabeza. Sus ojos destellaron de ira—. Vuelve.

—No. Quiero verlo.

—Alma, por favor. Entonces quédate aquí —ordenó resignado a que no le obedecería. Hans caminó hacia la habitación y yo permanecí en la esquina, observándoles.

—Buenos días, bonita —dijo el jardinero a su hermana. Estaba tan cerca

que alcanzaba a oírle—. Muy pronto nos marcharemos de aquí, ya verás como te pones mejor.

—Samuel Valdés, ¿dónde está Delia? —requirió de improviso Hans adentrándose en la habitación.

La expresión en los ojos del muchacho al volverse no permitía duda alguna de su sorpresa, no daba crédito a la presencia del capataz a su espalda. Sus ojos negros le observaron atónitos, crispados, fuera de sí, parecía que escaparían rodando de sus cuencas.

—Responde, Samuel, solo dime dónde está —insistió. Pero el joven jardinero parecía haberse quedado mudo de repente, solo le miraba con fijeza, sin responder.

—Por favor, Samuel, dinos donde está y lo olvidaremos todo, de verdad, no te pasará nada —pedí, entrando en la habitación, capturando su atención, también la de Hans, que parecía capaz de comenzar a arder en combustión espontánea en cualquier momento, furioso por mi desobediencia.

El joven reaccionó moviéndose nervioso, observando la habitación a su alrededor como si buscase algo con los ojos, algo con lo que atacarnos quizá, o con lo que defenderse de un posible ataque. Hans llevó lentamente una mano a su espalda en busca del arma, y yo di un paso hacia delante, situándome entre ambos. Samuel aprovechó mi movimiento para empujarme contra Hans, cayendo de espaldas encima de él que me agarró evitando que rodase por los suelos, y echó a correr con toda su alma por el pasillo.

Hans incorporándose veloz, echó a correr tras él.

También yo lo hice, marché a toda carrera por el laberinto de pasillos, ante la mirada estupefacta del personal sanitario, sin alcanzar a ver a ninguno de ambos. No sabía si habrían tomado el ascensor, las escaleras o si habrían continuado corriendo por aquella planta hasta cualquier otro ascensor u otras escaleras. Samuel debía conocer muy bien las instalaciones si llevaba un año visitándolas a diario.

Decidí continuar hacia delante, encontrándome un nuevo pasillo, plagado de puertas cerradas, un carrito de desayuno cargado de bandejas lo recorría despacio empujado por dos mujeres ataviadas con pijamas sanitarios.

—Buenos días, ¿ha pasado por aquí un muchacho corriendo? Le han dado una mala noticia y temo que cometa una locura —inventé sobre la marcha. Una de las mujeres, la más bajita y regordeta me miró por encima de sus antejos negros.

—Se fue por las escaleras de incendio, ahí detrás —me informó y me apresuré a tomar el camino indicado—. Y dile a tu amigo que no se corre por los pasillos del hospital, un poco de respeto —reñía mientras yo abría de un empujón la pesada puerta roja de metal, hallándome en el interior de una escalera de paredes grises y barandal rectangular.

La escalera continuaba hacia arriba pero era lógico que Samuel Valdés hubiese descendido en su huida. Por lo que comencé a bajar por ella a toda velocidad, varias plantas, hasta llegar al final, topándome de frente con una

nueva puerta roja.

La abrí, descubriendo una sala llena de gente caminando arriba y abajo, uniformados, trabajadores del hospital. Unos empujaban enormes cestas metálicas con ruedas llenas de ropa de cama doblada, otros portaban documentos, otro empujaba un paciente en una silla de ruedas.

Oteé el derredor y me pareció verle, en el extremo opuesto de aquella especie de intersección interna del complejo hospitalario, conversando con uno de los sanitarios que le tenía agarrado del brazo.

Caminé con sigilo hasta alcanzarles y agarré su otro brazo con fuerza, el jardinero se revolvió sorprendido, sin que lo esperase en absoluto.

—Samuel, por favor, solo dime si está bien. Te salvé el pellejo, me lo debes —exigí ante la mirada atenta del tipo con el que conversaba.

—Yo... yo... no sé... Yo no quería —dijo antes de zafarse con violencia de mi mano, dándome un empujón que me hizo caer de culo ante la sorpresa de quienes nos rodeaban, echando a correr como alma que lleva el diablo después.

Traté de alcanzarle levantándome veloz, pero fue imposible, entre la multitud de trabajadores y la concurrencia de visitantes, unidos al gran número de salidas que poseía el centro, sencillamente no fui capaz de intuir siquiera por dónde había desaparecido. Llena de rabia por mi incapacidad para retenerle y con un importante dolor martirizando mi coxis decidí regresar al aparcamiento, al lugar donde habíamos estacionado el vehículo la noche anterior.

Hans me esperaba junto al todoterreno, con el cabello aún revuelto por la carrera, supuse. Sus ojos de mar se iluminaron al descubrirme caminando hacia él.

—Se ha escapado. Le seguí por unas escaleras de incendios y le agarré, pero se me escapó.

—¿Estás loca? Podría haberte hecho daño.

—Pero dijo algo...

—¿Qué dijo?

—Dijo: *Yo no quería*. ¿Qué crees que puede significar? —pregunté subiéndome al vehículo, aquellas palabras podían aventurar demasiadas cosas.

Yo no quería secuestrarla.

Yo no quería matarla.

Yo no quería torturarla.

Yo no quería...

—No lo sé. Pero al menos sí sabemos algo: que está realmente relacionado con la desaparición de Delia, ya sea esta voluntaria o no. Aún no podemos descartar nada.

Delia era una mujer ambiciosa, siempre lo fue. Ansiaba poseer los zapatos más exclusivos, las joyas más espectaculares, dormir en los mejores hoteles. Su vida era cómoda y su sueldo como agente de modelos de relevancia le permitía costearse algún que otro exclusivo capricho, lujos que aun así

parecían insuficientes, hasta que conoció a Cristóbal Ríos.

Cristóbal le regaló un diamante inmenso en la segunda cita, tan grande como una aceituna según me había dicho y cuya veracidad pude constatar con mis propios ojos.

¿En qué punto dejó de deslumbrarla la brillante luz del dinero, convirtiendo sus días en oscuridad al lado de un hombre al que no amaba? ¿En qué momento la simbiosis, tal y como la había definido Hans, dejó de ser suficiente para ella?

¿Cuándo comenzó a frecuentar sirvientes en su cama, sorteando a su siempre ocupado marido, a relacionarse con un hombre al que la misma ambición, o la necesidad, habían empujado a secuestrarla? Quizá Hans tenía razón y no era más que una estratagema de mi amiga, pero no había modo de saberlo hasta que la viese sana y salva con mis propios ojos.

—Hace horas que me quedé sin batería, ¿podrías prestarme tu teléfono? —preguntó Hans sentándose a mi lado en el interior del vehículo.

—Sí, espera —dije sacándolo de mi pequeño bolso bandolera, entregándoselo. Lo desbloqueó y contempló un instante la imagen del fondo de pantalla.

—¿Quién es?

—Mi sobrina Michelle, la niña de mis ojos.

—Es una preciosidad.

—Y eso que no la has visto en persona —bromeé—. A ella le encantarías. Tiene fijación con los rubios de ojos azules.

—Como su tía —sentenció haciéndome reír. No respondí, porque si lo hacía su ego se hincharía hasta dejarnos sin espacio dentro del vehículo. Marcó un número de teléfono y conversó un instante con Cristóbal Ríos al que al parecer nuestra pequeña incursión como investigadores amateurs le enfureció. Hans trató de explicarle con calma lo sucedido pero no fue posible. Colgó y me miró a los ojos con una palpable resignación—. Se ha puesto furioso, piensa que hemos actuado mal, que ahora Samuel puede matarla para librarse de ella.

—Dios mío, espero que no.

—Alma, ahí dentro... Si te pido que hagas una cosa, hazla por favor, quizá podría haberle detenido si tú...

—Lo siento. Tienes razón, pero es que estaba preocupada.

—¿Creíste que iba a dispararle?

—¿Qué? No. ¿Ibas a dispararle?

—Por supuesto que no.

—Ah... Yo en realidad temía que él te hiciese daño a ti —confesé sin poder evitar que hasta mis mejillas ascendiese un tímido rubor.

—Pero si es solo un chaval, cómo... Ah, ¿sí? ¿Temías por mí? ¿Por qué? ¿A qué se debe tanta preocupación? —preguntó henchido de satisfacción, como el pavo real que exhibe orgulloso sus plumas.

—A nada —respondí cohibida—. No me gusta que la gente sufra.

—¿Y yo soy gente? ¿Solo soy eso... gente? —sugirió taladrándome con su mirada azul. Sentí cómo algo se me removía por dentro, como si una marabunta de hormigas rojas me ascendiese por la garganta.

—No, tú eres... eres... tonto.

—¿Qué?

—Eres tonto, por creer que voy a quedarme atrás, que voy a quedarme tan tranquila mientras te pones en peligro. Y también eres tonto por desconfiar de todo el mundo, de mí. ¿Qué quieres que te diga, Hans? ¿Qué me preocupo por ti porque me gustas? Pues sí, me gustas, me gustas mucho. Eres lo mejor que me ha pasado en muchos meses, en años quizás. Así de patética era mi vida hasta que te conocí. Y ahora asústate y sal corriendo, apártate de mí para evitar que me enamore de ti. Aunque a estas alturas no creo que sirva de mucho —confesé envalentonada.

Hans no debía esperar semejante respuesta de mis labios porque permaneció en silencio, como si no se terminase de creer lo que acaba de oír, durante un instante que me pareció eterno, hasta que al fin dijo:

—No voy a apartarme de ti.

Capítulo 14

Verano Azul

REGRESAMOS a la mansión, Cristóbal Ríos nos aguardaba en el salón, en su rostro se reflejaba la impaciencia, la desesperación y el desasosiego de quien teme por la vida de su esposa.

—¡¿Es que te has vuelto loco, Hans?! —gritó a su capataz al verle atravesar el umbral de la puerta—. ¡Puede que la hayan matado por tu culpa! —vociferaba, fuera de sí.

—Solo quería ayudar, señor.

—¿Ayudar? ¿Ayudar? Ayudar es contarme lo que habéis descubierto. Ayudar es permanecer atento al teléfono, ayudar es mantenerse al margen y sacar adelante la plantación. ¡Eso sí es ayudar! ¡No jugar a los detectives poniendo en riesgo la vida de mi mujer!

—Pero teníamos que saber si ese chico... —intervine, no podía permitir que él cargase con toda la culpa.

—¡No! Solo teníais que estaros quietos y dejarme pagar el rescate, solo eso Alma.

—Lo siento mucho, Cristóbal, pero quizás es el momento de informar a la policía, ellos podrían encontrar a ese chico, al jardinero —sugerí.

—Nadie va a informar a la policía. Haremos exactamente lo que nos piden, por la seguridad de Delia —intervino Augusto Ríos entrando en la habitación proveniente de las estancias interiores de la mansión, con dos bolsas de deporte en sus manos, embutido en un elegante traje azul y corbata gris. Cruzamos una mirada fría—. Aquí están, padre. Un millón doscientos mil dólares en billetes y diez lingotes de platino.

—Espero que lo entiendan, no puedo conseguir dos millones de dólares en dos días, es prácticamente todo el *cash* de los bancos de la República. Esto no debería estar pasando, Augusto. Si descubro que tiene algo que ver con tus últimos negocios...

—Padre, por favor... —intervino tratando de contener sus palabras—. Está muy claro que ese chico actúa por venganza por lo que le sucedió a su hermana, necesita el dinero, nada más.

—Eso espero, Augusto —voceó, saliendo de la habitación, cerrando tras de sí con un sonoro portazo. Augusto Ríos permaneció con la mirada perdida un instante, como si reflexionase sobre el comportamiento de su padre de pie frente a ambos—. Hans, el individuo ese, ¿dijo algo? ¿Pudisteis obtener algún tipo de información de él?

—No, nada en absoluto, Augusto, lo siento —mintió. Había dicho algo, había dicho: *«yo no quería»*, pero Hans no parecía tener intención de compartirlo con él.

—Espero que su único interés sea el dinero. Que cuando esta noche mi padre entregue lo que hemos podido reunir, cumpla su palabra y libere a Delia.

—Eso esperamos todos, señor Ríos. ¿Se marchan ya a la ciudad?

—En un rato. Comeremos algo y nos iremos, mi padre está ansioso por llegar a Santo Domingo. Esperaremos a que llegue la hora acordada en la casa de la playa.

—¿Le acompañará?

—No puedo acompañarle, han dejado muy claro que mi padre debe acudir solo y él no me permitirá desobedecerles. Solo lo hará Yuri, de incógnito a cierta distancia. Yo aguardaré noticias en la casa —masculló antes de salir de la habitación cargando con las dos bolsas de deporte en las que transportaba el dinero.

Hans permaneció en silencio, pensativo. Me acerqué a él y extendí la mano hasta acariciar las yemas de sus dedos con los míos. Sus ojos de cielo me capturaron, distinguiendo en ellos una sonrisa que no descendió a los labios y con mal disimulada intención retiró la mano, paseándola por el cabello, despeinándolo.

—¿Qué piensas?

—En realidad no sé qué pensar. Quizá tengan razón y nos hayamos precipitado al buscar por nuestra cuenta a Samuel Valdés.

—¿Y las palabras de Cristóbal, acusando a su hijo de que sus nuevos negocios puedan tener algo que ver en todo esto, a qué se referirán? —pregunté en un susurro.

—No se te pasa una por alto —admitió Hans con una seductora sonrisa ladeada. Me encogí de hombros—. No sé a qué negocios se refería, sé que Augusto es el que busca los nuevos proveedores, quizá hayan tenido problemas con alguno. Pero no sé hasta qué punto podría establecer un magnate de la industria tabaquera relación con un don nadie como Samuel Valdés para conspirar contra ellos.

—Es desesperante. No paro de darle vueltas a la cabeza tratando de buscar una solución.

—Descansa un rato, Alma, ve a tu habitación y trata de dormir, te hará bien.

—¿Cómo voy a echarme a dormir sin más, Hans? ¿Crees que podría hacerlo? No hasta que sean las ocho y sepa que Delia está a salvo.

—Come algo al menos. Yo iré a darme una ducha.

—Y entonces, ¿no vamos a hacer nada?

—¿Qué podemos hacer, Alma? No sabemos dónde está Samuel Valdés y sin la intervención de la policía no podemos intentar averiguarlo sin empeorar las cosas. Estaré en mi casa —apretó los labios y dio un paso hacia la salida, dispuesto a marcharse, a marcharse sin haber respondido a mi caricia, a lo que

le había dicho en el coche, cuando le había confesado que comenzaba a albergar sentimientos hacia él. Saltándome a la torera todas las normas no escritas de cualquier relación que comienza, precipitándome, asustándole quizá, en el momento menos adecuado. Suspiré decepcionada, pero entonces se volvió y caminó hasta alcanzarme. Se detuvo un instante en silencio y me besó en la frente—. Volveré en un rato —dijo con sus labios aún pegados a mi piel y después se apartó, dedicándome una última mirada antes de marcharse.

Me quedé a solas en aquel enorme salón, dejándome caer derrotada sobre uno de los sillones. Un beso en la frente. En la frente. Habíamos pasado de devorarnos el uno al otro tan solo unas horas antes, a despedirnos con un beso en la frente. Tenía que haberme mordido la lengua antes de confesarle lo que sentía.

En cuanto al secuestro de Delia solo podíamos esperar, era lo único que podíamos hacer. Tenía hambre, pero no me apetecía compartir ni siquiera un minuto junto a Augusto Ríos que debía estar en el comedor con su padre, así que me dirigí a la cocina en la que hallé a Luzmila y Darinda, además de las cocineras.

Pedí una manzana a Darinda que me la entregó mientras Luzmila salía con una bandeja de alimentos para llevar a los señores.

—¿Cree usted que la señora Delia estará bien, señorita Alma? —me preguntó la joven doncella dominicana, las dos cocineras se volvieron para oír mi respuesta.

—Espero que sí, Darinda. ¿Dónde está Karim? No le he visto desde que he llegado.

—Aquí estoy —dijo este entrando en la habitación—. ¿Necesita algo?

—No, es solo que me extrañaba no haberte visto.

—He estado ocupado encargándome de las habitaciones. ¿Le sirvo algo de comer?

—No, déjalo Karim. Con esto es más que suficiente —advertí mostrándole mi manzana reluciente antes de darle un mordisco.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, claro. Es solo que estoy sobrepasada por toda esta situación, me gustaría poder hacer algo para ayudar a Delia, sentirme un poco más útil en lugar de quedarme quieta esperando a que suceda lo que tenga que suceder.

—La entiendo, pero no está en sus manos.

—Yo le pido a Diosito que salve a la señora Delia, ella siempre ha sido tan buena... —dijo una de las cocineras, una mujer rechoncha y bajita que llevaba un pañuelo rojo cubriendo su cabello.

—¿Tan buena? ¿Tan buena, Manuela? —dudó Darinda, que había comenzado a pelar patatas a su lado, observándola con expresión de asombro—. Yo no quiero que le suceda nada malo, pero la señora Delia nunca ha sido buena con nosotros.

—¡Calla chamaca, por Dios! —se escandalizó la mujer sin dar crédito a que la muchacha se atreviese a decir algo así en mi presencia.

—Es la verdad, Manuela. Solo digo la verdad, la señora Delia nos ha tratado como a perros desde el mismo día en que llegó. Por su culpa tuve que enviar a mi hijo con mi hermana, porque decía que le oía jugar y no lo soportaba, aunque estuviésemos en la otra punta de la casa.

—Creo que será mejor que me vaya —dije incorporándome, incómoda con la discusión de ambas mujeres—. Entiendo que si hizo que te apartases de tu hijo estés molesta con ella, Darinda, pero no creo que sea el mejor momento para criticarla, debe estar pasándolo muy mal.

Salí de la cocina rumbo a mi habitación y me tumbé sobre la cama. Tenía una mezcla de sentimientos encontrados atenazando la boca de mi estómago. Por un lado estaba preocupada por la mujer que un día fue mi amiga y a la que sin embargo parecía desconocer por completo. Y a pesar de ello, sentía que le debía lealtad aunque fuese por los años de experiencias compartidas. Aunque no aprobase su modo actual de ver la vida, sus aires de superioridad y su absoluto desprecio por quienes la rodeaban.

Y por otro, la mirada y el rechazo de Hans a mi caricia me martilleaba las sienes como una taladradora. ¿Se había acabado? ¿Eso significaba que rehuyese mi mano? Deseaba que no fuese así con todo mi corazón. Yo percibía cuando me hablaba, cuando me miraba, cuando me hacía el amor, que también él sentía algo hacia mí. O eso, o mi radar amoroso estaba fundido por completo.

«*No voy a apartarme de ti*», había dicho. El hombre de la *simbiosis*, el que consideraba el amor como un gran desastre. Y yo no quería estar sola en aquella habitación, yo quería estar con él, a su lado, oírle hablar o sencillamente mirarle, embeberme de su sonrisa y del brillo de su mirada sin más pretensión que la de tenerle junto a mí. Me estaba agilipollando, de eso no quedaba duda. Estaba idiotizada como una auténtica adolescente y todo porque... ¿Por qué? ¿Por qué me sentía así?

Ningún hombre me había hecho sentir de ese modo, ni siquiera Ángel, el primero que me había dejado, el que hizo tambalear la seguridad que sentía en mí misma. Yo no era una de esas modelos delgadas y altas como espigas, hacía años que había adoptado por completo los kilos que acostumbraban a sobrarme, aceptándolos y enviando a la porra a la dieta milagro de turno sin que ello me acomplejase lo más mínimo. En ese momento estaba más delgada, sí, pero porque llevaba meses sin comer como era debido tras la ruptura. Con mi gracia y desparpajo me había ido bastante bien con los hombres. O eso creía. ¿Bien? Bien era salir con el tipo que me diese la gana, sin estar segura de que su interés por mí no era más que eso, mero interés por lo que relacionarse conmigo pudiese ayudarle en su carrera. Y entonces llegó Ángel, ilusionándome con su espontaneidad y naturalidad, y después me dejó, acusándome de estar anclada, de ser un muermo con patas, llevándome a descubrir hasta qué punto yo misma también lo sentía así, que no era feliz. Sus palabras me habían llevado a replantearme demasiadas cosas.

Cosas como que no había sido capaz de abandonar mi trabajo como

fotógrafa de moda por miedo a que mi madre se enfadase conmigo por lanzarme a la aventura y dedicarme a lo que realmente me apasionaba, la fotografía de la realidad, de la naturaleza salvaje sin retoques humanos.

Y entonces creí que lo mejor sería marcharme lejos por un tiempo, tratar de encontrarme a mí misma, valorar si estaba haciendo con mi vida lo que realmente quería o si era demasiado tarde para arrojarlo todo por la borda y empeñarme en lograr mi verdadero sueño.

Sin embargo, lo que había encontrado en aquellas vacaciones era todo lo contrario a lo que esperaba. No esperaba que la realidad me golpease de ese modo, no esperaba que mi antaño amiga se hubiese transformado, como la serpiente que muda la piel, convirtiéndose en una mujer clasista y ególatra, y mucho menos que fuese a vivir su secuestro. Pero lo que menos esperaba era toparme de bruces con un hombre, que aún sin proponérselo, terminase de agrietar los pilares bajo los que me sentía segura y a salvo.

Ese hombre era Hans, por supuesto. Ni siquiera me atrevía a ponerle un nombre a lo que me hacía sentir porque era consciente de que iba mucho más allá de la atracción física. Invocarle en mi mente provocaba que las comisuras de mis labios tomasen vida propia y se curvasen hacia arriba.

Y lo peor era que él me había advertido que no debía enamorarme de él, pues no podría ofrecerme nada más que sexo. Y yo, como la ilusa que era, me había echado a reír.

Ya entonces soñaba con mucho más. En secreto, mi mente se encargaba de fabular por su propia cuenta cómo sería tenerle a mi lado y fantaseaba con largas noches carentes de sueño en su compañía, con compartir su vida, su mundo, su día a día. Un imposible.

Cuando al fin fuese capaz de contarle a mi hermana lo que sentía, lo que había sentido con él, me diría que me lo había advertido, que un día conocería al hombre que destrozaría mis *montones*, marcándose un taconeo sobre mis prejuicios y barreras. Y lo había hecho, vaya si lo había hecho, de una vez y para siempre.

En ese preciso instante recibí un mensaje suyo en el que me deseaba buenas tardes (sin tener en cuenta que en la República era por la mañana) y me contaba que ella y Ramón pasarían la tarde en el Retiro con Michelle. Respondí enviándole una carita sonriente. Si escribía una sola palabra Claudia me preguntaría cómo estaban las cosas y tendría que mentirle, pues estaba convencida de que si leía la palabra: *secuestro*, ella sola era capaz de movilizar a los GEOS para que viniesen en mi busca, solo por si acaso. Así que enchufé mi teléfono y lo dejé cargando sobre la mesita de noche.

Me duché y decidí bajar al salón para despedirme de Cristóbal Ríos y desearle suerte en el rescate de Delia. No quería cruzarme con Augusto sin estar en presencia de su padre, pues no había vuelto a enfrentarle a solas desde el incidente con Darinda, y me apetecía tanto como meterme en una cámara de gas. Así que descendí las escaleras en silencio, dispuesta a salir huyendo si me cruzaba con el hijo de Cristóbal Ríos, las mismas escaleras bajo las cuales

se hallaba la habitación en la que le había descubierto a punto de forzar a Darinda.

Me detuve ante la puerta inmersa en mis pensamientos, en las desagradables sensaciones que había vivido en aquel cuarto y entonces oí la melodía de un teléfono móvil y pasos que se dirigían hacia mí. Abrí la puerta y me introduje en el interior.

—¿Pero en qué coño estabas pensando? —recriminaba Augusto Ríos a quien le hubiese llamado—. Espera, espera un momento —pidió y temí que entrase en la habitación. Miré en todas direcciones, era una estancia pequeña, demasiado pequeña y alejada de las dependencias principales. Si decidía hacerme daño al encontrarme allí sola nadie podría impedírselo. Tenía que esconderme. Me agaché entre dos sillones, colocándome tras un inmenso jarrón chino subido a un pedestal de madera, justo antes de que la puerta se abriese y entrase, cerrando tras de sí.

—Te he dicho que no me llames, joder. Ni siquiera a este teléfono, ¿es que quieres echarlo todo a perder? No, no... todo sigue en marcha. Todo, he dicho todo, la salida del puerto esta madrugada también. Sí, nos encontraremos en el Sheraton, esta tarde, como habíamos previsto. Tranquilidad, no hay problema, no te preocupes por eso, cuando tengamos el dinero se liquida y ya está.

Aquella última frase me heló la sangre: *«Cuando tengamos el dinero se liquida y ya está»*.

Augusto Ríos era uno de los artífices del secuestro de Delia. Augusto Ríos hablaba de matar a Delia cuando obtuviesen el dinero del rescate para que no pudiese acusarles.

No podía referirse a nada más, no tendría sentido que se ocultase, que hablase en susurros si no se trataba de aquello.

No dijo nada más y se marchó. Esperé unos minutos para salir de mi escondite. No podía dejar de pensar en lo que acababa de oír. Augusto Ríos se había aliado con el jardinero para liquidar a Delia y obtener de paso una buena suma de dinero.

Quizá aquella nueva esposa derrochadora y exigente era un incordio demasiado importante para él.

¿Pero quitarla de en medio, sin más?

Yo no había apreciado una especial inquina entre ambos, es más, parecían llevarse bien. Pero el dinero era el dinero, de eso no cabía duda tras lo que acababa de oír.

Aquello explicaba el *«Yo no quería»* de Samuel Valdés. Augusto le había convencido de que embaucase a Delia con intención de que confiase en él, sabiendo del interés de Delia por el joven, pues ella misma le había contratado, imaginaba que sin saber quién era en realidad, prometiéndole quizá un modo de resarcir el daño que habían hecho a su hermana, ofreciéndole el dinero necesario para mantener sus carísimos cuidados.

Pensé en Darinda y en su miedo, claro que podía entender entonces su terror a que Augusto Ríos supiese que su pequeño era hijo suyo. Pero, ¿con qué

clase de monstruo me había paseado en catamarán? Con uno enorme, de los peores.

Tenía que hablar con Hans, tenía que contarle lo que acababa de descubrir. En cuanto comprobé cómo Cristóbal y Augusto Ríos se marchaban en sus vehículos a través de las ventanas de una de las salas de estar, busqué a Karim y le pedí que me consiguiese las llaves del jeep de Delia.

El joven empleado lo hizo sin preguntar nada y marché en dirección a la casa del capataz recorriendo los caminos sin asfaltar de la plantación en su busca.

La puerta estaba entreabierta así que pasé sin previo aviso, descubriendo el salón vacío. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, ¿y si le habían atacado? ¿y si Augusto Ríos había ordenado eliminarle por nuestra incursión en busca de Samuel Valdés? Busqué en los cajones de la pequeña cocina y encontré un enorme cuchillo, caminé con él en mis manos con sigilo hacia el interior de la casa, rumbo al dormitorio. La habitación estaba vacía, la cama de blancas sábanas hecha, con el edredón cuidadosamente doblado a los pies. Me adentré en la estancia, cerrando tras de mí, cuidadosa, se suponía que Hans estaba allí, eso me había dicho al menos. La puerta del baño estaba cerrada, aun así no oía ruido alguno dentro.

Giré el pomo, abriéndola de golpe, dispuesta a no sabía qué con aquel enorme cuchillo entre las manos. Respiré aliviada al hallar a Hans frente a mí, observándome atónito, completamente desnudo, en el interior de la cabina de ducha, con la ropa esparcida por el suelo y todos aquellos bíceps, tríceps, pectorales y resto de músculos tan bien formados y tan bien colocados cada uno en su sitio impregnados de jabón.

—¿Pero qué...? ¿Qué haces, Alma?

—Lo siento, yo... yo... lo siento —dije volviendo por donde había entrado, cerrando tras de mí.

Qué bochorno, cómo podía haber irrumpido en el baño armada con el cuchillo, pensaría que estaba como una regadera.

—¡Alma! —me llamó desde el interior—. Vamos, pasa. No hay nada que no hayas visto ya —pidió, mientras yo trataba de calmar mi acelerada respiración, el ritmo de mi corazón que corría cual corcel a galope tendido.

Inspiré profundamente antes de atravesar aquella puerta de nuevo, dejando el cuchillo en el suelo junto a la entrada. Al hacerlo me esforcé por mirarle a los ojos, los hermosos ojos de cielo. Se había enjuagado y abandonaba la ducha. Tomó una toalla de una pequeña estantería metálica, enrollándola alrededor de su cintura, justo donde la formidable musculatura de su abdomen hacía una particular depresión en la unión con sus ingles. Lo agradecí, pues así me evitaba la tentación de volver a mirar entre sus piernas.

—¿Te has propuesto matarme de un infarto?

—Lo siento, la puerta estaba abierta y... después de lo que he oído...

—¿Qué has oído? —pidió caminando hacia mí, convertida en una estatua de mármol junto al umbral del baño. Se detuvo ante el lavabo, tomando la

espuma de afeitar mientras yo observaba extasiada cómo ascendía un humeante vapor desde su piel del color del caramelo, tostada por el sol. Extendió la espuma por su rostro mientras yo buscaba la fuerza necesaria para articular palabra.

—He oído una conversación indiscreta —él me miró de reojo, con una amplia navaja de afeitar de hoja damasquinada en su mano y el mentón completamente cubierto de espuma.

—¿Y? —requirió antes de comenzar afeitarse con aquella cuchilla que con maestría paseaba por su piel, dejándola inmaculada a su paso. Resultaba fascinante contemplar cómo se afeitaba.

—Y en esa conversación Augusto tranquilizaba a alguien, diciéndole que todo seguía adelante. —Hans enarcó una ceja, observándome un instante de reojo antes de proseguir con su labor—. Que no se preocupase, que después de coger el dinero la matarían para que no les delatase. Ah, y que se verían en el Sheraton, esta tarde.

—Alma, ¿estás diciéndome lo que creo que estás diciendo? —preguntó limpiando su rostro con la toalla del colgador, retirando los restos de espuma sobrantes, mirándome inquisidor.

—Estoy diciendo lo que oí. Y también dijo algo del puerto, esta madrugada.

—¿Estás segura?

—Sí, dijo *no sé qué* del envío de puerto, que seguía adelante. Creo que deberíamos ir a la policía, o hablar con Cristóbal.

—Cristóbal jamás creerá que su hijo tiene algo que ver con el secuestro de Delia, jamás. Al parecer es el único que le apoyó para casarse con ella. Su hija pequeña no ha querido ni siquiera conocerla, lleva tres años sin ver a su padre —apuntó, con la mirada perdida en el suelo, dubitativo—. Y si vamos a la policía lo primero que harán es hablar con Cristóbal.

—¿Entonces? Van a matarla, tenemos que hacer algo —protesté. No podíamos quedarnos cruzados de brazos esperando a que la ejecutasen en cuanto obtuviesen su botín—. ¿Y si impedimos de algún modo que cobren ese dinero, no sé, quitándolo nosotros primero?

—No, eso no evitaría que la maten, al fin y al cabo conoce a su secuestrador —rebatió, paseando una mano por el cabello húmedo, reflexivo. La luz del mediodía se colaba a través del vidrio esmerilado de la ventana del baño, reflejándose en el sinfín de minúsculas gotitas que perlaban su magnífico cuerpo—. Lo haré yo, si se han citado en el Sheraton estaré esperando que a Augusto vaya a su encuentro y les interceptaré antes de que asistan a cobrar el rescate, antes de que la ejecuten —dijo de improviso, despertándome del embrujo que ejercía sobre mí su torso desnudo.

—No —protesté enérgica—. ¿Es que quieres que te maten? Ni hablar.

—Es el único modo en el que Delia tendrá una oportunidad.

—Pues entonces iré contigo —Hans negó con la cabeza de modo automático al oírme pronunciar aquellas palabras. Iba a decir algo pero le detuve, llevando mi dedo índice hasta sus labios—. Estaré en el hall, me

pondré un pañuelo en la cabeza y gafas de sol, en cuanto subas a la habitación tras él esperaré cinco minutos y llamaré a la policía para que le detengan o... o haré lo que me digas. Te prometo que esta vez haré lo que me digas —advertí y mi voz sonó más decidida de lo habitual, en su rostro se reflejó la duda—. Por favor, ahora al menos sabemos que está viva, hasta que logren lo que pretendían, el dinero, déjame ayudarte. Es mi amiga.

—Es muy peligroso —negaba balanceando el hermoso rostro—. No me cuadra que Augusto Ríos ponga en peligro su estatus y su herencia por dos millones de dólares.

—Quizá solo pretende librarse de Delia de un modo en el que no puedan acusarle de nada.

—Sea como sea no puedes venir conmigo.

—Entonces pediré un taxi, no creo que haya demasiados *Sheratons* en Santo Domingo.

—¿En serio? ¿En serio vas a ponerte en peligro?

—¿Es que no es lo mismo que vas a hacer tú?

—¡Pero es mi trabajo! —exclamó, sorprendiéndome, para guardar silencio después, como si reflexionase sobre lo que acababa de decir.

—No, no lo es. Eres el capataz de *La Bella*, tú trabajo es cuidar la plantación, no rescatar a Delia.

—Eres imposible, Alma, cuando te pones en ese plan. Está bien, si me prometes que controlarás esa sangre vikinga y no te moverás del hall.

—Lo juro por Thor —bromeé llevándome una mano al corazón. Sus delineados labios se estiraron en una cálida sonrisa.

Entonces me acerqué a él y apoyé el rostro sobre su torso, inspirando el delicioso perfume que envolvía su piel tras la ducha. Hans me rodeó con sus brazos, besando mi cabello con dulzura.

—Prométeme que no te pondrás el peligro —pidió y pude oír cómo la voz reverberaba en el interior de su caja torácica.

—Lo prometo.

—Alma, sé que tenemos una conversación pendiente. No quiero que pienses que estoy evitándola. Eso que dijiste en el coche... —comenzó y yo sentí cómo mi corazón se aceleraba, él agarró mi mentón forzándome a mirarle a los ojos—. Eso de que empiezas a sentir algo por mí.

—No debí decirlo, ¿verdad? Lo siento, tú me dejaste muy claro desde el principio que esto era solo sexo, y yo suelo ser muy racional. En fin, no suelo enamorarme del primero que pasa.

—Alma.

—... pero contigo ha sido todo tan distinto... Soy una tonta, y no he podido evitarlo.

—Alma.

—No es que esté enamorada en plan me muero de amor, babeando por los rincones, tampoco es eso, pero siento algo fuerte, o más o menos fuerte. Lo siento —Hans posó un dedo sobre mis labios haciéndome callar.

—Ssst. Déjame hablar a mí por una vez, parece que te hayan dado cuerda —dijo entre risas, avergonzándome. Solía sucederme, cuando me sentía intimidada empezaba a divagar sin límite, y entonces lo estaba, mucho—. Cuando todo esto termine tendremos esa conversación.

—¿Cuando termine el secuestro?

—Cuando termine el secuestro. Necesito contarte cosas, cosas sobre mí. Hay cosas que deberías saber antes de... en fin, de que suceda algo más entre nosotros.

—¿Cosas?

—Cosas.

—Pero, ¿cosas en plan *«tengo muchos defectos»*, o cosas en plan *«soy un asesino en serie»*? —mi pregunta le hizo reír.

—Cosas de mi vida, sin asesinatos en serie de por medio.

—Ah, menos mal. Está bien.

—Y hasta entonces lo mejor será que pongamos el freno.

—Estoy de acuerdo contigo —dije alzándome sobre las puntas de mis pies y besé su maravilloso mentón.

—Alma...

—Totalmente de acuerdo —repetí besando la comisura de sus labios y Hans cerró los ojos, recibiendo mi beso pausado—. Sería lo mejor, pero no quiero esperar, no puedo esperar —susurré en su oído, antes de regresar a su boca, que me anhelaba cálida, deslizando mi lengua entre sus labios. Hans acarició mi garganta, descendiendo con sus manos hasta mis clavículas sobre las que dibujó invisibles surcos, haciendo resbalar los tirantes del vestido, desnudando mis hombros.

Mis labios recorrieron su cuello, la magnífica nuez de Adán, la hondonada de su garganta, su esternón, mordiéndole con suavidad, excitándole, mientras mis manos se apoderaban de sus glúteos por encima de la toalla. Lamí sus pezones sonrosados, deleitándome con el ritmo alterado de su respiración, busqué sus ojos hambrientos, y sonreí regocijada con su deseo, prosiguiendo mi camino por su atlético abdomen, sus marcados abdominales, que también mordí con suavidad. Su ombligo, el bello castaño bajo este, hasta que con mis manos deshice el nudo que aprisionaba la prenda de baño, haciéndola caer a sus pies, descubriendo su formidable carne que enhiesta se revelaba contra el mundo. Posé mis manos sobre esta, acariciándole, percibiendo cómo crecía entre mis manos, antes de besarlo con delicadeza, como si una mariposa se posase sobre ella. Lo atrapé entre mis labios, con dulzura, invitándole a que invadiese mi boca en toda su calidez y profundidad.

Hans gimió, avivando mi sed de él, percibiendo cómo mi interior se encogía ansioso por recibirle, dándome alas para devorarle, acariciándolo con mis labios y mi lengua, saboreando el incipiente sabor de su deseo.

Él tiró de mí, buscando mis labios para besarlos de un modo apasionado. Me subió a su cuerpo, llevándome al dormitorio, dejándome sobre la cama, tirando de mi vestido hasta despojarme de él, así como de la ropa interior y se

tumbó sobre mí en la cama, dispuesto a corresponderme con el placer que yo le había entregado.

Perdió el rostro entre mis piernas y sentí cómo su lengua cálida se introducía en mi interior, a la vez que sus labios me acariciaban con mimo. No pude ni quise evitar el poderoso orgasmo que recorrió todo mi ser convulsionándolo violentamente, y jadeé, suspiré y gemí con las manos enterradas en su cabello hasta casi rozar la inconsciencia.

Nunca nadie me había hecho sentir así. Nunca nadie me había llevado al orgasmo de aquel modo, de un modo tan certero y casi animal.

Mientras me recuperaba se tumbó a mi lado, besando mis pechos pequeños, enhiestos, anhelantes aún. Recorriendo con sus dedos las siluetas de mi cuerpo, las prominencias óseas de mis caderas, mi esternón, mi cuello que volvió a besar como si añorase el sabor de mi piel.

Pero yo sentía que no debía aguardar más, estaba lista, siempre lo estaría para él si me amaba de aquel modo, y a horcajadas me subí a su cuerpo, tendido en el lecho. Con sumo cuidado le introduje dentro de mí, despacio, disfrutando con la íntima caricia de su carne. Agarré sus manos, apresándolas a ambos lados de su rostro contra el lecho, y comencé a moverme, despacio primero, deleitándome con el goce reflejado en su iris de mar. Su rostro se constreñía cada vez que volvía a dejarme caer sobre él. Y abría los ojos, anhelante, y trataba de liberarse de mis manos para tocarme, estiraba el cuello para alcanzar mis pechos, mis pezones, para lamerlos, para morderlos, cuando me incorporaba apartándome de él.

—Vamos nena, no seas mala —dijo con una sonrisa—. Deja que me mueva. Déjame tomar lo que es mío, creo que me lo he ganado.

Sus palabras, unidas a la tremenda excitación que me producía tenerle rendido a mi merced volverían a conducirme al clímax en cualquier momento por lo que obedecí, liberando sus manos que me atraparon con fiereza. Me giró sobre la cama, dándome la vuelta, y sin dudarlo se hundió mi interior, invadiéndome sin piedad, con su pecho pegado a mi espalda y sus labios cosidos a mi cuello.

—No puedo más —jadeó al borde del clímax, y yo sentí que recorría de nuevo el sendero del placer, que ascendía a los cielos antes de caer en picado en un nuevo orgasmo, tan intenso, tan glorioso como el anterior.

Se desplomó a mi lado, en la cama, agotado, exhausto. Busqué sus ojos, recibiendo una de sus mágicas sonrisas ladeadas, cuando aún respiraba agitado por el derroche de pasión.

—No te sorprendas si cualquiera de estos días me da un infarto mientras lo hacemos —bromeó.

—¿Por qué?

—Porque no tengo fin. Contigo no hay fin, Alma. No quiero que te asustes, pero lo haría una y otra y otra vez.

—Yo también —admití, mordiéndome que era la primera vez me sucedía algo así—. Pero no te preocupes, tengo un curso de primeros auxilios de

seiscientas horas a mis espaldas. Lo digo por si te da el infarto.

—Primeros auxilios, ¿tú?

—Sí, yo, ¿qué pasa?

—No sé, creía que eras una chica de letras.

—Y lo soy, pero tengo una hermana que además de médico es obsesiva compulsiva con la seguridad de su hija Michelle. Y como yo me quedo algunas tardes con ella me obligó a asistir a un curso junto con las dos niñeras habituales de mi sobrina. Era un curso de actuación en situaciones de urgencia: torniquetes, reanimación, atragantamientos, hasta inmovilizaciones en caso de fracturas de huesos. Y lo hice muy bien, saqué sobresaliente —relaté, Hans se echó a reír, tumbándose de espaldas en la cama.

—Eres una caja de sorpresas.

—Aunque no me gusta, no me gustaría tener que aplicar nada de lo que he aprendido en ese curso. Hizo que me diese cuenta de que jamás podría haber sido médico.

—¿Es que te planteaste serlo alguna vez?

—En serio no, pero es difícil no pensarlo cuando tu madre te ha machacado con el tema día y noche durante años. Mi padre no, él es enfermero, es feliz con su trabajo y nunca se ha metido en nuestras decisiones profesionales. Pero mi madre sí, su padre era médico, dermatólogo, y ella estaba empeñada en que las dos debíamos seguir el ejemplo del abuelo Luis. Desde que éramos niñas, tanto a Claudia como a mí nos insistía en que debíamos ser médicos, ser médico era el no va más: traumatóloga, ginecóloga, cirujana plástica, lo que quisiésemos, pero debíamos estudiar medicina.

—Vaya. Pero tú...

—Pero yo me negué. No me gustaba. Tuvimos una discusión muy fuerte en la que acabamos llorando las dos. No podía aceptarlo. Mi hermana Claudia intervino y me propuso algo, asistir a sus clases un día, ella estaba encantada en tercero de medicina, y entonces decidiría si seguía sus pasos o no.

—Y, ¿qué pasó?

—Que después de seis horas hablando de flemas, de pus, y un sinfín de enfermedades terribles supe que definitivamente aquello no era lo mío. Yo disfrutaba capturando la belleza con mi cámara, una económica réflex a la que arrancaba encuadres imposibles, y mi madre tuvo que resignarse a aceptarlo —relataba, él me oía con una sonrisa escéptica, interesado en mi historia—. Pues sí, soy la decepción de mi casa.

—¿Y aún no lo ha superado?

—Sí, bueno, todo fue mucho mejor en cuanto empecé a ganar fama con mis fotografías de moda. Poco a poco fue dándose cuenta de que era capaz de vivir de esto y que además era valorada por mi trabajo.

—Me alegra saberlo. Los padres a veces intentan vivir sus sueños por medio de sus hijos, y es un gran error, porque sus hijos tienen sus propios sueños.

—Pero lo peor es que yo no quiero vivir de esto.

—¿No?

—Pensarás que estoy loca, pero estoy cansada de fotografiar modelos. De books, de portadas artificiales de chicas tan esqueléticas que temes que se desmayen ante tus ojos y a las que después hay que engordar con el Photoshop. Yo quiero capturar la realidad, la naturaleza desnuda de artificios. Soy feliz fotografiando a la gente en la calle, a los animales en su entorno salvaje. A veces lo mandaría todo a la mierda y me iría a currar como fotógrafa independiente. Solo que eso me acarrearía otra gran discusión con mi madre y temo que no vuelva a dirigirme la palabra esta vez. Estoy zumbada, ¿a que sí? —pregunté con una sonrisa.

—No, en absoluto. Pienso que deberías intentarlo, tomarte un tiempo e intentarlo. Estoy convencido de que tu madre acabará aceptándolo, al igual que hizo la primera vez. En la vida debes tomar las decisiones que te hagan feliz, no las que te hagan sentir cómoda —dijo atravesándome con su mirada de zafiro, y no pude evitar pensar que tenía razón, toda la razón—. Creo que nunca te lo he dicho, pero eres preciosa. Toda tú, Alma. Con tu rebeldía, con tu curiosidad y tus sueños. Si las circunstancias fuesen otras te juro que...

—¿Qué?

—Que todo sería muy distinto —admitió al fin, muy serio—. Creo que deberíamos comer algo antes de marcharnos —dijo bajando de la cama, y caminando hasta el armario se vistió, ocultando su maravilloso cuerpo.

—Sí, claro.

Tomé mi vestido del suelo y me lo puse. Le seguí hasta el salón y me senté en uno de los sillones, dispuesta a reponer las energías vencidas tan solo unos minutos antes. Hans se metió en la cocina y pronto comencé a oler a huevos revueltos.

—No está tan mal para quien no ha cocinado en su vida, ¿no? —sugirió depositando en la pequeña mesita frente a mí una bandeja con café, tostadas y tortillas.

—Es perfecto —dije dando un mordisco a un pedazo de tortilla. Hans abrió el amplio balcón de coloridas contraventanas verdes y una suave brisa llenó la habitación. Después vino hasta mi lado, tomando asiento junto a mí en el sillón opuesto al que yo ocupaba y me besó en la mejilla—. ¿Por qué hablas tan bien español? Quiero decir, que apenas tienes acento.

—Me he criado en un barrio hispano, en Texas, así que era inevitable aprender castellano, pero mi padre además es muy aficionado a las telenovelas españolas, las seguía en la televisión y creo que por eso se me pegó vuestro acento. Series como *Médico de familia, Verano azul*...

—Venga ya. ¿Verano Azul? No me lo puedo creer. Yo estaba loca por Javi, todos los años me cargaba la serie completa solo por verle. ¿Quién era tu personaje favorito?

—Pues lo cierto es que me he pasado la adolescencia enamorado de Bea —admitió entre risas.

—Y ese chico, ese Hans adolescente, uno de los chicos más populares del instituto estoy convencida, ¿qué soñaba hacer con su vida?

—Ese chico tenía sueños, claro que los tenía y, a pesar de que sus obligaciones como hijo y como hermano se interponían en ellos, luchó hasta conseguirlos.

—¿Tu sueño era ser capataz de una plantación tabaquera? —pregunté con cautela, sin poder camuflar mi sorpresa. Hans me miró, como si hubiese dicho una locura, y luego se recompuso, dando un mordisco a su tostada.

—¿Por qué no?

Capítulo 15

Sheraton

RECOGÍ mi cabello en una coleta baja y me dispuse a atravesar el umbral de aquella puerta, el umbral que me separaba de la situación más peligrosa a la que me había enfrentado en toda mi vida. Pero incomprensiblemente no estaba todo lo atemorizada que cabía esperar en alguien que va a presenciar un intento de rescate. Sentía miedo por Hans, incluso más del que sentía por la suerte de mi amiga y me reprendía por hacerlo. Pero no podía evitarlo, nadie era capaz de gobernar en mis sentimientos, ni siquiera yo misma.

Abrí la puerta del salón de las cristaleras, donde nos habíamos citado, encontrándole en el pasillo. Hans me mostró el arma prisionera al cinto, oculta bajo la camiseta de algodón y me hizo una señal para que le siguiese y así hice. Karim nos esperaba al final de la escalera, vestido con ropa de calle, como no le había visto nunca antes, una camisa de cuadros rojos y azules remangada hasta el codo y uno vaqueros que hacían justicia a su atlético cuerpo.

—¿Karim viene con nosotros? —pregunté antes de que le alcanzásemos.

—Sí, claro. Es el único en quien confío en esta casa, además de ti —su concesión me hizo sonreír de oreja a oreja, confiaba en mí, ¡bien!

—Han llegado una doctora y una enfermera en una ambulancia privada, contratadas por Cristóbal Ríos por si los secuestradores liberan a Delia cerca de la finca. Le he dicho a Darinda que si Cristóbal Ríos llama preguntando por mí le diga que me encuentro indispuesto con gastroenteritis en mi habitación. Es mejor que no sepa que me he marchado de la casa —dijo a Hans y este asintió.

—Vámonos.

Tanto Karim como yo le seguimos. El joven dominicano me miraba con seriedad, su perpetua sonrisa se había esfumado y yo no podía evitar sentirme extraña, desconocía por qué Hans le había pedido que nos acompañase.

Mi cabeza estaba hecha un lío. Pero aquel era el asiento de copiloto de un todoterreno al que mi destino parecía estar irremediablemente ligado, no el diván del psicólogo o un adivino, por lo que debía concentrar mis esfuerzos en calmarme y prepararme para lo que se me avecinaba en lugar de tratar de leer las expresiones faciales de Karim. Fijé mis ojos en el horizonte, ambos guardaron silencio durante el camino, hasta que el coche se hubo detenido en una calle paralela a la entrada trasera del majestuoso hotel Sheraton Larimar de la bella ciudad de Santo Domingo.

—Creo que deberíamos registrarnos para no levantar sospechas —apunté mirando mi reloj de pulsera—, aún quedan más de cinco horas hasta la entrega del dinero. —Hans me miró reflexivo y asintió.

—Es una buena idea, registraos como pareja. Yo estaré en el bar, vosotros en el hall, situaos en un punto discreto, sentados en los sillones posteriores a la recepción, uno frente al otro.

Ya sabía por qué Hans había pedido a Karim que nos acompañase, para vigilarme. Semejante revelación me enfureció. Si Hans no se fiaba de mí, si no confiaba en mi palabra de mantenerme al margen, debería haber tenido la decencia de decírmelo a la cara y no buscarme un guardaespaldas.

—Es imposible que la tengan retenida aquí. Sus gritos y sus lamentos se oirían por todas partes. Por eso pienso que el secuestrador utilizará una de las habitaciones del hotel como punto de encuentro, de logística con su compinche —relataba Hans, la tensión se reflejaba en su hermoso rostro en forma de diminutas arrugas en los labios que, constreñidos, formaban una línea recta—. Espero que podamos atraparle y que no sea demasiado tarde para Delia.

—No creo que la maten hasta tener el dinero, si no ya lo habrían hecho —dijo Karim. Estaba distinto, le encontraba muy diferente a todos aquellos días en los que le había tratado en la mansión Ríos, parecía mucho más decidido.

—En cuanto lleguen, cualquiera de los dos, o los dos, les seguiré hasta ver dónde se reúnen y después seguiré a Samuel Valdés hasta dondequiera que la tengan retenida. Estoy seguro de que Augusto Ríos no se manchará las manos de sangre, de todas formas vosotros le vigilaréis. En cuanto descubramos dónde la tienen daremos el aviso a la policía —añadió. Yo le oía atenta, sin lograr apartar de mi mente que pretendía poner en peligro su vida y a mí me había buscado un niñero—. Nos vemos en el interior del hotel, actuad como si no nos conociésemos. Cuidaos, por favor —concluyó, mirándome única y exclusivamente a mí, lo cual enterneció mi corazón, lo suficiente para no protestar, no en aquel momento.

Karim y yo cruzamos la inmensa puerta circular del lujoso hotel Sheraton Larimar.

—Creo que deberías agarrar mi brazo —sugirió Karim al atravesarla, con una sonrisa—. Somos pareja —apuntó, y tenía razón. Le agarré, y caminamos hasta la fastuosa y moderna recepción de aires minimalistas, con suelos de mármol negro y mobiliario de vidrio translúcido, con amplios sofás de cuero marrón y alfombras de estera.

Un amable recepcionista de cabeza pelada como una bola de billar nos sonrió de oreja a oreja al acercarnos, yo oteaba el derredor en busca de alguna cara sospechosa.

—Buenas tardes, nos apetecería reservar una habitación.

—Sí, claro. Enseguida. Su nombre es....

—Baltasar Martínez y ella es mi novia, la señorita...

—Alma Jenssen —dijo alguien, giré automáticamente el rostro al oír mi

nombre, buscando a la persona que lo había pronunciado. Era otro recepcionista con orejas de soplillo y sonrisa circular. Pero, ¿cómo podía saber mi nombre? Era una locura. Karim le observó tan anonadado como yo —. Señorita Jenssen es un verdadero placer conocerla —añadió el joven, abandonando su lugar tras el mostrador, acudiendo a mi lado ofreciéndome su mano para estrecharla.

—Pero, ¿cómo...? —requerí con la mano en el aire que atrapó y sacudió con energía. Yo percibí alarmada que estábamos llamando la atención del resto de los huéspedes del hall que me observaban con curiosidad. Hans atravesó la puerta de cristal, observando desconcertado la situación.

—¿Cómo sé quién es? Oh, señorita Jenssen, me llamo Wilmer Pacheco y soy el gerente de recursos humanos del hotel y un absoluto fan de su trabajo, desde que publicó sus primeras fotos con Vogue —explicaba sin liberar aún mi mano.

No estaba acostumbrada a aquello, mis fotografías eran famosas en el mundo de la moda, pero yo no. Al menos fuera del mundo publicitario o artístico. Me conocían, claro que sí, pero los compañeros de trabajo, los propietarios de las empresas de moda, y los fans de mi fotografía con los que me había topado no solían reconocerme a pie de calle, sí a través de las redes sociales.

Pero que un amante de mi trabajo me abordase emocionado por conocerme allende el océano, no, definitivamente no estaba acostumbrada a aquello. Eso quedaba para las modelos, las protagonistas de mis instantáneas, pero no para mí.

—Muchas gracias, Wilmer, pero no me gusta llamar la atención —traté de sosegarle. El muchacho por fin soltó mi mano y recompuso su actitud, estirándose el uniforme.

—Sí, sí, claro señorita Jenssen. Es un placer tenerla en el Sheraton —insistió de vuelta de su lado del mostrador sin contener una nueva sonrisa.

—Gracias.

—Queríamos una habitación doble, para esta noche —interrumpió Karim, recordando al tal Wilmer que estaba allí, a nuestro lado, y que era mi supuesto novio.

—Por supuesto, caballero. Déjame a mí, Alfredo —dijo ocupando el lugar del recepcionista, buscando el libro de huéspedes. Un voluminoso ejemplar que situó en el mostrador ante nosotros—. ¿Cuántos días se alojarán?

—Solo esta noche —repitió Karim paciente. Me quedé mirando aquel libro, ¿con qué nombre se habrían alojado Samuel Valdés o Augusto Ríos? Si tan solo pudiese saberlo podríamos estar esperándoles a su llegada.

—Por tratarse de usted, señorita Jenssen, le voy a dar una de las mejores habitaciones del hotel, en la tercera planta, en la zona gran lujo, por el precio habitual. Su habitación es la 329.

—Vaya, gracias.

—No merece menos. Tomen el ascensor al fondo y pulsen el número 3 —

aseguró girándose para entregarnos la llave en forma de tarjetas de plástico envueltas en una pequeña funda de cuero—. ¿No llevan maletas?

—No. Muchas gracias, Wilmer —agradecí con una sonrisa, dispuesta a desaparecer hacia nuestra habitación—. Y por favor, si alguien pregunta por mí, no estoy — pedí y el empleado sonrió nuevamente con devoción, haciéndome sentir toda una celebridad—. Qué mala suerte, joder —protesté a mi acompañante camino del ascensor.

—Hey, eres famosa —dijo Karim entusiasmado adentrándose en el habitáculo metálico, yo le seguí, pulsando el número tres.

—¿Pero qué demonios ha sido eso? —inquirió Hans entrando veloz en el ascensor que se cerró tras él.

—Lo siento, ese tipo me ha reconocido como fotógrafa —explicaba—. Es la primera vez que me pasa en la vida y tiene que suceder justo ahora.

—Pues está contándole a su compañero quién eres y cuando bajes probablemente tengas que firmar autógrafos y todo —relataba Hans malhumorado.

—No te enfades conmigo, que no tengo la culpa.

—No puedes bajar, si llegan Samuel o Augusto y tienes una corte de moscardones alrededor llamarás demasiado la atención. Vas a tener que quedarte en la habitación —aseguró—. O tomar un taxi y regresar a la finca —advirtió adelantándose a mi protesta. Tenía razón, por mucho que me fastidiase—. Cambio de planes. Karim, tú vigilarás el hall y yo el bar. Cuando cualquiera de ellos suba a la habitación les seguiré, estate atento a tu teléfono móvil, si decido intervenir antes te llamaré y te diré dónde estoy para que avises a la policía.

No podía creerme que después de todo me quedaría fuera de la operación rescate, encerrada en una habitación de hotel mientras Hans se jugaba la vida por salvar a mi amiga. No era justo, no podría soportar la espera.

El capataz pulsó el número dos en el ascensor, abandonándolo antes que nosotros y desapareció por el pasillo enmoquetado.

—¡Joder! —protesté sintiendo ganas de patear lo primero que encontrase, pero me contuve, no era el momento ni el lugar para dar rienda suelta a mi frustración.

—Tranquila, todo saldrá bien —aseguró Karim. Busqué sus ojos, había tanta seguridad en aquellos ojos verdes...

Caminamos por el largo pasillo enmoquetado en color negro, con paredes blancas de llamativos frisos rectangulares y robustas puertas de madera oscura. El número estaba grabado en un pequeño rectángulo de vidrio a un lateral de cada una de ellas. La habitación 329 se encontraba casi al final del largo pasillo. Introduje la tarjeta y la luz verde me indicó que podía pasar al interior.

Karim me siguió, entrando un momento al baño mientas yo me adentraba en el amplio salón que poseía la habitación, con suelos de parqué, sillones rojos de terciopelo y lámparas de pie y un formidable escritorio victoriano de

madera tallada. Una puerta sin hoja comunicaba con el dormitorio en el que había una gran cama de sábanas blancas con la pared del cabecero estampada de trazos de pintura rojos y negros, como si fuese un lienzo, de un modo muy original.

Tomé asiento en uno de los cómodos sillones bermejos. Al salir del aseo, Karim traía el cabello húmedo, como si lo hubiese peinado con los dedos. Estaba muy atractivo, me miraba con las esmeraldas de sus ojos que refulgían sobre la piel de basalto, y en sus voluptuosos labios entreabiertos aventuraba un sinfín de palabras que parecía ansiar decirme.

—Vaya lujo —dijo al fin, contemplando con detenimiento el derredor.

—El tal Wilmer Pacheco se ha portado, sí señor —admití—. Karim, ¿qué relación os une a Hans y a ti? —pregunté directa, sin melazas ni medias tintas. Él rehuyó mis ojos—. ¿Por qué discutíais el otro día a escondidas tras la casita de la piscina?

—Vaya, nos viste — admitió estirándose. Había algo que le molestaba, llevó una mano a la espalda para traerla de vuelta portando un revólver negro.

—¿También tú vas armado?

—Espero no tener que usarla —aseguró. Me encogí ante la perspectiva de que alguno de los dos resultase herido—. Pero volviendo a la pregunta inicial —recondujo el tema, devolviendo el arma a su escondite—, nos une una relación laboral que con el paso del tiempo se ha convertido en amistad —su actitud, su modo de hablar, haberse liberado tan fácilmente de la muletillas «señorita *Jennsen*» que antes tanto le costaba dejar atrás, me sorprendió. Karim parecía una persona distinta al joven sirviente que yo había conocido en la mansión.

—¿Discutíais por mi culpa? —aventuré. Karim meció la cabeza a uno y otro lado, reflexionando la respuesta.

—Podría decirse que sí, pero estoy convencido de que no en el modo en que piensas. Alma, guarda tus preguntas para Hans, estoy seguro de que tienes muchas y quizás incluso surjan más antes de que esta locura termine. Es todo lo que puedo decirte.

—Pues es bien poco —protesté. Karim sonrió y los dientes resplandecieron sobre la piel oscura. Estiró su camisa y se miró al espejo de pared próximo a la puerta un instante, decidido a abandonar aquella habitación.

—Tengo que marcharme, promete que no saldrás de este cuarto porque podrías ponernos en peligro.

—Lo prometo. Pero tened mucho cuidado, por favor —pedí, y Karim volvió a deleitarme con una de sus cegadoras sonrisas antes de abandonar la habitación.

Miré mi reloj, transcurrían diez minutos de las dos de la tarde, aún faltaban cuatro horas hasta el momento indicado para la entrega del dinero.

Pensé en Hans, abajo, en el bar. ¿Cómo podía ser tan decidido, tan valiente, tan inconsciente? Cuán distinto era a como imaginé la tarde que nos conocimos, cuando descargaba fardos de hojas secas, soberbio, insolente,

desafiante, hacía tan solo una semana.

Hans.

Deseaba volver a verle sano y salvo aquella noche, cuando nuestra misión imposible concluyese, y lo deseaba como jamás había deseado nada en toda mi vida. Si algo malo le sucedía... no quería ni pensarlo.

También esperaba volver a ver a mi amiga, por supuesto, estaba segura de que necesitaría mucho apoyo para sobrellevar sus días de cautiverio.

Encendí la televisión y perdí el tiempo tumbada en uno de los sofás, sintiendo que lo hacía sobre la cama de un faquir. No podía estar así, tendida, sin hacer nada y sin saber qué sucedía abajo en el hall.

Apagué la televisión.

Miré por la ventana. La bulliciosa ciudad vibraba de colorida actividad ajena a mi malestar.

Volví a mirar mi reloj; las tres y cinco minutos p.m.

No podía parar quieta en la habitación. Pegaba el oído a la puerta, observaba por la mirilla aguardando un posible regreso de Hans o Karim, me asomaba a la ventana que comunicaba con una transitada avenida... Buscaba cualquier cosa que pudiese distraerme aunque fuese un minuto, pero nada lo conseguía. Miraba mi reloj de pulsera una y otra vez. Encendí la televisión y otra vez la apagué incapaz de concentrarme en lo que emitían por esta.

Solo esperaba que Hans estuviese bien, que al final de aquella tarde en la que los minutos se arrastraban lánguidos en el reloj volviese a estrecharme entre sus brazos haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo.

Pero, ¿y si Augusto Ríos le descubría? Y si... ¿Y si lo hacía Samuel Valdés? ¿Y si iban armados? ¿Y si le disparaban? ¿Y si dejaba de imaginar cosas horribles que no me conducían a ninguna parte?

Entonces oí un golpe seco en el dormitorio, sobresaltándome. Caminé hasta la habitación para comprobar qué se había caído o de dónde provenía el ruido. Y escuché otro golpe seco seguido de otro más. Y otro más. Provenían de la suite contigua, no del dormitorio. Cogí un vaso del escritorio y regresé, subiéndome a la cama, pegándolo a la pared tratando de oír algo, como en las antiguas películas de espías.

Pero lo cierto es que funcionó. Comencé a oír jadeos. Jadeos y más jadeos y muy pronto no necesité del vaso para escucharlos con claridad. Una pareja hacía el amor al otro lado de aquella pared, y a juzgar tanto por los golpes del cabecero como por el gemir desenfrenado de ella, se lo debían estar pasando en grande.

No pude evitar una risita nerviosa, pero pronto me aparté de la cama pues no estaba de humor para oír encuentros sexuales. Me serví un vaso de agua y fui al baño por decimoquinta vez. Volví a observar por la mirilla, nada ni nadie por el pasillo. Los gemidos cesaron, a Dios gracias, y solo unos minutos después oí un ruido, el golpe seco similar al de una puerta al cerrarse, la puerta de al lado. Y corroída por la curiosidad de observar el aspecto de los amantes a los que había oído, acudí veloz a la mirilla de nuevo. Un joven

mulato cruzó ante mis ojos. Fue solo un par de segundos, una imagen distorsionada por el vidrio curvado de la oquedad de cristal pero pude distinguir su rostro con total claridad, era Samuel Valdés. El descubrimiento casi me produce una apoplejía.

Me aparté de la puerta como si quemase con el corazón latiéndome en la garganta.

Samuel Valdés había estado todo el tiempo en la habitación contigua.

¿Y con quién hacía el amor? ¿Quién estaba con él en aquella habitación? ¿Delia? Los gemidos eran de mujer, de eso estaba segura.

Y la mujer parecía disfrutar, no parecía que estuviesen forzándola.

¿La habría drogado?

¿Sería una amante distinta?

Pero, ¿qué clase de locura sin sentido era aquella?

Y lo más importante, ¿cómo podría avisar a Hans o Karim sin ponerles en peligro a ellos o a mí misma? Me había dejado el móvil cargando en la mesita de noche de mi habitación en *La Bella*. Maldición.

Miré el reloj, eran las cuatro de la tarde. Él y Augusto se habían citado en el hotel, probablemente en el hall.

Samuel Valdés iba solo.

¿Pero entonces quién había estado vigilando a Delia en su escondite, si es que había escondite? ¿Augusto Ríos o habría más compinches? Más gente... ¿más cabezas con las que repartir el dinero?

¿Y si Delia estaba en la habitación de al lado? ¿Y si había accedido a los deseos carnales de Samuel Valdés por miedo?

¿Y si Augusto Ríos y Samuel cambiaban de opinión en aquella reunión y decidían eliminarla sin más, sin esperar a la entrega del dinero?

¿Iba a quedarme allí parada sin saberlo?

No, claro que no lo haría.

La vida de Delia estaba en riesgo y yo tenía que hacer algo.

Salí al pasillo, hallándolo despejado, y con fingida tranquilidad me acerqué a aquella puerta y pegué mi oreja. Fui incapaz de oír nada en el interior, traté de observar por la mirilla y por un momento me pareció ver algo, volví a mirar, pero no, solo veía oscuridad. Parecía que la habitación estaba vacía, pero yo no había oído salir de ella a nadie más. Traté de empujar la puerta con suavidad, pero como era lógico estaba cerrada. Así que intenté algo que resultaba de lo más estúpido, pero que necesitaba hacer por si los milagros existían, e introduje mi tarjeta, la llave de mi habitación en la rendija.

Click.

Luz roja.

Obviamente no funcionaba.

Lo volví a intentar.

Click.

Y luz roja de nuevo. Demonios, definitivamente no existían los milagros.

¿O tal vez sí?

—Disculpe, señorita —me llamó una voz femenina sobresaltándome. Al girarme encontré a una joven mulata ataviada con uniforme de camarera de piso del hotel recién salida de una de las habitaciones a mi espalda, a la que embebida en mi afán de abrir aquella puerta no había oído llegar. En el pecho distinguí el dorado logotipo bordado junto al cual colgaba la joya de la corona, la llave maestra capaz de abrir todas aquellas puertas. Y decidí jugármelas todas a una.

—Esta maldita llave, que no abre —protesté fingiendo un gran descontento —. No puedo creerlo, una suite tan cara y una jodida llave de mierda que no es capaz de abrir la puerta. Necesito entrar a mi habitación porque mi marido se ha dejado la medicación para el corazón dentro y ahora voy a tener que bajar a recepción a que me arreglen esta maldita llave. Pero le garantizo que estos ineptos me van a oír abajo —proseguí decidida a alejarme por el pasillo.

—Espere un momento, señorita, a ver si es cosa de la cerradura —dijo la joven y, como a cámara lenta, introdujo su preciosa tarjeta en la rendija. Click. Y luz verde, cómo no—. Pues no, es su tarjeta, señorita.

—Es usted muy amable —dije sujetando la puerta para que no se cerrase—. En cuanto coja el tratamiento para mi esposo bajaré a que me la arreglen. Mil gracias de nuevo... Mercedes —leí el cartel de su pecho y la joven sonrió ampliamente con su rostro de luna llena.

Y desplegué aquella puerta con el corazón convertido en una locomotora, adentrándome en un suite idéntica a la mía, pensé al pisar el parqué. Aunque aquel dormitorio estaba bastante desordenado, se notaba que llevaba siendo utilizado varios días. En el suelo, a los pies de la cama, había una maleta entreabierta de la que sobresalía un sostén de raso azul. Di un paso más, hallando un vaso de agua en la mesita de noche, las sábanas revueltas, las cortinas cerradas a través de las cuales se colaba la luz del atardecer iluminando tenuemente la habitación.

Me pareció oír un ruido en el baño, muy sutil. Y sentí la tentación de echar a correr. Pero no, no podía hacerlo, por fin estaba dentro de aquella habitación en la que con casi total probabilidad había estado Delia en algún momento desde su secuestro. No podía saberlo.

Caminé hasta el baño con sigilo. La puerta estaba casi cerrada pero la empujé con los dedos suavemente. Se abrió.

Mi corazón casi se sale del pecho al descubrir a Delia en el suelo, vestida únicamente por un camisón negro de satén, con el rostro oculto bajo la larga melena morena, atada con lo que parecía el cargador de un teléfono móvil al lavabo, apoyada sobre la pared, descalza.

—Delia... —la llamé, arrodillándome a su lado preocupada. Ella pareció despertar de su letargo.

—Alma —suspiró con un hilo de voz, alzando el rostro para mirarme, con el negro rímel corrido tiznando sus mejillas—. No puedo más —jadeó.

—Dios mío, ¿estás bien? ¿Qué te han hecho? —requerí desatando los nudos que la mantenían unida al lavabo que deshice con relativa facilidad. Tiré de

ella, asiéndola con fuerza, fuerza que escaseaba en el cuerpo de mi amiga que rendida se agarraba a mí.

La llevé hasta la cama, dejándola allí tumbada.

—¿Necesitas agua?, ¿cómo puedo ayudarte?

—Sí. Ahí enfrente, en el armario, dame mi pantalón —pidió. Yo me incorporé, abriendo las puertas del mueble, y de pronto una bombilla se encendió en mi cabeza.

No había visto marcas de ligaduras en sus muñecas, ni el menor roce. Si hubiese pasado días u horas atada debería tenerlas. Su primera petición había sido un pantalón, no agua, ni comida, ni salir corriendo. Y lo más revelador: su ropa estaba en el armario, colocada. Estaba atada al baño de un hotel, sola, con su secuestrador lejos de allí, donde las finísimas paredes hubiesen dado la alarma automáticamente tal y como había dicho Hans.

—Delia —pregunté sin girarme, tomando la prenda del armario—. ¿Por qué no has gritado?

Sentí un golpe seco en la nuca y me desmayé.

Capítulo 16

No éramos tan amigas

LA cabeza dolía, con fuerza, también los labios, toda la boca. La habitación daba vueltas a mi alrededor cuando logré abrí los ojos. Intenté gritar pero alguien me había introducido una gran bola de trapo en la boca que me impedía hablar y casi respirar. Estaba tendida en la cama, con las manos atadas por encima de mi cabeza, unidas con una especie de tejido suave, quizá una corbata de seda sospeché por el tacto, anudadas a la estructura de la cama. Mis ojos fueron enfocando poco a poco el derredor, era difícil porque cada vez que los abría, cada vez que movía un solo músculo de mi cara la brecha que intuía abierta en la zona posterior de mi cabeza, por encima de la nuca, dolía como el infierno.

Entonces la vi, sentada en un cómodo sillón frente a la cama. Delia.

Maldita zorra.

Con las piernas cruzadas a lo Sharon Stone, embutida en un apretado vestido rojo Valentino a la rodilla cuyo generoso escote dejaba al descubierto el abismo de entre sus pechos, y la negra melena que antes había visto alborozada elegantemente peinada. El rímel corrido que enmarcaba sus bonitos ojos negros había desaparecido. En sus voluptuosos labios teñidos de carmín hallé una sonrisa cargada de la más profunda de las maldades.

Jugaba entre sus dedos con las patillas de unas enormes gafas de sol, paseándolas por el escote esculpido arriba y abajo, con aire coqueto.

Traté de hablar, pero de mis labios solo escapó un gemido. Ella alzó su mano derecha, meciendo entre sus dedos un negro revólver, para mostrármelo.

—¿Por qué tuviste que involucrarte? ¿Por qué ponerte en riesgo? No éramos tan amigas —dijo de improviso, desconcertándome.

Intenté hablar de nuevo, pero aquel grueso pedazo de tela oprimía mi lengua, ocupando todo el interior de mi boca, solo pude gemir.

—Voy a sacarte el pañuelo de la boca —advirtió incorporándose, caminando hacia mí, deteniéndose justo frente a mi rostro con aquella pesada arma en sus manos. Abrió el cajón de la mesita de noche del que extrajo un pequeño tubo metálico que enroscó al cañón del arma, un silenciador—. Pero si gritas, o si creo que vas a gritar —añadió ampliando su cínica sonrisa—, te dispararé. Bang y la buena de Alma, la estupenda fotógrafa, se irá al otro barrio y dejará de inmiscuirse en asuntos que no le importan —advirtió, tirando del pedazo de tela hasta sacarlo de mi boca, dejándolo caer al suelo.

El alivio fue inmediato en cuanto mis labios en tensión pudieron relajarse, cuando la saliva volvió a humedecer mi boca seca como una estera.

—¿Por qué, Delia?, ¿por qué haces esto? ¿Por dinero?

—¿Por dinero? Lo dices como si intentar sobrevivir fuese algo malo, ahora tengo lo que siempre soñé. He pasado horas fingiendo ser la amantísima esposa de ese maldito viejo, fingiendo que cuando se me subía encima aplastándome con su inmensa barriga y se corría antes de que yo llegase a sentir algo me encantaba —relataba, mirándome fijamente a los ojos, pero con la mente lejos, muy lejos de allí. Yo la oía alerta, prevenida ante su reacción cuando regresase del éxtasis mental en el que parecía hallarse—. Y ahora todo iba a ser para nada. Lo perdería todo, todo.

—Pero, ¿por qué? Si él está loco por ti.

—Estoy embarazada.

—¿Embarazada? Bueno, pero eso... eso no es nada malo, estoy segura de que a Cristóbal le hará muy feliz.

—No es suyo, imbécil. Cristóbal se hizo la vasectomía después de tener a su hija Nuria. A esa niñata repelente y desagradable. En cuanto Cristóbal se enterase me dejaría en la calle, sin nada, como a una puta barata —dijo atravesándome con sus profundos ojos negros, asiendo el arma con decisión —. Pero ahora, cuando Samuel le vuele la tapa de los sesos volveré a tenerlo todo, seré la viuda más poderosa de toda Latinoamérica, todo será mío y del padre de mi hijo, Augusto, mi amante desde el mismo día de la boda —confesó con una risa demente que me estremeció.

—¿Augusto y tú...? —pregunté atónita y ella asintió—. ¿Cómo has podido acostarte con su hijo?

—La pregunta es; ¿por qué quedarme con el padre pudiendo tener al hijo? Augusto me quiere, y yo le quiero a él. ¿Por qué crees que tonteaba contigo y con esa zorra de Tutti? Para ponerme celosa, para empujarme a hacerlo, porque este era el momento, no podíamos esperar más. En un par de meses mi embarazo será evidente —dijo acariciándose el vientre. Ya para entonces supe que Delia no pensaba dejarme salir con vida de aquella habitación, por eso me revelaba sus planes en una especie de catarsis final—. Nadie sospechará nada cuando Samuel lo mate, al fin y al cabo le odia por haber dejado a su hermana muerta en vida, es lógico que quiera su venganza.

—Y para eso te acostabas con Samuel, ¿para convencerle?

—El muy idiota aún piensa que me marcharé con él cuando esto acabe —rió.

Trataba de liberar mis manos, firmemente atadas con aquella tela suave, giraba las muñecas con disimulo para no llamar su atención, empujaba con los dedos los nudos entre una y otra mano, tratando de soltar al menos una de ellas.

Delia me apuntó con el arma de nuevo en la sien y su sonrisa carmesí se hizo inmensa.

—¿Y vas a matar a tu marido, a un hombre inocente, solo por dinero? —

inquirí. Necesitaba tiempo, uno de los nudos parecía ceder y la presión disminuía en mi mano derecha.

—¿Un hombre inocente? —se sorprendió y dejó escapar una fluida risa que rezumaba sarcasmo, descendiendo el arma pesada, apoyándola con la mano sobre su cadera para volver a dirigirse a mí—. Alma, querida, ¿tan ciega estás? No se obtiene esa fortuna, esas mansiones, esos coches, ese jet privado, ¿sabes que Cristóbal tiene incluso una jodida isla en el pacífico? Eso no se consigue siendo un hombre inocente. Te contaré un secreto —dijo en un susurro con voz cómplice—. No solo transportan tabaco en esos contenedores, querida. Hay negocios mucho más rentables por aquí. Pero ahora estaba arrepentido el muy imbécil, ahora quería apartarse de todo lo que le había convertido en un hombre rico —reveló deleitándose con mi estupefacción. Se echó a reír de nuevo, como loca—. Sí, querida, a Cristóbal Ríos el tabaco le convirtió en un hombre rico, pero la *coca* le hizo multimillonario. Trabaja para un poderoso cartel colombiano transportando fardos camuflados entre toneladas y toneladas de tabaco —relataba, de pie a mi lado, mirándome a los ojos decidida. Yo la oía sobrecogida mientras no cejaba de mover las manos logrando soltar uno de los nudos de mi muñeca derecha—. Pero ahora le han ofrecido aumentar el negocio, multiplicando los beneficios solo por transportar a unas cuantas putas indígenas y venderlas en Estados Unidos.

—¿Mujeres? ¿Pensáis traficar con mujeres?

—Y ese maldito viejo se ha acojonado. ¡Puto viejo cagón! —apuntó casi con comicidad, si no fuese porque aquella demente hablaba de esclavizar mujeres y pretendía volarme la cabeza en cuanto terminase de relatarme todo aquello—. Y quiere dejarlo todo. ¿No es ridículo? Que a estas alturas aún finja tener escrúpulos. Pero cuando esta noche salga el cargamento de tabaco hacia Long Beach, con mil doscientos kilos de cocaína en sus entrañas, seremos Augusto y yo quienes tratemos con el señor Bocanegra. Adiós, Cristóbal, adiós —añadió haciendo el ademán con los dedos de su mano libre.

—Pero si le matáis la policía investigará.

—¿La policía? Tranquila, también hemos pensado en eso —apuntó sin otorgar mayor importancia a lo que estaba dando a entender, que tenían comprada a la policía—. Y toooodo pasará a mi nombre y al de Augusto. A su hija menor con unos millones de dólares le callaremos la boca para que no pregunte más de la cuenta —se regocijaba, volviendo a dirigir su arma hacia mí, apuntándola a mi sien con decisión. El nudo se liberaba—. Y esta noche, cuando por fin sea una triste viuda, cuando el escolta que le acompaña, al que Augusto ha ordenado disparar a matar a Samuel Valdés en cuanto este acabe con Cristóbal, el círculo quedará cerrado —aseguró haciendo un gesto, encogiéndose de hombros, indicando que yo solo era un escollo que había que superar.

—¿Y para eso me pediste que viniese a verte? ¿Para eso me ofreciste tu casa? ¿Para matarme?

—No, no. ¡No! —protestó alejando el arma de mí de nuevo—. Tú solo

tenías que ver cuánto me amaba mi marido, cuánto luchaba por salvarme y consolarme cuando enviudase. ¡No tenías que jugar a los policías con ese imbécil!

De pronto la puerta de la habitación se abrió, Delia alzó el arma alerta, llevándose un dedo a los labios, pidiéndome silencio.

—Vámonos, vámonos —pedía Augusto adentrándose en la estancia apremiado—. ¿Qué hace ella aquí? —requirió atónito al descubrirme tirada en aquella cama. Estaba despeinado con la cara blanquecina desencajada y ojos secos de besugo. Llevaba la corbata gris desanudada y el cuello enrojecido, su frente estaba empapada de sudor con el cabello pegado a la piel.

—¿Qué ha pasado? —exigió Delia preocupada, olvidándose por un momento de mí que con mi mano libre me esforzaba en liberar la otra, ocultas entre el cabecero y la cama.

—Ese jodido inútil de Samuel, no ha sido capaz de dispararle, el muy imbécil —protestaba Augusto fuera de sí, los ojos de mi antigua amiga parecían estar a punto de salir de sus órbitas y caer rodando a los pies de la cama—. Dudó, mi padre y varios testigos le vieron apuntándole y a Yuri no le quedó otra que dispararle. No creen que sobreviva, según me ha dicho mi padre por teléfono.

—Maldito inútil, ojalá se muera —dijo Delia refiriéndose al hombre que tan solo unas horas antes la penetraba con fervor en aquella misma cama—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Están buscándote por todas partes. Tienes que marcharte, aparecer en el lugar que acordamos si todo fallaba, fingiendo que fuiste retenida. Pero, ¿qué hace ella aquí? —insistió al ver que no contestaba a su pregunta.

—Se coló en la habitación.

—Pues mátala de una vez, así creerán que fue Samuel antes de ir a por el dinero. ¿Alguien más sabe que estás aquí? —me preguntó directamente a mí. ¿Pero qué pensaba que iba a contestarle: no, nadie lo sabe, puedes matarme tranquilo?

Delia caminó hasta mi lado decidida de nuevo. Mi mano derecha estaba libre, fingiendo permanecer atada a la estructura de la cama, no así la izquierda, aún no había logrado librarla del todo.

Sentí el frío acero en la frente. Cerré los ojos.

—Adiós, amiga —dijo y sentí cómo el martillo del revólver hacía *click*.

Entonces se produjo un gran estruendo cuando la puerta se abrió de golpe. Aproveché la distracción que produjo el ruido en mi verdugo para golpear el arma con todas mis fuerzas, con mi mano derecha, haciéndola saltar por los aires, cayendo al suelo por el lado opuesto de la cama.

Augusto reaccionó con rapidez, recuperando la pistola del suelo y apuntándome con ella en la sien, colocándose a horcajadas sobre mí, aplastándome en la cama.

—¡Quietos o les vuelo la tapa de los sesos! —gritó quien había reventado la puerta adentrándose en el salón de la suite, su enérgica voz resultaba

inconfundible para mí. Hans entró en la habitación seguido de la policía, cinco o seis agentes, apuntándoles con su pistola semiautomática asida entre ambas manos con decisión. Delia alzó sus brazos al aire. Los ojos de cielo de Hans me alcanzaron por un instante y su expresión me hizo saber lo demacrado de mi aspecto—. Apártate de ella —exigió a Augusto.

—Si dais un paso más le reviento la cabeza.

—Augusto, estáis rodeados, es imposible que salgáis de aquí —dijo Hans.

—Nunca confié en ti, ¿sabes? Nunca creí que fueses el empleado abnegado y fiel que fingías ser —clamó Augusto Ríos apretando el arma contra mi frente—. Vais a dejar que ella se marche. Delia, vete.

—Augusto no, por favor, cariño, no lo hagas.

—El pasillo también está lleno de policías, no tenéis escapatoria —advirtió Hans. Los ojos de Augusto le miraron un instante antes de regresar a mí.

—Siempre hay una salida —dijo tirando del martillo del revólver, y entonces oí el *click*, el *click* que precedía a la muerte, a que mis sesos estucasen la pared del dormitorio—. Maldita zorra, por tu cul...

El cuerpo inerte de Augusto Ríos se desplomó sobre mí. El disparo certero de Hans le atravesó el cráneo, pereciendo en el acto, salpicándome con su sangre. Pero él me lo quitó de encima, empujándolo hacia detrás, haciéndole rodar por el suelo mientras Delia gritaba como una posesa, completamente fuera de sí junto al cuerpo inerte de su amado.

Hans liberó mi mano atada y hallé en sus ojos una paz inigualable, me sonrió y yo le abracé con energía, estar a su lado era estar a salvo. Pero entonces una mueca de dolor sesgó en dos su rostro, llevó una mano al costado y esta regresó llena de sangre. Me aparté y vi a Delia de pie a su lado, con un abrecartas en la mano por cuyo filo resbalaba sangre. Uno de los agentes se arrojó sobre ella, arrebatándole el arma de entre las manos, reteniéndola.

Hans cayó de rodillas en el suelo junto a la cama.

—¡Agente herido, agente herido! —gritaba uno de los policías, agachándose a su lado para tratar de asistirle. Le rompió la camiseta y yo me arrodillé a su lado desesperada, comprobando cómo manaba una profusa cantidad de sangre de la herida, entre las costillas en el lado derecho.

Hans me miraba con los ojos muy abiertos, anhelantes, mientras trataba de respirar, pero al hacerlo el aire se colaba por el agujero, borboteando la sangre.

—Señorita, apártese de él, hemos avisado a una ambulancia —me pidió el agente que presionaba la herida con la tela de la camiseta.

—¿Eres médico? —le pregunté.

—No, no... pero la ambulancia viene de camino.

—Entonces apártate, sé qué hacer —grité para que me dejase en paz. Debía taponar aquella herida, pero si lo hacía por completo la sangre no saldría por esta e inundaría el pulmón—. Maldita seas, Alma, ¿por qué no pudiste prestar mayor atención en el curso de emergencias?— renegué furiosa conmigo

misma, con ganas de gritar, de romper en la histeria más absoluta. Pero si lo hacía, nadie podría ayudar a Hans. Me empeñé en recordar todo lo que aquel jovencísimo doctor nos había enseñado a las niñeras de Michelle y a mí en su curso de actuación en situaciones de riesgo. Recordaba su rostro aniñado, su acento extraño por la ortodoncia recién colocada. Pero la actuación ante una herida en el pulmón... Clamé a todos los santos del cielo mientras presionaba la brecha abierta en su carne con la tela. Solo estaba yo y una decena de policías, nadie le ayudaría si yo no lo hacía—. ¡Necesito un guante de plástico, unas tijeras y cinta adhesiva!

—La ambulancia está en camino —repitió otro de los agentes.

—¡Lo necesito ya! —clamé exasperada—. Tranquilo, tranquilo, te vas a poner bien, te lo prometo. Dame esas almohadas —pedí al agente que trataba de ayudarme y le incorporamos para favorecer la respiración. El rostro de Hans empalidecía por la gran pérdida de sangre, inspiraba agónicamente e intentaba hablar, decirme algo.

—Alma... Serás mi Valquiria... —suspiró con una sonrisa forzada y mirada sorprendentemente serena. Trataba de tranquilizarme, él trataba de tranquilizarme a mí, cuando su vida se escapaba por aquel agujero en el pecho.

Valquirias, apreté los labios conteniendo el llanto. Las Valquirias en la mitología nórdica eran las hijas de Odín, hermosas y fuertes guerreras que acompañan a los héroes caídos en la batalla a morir al Valhalla, un lugar comparable al cielo cristiano. Hans conocía aquella historia, Hans pensaba que iba a morir, con su mano fuertemente asida a la mía.

—No, no lo seré, seré la mujer que te trajo de vuelta. La que te va a ver envejecer y convertirte en un abuelo cascarrabias. No te vas a morir Hans, te lo prometo —proclamé limpiando las lágrimas que manaban de mis ojos. Un rollo de cinta americana y un guante de limpiadora llegaron a mis manos. No había tiempo para la duda, traté de recordar las indicaciones del médico post adolescente y larguirucho del curso y recordé sus palabras: taponar la herida dejando la parte inferior sin sellar para que salga la sangre. Recorté un pedazo de guante con la navaja del agente que me asistía, pegándolo en la herida con la cinta americana, dejando la parte inferior sin sellar. Y funcionó, cuando Hans inspiraba el plástico se adhería al orificio, tapándolo y cuando expiraba la sangre fluía por la herida. Di mentalmente las gracias a mi hermana Claudia y a su hipocondría.

—¡Es el detective Maynard! —gritó alguien que se adentraba en la habitación apremiado, su voz resultaba tan familiar. Era Karim, casi no pude reconocerle, embutido en uno de aquellos chalecos antibalas—. ¡Dejen sitio, ha llegado la ambulancia! —bramó enfervorecido—. Tranquilo, Travis, vas a salir de esta —dijo a Hans arrodillándose a nuestro lado.

Una camilla se adentró en la habitación seguida del personal de emergencia para atenderle. Yo permanecí asida a su mano mientras le colocaban un gotero, le llenaban de electrodos y le subían a la camilla.

«Está estable. ¿Pero quién ha hecho esto...? Le ha salvado la vida».

Oí, pero ni siquiera sé quién pudo decirlo.

En sus ojos se dibujó el miedo cuando se lo llevaban, cuando le apartaban de mí, besé sus labios lívidos y la camilla desapareció por el pasillo. Pero yo sabía que no podría acompañarle en la ambulancia. Ahora solo importaba él, que le atendiesen, que le salvasen.

Me desplomé en el suelo, sin energía.

Estaba completamente teñida de rojo, empapada en sangre, mi pecho, mi cuello, mis manos... De pronto todo el malestar que había sentido cuando Augusto apretaba el cañón del revolver contra mi frente regresó a mí, impidiéndome respirar. Sentí que me ahogaba.

—Alma, ¿estás bien? Estás temblando. Deja que te saque de aquí —dijo Karim, y agarrándome del brazo me condujo al exterior de aquella habitación. Pasamos junto al cadáver de Augusto que, con la boca abierta y los ojos blancos, abrazaba la muerte, y vi a Delia de pie, a un lateral de la puerta, esposada contra la pared. Karim me llevó por aquel largo corredor, mientras yo le miraba, absorta, completamente ida, caminando por inercia hasta llegar al ascensor—. ¿Estás bien? —insistió ante mi mutismo. Pude verme reflejada en el espejo del ascensor, con el rostro inflamado por el golpe y el cuello amoratado, con la cara, el pecho, los brazos completamente empapados de sangre ajena. De sangre de Hans. Travis, le había llamado Karim. Rompí a llorar, abrazándome al sirviente, o al policía, o a quienquiera que fuese aquel joven de piel cetrina que me acurrucó entre sus brazos resistiendo mi llanto.

Capítulo 17

Travis Maynard

DESPERTÉ en una fría habitación de hospital.

Sola.

Con varios puntos de sutura en la cabeza.

En un cuarto casi vacío en el que la luz del sol se colaba por las rendijas de la persianilla metálica, blanca como las paredes, como las sábanas, como mi ropa.

Ni siquiera recordaba haberme puesto aquel horrible camisón con diminutos lunares azules. Al menos conservaba la ropa interior debajo.

La puerta del baño se abrió e instintivamente me alarmé, cogí lo primero a mi alcance, una botella de agua de la mesita, bajando de la cama, preparada para un nuevo ataque.

—¿Piensas noquearme con eso? —preguntó Karim divertido. Vestía ropa de calle, nada de aquel chaleco gris con las letras POLICIA rotuladas en el pecho y espalda. Me miraba con sus hermosos ojos verdeagua.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto he dormido? —requerí indicando hacia la luz de la mañana que entraba a través de mi ventana.

—Lo suficiente.

—¿Cómo está Hans? —aquella era la más importante de todas las preguntas, y la más temida.

—Hans está bien. Siéntate, por favor, has sido tratada con unos calmantes muy fuertes —pidió y yo le obedecí. Con tal de que siguiese hablando hubiese hecho el pino—. Los médicos dicen que ha tenido mucha suerte de que alguien cualificado estuviese allí, sin tu parche de emergencia no hubiese sobrevivido —relató entusiasta, sonriendo.

—¿De verdad está bien? ¿No me mientes, Karim?

—De verdad, Alma. Está consciente, dolorido pero bien. Aunque... debes dejar de llamarme Karim, mi nombre es Edwin Djali, y soy agente de la policía secreta dominicana. Anoche fue la culminación de una operación policial de alto secreto que nos ha tenido en estrecha colaboración durante años con la DEA, la agencia norteamericana para el control de drogas, para desmantelar el tráfico mediado por la familia Ríos. El que anoche fue *baleado*, el hombre al que anoche le salvaste la vida no se llama Hans McBride, sino Travis Maynard y es agente de la DEA —añadió. Yo sentía cómo mi corazón se había acelerado, sus latidos atronaban mis oídos, mi cabeza, mi nuca... ¿Cómo podía ser aquello posible?

—¿La DEA?

—Drug Enforcement Administration, son las siglas en inglés.

—Entonces, toda esa historia de que Hans... quiero decir Tr... Travis había salvado la vida a Cristóbal Ríos... —balbuceaba atolondrada, con la mente abotargada por la sobrecarga de información.

—Ese fue el modo de infiltrar a Travis en *La Bella* y situarle cerca de Cristóbal Ríos. Una operación organizada para obtener su confianza y llevarle a la finca, dado que Cristóbal Ríos es extremadamente celoso de su intimidad —relataba Edwin, que con su mano alcanzó mi mejilla, acariciándola con suavidad para después agarrar mi mano—. Era el único modo de atraparles, a ellos y a su proveedor, en una operación desde dentro, pues la familia Ríos es una de las más influyentes de nuestro país y poseían fieles incluso entre la policía, quienes les advertían de cada redada.

—¿Y todo eso que me contaste de tu novia en el terremoto de Haití no era más que una absurda historia?

—Era parte de mi coartada, era la excusa para entrar en aquella casa. La hija mediana de Cristóbal Ríos estaba en Puerto Príncipe cuando sucedió el terremoto y falleció en el acto. Cuando acudí ante él contándole aquella historia se apiadó de mí y me puso a su servicio. Aunque pronto supe que Cristóbal y Augusto Ríos jamás hablaban de temas laborales en la mansión, excepto en contadas ocasiones en su despacho, en el que cuenta con inhibidores de frecuencia para micrófonos ocultos —aseguró buscando la cartera con su mano libre, sin soltar la mía. Yo le observaba desconfiada, a aquellas alturas ya no sabía qué creer y qué no. La abrió, mostrándome la fotografía de una bella mujer mulata, con el cabello caracoleado y ojos negros que asía entre sus brazos un bebé de piel más oscura, regordete, con la cara redondeada, grandes mofletes y unos hermosos ojos verdes—. Se llama Larisa, es mi esposa y ese es mi hijo, Rodrigo, tiene tres años y prácticamente no le conozco, no lo veo desde que tenía dos meses. Esta misión ha trastocado nuestras vidas, demasiado —afirmó apretando mi mano—, pero ha sido por una buena causa.

—¿Cómo puedes soportarlo? ¿Cómo puede soportarlo tu mujer?

—Cuando ella me conoció ya trabajaba en esto —admitió, sin abandonar la sonrisa, devolviendo la cartera al bolsillo, soltando mi mano—. Le costó un poco aceptarlo al principio, pero sabe que es mucho el bien que hago, que hacemos.

Y tanto.

—¿Y qué pasará ahora con la plantación, con la mansión y todos los empleados?

—El gobierno se hará cargo de ellos, puedes estar tranquila. He obtenido la palabra del delegado de gobernación de que no les faltará de nada, y puedes estar segura de que personalmente me aseguraré de ello.

—¿Y Darinda? ¿Sabes que tiene un hijo de...?

—¿De Augusto Ríos? Sí, lo sé, me lo confesó una noche entre lágrimas, y te

garantizo que si tras el juicio queda un solo dólar trataré de convencerla para que luche por él para su pequeño.

—Entonces, todo ha acabado, ¿no? ¿Puedo irme a casa? —pregunté ansiosa por salir de allí, por desaparecer—. Aunque en realidad no sé dónde ir, puede que al Sheraton, pero ni siquiera tengo ropa aquí.

—Anoche te tomaron declaración, no sé si lo recuerdas —dijo y yo asentí. Como envuelto en una espesa bruma, pero sí, lo recordaba—. Y gracias a tu información interceptamos en el puerto un importantísimo cargamento de drogas que implica directamente a la familia Ríos. Así que eres libre de marcharte, siempre que nos digas cómo localizarte por si el juez decide entrevistarse contigo, que no lo creo dado que tanto Delia como el propio Cristóbal Ríos han cantado como jilgueros ante el magistrado, acusándose mutuamente.

—¿Y ese chico, Samuel Valdés?

—Ese pobre diablo se dejó engañar a cambio de promesas de un costoso tratamiento para su hermana en los Estados Unidos. Está vivo, estable, sobrevivirá —reveló, apretando los voluminosos labios que conformaron una línea recta—. Travis se encuentra en la habitación 201, en esta misma planta, por si quieres ir a verle —advirtió, yo desvié la mirada al suelo, rehuyendo aquella respuesta—. Me encargaré de que traigan tu ropa desde *La Bella* —advirtió y Edwin Djali me besó en la frente como despedida antes de abandonar mi cuarto.

Y volví a quedarme a solas en aquella estancia blanca, desnuda, vacía, desierta, como mi alma.

A la mañana siguiente recibí el alta, todos los escáneres y pruebas habían salido bien así que no tenía que permanecer en aquel hospital ni un segundo más. Edwin se encargó de hacerme llegar mi ropa tal y como prometió. Y recibí mi maleta junto con mi cámara fotográfica y mi teléfono móvil, de manos de un agente de la policía dominicana.

Llamé a mi hermana y la informé de lo sucedido, tuve que emplearme a fondo para convencerla de que no tomase un vuelo directo a Santo Domingo, incluso tuve que conectar una video llamada vía Skype para que me viese con sus propios ojos. Le pedí que no le contase nada a mi madre, no hasta que yo regresase a casa y ella asumió que era lo mejor.

Me vestí y recuperé mi bolso que habían dejado en mi mesita de noche metido en una bolsa de papel. Ya lo tenía todo listo, podía marcharme, nada me retenía allí.

Sin embargo sentía que no podía irme.

«Serás mi Valquiria...», me había dicho a las puertas de la muerte.

Algo dentro del pecho dolía con solo imaginar que me alejaba sin más, sin mirar atrás.

«Mi Valquiria...».

Sabía que si abandonaba aquella habitación, aquel hospital, sin despedirme de Hans, de Travis, con casi total probabilidad no volvería a verle en toda mi

vida, pues no sabía nada de él. Nada. Además dudaba de si a él le apetecería verme ahora que su papel había acabado, pues yo no había sido más que un escollo en su misión secreta, un mal necesario.

¿Qué debía hacer?

Tomé mi maleta dispuesta a marcharme, a desaparecer, a olvidarme de todo lo que me había sucedido la última semana, a pesar de que sabía que las vivencias que habíamos compartido, lo que había sentido entre sus brazos, jamás lo olvidaría.

Y es que había sido capaz de enamorarme como una lela de aquel falso Hans. Yo que jamás creí que sería capaz de colgarme tanto de alguien como lo había hecho de aquel magnífico *actor*.

Y todo había sido mentira.

Todo no, lo que yo sentía era real, muy real.

Temía su reacción al verme. Si detectaba en su mirada cristalina o en sus labios algún tipo de mueca de rechazo, de repudia, me ocasionaría un dolor difícil de sanar.

Cuando atravesé la puerta de aquella habitación lo hice conteniendo el aliento, apretando los puños, resistiendo las ganas de huir corriendo. El rostro bruno de Edwin fue el primero en ser alcanzado por mis ojos, conversaba animadamente de pie junto a la cama, a su lado había un par de hombres, agentes supuse, embutidos en sobrios trajes de paño gris, uno de ellos me ocultaba la visión de la cama en la que se hallaba Travis.

Los ojos de todos los presentes se dirigieron a mí al descubrirme atravesando el umbral. Los agentes salieron al verme entrar.

Entonces lo vi.

Recostado en aquella cama, con el ridículo pijama moteado del hospital sobre el que resaltaban sus ojos de un azul infinito, y el cabello rubio. Me miró con fijeza y sencillamente me olvidé de respirar. Sonrió, al parecer complacido con mi visita, y me adentré en la habitación con los alborotados latidos de mi corazón como banda sonora.

Caminé hacia aquella cama, despacio, con la incertidumbre pesando sobre mis pasos, como si lo hiciese sobre cristales rotos.

—Bueno, me marcho, tenéis mucho de qué hablar —advirtió Edwin, dedicándome una sonrisa como despedida, cuando me encontraba a escasos centímetros de la cama.

Le habían retirado el suero, pero conservaba un vendaje alrededor de su hombro derecho y el brazo inmovilizado en cabestrillo. Una descuidada barba dorada nacía en su mentón. Ni aún recién de vuelta de las puertas de la muerte dejaba de estar atractivo.

—¿Cómo estás?

—He estado mejor —bromeó, sonriendo de nuevo, deleitándome con los surcos que se dibujaban en sus mejillas al hacerlo—. Estoy bien, incluso me han quitado el drenaje. Dicen que he tenido mucha suerte de que estuvieses allí, es muy probable que mañana me den el alta si todo sigue igual de bien.

—Me alegro por ti —respondí justo a su lado, viéndome reflejada en el interior de sus ojos azules, seducida por ese modo de sonreír único e irrepetible. Y entonces, le abofeteé con toda mi alma, dispuesta a partirme los metatarsos contra su bello rostro de agente secreto. Probablemente sus reflejos privilegiados podrían haberle hecho evitar mi bofetada, haberla interceptado, pero no lo hizo, se dejó golpear, resistiéndola con estoicidad—. Esto es por haberme engañado —aclaré por si quedaba alguna duda.

—Está bien —dijo, paseando la mano izquierda por la mejilla dañada en un tacto de reconocimiento.

—¿Tú también tienes hijos? ¿Una mujer a la que no le importa que en tus misiones andes acostándote con cuanta idiota se te pone por delante? —le recriminé, furiosa—. Has debido de reírte mucho de mí.

—No me he reído de ti, en absoluto —advirtió, agarrando mi brazo—. Es cierto que te he mentido, porque no me quedaba otra, pero no me he burlado de ti. No tengo mujer, ni hijos, no sé por qué dices eso.

—Porque me he pasado los últimos días haciendo el gilipollas, Hans, Travis, o como te llames. Yo pensaba que tú y yo... Que entre tú y yo... —qué difícil exponer aquello—. Me lo creí todo, ¿vale? Todo eso del miedo a los hospitales, lo de tu madre... todo.

—Alma, fue una misión secreta la que me trajo hasta aquí, y eso era lo primero. La vida de muchas personas corría riesgo, no podía contarte sino la versión que había dado a todo el mundo —apuntó serio, sensato, muy metido en su papel de agente de la DEA—. Pero todo lo que te he contado sobre mi madre, sobre mi familia... es absolutamente real. No tienes ni idea lo duro que ha sido para mí, resistirme a ti —confesó capturando mi total atención, alerta, desconfiada—. Lo intenté con todas mis fuerzas, desde el primer momento trataba de hacer mi papel, de fingir que no sentía nada hacia ti. Y sin embargo no podía evitarlo. A cada movimiento, a cada mirada, a cada gesto, cada vez que hablábamos me atraías más y más, de un modo irresistible. Jamás había experimentado algo así por nadie, en eso tampoco te mentí. Por eso, cuando me confesaste que sentías algo por mí me moría de celos de Hans, porque yo quería que te enamorases del auténtico Travis y no del personaje —confesó, con una tímida sonrisa en los labios que reflejaba un comedido pudor al estar revelándome sin tapujos lo que sentía—. No me llamo Hans McBride, mi nombre es Travis Maynard, un tipo que había empezado a dar por sentado que el amor no existía —afirmó decidido, sin soltar mi mano, acariciándola con suavidad—. Y tú me has demostrado lo contrario.

—¿Y cómo puedo creerte ahora? Me engañaste demasiado bien.

—Porque cada vez que te besé, cada vez que te abracé, cada vez que hicimos el amor, hacías el amor con Travis Maynard, con el hijo mayor de Richard Maynard, dueño de una humilde imprenta en Texas; campeón de rugby en la universidad, un prepotente muy seductor para las amigas de su hermana; segundo de su promoción como agente especial de la DEA. No fingía, no pretendía, ese era yo. Y si tú quieres, solo si tú quieres, puedo

demostrarte hasta qué punto era así.

—Travis... —cómo me costaba llamarle de ese modo—. Yo... no sé. No puedo permitirme que me hagas daño, siento cosas por ti. Y tengo miedo porque cuando eras Hans McBride sabía a qué atenerme contigo, pero ahora no lo sé y me aterroriza que me hagas daño.

—También tú puedes herirme a mí, mi corazón no es de piedra —rebatió decidido, con su robusta mano cosida a la mía—. Pero no lo harás, ¿verdad? No me harás daño —dijo y tiró de mí con suavidad. Cerré los ojos, recibiendo un cálido beso en los labios que provocó que mi estómago se llenase de mariposas, haciéndome sentir como una quinceañera. Un beso que revelaba lo mucho que nos anhelábamos el uno al otro.

Cuando abrí los ojos y hallé el océano infinito de su iris, supe que deseaba perderme en él, para siempre.

Volví a besarle, con dulzura, a él, a Travis Maynard, al hijo mayor de Richard Maynard dueño de una humilde imprenta de Texas, agente especial de la DEA y amante apasionado como no había conocido otro.

—Me alojaré en el complejo Puntacana Holiday Resort, en el bungalow 122, hasta el jueves próximo, cuando regresaré a Madrid, dentro de nueve días —susurré a su oído, revelándole la reserva que había realizado aquella misma mañana, y me marché de la habitación.

Desconocía si Travis vendría a buscarme o no, nuestras vidas eran demasiado distintas, demasiado complicadas, pero en el fondo de mi corazón guardaba la secreta ilusión de que si lo hacía, al menos lograríamos despedirnos del modo apropiado.

Capítulo 18

Ella

CENTRAL de operaciones de la DEA en República Dominicana

Día cinco tras la finalización de la operación internacional contra el narcotráfico denominada *La Bella Escondida*.

Edificio La Cumbre

Avenida Tiradentes

Santo Domingo

9:25h

La supervisora de segundo nivel Katia Stevenson mordía el pulsador de su bolígrafo con cuerpo de cristal tallado mientras leía el informe que tenía ante ella. Eso quería decir, a ojos del agente especial de la DEA Travis Maynard, que estaba incómoda y dudaba del modo de iniciar aquella conversación.

Sentado frente a ella ante la gran mesa victoriana de su despacho en el centro de operaciones que desde hacía más de dos años tenían en la capital dominicana, con la luz del sol colándose a través de las persianas verticales en una de las últimas plantas del alto edificio desde el que se divisaba la bulliciosa avenida de Tiradentes, Travis guardaba silencio, sin reflejar en el rostro lo mucho que aún le dolían las costillas bajo el vendaje, y ofrecía el tiempo necesario a la mujer para leer el informe que le había entregado.

Katia Stevenson releía el documento, conocía con todo detalle cada paso dado en la operación, había entregado a esta casi tres años de su vida, alejada de su marido y sus dos hijos que permanecían en Minnesota, visitándoles con tan escasa frecuencia que cada vez que se detenía frente a la puerta de madera lacada de su vivienda a las afueras de Mineápolis, le invadía un intenso temor a que no la reconociesen. Pero aquella no había sido una operación cualquiera, habían detenido a uno de los más importantes correos de la droga que durante los últimos años había conectado los Estados Unidos de América con uno de los principales cárteles de la droga colombiana. Correo que, no teniendo suficiente con los envíos de cocaína, estaba decidido a dar el paso a la trata de blancas, transportando mujeres secuestradas en las zonas rurales para ser vendidas como prostitutas en burdeles de toda Norte América. Y además habían capturado al lugarteniente de Ronaldo Bocanegra, Aniceto Pérez, *el Kino*, quien aguardaba la droga en el puerto de Long Beach, en California. Una operación que sin duda haría sobrevolar un merecido ascenso sobre su cabeza. Y ella, precisamente ella, fue quien exigió a sus superiores al agente especial Travis Maynard como infiltrado. Un hombre serio, incluso en las

distancias cortas, antiguo marine de los Estados Unidos destinado en Irak que a su vuelta decidió ingresar en la DEA para luchar contra la droga, tras haber comprobado con sus propios ojos lo que esta había perjudicado a sus antiguos compañeros. Licenciado en derecho penal con honores por la universidad de Stanford, de respuesta rápida e infalible, no había tenido jamás un problema por las actuaciones del tejano, por todo ello no le cuadraba su comportamiento durante la finalización de la misión *La Bella Escondida*.

El agente especial Maynard había puesto en riesgo la operación al llevar consigo a una civil, la señorita Alma Jenssen, amiga personal de Delia de Ríos, para más inri, hasta el hotel en el que se produjeron las detenciones. Un hecho por el que sería penalizado, quizá incluso pospusiese su ascenso a la categoría GS13 durante un año para así contentar a sus superiores, que le exigirían que su comportamiento irresponsable fuese expedientado.

Pero por encima de todo, Katia Stevenson confiaba en el hombre que tenía ante ella, porque su labor como agente a su servicio en los últimos años había sido intachable. Y el contacto laboral había dado paso a la amistad y sabía que el comportamiento del agente Maynard debía tener una explicación.

—Esto está muy bien, Travis, y adjuntaré un informe detallado explicando tu comportamiento, corroborado además palabra por palabra por tu compañero en esta misión, el agente dominicano Edwin Djali, pero de veras... no quiero la versión oficial, no quiero tus excusas de que no era seguro dejar a la señorita Jenssen a su libre albedrío. Quiero entenderlo, entenderte. ¿Cómo pudiste arriesgarte tanto? ¿Por qué? Podríais haberla retenido, hay medios para hacerlo durante las horas necesarias para que la operación concluyese. Podíais haberla entregado a los agentes especiales de la operación de la división dominicana para que la vigilasen mientras todo llegaba a su fin, cualquier cosa en lugar de llevarla al hotel en el que probablemente se desencadenarían las detenciones.

—Le recuerdo que la señorita Jenssen me ha salvado la vida.

—Y yo te recuerdo que, con casi total probabilidad, si ella no hubiese estado en la habitación no hubieses resultado herido.

—¿Me permite hablarle con franqueza, señora?

—Claro que sí. En este momento te estoy hablando como amiga, no como tu superior.

—Jamás hubiese dejado a Alma Jenssen al cuidado, la supervisión o como quieras llamarlo de un agente que no fuese yo.

—¿Y eso por qué, Travis?

—Porque estoy enamorado de ella —dijo mirándola con determinación. La supervisora de la DEA hubiese esperado cualquier respuesta menos aquella. Travis Maynard era un hombre no dado a las concesiones personales, no solía hablar de su vida y en los cinco años que llevaba trabajando bajo sus órdenes jamás le había hablado de novias o cualquier tipo de relaciones. Tanto era así que Katia comenzaba a creer que ocultaba alguna especie de secreto personal al respecto. Y sin embargo ahí estaba, diciéndole abiertamente, en una

situación que nunca creyeron ver sus ojos, que se había enamorado en el transcurso de una investigación.

—Vaya, eso sí que no lo esperaba.

—Es la verdad, Katia. Aunque esto en nada me ha impedido el correcto desarrollo de la misión, a excepción de la situación vivida en el hotel. Lo cierto es que no contaba con que algo así pudiese sucederme, pero ha ocurrido. Y jamás habría dejado a Alma bajo la vigilancia de ningún agente sin que se me garantizase su absoluta y completa seguridad. Y tanto usted como yo sabemos que en las circunstancias en las que vivimos eso no habría sido posible. No sabemos hasta dónde alcanzan las redes de los narcotraficantes y temía por su seguridad.

—Muy bien, Travis, te avisaré en cuanto reciba respuesta de mis superiores. Creo que has hecho bien en omitir tu implicación personal con la civil en el informe, no quiero que tu comportamiento se juzgue a la ligera pues estoy convencida de que lo ocurrido es algo excepcional y espero que no vuelva a suceder.

—Si ella me corresponde, señora, le garantizo que no volverá a suceder en la vida —dijo muy serio.

—Enhorabuena entonces, Travis. Te deseo todo lo mejor, lo mereces —admitió con una sonrisa—. Termina de sanar tus heridas y después disfruta de unas merecidas vacaciones.

Travis nunca imaginó que sería capaz de decir aquellas palabras en voz alta. «*Estoy enamorado de ella*». Y mucho menos que lo haría ante su superior. Pero se había sentido secretamente liberado después de hacerlo. ¿Sería capaz de repetirlas cuando los brillantes ojos verdes de Alma le atravesasen sin remedio?

Estaba dispuesto a intentarlo.

Había pasado tres días en el hospital sin saber nada de ella desde que se despidieron en su habitación. Tres días eternos en su ausencia. Y aún le costaba dar crédito a lo que Alma había despertado en él. Pero era cierto, se había enamorado de ella, de su sonrisa, de su sentido del humor y su curiosidad, de su cuerpo suave y menudo. Alma Jenssen se había clavado en su pecho de tal modo que estaba convencido de que ni siquiera el abrecartas con el que fue apuñalado había llegado tan hondo.

No pudo evitarlo. Cuando la vio en compañía de Delia le pareció una joven hermosa, como tantas otras que había visto en aquella misión, pero cuando Alma fue a buscarle al jardín, a enfrentarle por su desaire, no pudo evitar sentirse capturado por aquella joven descarada y contestona.

Y aquellos besos en la cueva del Corvejón... su entrepierna se endurecía con solo recordarlos. Cómo respondía a su contacto, a cada caricia suya, el sabor único de aquella boca tierna y ardiente. Qué difícil fue resistirse a hacerle el amor, cuando sus labios no le pedían otra cosa, cuando comprobó el modo en el que se deshacía entre sus brazos sin ni siquiera poseerla.

Se había obligado a tratarla con aún mayor indiferencia, a ignorarla, porque

algo le decía en su interior que una vez hubiese dado el paso de hacerla suya nada volvería a ser lo mismo. Tampoco quería engañarla, porque Alma era distinta, Alma era especial, «una descendiente de Thor, el dios del trueno», le había dicho, y había entrado en su pecho arrasando con su martillo mágico todas sus barreras y precauciones.

La rabia le consumió cuando supo de sus propios labios de aquel viaje en catamarán con Augusto Ríos. Subió en infinidad de ocasiones hasta la mansión, con las más peregrinas excusas, solo para comprobar si había regresado. Ansiando enfrentarla, saber de su boca si como temía, aquel maldito monstruo la había dañado de algún modo.

Pero a su vuelta Alma le había confesado que no sucedió nada entre ambos, y se sintió orgulloso de ella, y la deseó con un fervor tal que a punto estuvo de poseerla en la puerta de su casa, sin importarle que alguien pudiese verles. Tomó de ella lo que tanto ansiaba y descubrió que se entregaba de un modo auténtico y descarnado, que amaba sin timidez y sin pudor, que se abría como una flor para él, entregándose por completo. Y quiso ser el único hombre de su vida, quiso poder borrar el recuerdo de todo aquel que alguna vez la tocó. Porque en su interior, enfrentado a su cuadriculada concepción de lo correcto e incorrecto, deseaba que Alma le perteneciese, tanto como ya entonces sabía que su corazón le pertenecía a ella.

Jamás esperó sentir algo así por una mujer, jamás imaginó que podría llegar a perder la cabeza de ese modo. Pero lo había hecho, y lo peor es que no se arrepentía de ello.

Había habido varias mujeres en su vida, mujeres a las que mintió en cuanto a su profesión. Relaciones fugaces, de mayor o menor importancia, pero ninguna, nunca, le había despertado un sentimiento semejante. Era cierto, nunca se había enamorado hasta que la conoció.

Y cuando la vio en peligro, cuando el arma de Augusto Ríos le apuntó en la sien, un profundo terror le invadió. Temió perderla para siempre. Nunca, en toda su vida había experimentado tanto miedo, ni siquiera durante las incursiones en Iraq en las que debía contar con la posibilidad de no volver a casa. No podía perderla, no a ella. Sin dudarlo un segundo acabó con la vida de ese malnacido que había osado amenazarla.

Deseaba enfrentar sus ojos de nuevo y pedirle que se marchase con él. Deseaba mostrarle su auténtica vida, llevarla a pasear por Galveston durante el desfile del cuatro de Julio, presentarle a su padre, a su hermana Charlize e invitarla a comer salchichas en las barbacoas que celebraban con los vecinos en el jardín trasero de la casa familiar.

Rogarle que se fuese a vivir con él a su apartamento en Washington. Estaba convencido de que ella sabría convertirlo en un verdadero hogar. Porque a aquellas alturas no podía ni quería imaginar su vida lejos de ella.

Pensó en las discusiones que su relación le había acarreado con el agente Edwin Djali. Edwin le repetía una y otra vez que no debía implicarse, que no podían poner en riesgo la misión por una mujer. Pero lo que Edwin no

entendía, lo que nadie parecía entender es que Alma Jenssen no era solo una mujer, ella y solo ella era la mujer de su vida.

Capítulo 19

La fotografía perfecta

HABÍAN transcurrido cinco días desde que fui atada a una cama y apuntada en la sien con un revólver por la que creía mi amiga. Cinco días desde que presencié cómo apuñalaban al hombre con el que había compartido mi cama, mis confidencias, mi vida. Cinco días desde que supe que Karim no era Karim, sino Edwin Djali, miembro de la policía secreta dominicana. Desde que Hans McBride dejó de ser Hans McBride para revelarse como el agente especial Travis Maynard, de la DEA norteamericana.

Nadie lo diría al verme tomar el sol con aquel bikini blanco sin tirantes, junto a la piscina privada de mi bungalow, con el cuerpo cubierto por microscópicas gotitas de agua refulgiendo al sol. Un sol que brillaba tan fuerte que debía usar gafas oscuras para proteger mis ojos de sus poderosos rayos.

Tomaba sorbitos de mi *Cocoloco* granizado, el cóctel que tan amablemente me había preparado uno de los atractivos camareros del complejo hotelero. Con tan solo pulsar un botón del teléfono lo tenía a mi lado, deseoso de servirme.

Desde mi cómoda hamaca distinguía el mar, el calmoso horizonte de un azul excepcional, y la playa repleta de bañistas, exhibiendo sus blanquecinas carnes al sol. Bajando unas escaleras podía acceder a la magnífica arena de una finura inigualable, pero estaba lo bastante lejos como para disponer de la privacidad necesaria.

Aquello sí eran unas auténticas vacaciones, me dije mientras observaba una gota de agua tomar velocidad por mi estómago hacia el ombligo, para dirigir mis ojos al horizonte de nuevo.

Y entonces lo vi, ascendiendo decidido la breve escalinata de acceso a mi bungalow, con los ojos ocultos tras unas gafas plateadas de aviador, con el cabello rubio muy corto, mucho más que en nuestro último encuentro, afeitado, con el rudo mentón al desnudo, embutido en una camisa blanca de algodón y unos vaqueros gastados con un roto a la altura de la rodilla, portando una discreta bolsa de viaje en su mano izquierda. Caminó decidido hacia mí, con el sol refulgiendo a su espalda como si de una aparición divina se tratase, y se detuvo ante mis ojos.

Dejó caer la bolsa al suelo, y sonrió.

También yo lo hice, observándole por encima de las gafas de sol.

Él se desprendió de las suyas, colgándolas del bolsillo del pantalón.

—Ando buscando una fotógrafa profesional y he oído que por aquí cerca

hay una, española, creo. ¿Sabría usted decirme, señorita, si es así? —preguntó atravesándome con sus enigmáticos ojos de cielo.

—Le han informado bien —dije, incorporándome de la hamaca, deteniéndome frente a él.

—Me llamo Travis Maynard, y no es que desee impresionarla pero soy agente especial de la DEA —añadió, estirando los labios en una nueva sonrisa, deleitándome con los hoyuelos que se formaban en sus mejillas. Extendió su mano izquierda hacia mí.

—Encantada, Travis, me llamo Alma Jenssen, soy fotógrafa profesional y... no es que desee impresionarle pero, de vez en cuando le salvo la vida a algún que otro agente de la DEA —repuse estrechando su mano, haciéndole reír.

Travis tiró de mi mano, llevándome hasta su cuerpo, rodeándome con su robusto brazo, aprisionándome contra su formidable pecho, evitando el costado herido, pero besándome con un fervor que habría derretido los casquetes polares.

Creí que iba a desfallecer cuando sus labios se posaron sobre los míos, cuando su boca ardiente se apoderó de la mía. Un fuego en el que deseé consumirme en aquel preciso momento, pero era consciente de que Travis estaba herido y su herida era aún demasiado reciente.

Aunque parecía que era él el menos consciente de ello. Su lengua se enredó con la mía mientras su mano atenazaba mi trasero por debajo del bikini, advirtiéndome que deseaba más, mucho más que aquel cálido beso.

—Travis, espera. No puedes... —suspiré, aún con el sabor de sus labios en los míos.

—¿Quién dice que no? —preguntó sin apartarse de mi boca, atravesándome decidido con su mirada cristalina, con la punta de su nariz recta pegada a la mía.

—Lo digo yo.

—¿Salvas a un agente herido con un cursito de primeros auxilios y ya te crees médico? —bromeó, haciéndome callar con su poderosa boca, mordiéndome en la barbilla, en el cuello, lamiendo mi mentón, besándome de nuevo. Caminando a ciegas, de espalda, me llevó hasta la entrada del bungalow y abrió la puerta de un empujón, llevándome dentro.

—Pues sin mi cursito estaría criando malvas, agente Maynard.

—Y ahora voy a compensárselo como es debido, señorita Jenssen.

Travis me condujo hasta el amplio sofá del salón, quedando sentada sobre este, observándole deleitada. En su pantalón podía distinguir cuán excitado estaba, cómo su poderosa erección se marcaba bajo la tela, ansioso de mí. Le deseaba tanto que estaba segura de que si tan solo me rozara en aquel preciso instante no podría controlarme y alcanzaría un orgasmo, sin remedio.

Pero Travis aún estaba vestido, aunque desabotonaba con una mano los engarces de su camisa blanca, permitiéndome observar el vendaje que rodeaba sus costillas bajo esta.

—¿Os enseñan eso en la DEA, a desnudaros con una mano? —pregunté

maliciosa. Él rió, deshaciéndose de la prenda, dejando al descubierto el atlético torso, parcialmente vendado.

—¿Quieres saber lo que nos enseñan en la DEA? Pues prepárate, nena.

Comenzó entonces a desabotonar su pantalón, pero le detuve, agarrando sus fuertes manos, aún sentada en el sofá. Y tomé el control, deshaciéndome de aquel pantalón, acariciándole con mimo sobre los *boxers* de lycra azul eléctrico.

—Déjame a mí. Déjame cuidar de ti —pedí y Travis sonrió, complacido.

Bajé entonces su ropa interior, disfrutando con el espectáculo, y acaricié su sexo con los dedos antes de introducírmelo en la boca, deleitándome con su sabor, el sabor del deseo. Tiernamente recorrí con mi lengua las sinuosas curvas de aquella carne caliente, suave, expuesta, oyéndole gemir de placer.

Y lo lamí, friccionándolo con suavidad, succionándolo arriba y abajo primero con parsimonia para acelerar el ritmo después, apretándolo entre mi lengua y el paladar, sintiéndolo golpear en el fondo de mi garganta. Mientras, Travis se dejaba hacer, rendido a mi voluntad, tal y como le había pedido, pero sin poder evitar que su mano juguetease a acariciar mi cuello, mi nuca, mi largo cabello.

Pero me deseaba demasiado, tanto como yo a él, y mi íntima caricia estuvo a punto de llevarle al clímax por lo que se retiró de mi boca, tirando de mi brazo hacia arriba, incorporándome. Y sonreí, con mis ojos frente a los suyos, viéndome reflejada en ellos. Me deshice del sostén del traje de baño, dejando mis pechos desnudos, con los sonrosados pezones erizados por el deseo. Y Travis extendió su poderosa mano hasta alcanzar mi pecho izquierdo, atrapándolo entre sus dedos, acariciando el pezón con su pulgar, buscando en mis ojos la respuesta a su caricia, mientras su carne presionaba contra mi ombligo, consciente del calor que emitía pegado a mi piel. Busqué sus labios de nuevo cuando mis manos recorrieron los marcados escalones de sus musculatura abdominal hasta hacerme dueña de sus fuertes nalgas, apretándole contra mí, como si pretendiese fundirme con él.

—Te he echado de menos —confesé.

—No tanto como yo a ti, te lo aseguro.

Su lengua tomaba de mi boca el sabor de su deseo, con besos húmedos de labios anhelantes, con el tacto de mi lengua como norte y destino.

Travis tiró de mi bikini inferior hasta que cayó a mis pies, en un paso me deshice de él y agarré su mano que a duras penas liberó mi pecho izquierdo, conduciéndole hasta el dormitorio.

Adentrándole en aquella cómoda habitación de decorado colonial, sentándole en la amplia cama de sábanas de algodón, arrodillándome entre sus fuertes piernas, agarrada a sus rodillas. Travis se tendió sobre la cama cuando de nuevo le besaba con dulzura, pero tiró de mí hasta situarme a horcajadas sobre él. Y ante sus ojos anhelantes, sujetándolo entre mis manos le hice entrar en mí, abrirse paso en mi interior, despacio, disfrutando con el roce de su carne caliente, hasta el final.

—¿Estás cómodo así? —pregunté refiriéndome a sus costillas vendadas.

—Estoy en el cielo, dentro de él —dijo, haciéndome reír. Busqué sus labios, besándole con dulzura, elevándome sin llegar a sacarlo por completo.

Su mano derecha buscó mis pechos, que me encargaba de acercar a sus labios cada vez que me balanceaba sobre él. Travis los mordía, los atrapaba entre sus dientes para liberarlos después, succionándolos y acariciándolos con su lengua.

Pero si creía que Travis me dejaría llevar el control me equivocaba. El agente especial Maynard no estaba acostumbrado a dejarse hacer sin más y su fuerza, su deseo, su ansia de mí, de tomar las riendas me excitaba aún más. Elevó sus caderas, cuando trataba de alejarme en aquella especie de dulce tormento al que le tenía sometido bajo mi voluntad. Y volvió a hacerlo, mientras con su mano derecha me sujetaba por la cadera contra su atlético vientre. Gemí y respondí apretándole en mi interior, no quería que lo abandonase, nunca. Mis movimientos le hicieron suspirar, jadear e intensificar el ritmo de nuestro engranaje sexual que encajaba a la perfección, como nunca antes había experimentado. El oscilante vaivén de sus caderas era contrarrestado por mi pelvis que le recibía anhelante. Y así alcancé un orgasmo que me hizo estremecer, gemir, jadear hasta casi perder el conocimiento.

—Me muero, me muero —suspiré sin poder evitarlo y Travis jadeó, estremeciéndose debajo de mí mientras se dejaba llevar por el sendero del placer que entre ambos habíamos trazado.

Y mi inercia hubiese sido tumbarme sobre él, relajarme sobre su pecho hasta que su carne abandonase mi interior en su retraída, lentamente. Pero temía herirle con el peso de mi cuerpo así que me tendí su lado, recostándome sobre su torso en el lateral intacto que me acunó con su brazo izquierdo, relajándome con los aún acelerados latidos de su corazón bajo mi oído.

—Te quiero —dijo de improviso, y yo busqué sus ojos azules, apremiada—. No me mires así, he dicho que te quiero —protestó, fijando su vista en el techo de madera de la habitación. Me incorporé, sentándome a su lado.

—Travis, no puedes hacerme esto —respondí, mirándole a los ojos aún perdidos por el techo—. Suponía que pasaríamos unos días juntos, que disfrutaríamos el uno del otro y nada más.

—Y yo no he dicho lo contrario —afirmó, ladeándose en la cama para poder sentarse, apoyándose en su brazo izquierdo. Y le observé, desnudo sobre aquella cama, con su magnífico cuerpo de legionario espartano entregado a mí, observándome con cautela—. ¿Es que después de lo que hemos vivido te va a asustar que te diga que te quiero?

—Sí. Quiero decir, no. Escúchate, eres... eres... eres un agente de la policía.

—De la DEA.

—De lo que sea. Creía que solo existíais en las películas, y yo trabajo en el lado opuesto del mundo.

—Pero estás cansada de tu trabajo, tú misma me lo dijiste. Sé que soy un

egoísta por pedirte esto, pero quiero que vengas conmigo a Washington, estoy seguro de que conseguirás el trabajo que deseas allí.

—No puedo dejarlo todo e irme contigo, no puedo —dije, de pie, frente a él que permanecía sentado en la cama.

—¿Por qué no?

—Pues porque no.

—¿Tienes miedo?

—¡Claro que tengo miedo! Mucho. Tengo miedo a que las cosas salgan mal, a llevarme la decepción de mi vida, a la reacción de mi hermana, y ya no te cuento a la de mi madre..., pero sobre todo tengo miedo a alejarme de ti y no volver a sentir esto, esto que tú me haces sentir, en toda mi vida.

—Pues por eso mismo, Alma, piénsalo, por favor. Podemos intentarlo, si no sale bien siempre puedes volver a casa. Dame la oportunidad de hacerte feliz, dánosla a ambos de serlo —aseguró. Y me senté a su lado en la cama, tomando su mano con dulzura—. Estoy loco por ti, me gustaría que conocieses mi vida, mi vida real.

—Yo también... te quiero —confesé asida a su mano, sin filtros, sin tapujos, reposando mi cabeza sobre su hombro intacto.

—Mañana a medio día salgo en un avión privado hacia Washington, tengo que presentarme ante mis superiores, y después he pensado retirarme hasta mi completa recuperación en casa de mi padre, en Texas —confesó, destruyendo mis ilusiones de disfrutar de su compañía, de su cuerpo, de su humor y sus besos durante un poco más de tiempo. Me apreté contra él que me rodeó con su brazo, asiéndome con ternura—. Pero aún tenemos hoy, esta noche, ¿verdad? —sugirió, antes de que volviésemos a hacer el amor.

No imaginaba cómo podría vivir sin aquello, sin aquel sexo excepcional, sin esos ojos que me atravesaban a cada parpadeo, sin aquella forma de amar, de hacerme sentir única e irrepetible.

Travis devoraba un pedazo de pastel de carne que había pedido al servicio de habitaciones, vestido únicamente con sus *boxers* azul eléctrico, mientras le observaba embelesada, con sus palabras, su declaración aún dando vueltas en mi mente.

—¿Y cómo es eso de ser agente de la DEA? ¿Pasas mucho tiempo fuera? —requerí curiosa, ataviada únicamente con un vestido de playa, jugando con un mechón de mi cabello entre los dedos.

—Si te lo contara tendría que matarte —bromeó y yo le lancé uno de los cojines del sofá que esquivó con un golpe de su brazo con sobrada habilidad —. La mayoría de mi trabajo es en la oficina, hasta que tenemos algo lo suficientemente bueno como para actuar, entonces comienza la misión y bueno, puedes hacerte una idea.

—Dijiste que yo sería tu Valquiria, ¿lo recuerdas? —pregunté aproximándome a él, necesitada de su contacto, posando mi mano sobre su pierna.

—Sí, claro que lo recuerdo. Creí que iba a morir. Mi abuelo era un

apasionado de la mitología nórdica, de pequeños nos contaba a todos los nietos sus relatos e historias de Odín, Freya, Thor... y a mí siempre me gustó el mito de las Valquirias, de aquellas mujeres tan hermosas, de largas cabelleras rubias y ojos claros, guerreras, hijas de Odín que acudían al consuelo del soldado moribundo ayudándole a superar el más amargo trance —aclaró limpiando sus labios, tomando un sorbo de agua de la copa de cristal, dando por concluido su almuerzo—. Y fue hermoso, sentir que si moría tendría mi propia Valquiria, la más hermosa de todas, asiendo mi mano hasta el final.

—¿Yo soy guerrera? —pregunté tratando de restar solemnidad al momento. Él enarcó una de sus delineadas cejas rubias.

—¿Cabe alguna duda?

—No lo sé —apunté aproximándome a su cuerpo, alcanzando su torso, acariciándolo con mis dedos con suavidad. Travis tomó mi mano juguetona y la llevó hasta su entrepierna aún por encima de la ropa. De modo sorprendente su sexo retomaba su vitalidad de nuevo, busqué sus ojos atónita—. ¿Otra vez? ¿En serio? Estás convaleciente.

—Por suerte la puñalada fue en el pulmón —advirtió incorporándose, llevándome en brazos hacia el sofá del pequeño salón, tirando del escote de mi ligero vestido de playa sesgándolo por la mitad con sus manos.

Y durante toda aquella noche no cejó de demostrarme cuánto me deseaba, cuánto disfrutaba de mis caricias, de mi ser, amándonos como si no hubiese un mañana, como si fuésemos a morir al día siguiente. Y yo así lo sentía en mi interior.

Capítulo 20

Perderme en ti

NOS despedimos con un beso en los labios la mañana siguiente, y le observé partir, recorriendo de vuelta el camino que nos había unido, a sabiendas de que cuando desapareciese no volveríamos a vernos. Cuando sus enigmáticos ojos de zafiro dejasen de mirarme, cuando me alejase del influjo de su sonrisa, rompería el pedazo de papel en el que me había anotado su número de móvil.

No tenía otra opción.

Porque si le llamaba, si lo hacía tan solo conseguiría que la sensación de abandono que me embargaba, el nudo que atenazaba mi pecho, aumentase hasta hacerse insoportable. Y así hice, arrojándolo por el váter con los ojos empañados por las lágrimas.

Me senté en la cama, y lloré sintiéndome una cobarde por haberle dejado marchar. Por primera vez en mi vida había sentido que era Él. Ese Él con mayúsculas que cada uno buscamos y que muchas personas no llegan a encontrar a lo largo de toda su vida.

Travis hacía perfecta mi fotografía. Era como la luz adecuada. Por muy bello que fuese el encuadre, el modelo y el maquillaje, sin aquella luz que hace mágico el derredor, iluminándolo de un modo especial, la fotografía nunca será perfecta. Yo regresaría a Madrid en unos días, a mi estudio, a la vorágine de sesiones de fotos interminables, al teléfono que no cesaba de sonar, a las entrevistas con las revistas, pero aquella oscuridad que entonces sentía pesando sobre mí no me abandonaría.

Porque Travis era la luz que yo necesitaba en mi vida. El hijo mayor de un impresor de Texas y poco más conocía de él, pero sí sabía que yo era distinta bajo su luz, estaba completa.

Y me deshice de aquella bata de raso, vistiéndome apresurada ante el espejo, echando a correr hacia la recepción del hotel.

Llegué como loca tropezándome con un matrimonio de suecos cargados de enseres para la playa, tirándolo todo por el suelo, pero ahí les dejé, recogiendo sus cosas mientras me alejaba desesperada por alcanzarle. Pregunté al recepcionista pero ya se había marchado. *«Pidió un taxi hacia Santo Domingo»*, dijo el aparcacoches desde la visera de su gorra roja.

Y también pedí un taxi en la misma dirección, sin saber muy claro cuáles eran mis intenciones. Tan solo sabía que le necesitaba a mi lado.

El taxista conducía como si transportase a una parturienta de camino al

hospital ante la urgencia con la que se lo había pedido, pero no era yo quien iba a pedirle que redujese la velocidad. Según me había informado el recepcionista del hotel solo había un aeropuerto en Santo Domingo, Las Américas. Hasta allí me conducía, zarandeándome de un lado a otro del coche en cada curva.

Llamé a Edwin, tenía su número memorizado en mi móvil, y le pedí que tratase de hablar con él y le pidiese que me esperase, que no se marchase sin mí. Pasados unos minutos me telefoneó de vuelta advirtiéndome de que Travis tenía el móvil apagado, pero me dijo que me aguardaría a la entrada del aeropuerto para intentar que nadie me impidiese el acceso. Y de su mano llegué a una alejada explanada posterior del aeropuerto en la que varios coches negros custodiaban una avioneta, formando un cordón unos junto a otros a cuyos lados había agentes armados.

Corrí hacia la aeronave. Pero dos agentes, enormes como armarios empotrados, me lo impidieron.

—Es un vuelo privado, señorita —advirtió uno de ellos, rubio, con el pelo cortado a cepillo, mirándome desde su atalaya.

—Tengo que hablar con el agente Travis Maynard —al decir aquellas palabras se miraron el uno al otro, mas no movieron un solo músculo para dejarme pasar.

—Lo lamento, pero no puede pasar —me informó cuando observaba con dificultad cómo un vehículo azul se aproximaba a la avioneta.

—Escúchenme, soy agente de la policía dominicana — trató de entretenerles Edwin.

—Por favor, solo necesito decirle algo... — insistí agachándome, mirando por el hueco entre la axila y el cuerpo del agente que tenía frente a mí, contemplando cómo varias personas bajaban del automóvil, dos hombres y una mujer. El agente se dio cuenta y pegó el brazo al cuerpo, aun así tuve el tiempo suficiente para reconocer la formidable espalda del hombre al que buscaba.

—Le repito señorita...

—¡Travis! ¡Travis! —grité a viva voz, dejándome el alma en las cuerdas vocales, pero la enorme corpulencia del agente me impidió comprobar si me había oído o no—. ¡Travis! —insistí y traté de cruzar por su lado. Entonces el grandullón me agarró por la cintura, levantándome del suelo, mientras continuaba gritando su nombre. Le pateé en la espinilla un talonazo y el tipo gimió sin liberarme mientras su compañero era noqueado por Edwin de un puñetazo.

Eché a correr hacia la aeronave, pero el agente al que había pateado me agarró por la cintura, deteniéndome, tratando de sacarme en volandas de allí.

—Suelte ahora mismo a esa señorita si no quiere pasarse el resto de su carrera fregando lavabos en Quántico —dijo alguien a su espalda, una voz familiar. Y cuando el grandullón me liberó de su abrazo de oso lo hizo de frente a él, a Travis Maynard, que sonreía visiblemente feliz de descubrirme

allí.

—Lo siento, agente, yo... —decía el agente sin que ninguno le prestase la menor atención. Travis saludó con la mano a Edwin, que ayudaba a incorporarse al agente al que él mismo había golpeado.

—¿Qué haces aquí? —inquirió plegando un acordeón de arrugas sobre las cejas doradas, desconcertado, sus palabras velaban precavida ilusión.

—Vine al Caribe tratando de encontrarme a mí misma, porque me sentía a la deriva, sin rumbo, cansada de la vida que llevaba. Pero me he dado cuenta de que en realidad no necesito encontrarme, sino perderme, perderme en ti, Travis Maynard. Quiero cuidarte, quiero hacer el amor contigo cada noche, quiero conocer a tu padre y a tu hermana y estar a tu lado día tras día.

—Nada podría hacerme más feliz, Alma.

—Arrieta Luna me propuso exponer en su galería, así podré ganar algo de dinero y después quiero intentar mi sueño; ganarme la vida fotografiando paisajes, la realidad en la calle, y tanto si sale bien como si no, seré feliz mientras estemos juntos. Solo tengo una condición.

—¿Cuál? La cumpliré, sea cual sea, puedes estar segura.

—Que seas tú quien se lo diga a mi madre.

Epílogo

WASHINGTON D.C. 9:27 a.m. — 3:27 p.m. Hora española.

—¡Ya era hora! ¡Ya era hora, por Dios y todos los santos del cielo! El lunes me dijiste que me llamabas. ¿El lunes de qué semana, de que mes, de que siglo? Eres única Alma, te lo juro que no hay otra igual que tú —vociferaba la mujer que me dio a luz. Podía oírla perfectamente porque Travis había activado en el teléfono la función manos libres.

—Buenas tardes, señora —se armó del valor suficiente para interrumpirla.

—¿Quién es? Ay Dios mío, ¿le ha pasado algo a mi hija?

—No, bueno, en realidad sí, pero nada malo.

—¿Quién es usted y dónde está mi hija Alma?

—Mi nombre es Travis Maynard y le llamo para decirle que... que estoy completamente enamorado de su hija.

—¿Qué? ¿Esto qué es, una de esas bromas de cachondeo de la radio?

—No, en absoluto, señora. Es real, soy... en fin, trabajo para la administración de Estados Unidos, soy un funcionario del estado, y he tenido la oportunidad de conocer a su maravillosa hija estos días que he pasado en la República Dominicana de vacaciones y, bueno... me he enamorado perdidamente de ella.

—Mira hijo, déjate ya de bromas que no me lo creo. A ver si te crees que soy cualquier pánfila que se traga todo lo que le...

—No es una broma, señora, se lo juro, es cierto, estoy enamorado de Alma.

—¿Enamorado?

—Hasta el tuétano, señora. Y le he pedido que se venga a vivir conmigo a Washington.

—¿A Washington? ¡Pero si eso está en la gran puñeta! —Travis tuvo que contener la risa ante la exclamación de mi madre—. Alma, si me estás escuchando dile a este muchacho que se deje de bromas y ponte al teléfono de una puñetera vez —decía mi madre, comenzando a irritarse de veras.

—Es cierto, mamá, yo también estoy enamorada de él —dije recuperando el aparato, quitando la función manos libres para hablar con ella con la privacidad necesaria. Travis se incorporó del sofá y se fue a la cocina dispuesto a preparar el desayuno para ambos.

—¿Enamorada?

—Sí, mamá, me he enamorado.

—Pero, ¿cómo te has podido enamorar en una semana y estar dispuesta a irte a vivir con un hombre al que no conoces?

—Sé todo lo que necesito saber de él, sé que es honesto, que es bueno, y que me quiere.

—¿Y tu trabajo?

—He pedido una excedencia.

—¿Una excedencia?

—Sí, mamá, una excedencia, pero en un par de semanas haré una exposición fotográfica en California y si todo sale bien no creo que vuelva a trabajar para la revista.

—¿Eh? ¿Pero qué...? Alma no puedes fiarte de un hombre al que acabas de conocer, ¿y si te lleva a vivir debajo de un puente?

—Vivimos en una de las mejores zonas de Washington, en Bethesda, muy cerca de donde vivía la Infanta Cristina, así que imagínate qué nivel —bromeé—. Aunque te aseguro que me iría con él aunque me llevase a vivir debajo de un puente, mamá.

—Pero... pero, ¿qué clase de locura es esta? Esto tiene que ser una broma.

—No lo es, mamá. Estoy enamorada de Travis, soy feliz, como nunca antes lo había sido en toda mi vida, vivo en un apartamento estupendo con un hombre maravilloso, ¿es que no puedes alegrarte por mí sin más?

—Me alegraré, claro que me alegraré... En cuanto lo vea todo con mis propios ojos. Ve mandándome la dirección de tu lujoso apartamento que en dos semanas estoy ahí con tu padre para comprobar si todo es tan bonito como lo pintas.

—Está bien, mamá. Estaremos encantados de veros. Os envío un beso gigante a ti y a papá.

—Así que eso es lo que os traíais entre manos tú y tu hermana, ¿no? Por eso cada vez que la llamaba y le preguntaba qué sabía de ti me decía que estabas bien y se buscaba una excusa para colgar. Ahora, ¡que me va a oír tu hermana guardándote los secretitos!

—No le digas nada a Claudia, mamá, ella solo ha hecho lo que yo le he pedido.

—Bueno, ya veremos.

—Adiós, mamá. Os quiero.

—Adiós, y mándame la dirección, ¿eh?

—Sí, mamá.

—Y cuidado con los pistoleros, que eso no es Madrid, y esa gente lleva pistolas como el que lleva *Pictolines*, y por toserle encima a cualquiera te pegan un tiro. Tú tose para el otro lado.

—Sí, mamá. Mejor no toso y ya está.

—Y con los traficantes de drogas, de las duras y las blandas.

—Sí, mamá, me alejaré de ellos, de todos. Adiós, mamá —admití colgando el aparato con una sonrisa en los labios. Mi madre, ella sí que no tenía remedio.

Caminé hasta la cocina donde mi chico, mío y solo mío, preparaba el desayuno. Café, zumo, tostadas, fruta... los desayunos de Travis Maynard poco o nada tenían que envidiar a los de un hotel de cinco estrellas.

La luz de la mañana hacía brotar reflejos dorados en su cabello, aumentando ese maravilloso e inigualable halo que desprendía aun sin proponérselo y que tanto me seducía de él.

—No ha estado tan mal, tal y como la pintabas lo esperaba mucho peor —dijo, embutido en una camiseta de tirantes y el pantalón de su pijama gris, mordiendo una varita de zanahoria. Me acerqué a él y le besé. Travis me apretó contra sí con energía. Por suerte, la herida de su costado había sanado por completo y no necesitaba tener cuidado al hacerlo.

—Vienen a visitarnos —advertí cuando me aparté de sus labios.

—¿Qué?

—Ella y mi padre vendrán a comprobar si eres lo suficientemente bueno para mí.

—¿Y lo soy?

—Lo eres, mucho más de lo que nunca pude soñar. Te quiero, Travis Maynard, pero mejor prepárate para la que se te viene encima.

—¿Aún estoy a tiempo de mandarte de vuelta para España?

—Demasiado tarde, nene. Vine para quedarme —dije arrebatándole el pedazo de zanahoria, dándole un mordisco. Travis sonrió, rodeándome con sus brazos en un cálido y dulce abrazo—. Al final va a ser cierta la leyenda de la cueva del Corvejón.

—¿Qué leyenda?

—Esa que me contaste cuando la visitamos, la de que quienes se bañan en la cascada se enamoran sin remedio.

—Pues sí, va a ser cierta, y es todo un mérito porque me la inventé en ese preciso momento —busqué sus ojos incrédula.

—¿Qué? ¿No había ninguna leyenda?

—No, la inventé tratando de seducir a mi vikinga.

—Serás mentiroso...

—Ya sabes lo que dicen: en el amor y en la guerra... —dijo entre risas cuando le di un pequeño puñetazo en el hombro, contagiándome.

Llevaba una semana viviendo en su apartamento, una semana en la que me había hecho sentir como una emperatriz. En la que pareciese yo la herida en lugar de él. Travis Maynard en la intimidad era un hombre atento y entregado, que me cuidaba y me llenaba de atenciones como nunca pude imaginarlo cuando le conocí. Teníamos nuestras discusiones, por supuesto, por el mando de la televisión o por mi innegable tendencia al desorden, pero a cada discusión seguía una fogosa reconciliación que hacía temblar las paredes del precioso ático con vistas a Elm Street Park. Por primera vez en mi vida me limitaba a vivir el momento, el día a día, deseaba con todo mi corazón que mi relación con el agente especial de la DEA fuese para siempre y, como le prometí cuando temía por su vida, verle envejecer y convertirse en un viejo cascarrabias. Pero si no era así habría disfrutado al menos de la compañía y el amor del hombre más maravilloso que había conocido en toda mi vida.

Porque le amaba. Amaba su mirada misteriosa, sus besos fugaces y sus besos intensos, amaba los hoyuelos que surgían en sus mejillas al sonreír y las arrugas de su frente cuando se enfadaba. Amaba su atlético cuerpo y su humor cáustico y puñetero, como amaba el beso con el que me despertaba cada

mañana, deseándome los buenos días con un amor que provocaba que me convirtiese en pura gelatina entre sus brazos. Un amor que hacía que desease sentirme así, segura y amada hasta el último de mis días.

AGRADECIMIENTOS

La vida está compuesta de momentos. De grandes momentos que debes aprovechar al máximo, y de personas que conoces en el camino y ayudan a darle un poco más de luz a tus momentos de oscuridad. Y esa luz literaria me ha traído dos grandes amigas, que son Lola y Esther, sin ellas esta novela no sería la misma. Os quiero montones.

También por supuesto quiero agradecer a todo el equipo de B de Books y a la Selección RNR por su apoyo y por apostar por *Perderme en ti* con tanta ilusión. A Ilu Vilchez y a las chicas del Rincón de la Novela Romántica, porque tener a tan grandes profesionales a tu lado es un pilar fundamental para crecer en una profesión tan vocacional como esta.

A mi familia, por las horas «robadas» frente al ordenador. Os adoro, pero eso ya lo sabéis, ¿verdad?

Y muy especialmente a mis lectores y lectoras. Gracias y mil gracias por estar siempre ahí, por vuestra ilusión y vuestras palabras de aliento, por vuestros comentarios y por compartir conmigo una parte de vuestra vida. Sois l@s mejores, no me cansaré de decirlo, y que sepáis que os habéis apropiado de mi corazón, no solo de mis letras.